EL TORMENTO DE LA MARIPOSA



David Novelles

EL TORMENTO DE LA MARIPOSA

David Novelles

Título original – El tormento de la mariposa
Primera edición - Octubre, 2023.

Esta obra ha sido creada y escrita en Catalunya, Euskal Herria y Gran Canaria. Impresa en Tenerife / Printed in Tenerife Island.
ISBN - 978-84-09-55340-2
Depósito legal no requerido.

De la cubierta y maquetación - 2023, Roma García.

ADVERTENCIA: Esta novela contiene escenas explícitas de violencia, sexo y crueldad. Dichas escenas pueden herir la sensibilidad de algunos lectores, resultando inapropiadas para menores de edad.
Todos los personajes, escenarios, eventos o sucesos de esta obra son ficticios, producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Para ti, por ser mi tormento y mi decoro, mi vértigo y mi equilibrio, mi viento generoso, mi dado trucado, mi arrebato, mi sosiego. A ti, mi Ingrid, por aparecer cuando ya no te esperaba, cuando mi horizonte languidecía enfermo de soledad. Gracias por ser ese espíritu rebelde, ese fantasma que viene a jugar a mi lado y me enternece y me reta y me da valor y templanza. Gracias por permanecer, contra todo pronóstico, y por hacerme dibujar planes locos, pero apetecibles, porque en ellos siempre estamos tú y yo.

Bienvenida a este nuevo camino que, como todos, lleva tu aliento y tu deseo. A pesar de que a veces nos pueda asaltar el terror más dañino, contigo al lado todo se convierte en un juego apasionante.

Feliz tránsito, mi Celeste, mi Daniela, mi Lucca, mi Eguzkiñe.

Feliz travesía, mi Ruth Suárez.

Feliz odisea, mi Hada, siempre mi mágica Hada.

El Prat de Llobregat, a ocho de junio de dos mil veintidós

CAPÍTULO 0
EL AMANECER DE LA MARIPOSA

El pasado es la mentira más grande que existe.

El pasado es mucho más falso e incierto que el futuro.

El pasado suele ser muy dañino. Devastador.

Estoy orgullosa de mi pasado, aunque apenas soy consciente de nada de lo que viví. Y lo que recuerdo, lo recuerdo a mi manera. Estoy segura de que poco se parece a lo que pasó. Así debe ser y es inevitable.

El pasado es eso: algo emborronado y prostituido. Una mentira. Una mancha en la memoria que se asemeja a una acuarela sin secar. Una bruma espesa. Un espejismo de humedad, nada más, sobre el asfalto reseco y agrietado de la autopista en plena canícula.

No pienso que haya sido una mala persona.

Al menos, nunca lo quise ser.

Creo que ahora tampoco lo soy, aunque todos me temen.

Con razón, para qué negarlo.

Debía aprender a defenderme y lo hice.

Así de práctico.

Así de sencillo.

Así de duro.

CAPÍTULO 1
EL REGRESO

Dieciséis años después del accidente
Dos años después de la metamorfosis
Unas semanas antes del tránsito

Comisaría de policía de Flórina. Norte de Grecia.

Manoseaba derrotada un ajado trozo de periódico mientras esperaba poder hablar con el comisario que estaba al frente del caso.

Tenía aspecto de anciana, aunque no debía pasar de los cincuenta y cinco o sesenta años. Vestía con ropas muy bastas, demasiado abrigadas para el calor que les había regalado ese día de marzo.

—El inspector jefe todavía tardará. Está fuera y quizá se demore varias horas. Como entenderá, hay prioridades que no se pueden desatender, por urgente que diga usted que es lo que le tiene que contar.

El joven agente se detuvo por unos instantes y miró ligeramente azorado a la mujer *sarakatsani* [1] que tenía delante. Era menuda y parecía transitar por una penumbra claustrofóbica.

El muchacho había oído hablar en diversas ocasiones de las gentes de ese pueblo aunque nunca había conocido a ninguno de sus integrantes. De todos era sabido que se regían por los ritmos de la trashumancia. Vivían al aire libre, cuidando a sus rebaños. Llevaban una vida tan monacal que, en contra de lo que pudiera parecer, acababa siendo desordenada.

La mujer hablaba un griego enrevesado que al muchacho le costaba entender, a pesar de ser su lengua materna.

En la comisaría llevaban unos días de locura. Desde que se supo que en aquellas montañas se podía esconder la asesina más buscada del momento, la tranquilidad de la comarca se esfumó y todo se inundó de prensa y de curiosos. El inspector jefe de policía, que había sido nombrado hacía pocas semanas como responsable de la zona de Europa para las acciones conjuntas de las diferentes policías nacionales, quiso acudir a su primera misión internacional. Y allí se fue, a esa zona montañosa entre Grecia y Macedonia, a esa tierra áspera y antigua, a pesar de no entender ni una palabra de griego ni de haber estado nunca en esa región. El inspector estaba bajo las órdenes directas de Carlota Torres, que estaba considerada la máxima especialista mundial en personas desaparecidas. La resolución, grotesca y macabra, del secuestro y posterior asesinato del cardenal

Martín Zavala años atrás dio el espaldarazo definitivo a su carrera, y ahora se la veneraba en todas partes y se le ponía de ejemplo en toda academia de policía de cualquier parte del planeta. Muy a su pesar, había pasado de ser una excelente profesional anónima a ser conocida allí donde fuera, cosa que la incomodaba sobremanera. Ahora estaba en la cima de la pirámide policial mundial, y bajo ella se encontraban los responsables continentales, uno de los cuales era Carlos Fuentelsaz, famoso por su mal carácter y sus métodos anticuados. El inspector Fuentelsaz siempre decía que lo que peor llevaba era estar bajo las órdenes directas de una mujer. No tenía reparos en afirmar que, por lista que fuera, no dejaba de ser una mujer, como si eso fuera una lacra o una limitación.

Xristos Stavropoulos, el joven agente que atendía a la mujer que lo esperaba, lo sabía, aunque no le conocía lo suficiente como para discernir si el inspector Fuentelsaz querría charlar con aquella *sarakatsani* que ahora se hallaba sentada frente a él.

No tuvo que tomar la decisión. El revuelo que se formó en la puerta le indicó que la comitiva al mando de la investigación estaba de vuelta, mucho antes de lo que suponía. Iba a hablar con el inspector Fuentelsaz cuando la señora tomó vida, de repente, y se acercó a la carrera hasta el recién llegado. Le habló en una jerga que sonaba cantarina y lastimera. Una sima de desespero en los ojos de la pastora hizo que el inspector se detuviera y se interesara por ella.

—Tradúceme, Xristos, por favor —rogó al muchacho. Le parecía imposible pronunciar con corrección el nombre del chico y le salía una especie de «Christos» que sonaba demasiado líquido e irreverente como para ser tomado en serio.

La mujer proseguía su parloteo incesante e hipnótico.

—No sé por qué buscan a mi hija. Mi hija siempre ha sido buena. Ella es una santa, una víctima de los desalmados —tradujo literalmente Xristos del griego a un español mecánico y sucio que, aunque rudimentario, se entendía a la perfección. Carlos Fuentelsaz era natural de Cuenca y, como buen español, nunca había congeniado demasiado bien con los idiomas. Que alguien le hablara en castellano, por macarrónico que fuera, en aquella torre de Babel que era el mundo allende fronteras, era para él una bendición.

—¿De qué hija habla esta señora, Xristos? —preguntó impaciente —. No tengo tiempo para perder.

Iba a continuar andando hacia el despacho improvisado que se le había asignado cuando la señora le endosó precipitadamente el recorte de periódico que había estado arrugando entre sus manos.

El inspector frenó en seco cuando vio de lo que se trataba. Desde el papel le miraba, con expresión demente, la muchacha a la que estaban buscando desde hacía semanas por todo el mundo. Andaban

dando palos de ciego, pero un estudio concienzudo de la fisonomía y de los rasgos de esa muchacha había dado como resultado, con total seguridad, que la asesina de adolescentes era de etnia arumana y por ello habían centrado sus esfuerzos en peinar la zona del norte de Grecia. No entendían cómo había ido a otra parte del mundo tan lejana para cometer, como mínimo, un puñado de asesinatos. Y no de cualquier manera, sino de las formas más sangrientas, despiadadas y crueles que se recordaban.

La mujer, llorando, reanudó su peculiar y particular letanía de plañidera.

—Mi niña, mi niña —tradujo al instante Xristos.

—Pues dile que, según todos los indicios, su niña es una bestia inhumana que ha matado de las formas más horribles a cinco muchachos y a tres chicas, que nosotros sepamos. Dile que «su niña», su puta niña, se nos había escurrido hasta ahora, pero que pagará con la cárcel de por vida tanta maldad. Eso si no le pego yo un tiro antes, que ganas no me faltan.

La mujer *sarakatsani* rebuscó en una especie de zurrón que llevaba al hombro y extrajo, con urgencia y desespero, una fotografía que tendió al inspector. En ella, se veía la imagen de una chica muy guapa, con tez morena, ojos negros y trenza azabache, que apenas habría alcanzado la mayoría de edad, y que miraba tímida al objetivo de la cámara, con una expresión bella e insondable.

Fuentelsaz la miró y supo a ciencia cierta que era la misma muchacha con gesto desquiciado a la que grabaron las cámaras del banco justo antes del último asesinato, especialmente salvaje, cometido dentro de un edificio abandonado en las afueras de la villa.

La chica que le miraba desde la fotografía tenía algo distinto, una especie de inocencia salpicada por algo cercano al desaliento prendido en la expresión, aunque se trataba, sin ningún atisbo de duda, de la misma persona.

—Mi niña, mi pequeña —continuó lloriqueando la señora, en voz de Xristos, que no abandonaba su tono aséptico y lineal que le daba a la escena un aire tenebroso.

—Dile que no insista, que no nos vamos a ablandar —repuso el inspector jefe, que empezaba a irritarse con la perorata lastimera de la mujer—. Ya nos conocemos la cantinela: en casa son ejemplares y, cuando están fuera, se convierten en unas fulanas desalmadas. En unas furcias salvajes. En pequeñas delincuentes. De hecho, dile que vamos a detenerla a ella ahora mismo y que la retendremos hasta que confiese dónde coño esconde a su hija. Estoy seguro de que lo sabe. Hay que saber tratar con esta gente nómada, sin casa conocida ni valores decentes. Son muy hábiles en desaparecer, y no podemos darles la oportunidad de hacerlo.

Xristos tradujo las palabras del inspector. La cara de la *sarakatsani* mudó en abatimiento, en desesperanza y en derrota, mientras negaba con la cabeza, en un gesto de impotencia.

—Mi niña —empezó de nuevo la traducción del muchacho. Pero se detuvo, a pesar de que la mujer seguía hablando en un idioma que parecía inventado. Xristos la miraba con expresión de incredulidad y de asombro.

—¿Qué dice, chaval? —preguntó impaciente Carlos—. Joder, dime de una puñetera vez qué está queriendo decirme esta mujer del demonio.

—Dice… —titubeó Xristos antes de coger impulso para vocalizar aquello que su cabeza no podía entender—. Mi niña es buena y lo ha sido siempre. Nunca se metió en problemas. Quien intente manchar su recuerdo arderá en el infierno por toda la eternidad. ¿Qué quieren ahora de mi niña? Ella no puede hacerle daño a nadie.

—Joder, con la loca esta —interrumpió el inspector, harto de tanta tontería.

Empezó a andar una vez más. Tenía mucho que hacer y solo quería saber dónde se encontraba esa puñetera asesina. Los agentes ya se encargarían de hacer hablar a esa madre pesada y protectora.

Cuando ya alcanzaba la puerta del despacho, un gemido desgarrador hizo que se detuviera. Se le heló la sangre y la intención cuando escuchó la voz mecánica y sin alma de Xristos hablando en boca de la señora:

—Usted no lo entiende, señor inspector. Mi hija, mi Elephteria, murió hace cinco años, intentando proteger su pureza. La mataron unos gamberros a pedradas cuando cuidaba de nuestro ganado. Está al pie de la colina, hacia el oeste. La enterramos según la tradición *sarakatsani*, pero si lo desea le puedo llevar hasta su cuerpo. Prefiero que profane sus restos antes que su recuerdo. No me queda de ella más que estas fotografías y el orgullo de que siempre fue una buena niña. Ahora ustedes quieren manchar su memoria. No vengo a entregarle a nadie, señor inspector. Vengo a implorarle que se haga justicia con mi pequeña, para que siga reposando en paz en las montañas, donde ya forma parte de la tierra por la eternidad. No entiendo lo que sucede, y esa chica, esa asesina que sale en los periódicos y que mató al último chico el mes pasado es, aparentemente, mi hija. Pero ella está muerta hace tanto tiempo que ya apenas recuerdo el aroma de su pelo y el tacto de su piel cuando estaba recién despierta.

Carlos Fuentelsaz tuvo que sentarse en su butaca para que las piernas le sostuvieran. Levantó con parsimonia el teléfono que se hallaba sobre su mesa y tecleó.

Pasados unos instantes, se aclaró la voz y dijo al aparato:

—Inspector Fuentelsaz, de coordinación europea. Páseme con la inspectora Carlota Torres, señorita, hágame el favor. A la mayor urgencia. Dígale que tenemos un problema. Gordo. Muy gordo.

El tormento de la mariposa

CAPÍTULO 2
UN NUEVO INVITADO

Cuatro años después del accidente
Diez años antes de la metamorfosis
Doce años antes del tránsito

A pesar de que el radiador está ardiendo y de que su habitación es la más calurosa de la casa, del aliento de la pequeña salen tímidas espirales que forman frente a ella una especie de volutas de vapor raquíticas, blancas y frágiles, mientras el cristal de la ventana se empieza a empañar.

Se incorpora, medio aletargada, y se sopla en las manos, intentando, de forma estéril, que se mantengan a una temperatura compatible con la vida. La punta de su nariz está congelada. Como siempre. Tiembla y siente que la entraña se le descompone. Le llega un tufo familiar que sale de algún lugar indeterminado de su propio cuerpo. Como a humo y a fruta podrida. Como a carne muerta. Le escuece la cicatriz del vientre. Está aterrorizada.

Busca a tientas, encima de la alfombra de falso pelo blanco que cubre todo el suelo, un par de calcetines abandonados y la linterna de campamento, que siempre deposita a los pies de la cama para cuando pasa eso, que es casi cada noche.

Para cuando la familia viene a verla…

Al notar el tacto metálico del aparato, se tranquiliza un poco. Le cuesta atinar con el botón, pero, finalmente, consigue prender la luz y enfoca con su haz, ridículo y amarillento, la esquina de la pared en la que se levanta el armario. La escarcha salpica el papel pintado y tiñe de blanco helado las molduras, llenas de filigranas rococó, de una madera oscura y avejentada. Una densa masa de humo grisáceo se empieza a adivinar, dibujándose en la parte alta, casi a la altura del techo, adquiriendo una forma peculiar e incierta. Construye una especie de olas de alquitrán que se propagan por la pared hasta el armario, como si fuesen grandes rizos de una muñeca gigante y macabra, como si brotara un tsunami imposible de oscuridad dispuesto a arrasarlo todo.

«Buenas noches, abuela», piensa la niña, desquiciada de miedo.

Se le erizan todos los pelos del cuerpo cuando siente, más que escuchar, un chirrido parecido al de un estilete, afilado y amenazante, deslizándose por la pizarra de su clase. Reza alguna oración que apenas recuerda para que todo quede en eso. No escucha el latido de su corazón, que debe haberse encogido hasta adquirir el tamaño de una cereza sangrante.

Implora a cualquier dios, real o inventado, que en esos

momentos poco le importa quién le ampare, que ese ruido rotundo y desafiante despierte a su padre. Debe seguir dormitando en el piso inferior, como siempre, aturdido por el vino de la cena y por los programas que echan en la tele, aburridos hasta decir basta, mientras su madre se retira a dormir, marchita, sabedora de que, una noche más, sus manos recorrerán su cuerpo insatisfecho y huérfano de un deseo ajeno que le haga sentir viva de nuevo. No es que se lleven mal, ni mucho menos. Sus padres se aman, aunque cada vez menos. Tal vez no sea eso; tal vez se amen igual, e incluso más, pero de peor manera. En esos momentos, su inocencia de niña no le permite entender que quizá ella tenga una parte de responsabilidad en la lejanía que hay entre sus padres, que viven a millones de kilómetros de distancia, a pesar de cogerse de la mano en el mismo sofá.

Pese a tener apariencia de familia feliz, no han tenido una vida sencilla. Antes del accidente, todo iba de maravilla. Ella apenas es consciente de eso. Era pequeña cuando sucedió. Quizá demasiado como para tener algún recuerdo. Solo cuando sueña, ve imágenes que cree que deben haber quedado grabadas en su mente, entonces todavía tierna y abrazada por unas fontanelas recién osificadas, como recordatorio de lo que pasó esa noche y de todo lo que le rodeó un tiempo después, mientras estuvo debatiéndose entre la vida y la muerte en una cama del hospital. De lo que pasó cuando sus padres confiaron en su abuela, marchita y vencida por el peso de la vida. Se olvidaron de su niña por unas horas y prefirieron jugar a ser novios descarriados y sin hogar, cocinándose a fuego lento dentro del viejo utilitario en la punta del malecón. Allí, supo años después, era donde iban las parejas a hacer lo que hacían las parejas, fuera lo que fuera, que ella desconocía aquella noche, con apenas cuatro años, cuando se cocinó, al contrario que sus padres, a fuego rápido y por una sola vez. Ahora, con ocho, empezaba a vislumbrarlo, pero le sonaba a asqueroso, a sucio y a absurdo. Y se prometía, con la firmeza y la imprudencia de la candidez, que ella jamás haría esas cosas.

Despacio, moviéndose como si estuviera hipnotizada, sale de la cama y se coloca los calcetines. No porque tenga frío, sino porque su madre le ha ordenado que no esté descalza, y ella es, todavía, una niña muy obediente. Años después dejará de serlo, pero ahora hace caso en todo lo que le dicen mamá y papá. Piensa que prefiere enfrentarse a todos los demonios del averno antes que a su madre enfadada.

Se dirige hacia la pared. Hacia esa pared donde está el armario. Cuando llega a menos de un palmo y está reuniendo el valor necesario para abrir la puerta, esta se entreabre, como impulsada por una fuerza interior, maligna y demente, y las bisagras crujen y protestan como si fueran cientos de almas ardiendo en un infierno despiadado. La visita

apenas se parece a las del resto de noches. Su abuela siempre la asusta, es consciente de ello, pero todo es pausado y tranquilo, como si bailaran entre ambas una coreografía demencial de un minué macabro. Hoy no. Hoy todo sucede a un ritmo veloz y descontrolado. Hoy parece que su invitada esté enfadada. Si no fuera ella, pensaría que tiene ganas de hacerle daño.

—Abuela —insiste, ahora de palabra, muy tenue y susurrada, pero lo suficientemente audible como para que sienta que está viva—. ¿Eres tú, abuela?

Una vaharada densa sale de la rendija que ha formado la puerta del armario y llega hasta su nariz y su garganta. La chica siente como se le desordena en la tripa el pavo que su padre le ha cocinado para la cena. Nota como le suben unas arcadas calientes y espesas, y tiene que tragar algo amargo para evitar desparramar su estómago sobre la alfombra. Y eso que apenas ha comido. Nunca come mucho. No le gusta comer. Si pudiera, pasaría toda la existencia sin comer nada.

La habitación, invadida por esa corriente asquerosa y putrefacta que sale desde el armario, huele a cloaca, pero eso no es lo peor. Huele a soledad, a desolación, a derrota, a horror. Huele a pasión barata, a sexo de derribo cuando agoniza la madrugada. Huele a potaje de alubias del cole. Huele a Navidad sin regalos, a parque de atracciones abandonado. Eso, precisamente esa mezcla de aromas, algunos de los cuales todavía no puede comprender ni asumir, es lo que provoca que un reguero de pis le resbale por las piernas. Se da cuenta tarde, demasiado tarde. Deberá esconder el pijama y secar la alfombra antes de que su madre pregunte el motivo por el cual una chica de su edad se ha orinado encima. Siempre ha odiado mostrarse vulnerable ante los demás. Ese es su peor mal. Que todo el mundo la vea como un león agonizante en medio de la sabana, como un saco de arena al que es divertido golpear. Nunca ha querido ser un juguete roto, aunque sabe que por dentro así se siente. Pero no debe demostrarlo si no quiere que empeore todo, si es que eso es posible. Hacerse pis en público le ha turbado siempre. Dentro de sus escasos sueños, le aterroriza protagonizar una vez y otra y otra una escena donde está desnuda frente a su clase y no puede parar de hacer pis. Y sus compañeros se ríen de ella. Y la señalan. Y la humillan. Y la desprecian. Es una de las imágenes que más consigue quebrarla. Incluso más que cualquier recuerdo del accidente.

La humedad le traspasa el calcetín y percibe, con una buena dosis de asco, que algo, que imagina resbaladizo y pequeño, frío y repulsivo, repta por su tobillo. Se sacude con fuerza para librarse de esa sensación, y los huesos del pie le crujen de una manera rotunda.

Dirige la luz de la linterna hacia el armario y puede ver, de forma fugaz, unos ojos que le contemplan desde dentro, parapetados,

como esperando saltar encima de ella. Rojos, enloquecidos y vivos, muy vivos. Solo eso, nada más. No forman parte de un rostro ni de un cuerpo ni de nada que pueda reconocer. Solo unos ojos que la hacen transitar más allá de la locura, que destilan rabia, que flotan, por decirlo de alguna manera, delante de ella y la escrutan sin piedad y sin pudor. Tras los ojos, nada. Solamente sus ropas de deporte, colgadas de cualquier manera, con el meticuloso desorden que solo una niña o una adolescente entiende.

Sabe que no son los ojos de su abuela, severos, fríos, que cada noche se le clavan como dagas afiladas, pero que no dejan de resultarle familiares.

Los de hoy son distintos.

Cuando recobra el aliento, que había extraviado al ver esa mirada siniestra, lanza un chillido corto y agudo, y deja caer la linterna al suelo. Corre hacia la cama y se cubre hasta la coronilla, usando la sábana como si fuera una mortaja.

Al cabo de un minuto, entra su padre y se acerca a la cama, iluminada por el aplique del pasillo.

—Cariño, ¿estás bien? —dice en un susurro. Luego se detiene unos segundos y continúa—: ¡Joder! Esta habitación huele a pocilga de las buenas. Mi amor, eres un poco cerdita, ¿sabes? Mañana quiero que ventiles todo esto. No puede haber ningún ser humano que sobreviva aquí dentro sin morir de un ataque de peste, y no bubónica, precisamente. No puede ser sano que una chica de tu edad duerma en un ambiente de comuna de hippies.

Ella se descubre un poco la cabeza e intenta fingir una sonrisa hacia su padre, aunque la voz que le sale es opaca y suplicante:

—No te preocupes, papá. Mañana, limpieza y orden. Te lo prometo. Ya sabes, suelo tener pesadillas. Ha sido una más. No quiero hablar de ello.

El hombre se sienta a su lado, en la orilla de la cama, y le revuelve el pelo. Sabe que a su hija le da rabia eso. Antes, cuando era un renacuajo, se reía, pero no es consciente de que la pequeña ha crecido y ahora está apenas a cuatro pasos de la adolescencia, esa especie de condena que convierte a los niños más dóciles en implacables asesinos, en imbéciles prepotentes y en esclavos de su imagen, aunque estén solos, como ella.

—Intenta descansar, mi princesa —dice él, consternado, sintiendo como se hunde el puñal que se clava en su alma cada vez que ella sufre.

No soporta verla mal, aunque sabe que es su estado habitual. Daría cualquier cosa por ella. Estuvieron a punto de perderla cuando era mucho más pequeña, pero consiguieron, contra todo pronóstico, y pese a la opinión de la ciencia y de la lógica, que se quedara con ellos.

Marcada de por vida, eso sí, pero era su niña, y por ella lo darían todo.

La chica odia que le llamen princesa. Las que conoce, sean de cuento o de verdad, suelen ser rematadamente estúpidas, extremadamente básicas y absolutamente prescindibles, pero suelen tener la felicidad como rasgo común. Ella no. Ella no es feliz. Nunca lo ha sido.

Cuando su padre se acerca a la puerta para salir de la estancia, escucha a su hija preguntando, con una voz tan triste que más que una petición parece una oración:

—¿Papi, te quedas cinco minutos conmigo?

El hombre empuja una lágrima que se rebela y que se empeña en huir de sus ojos, y dibuja una sonrisa falsa mientras se acerca de nuevo a la cama de la chica.

—¡Chist! —pide silencio, suavemente, y mueve la mano arriba y abajo, como espantando un sortilegio negro e inmemorial—. Intenta descansar. Me quedaré hasta que te duermas, mi vida.

Lo que él no sabe es que la chica apenas duerme. Cuando se tranquiliza lo suficiente, sintiendo la mano de su padre, demasiado cálida y sudorosa para su gusto, acariciándole la cabeza, finge estar dormida y escucha como el hombre se acerca de puntillas a la puerta, como si fuera un fantasma.

Suplica bajo las sábanas, en una especie de letanía siniestra:

«Que no lo haga, que no lo haga, que no lo haga».

Pero sí que lo hace. Papá apaga la luz del pasillo mientras se encierra en su habitación, a acostarse al lado de mamá, ahora que esta duerme. Todo queda a oscuras y la chiquilla se hace pequeña, mengua abandonada bajo las sábanas, se marchita día a día, noche a noche, intentando no escucharlo.

Es inútil. Cuando cree que todo ha pasado, cuando cree que no, que esta vez no, que esta vez ya no habrá más ruidos, lo escucha, claro y nítido.

—Por fin te conozco. Después de tantísimo tiempo. Siempre que me necesites, estaré en el armario o en cualquier rincón que tu mente pueda imaginar. Aquí te esperaré, pequeña. Eres nuestra y somos tuyos. Algún día vendrás a jugar con nosotros. Con todos. Te va a encantar. Tu destino es estar con la familia. Con tu verdadera familia. Tengo mucho que enseñarte. Aunque te lo parezca, no estamos ni al inicio del camino. Tu abuela sigue vigilándote, aunque yo vendré a verte de vez en cuando. ¿Querrás jugar?

Mientras escucha una risa hombruna, siniestra y arrastrada, líquida y gangrenosa, se siente cerca de la frontera de la locura, y desea, como siempre, poder estar muerta de una maldita vez. En el fondo, ya lo está desde que empezó su infierno.

De eso, hace tiempo.
Hace mucho tiempo.

CAPÍTULO 3
COSAS MALAS

Cinco años después del accidente
Nueve años antes de la metamorfosis
Once años antes del tránsito

Nunca le apetecía ir al colegio. Podría parecer algo obvio y esperado en una muchachita de apenas nueve años de edad, pero sus razones siempre eran más profundas que las de los demás pequeños.

No le importaba madrugar, aunque en las frías mañanas de invierno adoraba enrollarse dentro del edredón, como si fuera un brazo de gitano relleno de crema pastelera, de esos que vendían en Dino's, una dulcería del barrio que para ella era un palacio del pecado. Si hubiera sido adulta, hubiera imaginado que, enrollada en el edredón, debía tener el mismo aspecto que el de un cadáver envuelto en una alfombra. Pero, para imaginar eso, todavía debían pasar unos años. Ahora se conformaba con ser un pastelillo de crema y fresas, sin mayor maldad ni objetivo que el sentirse reconfortada por la suavidad de la ropa de su cama, en la cual no buscaba calor, sino ese cariño que muchas veces echaba de menos.

De pequeña, cuando la venía a despertar su madre, con frecuencia ya estaba consciente, aunque tuviera aspecto de medio amodorrada aún. Le llegaban los efluvios del pan caliente desde la cocina, que se entremezclaban con el aroma rotundo y amargo del café que preparaba su padre a diario. No entendía como los mayores podían beber ese brebaje que olía a menudillos de difunto. Lo había probado alguna vez y se había sentido morir todo el día.

A veces, las menos, se desvelaba mucho antes de que amaneciera, cuando la madrugada todavía era joven, y se recostaba en la cama, cogía el libro de *Enigmas de la Humanidad* y se devanaba los sesos para hallar la solución a unos cuantos misterios antes de que fuera la hora de levantarse.

—No me gusta que pierdas horas de sueño con eso —le confesaba mamá cuando la sorprendía buceando por ese libro destinado a bachilleres aventajados—. Eres muy pequeña todavía. Tu padre siempre ha sido lo peor, cariño. Nunca se ha fijado en la edad apropiada o aconsejada de los libros o de los juguetes. Ya ves, no da ni una. Debe de ser aburrido para ti. Ya te llegará el momento. Mira que tu padre es un buen hombre, pero un poco cabezota en muchas cosas. El día menos pensado, me matará de un berrinche.

Aunque no lo demostraba, la niña no estaba de acuerdo. No en el hecho de que mataran o no a su madre, la cual cosa le traía sin

cuidado, no por falta de amor hacia ella, sino porque sus padres, como los de todo el mundo, eran superhéroes, seres míticos que, por definición, eran eternos e inmortales.

No estaba de acuerdo en que aquel libro sin dibujos no fuera para ella, por mucho que en la portada hubiera una estrella, de un amarillo chillón bastante feo, con una advertencia que sonaba como una amenaza, como un dogma de fe que, de incumplirlo, podría traer consecuencias tremendas: «Solo para niños a partir de 12 años».

Desde muy pequeña, había aprendido que, la mayor parte de veces, era mucho mejor callar que iniciar una guerra mundial. Disentir de lo que decía su madre significaba, casi siempre, provocar un enfrentamiento entre papá y mamá. Ella, a pesar de estar a medio formar, era inteligente, muy inteligente. Pero era una chiquilla, demasiado tierna aún para entender que un armisticio firmado para evitar entrar en conflicto era un error, ya que el que se conformaba con la paz a cambio de una renuncia acabaría pagándolo tiempo después, con frecuencia de una manera demasiado violenta y poco controlada. Pero los niños, así como la mayor parte de los adultos, tienden a buscar la tranquilidad inmediata, aunque sea a costa de un infierno futuro. Ese pecado es venial para los pequeños, y suele ser fruto de la impaciencia. En el caso de los adultos, se convierte en un pecado capital, y nace como un engendro deforme, fruto del matrimonio multitudinario y contra natura que forman la cobardía, la estupidez y la pereza.

—No quiero ir al cole —decía Celeste en voz bajita, como en una confidencia.

Su madre no le hacía ni caso. Era la perorata de cada mañana y la mujer estaba convencida de que la protesta de su hija era lícita y común a todos los niños del mundo. Se acercaba despacito, sonriendo y, de repente, le frotaba la tripa de manera rotunda por encima del edredón. A veces, la trataba como si fuera apenas un bebé. La niña no reía, a pesar de que mamá le hacía cosquillas. La niña no reía porque sabía que ese gesto de su madre cortaba cualquier intento de negociación, y que, lo siguiente, sería cogerla en brazos, apretarla fuerte contra su cuerpo y dejarla en el suelo para que empezara con su ritual matutino:

—Venga, marmota preciosa —decía siempre, adoptando un tono que quería ser travieso, pero que sonaba con un trasfondo apremiante y lleno de urgencias—. No querrás que papá nos gane. A hacer pis y a desayunar.

Y la dejaba allí, de pie, en medio de la tela mullida que alfombraba su habitación, mientras mamá salía apresuradamente hacia la cocina, a tostar más pan.

La niña se metía en el baño sin abandonar su expresión seria, se

paraba frente al espejo, que le quedaba un poco alto, se ponía de puntillas y se hablaba a sí misma mientras imaginaba como una lágrima rebelde le resbalaba por la mejilla:

—No quiero ir al cole porque allí pasan cosas malas. Muy malas.

Obviaba decir a su propio reflejo que en casa también.

Luego, bajaba a desayunar como cada día. Resignada y aterrorizada.

Mamá y papá reían y se gastaban bromas. No entendía la mayoría de las tonterías que se decían, pero le gustaba verlos felices. Ella no lo era. Pero dos de tres era un buen porcentaje. Aceptable, como mínimo, sin duda. Hablaban de lo que comerían o de a dónde irían por la tarde, después del último servicio de papá, a las cuatro en invierno y a las seis en verano, si no había ninguna urgencia, aunque nunca entendió por qué los muertos podían tener una urgencia, justo cuando tenían toda la eternidad por delante.

De repente, él miraba el reloj y decía que se le estaba haciendo tarde, robaba la tostada a medio comer de mamá, se la zampaba de un bocado, y salía a la carrera.

Su madre sonreía, se sonrojaba y lo miraba desaparecer, enamorada.

—¡Ay! ¡Qué tunante que es tu padre! —decía, sin abandonar la expresión de bobalicona adolescente—. Me ha robado la tostada, el muy bribón. Ahora me quedo sin desayunar. Es que este hombre es lo peor. Algún día, me matará de un disgusto.

Unos años después, efectivamente, la mató. Algo de pitonisa tenía la madre de Celeste, visto lo visto.

Pero no la mató de un disgusto, tal como predijo de mentirijillas y arrebolada de excitación, sino como fruto de un acto de amor desesperado y, por qué no decirlo, también desviado.

CAPÍTULO 4
DE LA CRUELDAD Y OTROS QUEBRANTOS

Ocho años después del accidente
Seis años antes de la metamorfosis
Ocho años antes del tránsito

No era una mala estudiante. Al contrario, era frecuente verla debatiendo en clase con toda la determinación del mundo y con un cierto punto de superioridad. Emanaba una pátina de prepotencia soterrada, casi inapreciable, que solía irritar a los pobres de alma que se enfrentaban con ella dentro de clase. En el aula se transformaba. Dejaba de ser un cachorro indefenso, un ente invisible para crecer hasta convertirse en una adversaria a tener en cuenta. Aunque su voz no era nada estridente, sino al contrario, débil e incluso un poco arrastrada, como si se encontrara en un estado de asfixia permanente, la muchacha se mostraba segura de lo que defendía, a pesar de que contradijera lo que se presumía cierto por parte sus profesores, que, con demasiada frecuencia, eran poco críticos y coincidían con descaro con la letra escrita en los libros de texto. Quizá no debatía tanto en Matemáticas, Química y otras ciencias exactas de esas que de poco servían a su corazón creativo, digno de una gran artista o de una concienzuda asesina. En esas materias, parecía que todo ya estaba inventado y el razonamiento romántico poco tenía que rascar frente a unos algoritmos rígidos y sin gracia, pero irrefutables. Defender que cuatro más cuatro no eran necesariamente ocho le desgastaba demasiado, aunque ella estaba convencida de que algo tan estúpidamente fácil no podía ser cierto. La vida solía ser más complicada que eso. Al final, lo daba por bueno a regañadientes y de cara a los demás, solo para no tener que soportar las burlas de sus compañeros y los castigos de los docentes. Pero, cuando llegaba la clase de Ética, de Religión, de Literatura o de Ciencias Políticas, se resarcía y no dejaba que lo que aparecía en los libros de la materia correspondiente fuera enseñado como si se tratara de una verdad absoluta. Despreciaba, por principios y por imprudencia, los dogmas de fe. Se perdía en requiebros y en disquisiciones, para desespero de sus profesores. No tanto de los otros alumnos, que sabían que, cuando Celeste levantaba la mano para confrontar su pensamiento con la opinión oficial y reglada del maestro de turno, disponían de media hora de descanso extra con la que no contaban.

En su más tierna infancia, ya debatía con vehemencia sobre la lógica de las reglas de ortografía y, al llegar a la adolescencia, se

mostraba en desacuerdo con las teorías de Platón, de Lutero, de Marx o de Schopenhauer, que tanto le daba el posicionamiento ideológico de cada uno de ellos. Solía decir, para desespero de la señorita Lindberg, licenciada en Filosofía, y que había dedicado su vida a la enseñanza de tal materia a una caterva de adolescentes desviados e inánimes para entender la profundidad del pensamiento, que esos señores, al igual que muchos otros, tenían su punto de vista, pero que este era igual de válido que el de ella misma. Aseguraba que el único mérito que habían tenido esos caballeros era el de haber muerto y haber dejado por escrito toda esa sarta de ridiculeces, nada más. Que eran pensamientos trasnochados, algunos con ciertos tufos machistas, clasistas e incluso racistas, que no deberían ser de aplicación en pleno siglo XXI, y que eso le daba a sus propias teorías, frescas e innovadores, mayor validez que la de cualquiera de esos carcamales. Más de una vez se ganó la amenaza de un suspenso pero, en privado, cuando se reunían los profesores en claustro, colegían que las teorías y las aportaciones de Celeste Zacariah eran atrevidas y novedosas, y no exentas de un período de profunda reflexión y de una buena porción de razón, aunque se pudieran considerar desviadas, imprudentes y, en cierto punto, peligrosas para mentes a medio hornear.

Era especialmente beligerante con las teorías que describían el más allá como un paraíso deseable, y sugerían que el único sentido que tenía la vida era alcanzar ese lugar de la mejor manera posible. Quizá porque ella había estado muy cerca de ese más allá, despreciaba a los que se atrevían a fijar como objetivo único de la existencia llegar a la muerte, y encima consideraban ese tránsito hacia la vida eterna como algo deseable:

—¡Y una mierda! —solía protestar, de manera tranquila, pero con pasión y perdiendo las formas en la expresión con frecuencia—. Que se queden ellos con su puñetero paraíso y que nos dejen vivir en paz. Esa gente se empeña en amenazarnos con una eternidad horrible si no nos doblegamos y hacemos exactamente lo que ellos dictan aquí, en nuestra vida terrenal. No hay mayor modo de dictadura ni de esclavitud que el obligar a una persona a actuar de ciertas formas a cambio de una promesa de algo irreal e inventado, y que no se podrá comprobar jamás. ¿Qué sabrán ellos de lo que hay en el más allá, si no han estado allí en su puta vida? No veo que hayan vuelto, una vez fiambres, a decirnos que eso que prometían existe en la realidad. Son filósofos de pacotilla, profetas impotentes camuflados de sabios, charlatanes de feria encumbrados, no entiendo demasiado bien por qué oscuras razones, y venerados como falsos semidioses más propios de una secta perversa que de nada que tenga que ver con la razón y con la ética. Disfrutan prometiendo a los incautos falsedades en el más allá mientras ellos engordan su barriga, su ego y su cartera en el más

acá.

Celeste era una chica peculiar. Diferente para la mayoría, aunque ni guapa ni espectacular. Menuda, muy menuda. Frágil, quebradiza y demasiado bajita para haber cumplido ya los trece. Su pelo, rebelde y ondulado, de un tono semejante a un campo de trigo maduro, enmarcaba un rostro blanco y angelical, lechoso y traslúcido, salpicado de manera aleatoria por unas pecas discretas y distribuidas a puñados, que le otorgaban un aire bohemio y descuidado que le daba un plus de extrañeza animal. Sus ojos, casi transparentes, con iris de miel de tilo y esclerótica amarillenta, parecían los de una muchacha con problemas hepáticos perennes o, al anochecer, los de una enviada del averno.

Era agradable en modales y correcta en el trato, aunque no demasiado popular entre sus compañeros, que no acababan de entender sus rarezas ni de aceptar sus peculiaridades.

Podría haber sido considerada una muchacha con mente de genio y futuro embriagador si no hubiera sido porque ni ella misma lo pensaba y se pasaba la vida escondiéndose y huyendo de las burlas de sus compañeros.

Podría haber sido una muchacha normal si no fuera porque, desde el accidente, había quedado marcada irremisiblemente por fuera, de manera grosera y cruel, y por dentro, sobre todo por dentro, de una forma devastadora e indeleble.

Celeste era una mujer a medio hacer, una chica que podría haber resultado interesante si la gente se hubiera acercado a ella. Pero estaba cubierta por un halo de misterio que empujaba a sus compañeros no solamente a apartarse, sino a sentir rechazo y desprecio. Es un mal demasiado extendido el camuflar el miedo a lo desconocido o a lo diferente bajo una pátina de odio irracional y salvaje, y la chica se convirtió, día a día, curso a curso, en objetivo de la crueldad de quienes la rodeaban, que veían, además, como la muchacha soportaba imperturbable cualquier afrenta a la que fuera sometida.

No podían saber, de manera alguna, que el infierno de Celeste no lo constituían los constantes desagravios a los que la sometían, sino que era algo mucho más profundo y rancio, algo que la vigilaba de manera persistente y constante durante el día y que, de noche, velaba su sueño, esperándola como lo haría un perro fiel, enredado entre los secretos inconfesables de su habitación.

La chica caía con escandalosa frecuencia en un estado taciturno y desolado. Se aislaba y parecía la hija de un ermitaño abandonado en medio de una montaña inexplorada.

Vivía en una agonía eterna, y se debatía entre la rebeldía de su corazón y el hielo eterno de su alma.

Cuando se podía olvidar de sus secretos, casi se sentía como una chica normal, tal vez extraña, rechazada y perseguida, como tantas otras, aunque normal, al fin y al cabo. Pero las cosas extraordinarias que le sucedían, casi a diario, le hacían recordar que su vida no tenía nada de común ni de lógico, y que su existencia se desarrollaba en medio de un páramo lleno de barro y de oscuridad, de charcos pestilentes y ponzoñosos alrededor de los cuales aprendió, con el tiempo, a moverse sin saber hacerlo.

CAPÍTULO 5
TRIBUTOS DE FAMILIA

Dos años antes del accidente
Dieciséis años antes de la metamorfosis
Dieciocho años antes del tránsito

Celeste apenas había cumplido los dos años. Sus padres se amaban con locura y veían en la sonrisa de la niña la guinda perfecta a su historia de amor.

Cuando Trudi Zacariah supo que estaba encinta, la casa se convirtió en una fiesta eterna. Un embarazo no entraba en sus planes de familia pobre. No lo buscaron, aunque no dejaron de amarse en cada rincón y en cada aliento, en cada amanecer y en cada momento. A pesar de no tener apenas nada para ofrecerle a su hija nonata, decidieron que renunciarían a más cosas y que se apretarían más el cinturón y la cartera, ya de por sí exigua, un planteamiento noble y generoso, pero irreal y suicida para una pareja que ya apenas podía sobrevivir antes de tener descendencia.

A los seis meses de embarazo, decidieron ofrecerle a la vieja señora Adelaida Bernstein, madre de Trudi Zacariah, una habitación raquítica en el piso en el que malvivían de alquiler. La sacaron de la residencia en la que se marchitaba en vida, y le acondicionaron, con poco gusto y demasiada urgencia, una pequeña alcoba adyacente a la cocina, que hacía las funciones de alacena pero que ni en sus mejores sueños podía pasar por una habitación digna para un ser humano.

El matrimonio estaba convencido de que el nuevo papel protagonista de la señora como abuela de la niña que iba a nacer obraría el prodigio de volver a entusiasmarla por la vida, pero no había santo ni acto milagroso que fuera capaz de rehabilitar una mente enferma, avejentada, agotada y llena de zonas oscuras que tenían a la pobre mujer mucho más cerca de la muerte que de cualquier esperanza de reincorporarse a la sociedad.

El motivo principal de la locura de resucitar a una abuela enterrada en un asilo disfrazado de residencia con aparente clase no era otro que el de ahorrarse la mensualidad que les costaba tener a la anciana apartada del mundo y, por qué no decirlo, de sus vidas. A pesar de que no era mucho, ya que la residencia era estatal y apenas se cobraba un precio simbólico por la experiencia del todo incluido entre cadáveres andantes, les serviría para poder atender a su hija con un mínimo de decoro.

El embarazo fue generoso con ellos y Trudi apenas tuvo más molestias que la de ver crecer una tripa que le deformaba el cuerpo menudo que siempre había tenido y soportar un apetito sexual mucho

más voraz e implacable que cuando empezaron como novios, en un rincón perdido del tiempo. Porque Gertrude Bernstein y Haziel Zacariah se hicieron inseparables desde su más tierna infancia, ya en la escuela primaria de su ciudad natal, y siguieron juntos hasta que, más pronto que tarde, se ennoviaron más por inercia que por intención y, luego, se dieron cuenta de que habían acertado con su elección, a pesar de todo y sin plantearse que para elegir o descartar, a veces, es necesario saber qué ofrecen las diferentes opciones.

Se casaron más por la urgencia de irse a vivir juntos que por convicción, ya que la señora Bernstein, ahora embalsamada y moribunda, había sido una guerrera de tomo y lomo, y decidió por los chicos que nadie se iba a vivir con nadie sin pasar por el alborozo del santo sacramento, a pesar de que ninguna de las dos familias era de religión ni de pedigrí conocidos. Para no tener que luchar contra los elementos, Trudi y Hazzy se prometieron a la carrera y se casaron cinco meses después, en una ceremonia sin boato ni prensa, y casi sin testigos. Lo hicieron a regañadientes, con el único fin de convertir, a los ojos de la madre de ella, el fornicio impuro y desviado en un acto de comunión de dos cuerpos en uno y todas esas milongas absurdas que se empeñan en defender ciertas religiones, bastante más desviadas en sus planteamientos que en las bases que las originaron. Se casaron, a pesar de que ella trabajaba de reponedora en un supermercado y él seguía estudiando para labrarse un futuro.

—Dios proveerá —proclamaba a los cuatro vientos, alegre y creyente, la vieja señora.

—¿Qué coño proveerá, Adelaida? —refunfuñaba su marido, convencido de que ahora le tocaría mantener dos casas— Y ¿de qué Dios hablas, hija mía? ¿Del tuyo? ¿Del de la vecina? ¿De ese que permite tanta desgracia y tanta mierda? Pues si hemos de esperar que ese engendro provea algo, vamos apañados, nosotros y los niños, que los has casado porque te ha salido del mismísimo *toto*, mujer. ¿No ves que no tienen donde caerse muertos todavía? Ya crecerán y tendrán sus trabajos y sus ingresos, pero, ahora, ¿de qué van a vivir? ¿De follar todo el día como conejos? Porque de otra cosa, ya me dirás. Y una buena cópula, o tres o un ciento, pueden alimentar el alma a la vez que vacían las reservas, las gónadas y las vergüenzas, pero no son lo más indicado nutritivamente si no van acompañadas después de un buen puchero.

El señor Bernstein, cabal y equilibrado, siempre decía que solamente había cometido un error en su vida: enamorarse de Adelaida. Y sus amistades, a pesar de que no lo decían, coincidían con esa afirmación. El pobre hombre no tuvo tiempo de comprobar de qué coño viviría la pareja, como decía él, porque tres semanas después de la boda un camión lo arrolló cuando cruzaba en rojo la avenida. No

hizo falta hacer ninguna prueba que identificara los restos, ya que había sido a plena luz del día y hubo varias decenas de testigos que vieron al caballero pisar la calzada de manera inapropiada y sin hacer caso a los bocinazos desesperados que lanzó el camionero antes de pasarle por encima como si fuera una apisonadora. Tardaron varios meses en recoger todos los restos que quedaron esparcidos por el asfalto. El señor Bernstein ya estaba enterrado, rezado y casi olvidado cuando todavía se apreciaba una mancha parduzca sobre el suelo de la avenida, que con toda seguridad correspondía a parte de la sangre derramada que quedó grabada de forma indeleble sobre el gris oscuro del carril de deceleración.

La desaparición de su marido comenzó a certificar la muerte de Adelaida Bernstein, que enloqueció no tanto de amor, que de eso no iba sobrada, sino de desespero al cavilar qué haría a partir de entonces, sin los ingresos que su marido traía a la casa y viviendo de una pensión de viudedad que no estaba nada mal, pero que no le permitía seguir con el ritmo de vida al que había estado acostumbrada desde tiempos inmemoriales.

Los primeros días de estar en la casa de su hija y de su yerno, fueron duros y eternos para la anciana. Echaba de menos la algarabía de risas agónicas que le llegaban desde la sala de estar de la residencia, donde varios caballeretes y alguna dama atrevida se jugaban las monedas y los garbanzos al tute o a la canasta, que para las cartas los ancianos eran muy instruidos. Añoraba las cenas, sentada en la cama, de agua sucia y caliente que disfrazaban como caldo de verduras, o de esas bolas de harina cruda que se atrevían a llamar croquetas. Odiaba esa comida, pero se lo pasaba en grande criticando a todo bicho viviente y, en ocasiones, también muriente, con Francine, la joven enfermera venida del extranjero, que tenía la misma cantidad de belleza que de mala baba, y que, años después, se convirtió en portada de todos los rotativos del mundo cuando fue detenida, juzgada, condenada y ajusticiada por haber facilitado el trámite hacia el otro barrio a más de un centenar de ancianos, presurosa para que sus víctimas conocieran de primera mano y sin intermediarios qué demonios había detrás de la muerte.

Adelaida vagaba como un alma en pena, recorriendo arriba y abajo los cincuenta metros cuadrados mal contados del piso, agobiada por tener como habitación, sala, capilla y retiro una estancia de apenas seis metros cuadrados. Cuando se hartaba de su encierro, cogía el bastón con mango de plata y paseaba por el apartamento, que no era mucho más grande, pero que le permitía escapar del aire enrarecido de su cuarto sin ventana ni más ventilación que la que podía entrar por la puerta de la cocina. Lo malo es que la señora no distinguía la noche del día, ni los días laborables de las fiestas de

guardar, ni quería conocer el ritmo vital de una casa a la que había sido arrastrada contra su voluntad. Esa anarquía horaria le llevó a sorprender con mayor frecuencia de la deseada a su hija, con una tripa descomunal y ochomesina, en pelotas y como si se acabara el mundo, fornicando con Hazzy, que en esos momentos tenía más el aspecto de un niño chico encaramado a un balón de playa, de esos azules inmensos que publicitaban una vieja marca de crema corporal y facial, que el de un macho fecundando a su hembra. Se originaba una guerra de chillidos, reproches, acusaciones y desagravios, y todo terminaba con la madre amenazando a la hija, con la hija insultando a la madre y con el marido refugiando su hombría desinflamada bajo la sábana, temeroso de que tales escenas le acabaran provocando un quiste testicular por acumulación de esperma amotinado. Hazzy y Trudi, que jamás en su vida habían sabido lo que era el coitus interruptus, se acabaron convirtiendo en profesionales, especialistas y eruditos de ello, y, de paso, aprendieron lenguas muertas, ya que llegaron a jurar en latín y en sánscrito, y a maldecir en griego antiguo y en arameo.

CAPÍTULO 6
PRESAGIO

Cuatro años antes del accidente
Dieciocho años antes de la metamorfosis
Veinte años antes del tránsito

Cuando faltaban cuarenta y ocho horas para salir de cuentas, Trudi se puso de parto. Hazzy, que era muy cuadriculado para todo menos para los temas de dinero, estuvo maldiciendo a la ginecóloga que vaticinó que la niña nacería dos días después de la luna llena de marzo.

—¡Joder, si lo sabe todo el mundo! —se quejaba amargamente, sin importarle un pijo que se encontraran en medio de la sala de espera y que estuvieran rodeados de gente que miraba como él renegaba y como ella se retorcía entre dolores inmemoriales con movimientos aletargados y espesos, como si fuera una boa constrictor que acabara de tragarse de una sentada un camión cisterna gigante y le hubiera provocado una acidez insufrible—. Los niños nacen cuando llega el plenilunio. Estaba cantado.

Las quejas del padre primerizo eran más por los nervios del momento que porque le importara una mierda que su hija naciera en jueves o en sábado. El parto le había trastocado sus planes y eso le había sacado de quicio.

La ginecóloga, en el fondo, tuvo razón, porque el alumbramiento de la niña empezó el jueves de madrugada, pero no terminó hasta bien entrada tarde del sábado. Trudi estaba desesperada y desordenada, y se sentía un pelele en manos de unos médicos que la tocaban y la intubaban por todas partes, pero que se negaban a hacerle un tajo en la tripa para sacarle el monstruo que llevaba dentro

—¡Joder, hacedme una cesárea! —bramaba a cada rato, cuando llegaba la contracción y ella pensaba que se moría.

—No seas antigua, muchacha —le decía una voz de chica, no sabía muy bien de quién y bien poco le importaba—. Eso de la cesárea es muy poco moderno. Te deja una cicatriz que se te verá toda la vida y, encima, el bebé sufre porque le estamos negando la dicha del parto natural.

—¡Te voy a matar, hija de la gran puta! —se desgañitaba ella, a modo de respuesta—. Te juro que voy a buscarte, a secuestrarte y a cortarte a trocitos. ¿Qué no sufra el bebé, dices? Que le jodan, al bebé y a tu puta madre.

—Venga, cariño, empuja ahora —le decía esa misma voz, a la que acababa de insultar gravemente, de amenazar de muerte, de tortura y de amputación, sin ni siquiera mostrar un poquito de miedo,

manteniendo el tono falsamente complaciente que había tenido todo el mundo con ella desde el momento en el que entró en el hospital—. Con un poco de suerte, ahora saldrá.

Estuvo arrastrándose por la camilla del paritorio durante casi sesenta horas, sin apenas probar nada, ni líquido ni sólido, rabiando de dolor cada tantos minutos, soportando la cara de palo de su marido, que salía de vez en cuando de la sala a airearse, y empujando por instinto, con más fuerza que la que haría un equipo fornido de rugby entero en plena melé, sin saber muy bien qué hacía. Lo único que consiguió durante esos dos días y medio eternos fue cagarse encima cuatro o cinco veces y desear la muerte, suya y de la humanidad en pleno, en más de mil ocasiones. Finalmente, cuando ya había perdido toda esperanza de llegar a puerto, fuera bueno o malo, que le importaban bien poco en aquellos momentos esas chorradas, la niña se escurrió como una anguila de sus entrañas y empezó a berrear como una posesa.

Trudi lloraba, nunca supo si por emoción, por desespero o porque era consciente de que, contra todo pronóstico, viviría lo suficiente como para poder ver el último capítulo de su serie favorita, que echaban el domingo en franja vespertina, y que la había tenido enganchada a la pantalla durante ciento veinticuatro semanas consecutivas. Unas horas antes de conseguir que saliera la criatura, incluso había llegado a pensar que seguiría de parto durante varios años, batiendo cualquier récord conocido o por conocer y perdiendo su juventud y su vergüenza anegada en sus propios líquidos internos, espatarrada y descoyuntada como un conejo sobre el colchón áspero de la camilla del paritorio, que más le parecía una tabla de torturas medievales o, en sus peores minutos, una fría mesa de la sala de autopsias de la morgue.

Hazzy también lloraba. Y no era por desespero, en su caso, ni mucho menos por ver el final del culebrón que su mujer se estaba tragando hacía más de dos años. Lloró porque era su manera de reaccionar hacia casi todo lo que le parecía bonito, varias veces al día y para desesperación de los que le rodeaban. Era extraordinariamente emocional y sensible hasta el hartazgo. Se extasiaba al ver una puesta de sol, una película romántica, unas escenas de hambruna en el telediario o al leer un poema que hablara de amor, por sencillo y básico que fuera, que él tampoco daba para mucho más. Pero también se le mojaban los ojos con una simple referencia a una imagen del pasado, con ciertos reclamos publicitarios lacrimógenos, con el abatimiento de un perro abandonado en la calle o con cualquier cosa que le hiciera vibrar el alma.

—¡Por el amor de Dios, Hazzy! —le chillaba Trudi, desesperada, cada vez que veían la tele juntos—. Por la puta factura de la luz

deberías llorar, y no por un maldito anuncio de turrón.

¡Cómo no iba a llorar cuando le pusieron a su hija en brazos! Una vez se dio cuenta de que su mujer había dado a luz a una niña preciosa, sonrosada y regordeta, a pesar de tener la cabeza un poco apepinada por el uso del fórceps en los últimos momentos del parto, el pobre hombre se echó a llorar y, como quien se arranca por bulerías tras un exceso de fino o de manzanilla, se tiró toda la noche dale que te pego, lágrima arriba, lágrima abajo, sintiéndose el padre más dichoso del universo. Una hora después del alumbramiento, una enfermera que él confundió con una diosa, de lo blanca nuclear que iba, le puso un paquete en los brazos y le dijo un «esta es tu hija» tan arrastrado que casi no la entendió. Miró dentro del trapo y vio la cara achinada de una especie de muñeca de cera, calva como un buda reclinado y tan extrañamente preciosa como una aurora boreal. Cuando vio a su pequeña, su llanto se transformó en un caudal torrencial y salado.

—¡Joder, Hazzy! —le chilló su mujer, que contemplaba la escena desde la cama, desesperada, con las pocas fuerzas que le quedaban tras el parto—. ¿Tan fea es?

—No —respondió él, sorbiéndose los mocos y tomando conciencia de que estaba viviendo un momento irrepetible de su existencia—. Al contrario, mi amor. Es preciosa, es maravillosa, es divina.

Al ver que el hombre no paraba de llorar y no hacía nada con la neonata, uno de los enfermeros, que solo quería irse a dormir de una maldita vez en lugar de aguantar a unos padres primerizos y especialmente torpes, le arrancó el hatillo con la niña de los brazos y se la encasquetó a la madre, que intentaba interiorizar que había sobrevivido a la carnicería. La niña se despertó y, por instinto y un poco por mala leche, abrió la boca buscando el calostro áspero de la madre. Esta, sin entender ni por milagro divino qué le pasaba a la pequeña, se quedó quieta, y el mismo enfermero, sin nada de pudor y con menos delicadeza, le apartó el camisón y le sacó a empellones una teta, amoratada, hinchada y llena de venas. La niña se acopló como si fuera una sanguijuela y empezó a mamar como una posesa, haciéndole entender a la pobre Trudi, en unos segundos, que la vida de una madre era muy dura, abnegada y sacrificada desde el primer instante.

Esa noche durmieron a retales, poco y mal y, a la mañana siguiente, ella pidió permiso para ir al baño y para que su marido le sacara a dar una vuelta, aprovechando que hacía un día precioso, hasta la terracita de la primera planta, donde se encontraba su habitación.

Después de darse una ducha y de orinar cuatro horas seguidas, o

eso le pareció, se limpió con unas gasas los pechos supurantes y se enfundó en un camisón nuevo, que le venía diez tallas ancho, puesto que se lo había comprado pensando en su tripa de gestante por costumbre.

Hazzy la sentó en una silla de ruedas a la cual le faltaba un buen engrasado y la empujó por el pasillo, poco a poco, hasta que dieron con la puerta de acceso al exterior. Una vez franqueada, fueron hasta un banco bañado por el sol y se sentaron uno al lado del otro.

—Nunca había imaginado que fuera tan maravilloso ser padre —dijo él, con la voz trémula y entrecortada por la emoción.

—Yo no te puedo decir lo mismo, cariño. Necesito descansar y, por el momento, cada vez que traen a la niña a la habitación es para mí un suplicio. Me duelen ya los pechos y no llevo ni veinticuatro horas amamantándola. Me hace daño cuando succiona, siento como si me arrancara el pezón y me lo acaba dejando en carne viva, de tal manera que no soporto luego que me roce ni la tela del camisón. Tú lo verás muy bonito, eso de ser padres, Hazzy, pero yo, por el momento, no le encuentro la gracia.

—Pero…, es que es preciosa —dijo él, como toda respuesta a los sufrimientos de la mujer—. Tiene tu misma cara y tu sonrisa, y creo que se parece a mí en lo luchadora que es.

Los padres, al igual que los abuelos de cualquier parte del mundo, y es de suponer que al igual que cualquier criatura de cualquier universo, no son conscientes de lo ridículos que suenan cuando se empeñan en encontrar parecidos con sus hijos, sobre todo cuando están recién nacidos. Intentando sentirse satisfechos por ser buenos padres, por una necesidad absurda de demostrar que son descendencia e incluso propiedad suya, apoyándose en semejanzas físicas muy discutibles, empiezan ya desde muy pronto a negarles a los descendientes el derecho a ser únicos e irrepetibles, y a no parecerse a nadie, que ni es deseable ni tiene ningún provecho ni lleva a ninguna parte.

—¡Ay, mi pequeña guerrera! —insistió él, como explicándole a su mujer y a quien quisiera escuchar que la niña sería, porque a él se lo parecía así, valiente e intrépida.

En ese momento, se miraron y se dieron cuenta de que, después de tanto tiempo de embarazo y de tantas noches en vela, amándose mal y a escondidas de doña Adelaida, de tantas conversaciones a oscuras y de tantos sueños compartidos, nunca habían hablado del nombre que le pondrían a la niña.

Sonrieron, por primera vez en varias semanas y, tras retarse a encontrar un nombre con el que inscribir a la pequeña a la mañana siguiente, en cuanto abriera el registro de la villa, levantaron la cabeza y vieron como el cielo estaba radiante y de un azul precioso,

rotundo e insultante.

Trudi miró a su marido y dijo, con toda la seguridad del mundo:

—¡Hace un día tan bonito! El sol es reconfortante cuando calienta de esta manera, y ese cielo raso nos llena de energía. Creo que eso es una señal. Podemos llamar a nuestra hija Celeste, como este cielo que hoy nos abriga. ¿Qué te parece? Celeste Zacariah. Suena a aristocracia de la buena, de esa de lujos, dineros y fiestas. Hasta me caería bien, nuestra pequeña Celeste, si no se empeñara en morderme las tetas como si fuera una salvaje caníbal.

Hazzy sintió que el nombre de Celeste era el mejor del mundo, y no pudo imaginar ya a su hija con otro nombre que no fuera ese.

—Celeste Zacariah —murmuró, con una sonrisa bobalicona, mientras sus ojos se anegaban una vez más de lágrimas—. Nuestra Celeste tendrá una vida formidable y llena de venturas. Mira, cariño mío, la belleza del cielo que tenemos hoy, desde aquí hasta el horizonte. Viendo esto, que alguien se atreva a decirme que esta niña no será especial, siendo hija nuestra y de este día tan espectacular.

Antes de estar convencidos de que su niña sería un ser afortunado no tuvieron la precaución de mirar hacia atrás, allá donde se estaba formando una espiral negra y atormentada que iba ocupando el cielo, y que salpicaba el azul límpido y celeste con perlas azabache que, como un sortilegio, parecía que anunciaban la proximidad del fin del mundo.

Pocos minutos después de que regresaran a la habitación, mientras él echaba una cabezada y ella intentaba soportar que la niña le volviera a torturar el pecho, ese cielo azul y diáfano que había bautizado casi por un azar a la recién nacida, se fue cubriendo, poco a poco, de un negro amenazante y, al cabo de unas horas, cuando ellos ya ni recordaban el calor del sol de esa mañana de domingo y estaban acabando de preparar la bolsa para regresar a casa, unas nubes grises y espesas descargaron sobre la villa la peor tormenta que se recordaba en años.

Esa oscuridad y ese viento desangelado eran, sin duda, un presagio que ellos no supieron ver y que Celeste, ajena todavía a este mundo, no podía ni siquiera imaginar que la marcaría para toda la eternidad.

CAPÍTULO 7
MALOS TIEMPOS

Los primeros días con la pequeña en el apartamento de los Zacariah no fueron nada fáciles. A pesar de que les habían explicado miles de veces la dureza de tener a un recién nacido en casa, no se hicieron una idea, como les pasa a todos los padres primerizos del mundo, hasta que se encontraron inmersos en esa locura, que de bendita no tenía nada. Sin importar qué hora fuera, de mañana, tarde, noche o madrugada, la pequeña Celeste berreaba cada dos o tres horas pidiendo alimento. En ese momento, se olvidaban todos los pactos previos a los que había llegado el matrimonio, sobre a quién le tocaría atender a la pequeña cada vez. Trudi gruñía hasta que Hazzy se levantaba, de malhumor y a regañadientes, murmurando por lo bajo que no le tocaba a él, le tocase o no, lo cual le restaba credibilidad y le otorgaba un plus de ridiculez. Cogía a la niña y la acunaba sin mucho espíritu ni demasiado amor, y la llevaba hasta la madre, ya dispuesta al sacrificio, con el pecho descubierto y la entraña revuelta, sabiendo lo que le esperaba. Diez, quince minutos como máximo, y la niña parecía satisfecha. La mujer se limpiaba los pezones, llenos de rastros de leche espesa y de babas, y se daba la vuelta para intentar descansar, tras pasarle a la pequeña a su padre de nuevo. Este daba golpecitos en la espalda de la niña y la colocaba en la posición idónea para que regoldara. Cuando lo conseguía, la llevaba de nuevo al moisés y la acostaba, con la vana esperanza de que se durmiera enseguida y le diera la oportunidad de regresar a la cama. Pero eso no pasaba casi nunca. Hazzy mecía suavemente la cuna y permanecía atento a cualquier indicio que le llevara a pensar que Celeste se estaba quedando dormida. Pasada media hora, el balanceo era más violento y salvaje, y, a la hora, el moisés ya parecía un barco pirata de feria atravesando un tsunami de otoño. Finalmente, no por la acción del padre, que si fuera por eso la niña acabaría vomitando después de cada toma, sino porque a la niña así le salía del mismísimo, se quedaba dormida y Hazzy, con el brazo dolorido, regresaba a la cama, desvelado y lleno de hastío. Cuando se quedaba de nuevo dormido faltaban apenas cuarenta y cinco minutos para que la niña pidiera de nuevo su ración de leche materna.

Eso era así las noches que tenían suerte. Las que no, se complicaban con episodios de cólicos que tenían a la niña llorando durante horas, sin piedad ni futuro, y que provocaban que su madre estuviera renegando desde la cama y exigiéndole a gritos al padre que la hiciera callar para que ella pudiera descansar un poco después de amamantarla, y llevaban al pobre Hazzy al borde del suicidio, del

uxoricidio o del infanticidio, que tanto le daba cuál de esas opciones fuera, siempre que consiguiera traer de nuevo la paz a la casa.

Paseaba por la sala, una estancia escuálida de tres por cinco, sorteando los muebles con la niña en brazos, acunándola y susurrándole al oído cosas bonitas y tonadas estúpidas, aunque en su mente proyectaba sobre ella las más variadas formas de tortura inquisitorial que se le podían ocurrir a alguien muy desequilibrado. Cuando veía que estaba a punto de alcanzar la distancia de una maratón y la niña seguía berreando, la aupaba con los brazos arriba y la hacía saltar, por si la niña se sentía a gusto y sonreía, pero, como mucho, conseguía que le vomitase sobre el pelo la última toma que la pequeña había tomado en la teta de su mujer a pequeños sorbos, aunque la esparcía sobre él en un chorro único, descomunal y avinagrado, infestado de coágulos de leche y algo que no podía ni quería describir, pero que le recordaba al moco caliente.

—¡Joder! —bramaba él.

—Hazzy, ni se te ocurra gritarle a la chiquilla —se desgañitaba Trudi desde la cama—. No le digas palabras malas, que le pueden afectar. ¡Pues vaya mierda de padre que eres! ¡Qué poca paciencia! Si es que, al final, lo voy a tener que hacer todo yo.

Y el hombre rezaba muy bajito para que fuera así, pero la mujer no se movía de la cama. Se daba media vuelta, se tapaba la cabeza con la almohada e intentaba seguir durmiendo.

De repente, aparecía por la puerta de la cocina, para apoyar a Trudi, el séptimo de caballería disfrazado de señora mayor:

—Pues vaya un inútil con el que se ha casado mi hija —disparaba sin piedad doña Adelaida—. ¿Qué pensabas que era, esto de ser padre? Claro, tú a darte al vicio ese de la copulación sin freno y a dejar preñada a mi niña, sin pensar en las consecuencias. Pues ahora, a apechugar como un hombre. Yo podría haber criado diez hijos sin dificultad, ya te lo aseguro. Es que os ahogáis en un vaso de agua.

Y Hazzy callaba por no tenerla. Estaba exhausto y no quería recordarle a la señora que su difunto marido, el añorado y ecuánime señor Bernstein, le había contado mil veces que Trudi era hija única porque doña Adelaida le había dicho que no pensaba volver a transitar por el calvario que era criar a una hija.

La anciana, una vez soltado el exabrupto, volvía a meterse por la puerta de la cocina, trasteaba en el armario de las galletas, que, a su edad, necesitaba acallar un murmullo que sentía por encima del ombligo, para descartar o confirmar que no se tratara de un infarto, según decía, y se encerraba en su cuartucho inmundo sin ofrecer ayuda ni consuelo.

Hazzy se limpiaba como podía y miraba, esperanzado, el pañal de la niña, por si todo el escándalo era debido a una diarrea

espectacular o, aunque fuera, a un palomino mal ejecutado. Pero no había ni asomo de nada sucio. Al contrario, estaba la prenda inmaculada y seca, y el padre ya no sabía qué hacer, y subía y bajaba a la niña, le daba vueltas y la observaba de arriba a abajo, buscando un botón de encendido y apagado, o alguna evidencia que pudiera explicar el estado de desasosiego de la pequeña Celeste.

De repente, sin entender el porqué, la niña se callaba y entraba en un estado de duermevela suficiente para que Hazzy la depositara en el moisés consciente de que se dormiría y, efectivamente, al cabo de pocos instantes, la pequeña relajaba el semblante, succionaba el chupete con suavidad y se quedaba quieta, inmóvil, con las manitas vueltas hacia arriba y una gloriosa respiración acompasada.

—¡Qué bonita eres, hija de puta! —le susurraba su padre, muerto de cansancio, pero emocionado al ver que su Celeste, por fin, descansaba.

Mientras se enjuagaba un par de lágrimas que le abrían camino por las mejillas, el pobre hombre regresaba a su cama para dormir, aunque fueran un par de minutos. Se acostaba y sentía como su espalda crujía. No se había dado todavía la vuelta cuando su mujer, a traición y por sorpresa, le abrazaba y le decía:

—¡Ay, mi hombretón! Me he desvelado con tanto escándalo. Venga, cariño, que la niña tiene que comer de nuevo en veinte minutos. Tanto jaleo me ha puesto caliente. Fóllame ahora mismo, antes de que se despierte o de que aparezca mi madre.

Hazzy disimulaba su desesperación y se disponía a satisfacer los deseos de su esposa sin tener impulsos, apetencias ni alma para ello. La besaba y, mientras deshacía el nudo de su pantalón de pijama para librarse de él, musitaba:

—¡Puta vida!

Todavía tenía que escuchar, cuando estaba en plena faena, enterrado en la entraña de su Trudi, como esta le soltaba, entre embestida y embestida:

—Y, por Dios, cariño. Cuando acabemos, y antes de dormirte, date un agua, hombre, que hueles raro, como a leche agria. Porque tenías ganas y yo soy muy sufrida y cumplo, pero es para mandarte a la ducha sin dejarte ni que empieces a tocarme un pelo. Mucho semental y lo que quieras, pero echas un pestazo a choto avinagrado que tira para atrás.

CAPÍTULO 8

CONVIVENCIA

Poco a poco, esos episodios se fueron superando. Trudi renunció pronto a seguir atetando a su hija, y el paso de la leche materna al biberón fue una bendición para la casa y, sobre todo, para la pareja. La niña aceptaba mucho mejor ese mejunje amarillento, espeso y artificial que salía con dificultad del biberón. Succionaba con fuerza y, cuando todavía le quedaba más de la mitad, se empezaba a amodorrar. Sus mejillas se sonrosaban, fruto del sopor y del calor de la leche, y seguía comiendo, con menor fuerza, pero sin parar ni un instante hasta que terminaba. Muchas veces, ni tan siquiera soltaba el regüeldo reglamentario, ya que, cuando le retiraban la tetina, estaba profundamente dormida, y podía estar en ese estado milagroso hasta casi siete horas, que les sonaban a los padres como a paraíso con música de clarines y trompetas de fondo. Se acabaron los cólicos, que la pediatra dedujo que eran provocados por algún componente de la leche que fabricaba el cuerpo de Trudi, y pasaron a la historia las noches de agonías, reproches y odios inmemoriales.

Lo que no se pasó, en ningún momento, fue el apetito sexual de la pareja, que seguía deseándose y buscándose de lunes a sábado; aprovechaban los domingos y fiestas de guardar para hacerse los remolones en la cama, mientras no se despertaba Celeste, y daban rienda a su pasión sin importarles un pijo que los muelles del colchón reclamaran un engrasado urgente en pos del decoro debido en el vecindario.

Doña Adelaida hubiera podido escoger el camino de respetar esos momentos de intimidad de la pareja, que bien era cierto que eran casi diarios, pero a unas horas muy concretas en que una señora de su edad debía estar haciendo crucigramas o mesas de relojero en su habitación mientras escuchaba la santa misa o cualquier pantomima coreográfica de tono y ridiculez similares. Además, esas cópulas eran fácilmente detectables por el concierto con el que se arrancaba el somier del matrimonio, que sonaba como una fanfarria festiva acompañando las embestidas acompasadas de Hazzy.

Pero la anciana escogió el otro camino, el más peligroso y desagradable, el que, en cierto modo, un tiempo después la llevó, de una manera inesperada, a reunirse con su difunto marido.

Doña Adelaida decidió que no volvería a esa casa una época tan aciaga como la que se había vivido desde la llegada de la pequeña Celeste, y se dispuso a abortar cualquier intento de procreación de la pareja.

«Si ellos no son capaces de aguantarse e interrumpir sus coitos, tendremos que hacer un trío, Dios me perdone por mencionar semejante aberración, en el que ellos dos copulan y yo interrumpo. Así, no hay peligro de preñez», pensaba la anciana.

Y dicho y hecho, en cuanto escuchaba el más mínimo chirrido de muelles procedente de la habitación matrimonial, ella se ponía en marcha. Agarraba su bastón y se desplazaba todo lo rápido que le permitían sus piernas hasta dar con la escena lujuriosa de la pareja en pleno goce. Incluso, en alguna ocasión, aparecía en el quicio de la puerta del matrimonio como si fuera un fantasma, solo para apercibirse de que había sido una falsa alarma y que, únicamente, o Trudi o Hazzy habían cambiado de posición. Soltaba un gruñido quedo de aprobación y regresaba, pasillo allá, hacia la cocina que la conducía a su reducto.

Doña Adelaida apostaba todo su futuro a interrumpir el pecado que, según ella, pretendía cometer la pareja con insultante asiduidad. Por mucho que estuvieran casados —se repetía constantemente la anciana—, no se podía consentir que fornicasen, ya que, si lo hacían por placer, era un pecado de los gordos, y si lo hacían para aumentar su descendencia, era, igualmente, una grosera barbaridad, con toda probabilidad mal vista por los ojos del Señor, ya que se pondría en peligro la armonía conyugal y la vida de una anciana como ella si una nueva criatura venía a viciar otra vez el aire de ese hogar.

Ya podían amenazarla con regresar a la residencia, con encerrarla con llave por fuera en su lúgubre cuartucho o con ingresarla en un sanatorio mental. Ella no cejaba en su empeño, y cópula que detectaba, cópula que interrumpía.

Así estuvieron casi cuatro años, en que la pareja no tenía más remedio que aliviarse de cualquier forma que no significara un movimiento enérgico suficiente como para alertar a la anciana. Descubrieron la gracia y el goce de los trabajos manuales y de la tradición oral, pero echaban de menos el fornicio sin freno y sin remordimientos, que solo podían permitirse de uvas a peras y aprovechando alguna visita de doña Adelaida al médico, que era muy de vez en cuando, o la asistencia de la anciana al tanatorio para despedir a alguna de sus amigas, que eran bien pocas de corazón, pero muchas de boquilla y de interés. Sabían que el desplazamiento hasta la capilla ardiente y el rezo de tres rosarios les daba para un par de intentos de cópula, aunque también deprisa y corriendo, ya que estaban pendientes de las necesidades de Celeste, que vivía y moría con ellos, de sol a sol. Cometieron el error de hacer caso a la abuela, que unos meses atrás les quiso hacer ver que no era necesario que llevaran a la niña a la guardería hasta que fuera mayor, ya que estaba ella en casa para cuidarla. Que doña Adelaida se ofreciera para cuidar de su nieta no era motivo suficiente para convencer a la pareja, pero sí que fue determinante el dinero que se ahorraban teniendo a la pequeña en casa.

Con lo cual, si no era la abuela la que les interrumpía sus accesos

libidinosos y lúbricos, era la niña la que decidía llorar para pedir comida, pis o agua. Incluso, cuando Celeste ya tenía un año cumplido, solía gatear hasta la cama de los padres cuando estos se hallaban en pleno intercambio de pasión, que la pequeña interpretaba como jolgorio, y se empeñaba en subirse a la cama y encaramarse a la espalda del padre o de la madre, dependiendo de quién estuviera en esos momentos en posición dominante, para participar del juego.

Trudi seguía trabajando en el mismo supermercado que cuando se casaron y Hazzy había cambiado varias veces de estudios. No era constante cuando algo no le interesaba, y nada le llenaba lo suficiente como para dedicarle horas de lectura y de hincar codos. Hasta que, unos meses atrás, vio un pequeño anuncio en la prensa de la villa que le llamó la atención y que cambió para siempre el rumbo de su vida:

«Si deseas especializarte en algo diferente y con muchas posibilidades de trabajo bien remunerado, no lo dudes: hazte tanatopractor.»

Le fascinó desde el primer momento. No sabía que existía algo así. Las personas tienden a no imaginar profesiones que, si fueran un mínimo de lógicas, entenderían que existen. Pero como tienen vinculación con temas que se adentran en territorios prohibidos, inquietantes o desconocidos, la parte del cerebro que rige la protección y la complacencia las descarta y las da como no existentes. Algo de eso pasa con los profesionales que se dedican al negocio de la muerte, siempre en auge, sin duda. No entiende de crisis ni de malos tiempos ni de restricciones. Y muy poca gente se siente cómoda o, por lo menos, indiferente, rodeada de cadáveres y de prejuicios más propios de las supersticiones y de la cortedad de miras que de la realidad natural y biológica de la existencia del cuerpo humano.

Arrancó el anuncio y se fugó de la cafetería como si fuera un delincuente, empujando el carrito en el que dormía plácidamente Celeste. Se dirigió al supermercado a recoger a Trudi y la invitó a un chocolate, a pesar de que era ya más de media tarde y debían regresar a casa a darle el biberón a la niña.

—¿Con qué dinero? —preguntó Trudi, medio incrédula, medio escandalizada, cuando su marido le enseñó el trozo de periódico que exhibía como si fuera un milagro—. ¿Cómo vamos a pagar el curso? No digas tontería, Hazzy, por Dios. ¿Qué se te ha perdido a ti entre cadáveres? Y luego, pretendes llegar a casa y tocarme con esas manos llenas de a saber qué microbios.

—Cariño, sé razonable —intentaba serenar él—. He estado investigando y en el tanatorio de la villa está un tal señor Herzog. Se jubila en poco más de tres meses. No me dirás que no podría yo optar a ese puesto. Si estudio y me empeño, puedo hacerlo.

—Pero, Hazzy, mi amor —repuso ella, desesperada—. ¿Muertos?

¿En serio? ¡Qué asco! ¡Te lo prohíbo! ¡Ni se te ocurra! Si no, tendremos problemas graves. ¿Cómo quieres mirar a la cara a tu hija estando todo el día entre muertos? Tendrá pesadillas por tu culpa, ¿no lo ves? Y yo también. Nos harás unas desgraciadas.

—Pagan muy bien, mi amor —dijo él, bajando la voz, como en una confidencia—. Casi el triple de lo que cobras tú. Podríamos devolver a tu madre a la residencia y viviríamos bien.

—¿Muy bien? —reaccionó ella, con los ojos abiertos como platos y cambiando su rictus severo de disgusto por una sonrisa camuflada y preñada de duda—. ¿Cuánto es muy bien, exactamente?

Su marido le susurró una cantidad indecente de dinero que hizo que el estómago de Trudi se descompusiera de gusto y de excitación.

—Me parece una muy buena oportunidad, cariño —sentenció feliz la mujer—. ¡Ay! Si ya decía yo que tú llegarías lejos. Estaremos muy orgullosas de ti, Hazzy, bonito. Ahora, a estudiar como un jabato. No me defraudes. Lo orgullosa que estará nuestra Celeste de su padre enterrador y la de chismes y anécdotas que nos contarás. Ay, mi machote. Si no fuera porque está mi madre dando por saco, dejaría que me hicieras otro hijo solo llegar a casa.

Con el tiempo, diría Trudi a quien quisiera escucharla que fue ella la que animó y empujó a su marido a estudiar una ciencia tan interesante como la Tanatopraxia, y que, pese a las reticencias de su hombre, el criterio lógico de esposa abnegada y de mujer resuelta se había impuesto, y ahora Hazzy era un hombre querido y respetado por todas las personas que lo rodeaban, estuvieran vivas o muertas. En el fondo, y sin tener que escarbar mucho, Gertrude Bernstein no era demasiado diferente a su madre, doña Adelaida, aunque ella siempre renegara de quien opinaba esa barbaridad, y dijera, medio ofendida, que estaba muy equivocado quien pensara que era igual que la anciana y peculiar señora.

Hazzy vio el cielo abierto y la posibilidad de ofrecerle un futuro más que digno a Celeste, y se entregó en cuerpo y alma al estudio, ya que no podía hacerlo, literalmente, con su Trudi debido a la férrea vigilancia que sobre su pureza hacía doña Adelaida. Así, pasaron tres meses sin apenas tener acercamiento carnal, para satisfacción de la abuela y desespero de la esposa. Pero Hazzy sacó con nota su título y, al día siguiente, se inscribió en la oferta de trabajo que se había publicado pocos días antes, según la cual se buscaba, para trabajar a tiempo completo en el tanatorio de la villa, un tanatopractor titulado, con un mínimo de conocimientos contrastables de conservación, embalsamamiento, restauración y reconstrucción de cadáveres, siendo positivamente valorable tener nociones también de tanatoestética. Él iba sobrado de todo, excepto de la parte estética. Pero pensaba que los muertos no se quejarían mucho de un poco más o menos de

maquillaje, y que, por mal que lo hiciera, siempre les daría color y ánimo a unas pieles tan céreas como las de los cadáveres. Si luego parecían peponas macabras, nadie se fijaría y solo dirían aquello tan manido de: «qué guapa está, parece dormidita», y sandeces por el estilo.

Ayudó mucho que hubiera hecho las prácticas en el mismo tanatorio en el que presentó su candidatura, el único que había en la zona. De hecho, asistió a los últimos días laborales del señor Herzog antes de jubilarse, y de él intentó aprender trucos y escuchar consejos, con el fin de enriquecer lo poco que sabía de la parte teórica.

Lo que más le costó fue superar el desfallecimiento en la garganta, el desasosiego en el paladar y el alquitrán en el alma que le invadieron por sorpresa cuando tuvo que entrar en contacto estrecho con los cadáveres.

Cuando llegó el momento de tener delante a su primer muerto, por mucho que estuviera de prácticas y solamente mirara, se tambaleó de manera muy peligrosa su cuerpo y, de paso, también su vocación de embalsamador. El tacto de pergamino ajado de las pieles, el color a sangre corrupta, espesa y parduzca, y, sobre todo, el olor característico de los cuerpos muertos, a iglesia húmeda y abandonada, casi imposible de describir, le tuvieron con el estómago indignado durante unos días, y cualquier alimento que entraba, salía de las maneras más indecorosas, vergonzantes e inesperadas. En poco más de diez días, Hazzy perdió cerca de ocho kilos, y su mujer decía que pronto lo confundirían con uno de sus distinguidos clientes.

Una vez se acostumbró, ya todo fue rodado. Se sentía a gusto entre sus muertos. Decía, con sorna, aunque camuflando un resquicio de verdad, que no le mandaban como en casa, que no protestaban y que se conformaban con todo. Que a sus queridos fiambres no les importaba si era un poco irreverente y se aliviaba mientras trabajaba, si había comido cocido de alubias, y que él era el que llevaba la voz cantante. Y eso, viviendo con una mujer un poco pejiguera, con una anciana insufrible y con una niña reclamante, era mucho más de lo que se encontraba cuando regresaba, cansado, al hogar.

En pocos días, le comunicaron que la plaza era suya y que, desde el primer momento, iba a percibir un salario más que atractivo. Una cantidad que le hacía sentir poderoso y triunfador. Quizá por la falta de intimidad con su mujer o tal vez por la euforia de haber podido, por fin, conseguir una buena oportunidad para labrarse el futuro soñado, no se le ocurrió mejor manera de celebrar su nueva vida que sorprender a su mujer con una cena de fantasía, que apenas podía costear antes de percibir su primer sueldo. Después del banquete, Hazzy pretendía llevar a Trudi a recorrer la parte canalla de la villa, allí donde los rincones oscuros se convierten en lupanares de quita y

pon, anegados y sofocados de piel, saliva, lujuria y deseo. Lo organizó todo en un abrir y cerrar de ojos, para el viernes anterior a su incorporación definitiva al tanatorio, que estaba fijada para el lunes siguiente. Reservó mesa en un restaurante de postín, con menú degustación cerrado, no fuera que su mujer se volviera loca y pidiera algo que él no pudiera pagar, y limpió el coche por dentro, para que oliera a rosa salvaje y a placer. Tras la cena, el plan con su Trudi continuaba en el malecón, allí donde se perdían las parejas, lejos de miradas extrañas e indiscretas, lejos de las patrullas de policía, que eran permisivas en esos negocios de la carne, y lejos de doña Adelaida y de Celeste, por mucho que fuera sangre de su sangre. Era una noche para ellos dos y nadie más, sin más futuro que el de sus cuerpos unidos, entregándose a la locura del sexo sin vigilancia y sin interrupción, en una orgía privada para la pareja, llena de entraña, sudor y simiente derramada, sin importar el dónde, el cuándo ni el porqué. El objetivo primero y único era recordar sin tapujos, vergüenzas ni disimulos aquellos viejos tiempos de amarse en cada esquina y en cada rincón, sin tener que esconderse de nada ni de nadie.

En cuanto se lo propuso, a Trudi se le iluminaros los ojos, no tanto por una cena a la que creía que jamás tendría acceso, sino por la parte final, esa que les llevaría a expresar todo lo que sentían bajo los efluvios de un vino caro y de unos cuerpos sedientos. Solo le puso la objeción de saber a quién pagarían para que se quedara con la niña. Necesitaban un canguro, pero él lo tenía todo previsto. Le darían su toma de las ocho y, a la vez, le pedirían a doña Adelaida que ejerciera de abuela, ya que ellos tenían una cena de bienvenida con la dirección del tanatorio. Antes de salir, se asegurarían de que la anciana durmiera a pierna suelta, diluyéndole un somnífero en el café con leche. Dormidas niña y abuela, ellos podrían disfrutar de su velada, y regresar sin miedo a ser juzgados a la casa, a la hora que les apeteciera y con las ropas rasgadas, si se daba el caso, que no le hacían ascos ni reparos a nada. Querían regresar al hogar oliendo a sexo salvaje y furtivo, como los novios. Oliendo a buen sexo.

Nada podía ir mal.

Una vez más, y como casi siempre, Trudi y Hazzy Zacariah se equivocaban. Cuando todo parecía que les sonreía y tenían la sensación de que estaban a las puertas de una nueva época, llena de alegrías, de tranquilidad y de gloria, estaba todo a punto de cambiar, y de convertir sus existencias mediocres en un auténtico páramo, donde solo cabían la angustia, la desolación, la pérdida y la ignominia de lo abyecto.

Aquella noche, Trudi y Hazzy Zacariah sentenciaron a una muerte eterna a su querida hija Celeste y a todos aquellos que, en un

futuro próximo o lejano, la rodeasen, tuvieran buenas o malas intenciones hacia ella.

Esa noche, a medida que iba gestándose un monstruo inesperado, Celeste empezaba un calvario que duraría una eternidad, y que la llevaría a convertirse en la principal amenaza para un universo que ella todavía no conocía llamado el Taller, y para aquella que ostentaba el mando en aquel lugar, una adolescente luchadora e insegura llamada Eguzkiñe Martos.

CAPÍTULO 9
PREPARATIVOS PARA UNA NOCHE INOLVIDABLE

Pocas horas antes del accidente
Catorce años antes de la metamorfosis
Dieciséis años antes del tránsito

Aquel viernes amaneció radiante, como el día que bautizó por casualidad a Celeste. Todavía faltaban unas semanas para alcanzar la estación más cálida, pero parecía que la suerte les quisiera obsequiar con un anticipo. Esa sensación de bonanza a destiempo duraría todo el fin de semana, según los boletines de noticias que Trudi escuchaba a cada rato, nerviosa y excitada por lo que le esperaba esa noche. Esa canícula regalada le daría la posibilidad de estrenar un vestido precioso, de color rosa chicle con ribetes negros, que constaba de un cuerpo ceñido, un escote indecentemente generoso, que remarcaba sus curvas, y una falda vaporosa, como de princesa pervertida, que dejaba al aire sus piernas desde los muslos, preciosos y bien definidos. Anduvo todo el día distraída y con una sonrisa bobalicona, imaginando que la generosidad meteorológica le permitiría asistir a la cita con su marido de la manera más atrevida y sugerente que se le ocurría, que era sin nada debajo de ese escueto vestido. No le diría ni una palabra de tal indecencia a Hazzy hasta que estuvieran sentados en la mesa del restaurante. Ese sería un momento perfecto para encender la hombría de su marido haciéndole ver que tenía sus encantos secretos al alcance de su mano y, lo que le parecía más morboso, a la vista de todo el mundo que mirara en dirección a su entrepierna si se encontraba en el ángulo adecuado.

Hazzy, por su parte, anduvo repasando, una vez y otra, el dinero que tenía ahorrado, que era más bien poco, pero que le serviría para pagar la cena degustación de la pareja. Se puso un pantalón beige de tipo chino con una camisa granate, entallada y elegante. Se sentía atractivo y no dudaba de que su esposa y él tendrían una noche movida y agradable.

Doña Adelaida no opinaba igual. La gente decía de ella que era la típica persona que sabía más por vieja que por demonio. Pero no era del todo cierto, en su caso. La anciana sabía mucho por vieja, pero mucho más por bruja, por superviviente, por sagaz y por poseedora de un excedente preocupante de mala leche. El día en que Hazzy y Trudi la llamaron a cenar, le pusieron delante de ella unos espárragos trigueros y una tortilla de verduras, dos de sus comidas preferidas, y estuvieron sonriéndole como dos simplones durante más de cuarenta y cinco minutos seguidos, supo que pasaba algo. Cuando le propusieron que se quedara con su nieta para que ellos asistieran a una recepción en el tanatorio para celebrar la incorporación de su yerno, entendió, al instante, que había una parte de mentira en la explicación, y que le estaban intentando colar algo de lo que se avergonzaban.

«¡Me la van a dar a mí! —pensó, mirándolos a los ojos y devolviéndoles la sonrisa—. Ni de coña van a salirse con la suya sin que yo me entere de qué va esto. Vaya dos niñatos como para engañarme a mí. No me sale del mismísimo santo sacramento que me traten como a una puta vieja estúpida y lerda. Mucha guerra me queda a mí. Esos, juntos, no me llegan a mí ni a la suela de las botas ortopédicas.»

Eso era un jueves por la noche, y el viernes, a primera hora, doña Adelaida estaba llamando a las oficinas de la funeraria. Quería hablar —dijo a la señorita que le atendió— con el director que, según tenía entendido, esa noche tenía una cena para celebrar la incorporación de su yerno como «disecador de muertos».

La muchacha, aguantándose la carcajada, le aseguró a la anciana que eso era imposible. Que era cierto, sin duda, que se produciría un relevo en el puesto de tanatopractor, pero que ni esa noche ni jamás antes se había celebrado ni se celebraría una cena de recepción. El señor Berger, director del tanatorio y de un ciento de empresas más, no estaba para esas tonterías. Además, le tenía que informar que el señor director había dejado firmados los contratos tres días antes porque se hallaba en esos momentos de descanso en una playa sin determinar en otro continente, a más de doce horas de vuelo de allí.

—Pero, señorita —insistió doña Adelaida, concediendo a su yerno un beneficio de la duda que sabía que era absurdo e inútil—, puede ser que ese tal señor Berger no esté, pero que se haga un cóctel o algo para dar la bienvenida al nuevo *entierramuertos*.

La muchacha empezaba a perder la paciencia:

—Disculpe, señora. Creo que antes he sido suficientemente clara y correcta. Siento decepcionarla, pero aquí no solemos celebrar nada, por respeto a nuestros clientes, que no están para fiestas y festejos, como usted comprenderá. Precisamente hoy, viernes, hacemos jornada intensiva y esto, a partir de mediodía, queda cerrado a cal y canto. Esta tarde todo esto estará muerto, y nunca mejor dicho. Yo tengo las únicas llaves y le aseguro que, a media tarde, pienso estar llegando a casa de mis padres, que viven lejos de aquí. Así que, como no monten una fiesta los difuntos, nadie va a celebrar nada en estas oficinas.

Doña Adelaida murmuró algo inteligible, que para la chica de la funeraria fue una despedida correcta y para la anciana una invitación soez y llena de odio en la que sugería a la telefonista que cambiara su mesa de despacho por alguna esquina de la ciudad para ejercer una profesión antigua y liberal más acorde con lo que pensaba de ella.

—¡Guarra! ¡Pervertida! —soltó doña Adelaida en el mismo momento en que vio a su hija y consideró que iba disfrazada de putón verbenero para la cena—. ¿Se puede saber dónde vas así? Un poco de decoro, Trudi. Vas a conocer a los jefes de Hazzy y no a tirártelos. No

es necesario ir vestida de fresca. Vas a dejar mal al sin sangre ese que tienes por marido. ¿Qué necesidad tienes de irlo enseñando todo? Si pudiera, no te dejaría salir de casa. Tú, chaval, dile algo a tu mujer, que parece que seas bobo. Que va medio en bolas. Vas a ser el hazmerreír y la comidilla de toda la villa, muchachito. El día menos pensado, mi hija te la da con queso con el primer baboso que pase, anormal. Prohíbele salir así a la calle, antes de que sea demasiado tarde.

—Pero si va preciosa, suegra —repuso él, medio impaciente, medio divertido—. No me dirás que tu hija hoy no va radiante y espectacular.

—Va bien para bailar en una barra americana —cortó por lo sano la anciana—. Parece que en lugar de tener una recepción de trabajo os escapéis de casa para fornicar en cualquier esquina, como perros callejeros.

Doña Adelaida supo que se había acercado mucho a la verdad cuando percibió el discreto rubor que coloreó las mejillas de su hija. La conocía como si la hubiera parido. «Qué coño, si la he parido», pensó, y casi soltó una carcajada.

Trudi intentó mantener una dignidad fingida no contestando a los desprecios de su madre.

—Bueno, mamá, nos vamos en diez minutos. Hazzy le da la papilla a Celeste y yo te preparo un café con leche, para que no tengas que moverte ni hacer nada que no sea disfrutar de tu nieta.

La pequeña llevaba unos días quejicosa y comía mal y despacio. Un poco de catarro, con total seguridad, que la tenía llena de unos mocos que le indisponían el estómago y las ganas. Le costó hacerle caso a la cucharilla llena de puré, por muchos juegos, aspavientos y estupideces que hiciera Hazzy para conseguirlo. La chiquilla comía con muy poca fe, entre pucheros y remilgos, ante el desespero de su padre, que veía que el tiempo se les echaba encima y que faltaban apenas cuarenta minutos para que llegara la hora que tenían marcada en el restaurante para cenar. La pequeña Celeste no quiso probar más que tres cucharadas mal contadas.

Diez minutos después, el matrimonio salía por la puerta simulando una sonrisa y mintiendo descaradamente:

—Enseguida volvemos. Celeste, pórtate bien con la abuela.

Antes de cerrar la puerta, Trudi miró a su madre y le lanzó un beso.

—Vas como una puta —sentenció la abuela, susurrando. Y bajando todavía más el tono de voz, añadió—. Se te va a enfriar el potorro, asquerosa.

—Mamá —respondió indecente e ingeniosa la aludida—. Por mi entrepierna no te preocupes. Siempre está confortable, calentita y en

perfecto estado de revisión. Anda, pórtate bien y cuida de la niña. Volveremos lo antes que podamos.

Se dio media vuelta y salió hacia la escalera, donde le esperaba Hazzy con un ataque de nervios. Trudi no pudo evitar sentir un nudo en el estómago, quizá debido a la mirada de odio que le lanzó doña Adelaida en el último momento.

La frialdad de esa mirada le acompañaría hasta el día de su muerte, pocos años después. Fue el último recuerdo que le quedó de su madre, a la que no volvió a ver jamás con vida.

CAPÍTULO 10
NOCHE DE PASIÓN, SACRIFICIO Y MUERTE

La noche transcurrió plácida y romántica en un restaurante afamado de la villa. Hazzy y Trudi se dedicaron a rememorar su tiempo de novios, cuando no tenían más límites que los que les marcaban sus cuerpos, sus entrañas inflamadas y sus alientos anhelantes. Hablaron de todo y de nada, y callaron cuando tocaba, como suelen hacer las parejas que se quieren y se respetan, sin ninguna necesidad de llenar vacíos, porque estos no existen. Los tiempos de silencio son deseables y sanos, y forman parte del escenario ideal en una pareja que se sabe querer bien. Los que identifican esas treguas necesarias con vacíos incómodos es que no han sabido encontrar el punto de equilibrio común, y viven con una sensación permanente de obligación de quedar bien que les aboca, más pronto o más tarde, y de manera irremediable, al fracaso, al odio, a la traición, a la impotencia o a la soledad.

Disfrutaron como niños, con los paladares paseando entre erizos de mar y cremas de rambután, y con las intenciones puestas en lo que vendría después, en el postre fuera de carta para compartir entre dos, aquella cópula soñada, dulce, salvaje y añorada que no llegaba hacía demasiado tiempo, y que empapaba sus almas de lujuria y empujaba sus cuerpos a una revuelta incruenta. Cuando Hazzy sacó su cartera y pagó con orgullo la cuenta, ya solo tenían como objetivo llegar cuanto antes al malecón y buscar el lugar preciso para poderse dedicar a los requiebros que ocupaban su imaginación, y que les tenía la sangre amotinada y la vergüenza empapada.

En casa las cosas no andaban nada bien. Celeste durmió una hora escasa, no más. Se despertó con algo de fiebre y con una sensación extraña, que andaba entre la tortura del hambre y la incomodidad de la náusea. Era demasiado pequeña como para saber determinar un malestar desconocido. A pesar de que ya tenía cuatro años y un par de meses y hablaba por los codos, aunque en ocasiones fuera en una jerga solo reservada a criaturas de corta edad y a sus madres, que lo entendían siempre todo, la única manera con la que supo reclamar la atención fue llorando como si no existiera consuelo ni futuro.

Doña Adelaida se había quedado amodorrada en el sillón, viendo el noticiario, que venía aburrido y desesperante, como era habitual en todos los informativos del mundo. Había tomado un trago discreto de ese café con leche horrible que le había preparado su hija.

«Desde luego —pensó tras dar el primer sorbo—, se le dará muy bien alguna cosa que todavía no he descubierto, después de tantos

años, y que prefiero no saber, pero para lo que es la cocina, la pobre es un zote».

Su instinto de anciana amargada le había advertido de algo, no sabía bien qué, algo más allá del mal sabor, y había dejado a un lado la taza, todavía humeante, mientras en pantalla empezaba el concurso que antecedía al boletín de noticias.

Ahora, su nieta le exigía atención con unos bramidos más típicos de un venado en celo que de una niña enferma y, encima, sentía un run-run en el estómago, que protestaba indignado, reclamando su cena, que no llegaba.

Esa noche, por primera y última vez en su vida, para su desgracia, afloró su parte materna de protección, y el amor hacia su nieta le sorprendió, incomodando y desbordando a borbotones un alma no preparada para la ternura. Eso le costó la vida e hipotecó el futuro de la pequeña, aunque todavía no lo sospechaba cuando se levantó para acallar sus lloros.

Le tocó la frente a Celeste y notó como estaba caliente en exceso, perlada de sudor y extraña al tacto. Se asustó. La cogió, a pesar de que su espalda crujió por todos lados, como si fuera un edificio ajado y en derribo. La meció mientras pudo, mientras sus jadeos de anciana decrépita, agotada por el esfuerzo, no silenciaron la agonía de la niña, que respiraba más por obligación que por devoción, anegada en flemas. Doña Adelaida la depositó de nuevo en su camita y abrió un poco la ventana, para que el aire exterior, aunque ligeramente cálido, renovara el oxígeno y ventilara la habitación, espesa y viciada en ese momento.

Al cabo de una hora, la niña despertó con un llanto menos oscuro, más festivo. La abuela acudió a su lado y comprobó que la fiebre se había reducido y que la piel estaba más fresca y tersa que antes. Le acarició la mejilla y la pequeña buscó, con desespero, su mano, balbuceando algo que la anciana entendió perfectamente.

—Así que tienes hambre y sed, bandida —sonrió doña Adelaida —. Vamos a ver qué podemos hacer. Tanto puré, tanta mierda con vinagre, tanta cremita, eso no puede ser bueno para que una niña de cuatro años crezca sana y fuerte. Ya está bien de tanta estupidez. Si se descuidan, la tendrán a potitos hasta que le baje la regla. No te preocupes, mi amor, la abuelita va a buscar algo que nos alimente a ambas. Yo también tengo hambre, que, con tanto moco y tanto lloro, me he olvidado de cenar y estoy que me muero. Con una buena cena y luego agua de mar para quitarte esos moquitos, dormirás como una princesa, mi tesoro.

Se acercó a la cocina y le sirvió un vaso de agua fresca. Una vez se lo alcanzó a la cama, le dijo que regresaba enseguida con algo rico, pero que se bebiera el agua antes, que le ayudaría a disolver toda esa

mucosidad que la estaba matando.

«Después de todo, soy una abuela espectacular», pensó, mientras miraba dentro de la nevera.

Estuvo a punto de hacer un bocadillo de pechuga de pavo para cada una, pero en el centro del refrigerador le llamó la atención una fuente redonda de madera en la que quedaban unas porciones de un invento de su yerno. «Ese sí que sabe de cocina, aunque, no me extraña, con todo el día libre ya puede practicar e inventar».

Era un híbrido de pizza, empanada y quiche, una masa de hojaldre con un relleno esponjoso de tomate, atún, gambas y queso, sazonado con orégano y una cayena pequeña para darle un toque atrevido y sorprendente.

Mientras cogía la bandeja y su estómago rugía impaciente, decidió que ese manjar, una vez tibio, le sentaría de fábula a la pequeña Celeste.

En el mismo momento en el que Trudi, en algún lugar oculto del malecón, liberaba el miembro erecto de Hazzy, apresado por el pantalón, y lo guiaba hacia su entrepierna, que goteaba, dejando los asientos traseros del coche perdidos, doña Adelaida puso en marcha el microondas para que su nieta y ella cenaran como reinas abandonadas.

No pasó demasiado tiempo antes de que la madera de la fuente perdiera su elasticidad y su humedad natural y se prendiera en llamas por el efecto de las ondas del aparato. La abuela, viendo la llamarada que se formó dentro del electrodoméstico, cometió la imprudencia de abrirlo, intentando sofocar el fuego, y lo único que consiguió, al entrar el oxígeno en el aparato, fue que la llama se propagara a su camisón, a su pelo y a la cortina, llena de grasa, del ventanuco raquítico de la cocina.

Poco después de las diez y media de la noche, en el malecón de la villa, Trudi y Hazzy Zacariah alcanzaban juntos un orgasmo explosivo, y el hombre eyaculaba dentro de la mujer sin ni siquiera sospechar que ella saldría encinta de ese combate. En el mismo momento en que los espermatozoides iniciaban una carrera salvaje a vida o muerte para fecundar el óvulo, se propagaba un incendio en un apartamento humilde de extrarradio, y doña Adelaida Bernstein rodaba por el suelo, con las pocas fuerzas que le quedaban, para intentar sofocar las llamas que la estaban devorando y que la matarían tan solo unos segundos después. Además del salvaje crepitar de las llamas, lo último que fue consciente de escuchar, antes de traspasar la fina barrera entre la vida y la muerte, fue el grito desconsolado de su nieta, pidiéndole auxilio. A ella. A su abuela.

A escasos metros de donde yacía el cuerpo sin vida de la anciana, Celeste Zacariah intentaba entender qué era lo que estaba pasando a

su alrededor. El aire olía áspero y quemaba cuando entraba en sus pulmones, a la vez que veía unas olas de humo densas que invadían, indecentes, su habitación. Lloraba mientras se sentía morir. En su desespero, no cesaba de llamar a gritos a su abuela para que viniera en su rescate.

Lejos, mucho más lejos, en un mundo paralelo y desconocido llamado el Taller, Eguzkiñe Martos, Avanzada del lugar [2], dejaba todo lo que estaba haciendo y se quedaba en silencio por unos momentos, aturdida por una sensación extraña y voraz que le invadió sin avisar y por sorpresa, que sabía ácida y espesa como un engrudo, y que no supo interpretar, aunque presagiaba algo siniestro y terrible.

CAPÍTULO 11
LA RULETA DE LA FORTUNA

Faltaban pocos minutos para las cinco de la mañana del sábado. Hazzy Zacariah recorría el pasillo de la unidad de quemados del hospital comarcal por enésima vez, extraño, asqueado y abatido como un tigre de bengala antes de salir a la pista del circo. No era capaz de determinar si sentía frío o calor. Tenía el estómago descompuesto y la intención anestesiada. Su mujer, Trudi, descansaba en un box cercano, sedada y cubierta por una especie de frazada raída y mohosa. La manta era antigua y estaba más que usada. Mejor era no querer saber ni imaginar cuántos cuerpos, vivos y muertos, habría cubierto antes que el suyo. Pero la agradeció en su momento, al filo de las tres, cuando su delirio la llevó a golpearse la cabeza contra la pared de la discreta sala de urgencias. Allí donde el médico les certificó lo que ya sabían, que la anciana señora Bernstein había fallecido abrasada y que la pequeña Celeste se debatía entre la vida y la muerte, con los pulmones demasiado saturados de monóxido de carbono para que médicamente se pudiera hacer nada por ella.

—La niña está en manos de Dios —les dijo, con ese tono de condescendencia que suelen adoptar a base de experiencia los pusilánimes y los asesinos en serie—. Ahora solo queda rezar, si son creyentes, o confiar en que gire la ruleta de la fortuna y salga una casilla ganadora, aunque no quiero engañarles: la niña está muy justita y podrían fallarle los pulmones y el corazón en cualquier momento. Tenemos poco tiempo y demasiado veneno que limpiar de su cuerpo. Váyanse temiendo lo peor y, si sobrevive, lo celebraremos todos. Como les digo, la ruleta gira, pero, lamentablemente, pinta a que la banca ganará una vez más. Siento ser tan gráfico, pero no quiero que tengan falsas esperanzas.

Se alejó unos metros y Trudi se puso a gimotear y se derrumbó. Del desconsuelo pasó al desespero, y de allí, al paroxismo, que le llevó a estrellar varias veces su cabeza contra el marco de la puerta, hasta que se abrió una brecha escandalosa por donde pretendía expulsar sus miedos. El médico llamó a una de las enfermeras de guardia y pidió que llevaran a la señora a un box y que le administraran un sedante. Después, se acercó a Hazzy:

—Ahora tiene que ser fuerte, señor Zacariah. Siento ser tan claro, pero su hija no sobrevivirá, salvo que se dé un milagro. Tiene que hacer de tripas corazón y apoyar a su esposa, que, viendo lo visto, caerá en una sima oscura y profunda de la que deberá ayudarle a salir. Mucha paciencia y, sobre todo, mucho amor y comprensión. Yo me tengo que ir, pero enseguida entrará el turno de mañana y volverán a

informarles de la evolución de su pequeña. Lo siento, poco más puedo hacer.

Se fue pasillo allá y todo quedó en silencio.

Hazzy andaba, una y otra vez, desde el box en el que se hallaba Trudi hasta una estancia más grande, que hacía las funciones de vigilancia intensiva, justo para ver a través de unos cristales, como si de un escaparate macabro se tratase, el pequeño pecho de Celeste subiendo y bajando, empujado mecánicamente por una máquina que se unía al cuerpo de la chiquilla por miles de tubos, mientras giraba la ruleta y el azar o el destino decidían si vivía o si moría. La miraba unos minutos, hipnotizado por el ritmo de esa respiración de mentira, bajo la luz amarillenta y enfermiza de unos fluorescentes raquíticos que no invitaban al optimismo. Le intentaba insuflar ánimos mentalmente y, cuando se desesperaba lo suficiente, andaba de nuevo hasta el box donde su mujer descansaba derrotada, sudada bajo la manta andrajosa, buscando la posición sin encontrarla, aun en sueños, agitada y con una expresión insondable de tristeza y vacío.

Le dijeron que Trudi descansaría hasta bien entrada la madrugada y le sugirieron que no la despertara. Era mucho mejor que tuviera un sueño oscuro e inquieto a que viviera la agonía de su hija estando despierta, en una pesadilla cruel y consciente.

El hospital estaba en silencio y Hazzy solo escuchaba sus propios pasos, arriba y abajo, algún rumor que no sabía determinar, pero que venía de lejos y que sonaba al eco de una tos llena de gangrena, y el rítmico ciclo de la máquina que mantenía con vida a su hija.

Así pasó las dos horas siguientes. En el exterior, empezaba a vislumbrarse algo de claridad, provocada por el amanecer tímido que se colaba por las ventanas. Hazzy estaba preocupado, ya que había notado que, a pesar de que la máquina de oxígeno era la que marcaba el ritmo de la respiración de Celeste, parecía que a la niña le costaba cada vez más llenar los pulmones. Su hija emitía unos gemidos extraños con cada inspiración, preñados de agonía, que se le clavaban en el alma y que provocaban que sus ojos estuvieran húmedos y su estómago, revuelto. No podía ser verdad. No estaba preparado para perder a su hija. Sabía que estaba al límite, y así se lo había confirmado el doctor, pero le parecía irreal la posibilidad de que acabara muriendo. La mente humana no está preparada para procesar algo terrible e inesperado de manera natural y sin daños. Hazzy podía admitir la muerte de cualquier niña, por triste que fuera, pero no de la suya. Era tan grotesco e irreal que no era posible. Sencillamente, no lo era.

Horas antes, al salir del malecón, habían regresado satisfechos y somnolientos a casa. Trudi sonreía como una acólita drogada, y no paraba de mirar cómo conducía su marido. Tenía la falda todavía

medio enrollada y desbaratada, dejando parte de sus intimidades al aire, pero poco le importaba. No había nada ni nadie que les pudiera censurar por haber revivido con ansia esas noches de cuando eran novios.

—¿Qué hora es, amor? —preguntó, sorprendida y desorientada, a su marido—. Parece que quiere salir el sol. Creía que era más pronto.

No estaba amaneciendo. Apenas pasaba de medianoche, pero el cielo parecía que quería contradecir la lógica. Más pronto que tarde se dieron cuenta de que el color peculiar, plúmbeo y espeso, no lo provocaba la llegada del día, sino el resplandor de las llamas al final de la calle. Lo vieron todo de golpe: las luces de los camiones de bomberos, su edificio ardiendo, el cordón policial que les impedía avanzar y la culpabilidad que les abofeteó a ambos al mismo tiempo.

Trudi se adecentó el vestido con las manos temblorosas mientras salía del coche y, con rastros de la simiente de su marido cincelados en sus muslos, imploró que la dejaran pasar, que era su casa y que su pequeña estaba allí.

Demasiado tarde. Llegaron demasiado tarde. Vieron dos ambulancias, una camilla cubierta con una tela brillante y dorada y un grupo de sanitarios, arracimados sobre Celeste, que hurgaban en sus brazos mientras intentaban que siguiera respirando.

Hazzy rememoraba esas imágenes que vivieron al pie de su casa andando en la oscuridad del hospital, dando pasos vagos y distraídos, sin meta ni rumbo, deambulando como si fuera un fantasma en medio de la nada. Ni siquiera se apercibió de que había un doctor en el pasillo que le miraba. No lo escuchó llegar y se sobresaltó cuando oyó su voz, arrastrada y profunda, que le llamaba a escasos centímetros:

—Señor Zacariah, supongo. —El doctor ni esperó a que el hombre le confirmara que era él, mientras recuperaba el color y el aliento, y siguió hablando—. Le ruego me acompañe para poder explicarle el estado de la pequeña Celeste.

Hazzy le miró unos instantes, descolocado e ido. Apenas veía a un hombre con bata verde, de unos cuarenta años, pelo ralo y blanco, piel bronceada y ese aire de estúpida majestuosidad que adoptan algunos médicos y demasiados notarios. No entendió su nombre, y bien poco que le importaba. Cuando el doctor se dio la vuelta para conducirlo a un sitio más discreto, aunque era una medida absurda a esas horas de la madrugada, Hazzy le siguió mansamente.

No contemplaba un futuro sin su hija correteando a su alrededor. Mientras entraba en el despacho, Hazzy solamente rezaba para que ese médico le pudiera dar la esperanza que le había negado el que les había hablado hacía unas horas.

Media hora más tarde, cuando el pasillo se empezaba a poblar de

gente, Hazzy Zacariah se acercó a la camilla donde empezaba a despertar su mujer, Trudi. La miró con una sonrisa cansada y, tragando saliva, le anunció que ese milagro que ambos esperaban se estaba convirtiendo, contra todo pronóstico, en una realidad:

—La niña está con nosotros, mi amor. Parece que está ganando la batalla. Respira mucho mejor y creen que despertará enseguida. No sabes cuánto he rezado por ella durante toda la noche. Pero, por fin, parece que mis plegarias han sido escuchadas. Bien sabes que no soy creyente, pero quería intentarlo todo por nuestra hija. Daría cualquier cosa por ella, te lo juro, cariño. Algún dios, real o inventado, que bien poco me importa, ha escuchado mis ruegos.

Unos segundos después, en un box del otro lado del pasillo, Celeste Zacariah abría los ojos. Se sentía extraña y violenta. No entendía demasiado bien qué hacía en la cama, tumbada y conectada a tantos cacharros. Se sentía eufórica, con ganas de levantarse y echar a correr. A lo lejos, pudo ver como un médico y una enfermera discutían acaloradamente. De un manotazo, se quitó la máscara de oxígeno que la conectaba al respirador y se arrancó la vía. Ni siquiera lo notó. Pulsó el botón de apagado de la máquina de constantes para que dejara de emitir esos sonidos insufribles alertando de que algo no iba bien. De un salto, se puso en pie y salió de la habitación antes de que el retén de guardia llegara. Sin saber cómo, tomó la dirección correcta para reunirse con sus padres. Estos, al verla llegar por el pasillo, andando con seguridad, cayeron postrados de rodillas, llorando extasiados. La abrazaron muy fuerte. Le empaparon el camisón, abierto por detrás, con sus lágrimas. Celeste no lloraba. No tenía muy claro lo que le pasaba. Solo sabía que quería salir de allí cuanto antes. No volvería a soportar que ningún doctor la tocara. No quería más agujas, ni más tubos, ni más pruebas, ni más opiniones. En una noche, ya había sufrido suficiente para toda la vida, y eso que apenas tenía cuatro años. Ahora solo ansiaba recobrar su infancia, ir a casa y vivir su vida como una niña normal. No deseaba nada más.

Ni nada menos.

CAPÍTULO 12
UNA VIDA NORMAL

El fin de semana lo pasaron entre el tanatorio y un cuchitril de apenas treinta metros cuadrados que les facilitaron unos parientes muy lejanos mientras se solucionaba el tema de la vivienda.

Cuando el doctor que habló con Hazzy de madrugada les trajo los papeles del alta, felicitando a la familia por haber conseguido superar ese trance y conminándoles a que le llevasen a la niña de vez en cuando para ver cómo evolucionaba, a Trudi no le gustó nada:

—Tiene pinta de sanguijuela —le dijo entre susurros a su marido —. Parece como si quisiera traspasarme con la mirada. Tiene aspecto de estúpido, pretencioso y arrogante.

—¡Coño, cariño! —repuso Hazzy, restándole importancia a la opinión de la mujer—. ¡Como casi todos los buenos médicos! Es lo que tienen: salvan vidas y se endiosan. Pero Celeste está con nosotros, y eso es lo que interesa. Si el peaje a pagar es soportar los aires de quien la ha devuelto a nuestro lado, lo hago encantado. No seas tan tiquismiquis, mi amor. Te recomiendo que te acostumbres a él, porque ningún otro médico va a ver a mi niña, te pongas como te pongas. Llámale milagro, magia o como quieras, pero este hombre me ha devuelto a mi hija, a nuestra hija, y siempre le estaremos agradecidos.

Estaban con lo puesto. Hazzy se había gastado todo su dinero en la cena de postín a la que invitó a su mujer y se había quedado sin nada con lo que comprarse algo de ropa. Trudi seguía con su vestido, ahora arrugado y mugriento, sin ropa interior debajo, y Hazzy con su pantalón chino y la desesperación de ver que lo habían perdido todo en el incendio. Por no tener, no tenían ni un pañal por si las noches de Celeste eran movidas. Afortunadamente, la niña no tuvo ni una sola pérdida durante el fin de semana y pudo estar con las ropas con las que fue rescatada por los bomberos, que no era mucho más que un pijama con dos ositos sentados en un arcoíris y unas zapatillas a juego. Eso era todo lo que le quedaba a la familia.

El apartamento se les hizo pequeño enseguida. No tanto por necesitar espacio para meter sus pertenencias, que eran inexistentes, sino porque tal como entraron vieron que la estancia era un zulo húmedo que ya estaba ocupado por una comunidad numerosa de cucarachas y otros bichos, que reptaban y revoloteaban a sus anchas.

—¡Yo aquí no me quedo ni un segundo, Hazzy! —apuntó asqueada la mujer, nada más entrar, cuando fue al baño y encontró a un nutrido grupo de insectos desfilando por una bañera raquítica, amarillenta y ajada. Olía todo a orín con solera, a estercolero, a pocilga infecta.

—¿Y dónde quieres que nos metamos, mujer? —preguntó él, resignado—. ¿En el coche? No tenemos otra opción. Serán pocos días. En cuanto cobre mi primer sueldo buscaremos un sitio donde podamos vivir los tres, donde ver crecer a nuestra Celeste rodeada de felicidad. Aguanta un poco, cariño.

Y Trudi aguantó. Aguantó lo que nunca jamás pensó que aguantaría. Compartió su lecho con un marido al que adoraba y con un ejército de chinches y de pulgas que le mordieron cada rincón de su piel. Compartió su pena y su desconsuelo por haber perdido a una madre que, aunque nunca ejerció como tal, no dejaba de serlo, y le escocía, y le dolía, y la dejaba sin aliento y llena de unas nostalgias absurdas de lo que debería haber sido y jamás fue.

La niña se portó como un cielo, aunque estaba rara. Apenas comía. Desprendía un ligero tufo a humo y a desolación, como si el incendio todavía estuviera vivo dentro de ella. Se mostraba taciturna y seria y Trudi estuvo a punto de llevarla a urgencias varias veces.

—No te obsesiones, mi amor —le imploraba su marido—. La pequeña ha vivido una experiencia traumática. Ya solo por eso, es lógico que esté desubicada. Acaba de salir del hospital y se ha debatido entre la vida y la muerte. Deben quedarle restos de veneno dentro, tal y como nos dijo el doctor que pasaría. Démosle tiempo. Eso y todo el amor del mundo harán que mejore y que vuelva a ser la de antes. Te lo prometo, mi vida.

Físicamente, apenas había tenido secuelas. Como si fuera algo milagroso, las llamas solamente dibujaron un rastro en su vientre. En apenas veinticuatro horas, cicatrizó y le quedó una imagen hecha de piel yerma y enmarañada, que tenía aspecto de agujero negro e insondable, de bola de fuego, de planeta en extinción, y que le ocupaba desde justo debajo del ombligo hasta el pecho. Esa marca indeleble la acompañaría siempre, y le recordaría que sobrevivió a un incendio que devastó su casa y que se llevó a su abuela por delante.

Psicológicamente, solo Dios y el futuro dirían si estar al borde de la muerte le había creado un poso dañino en el alma. Pero eso sería mucho tiempo después, proclamaba su padre a los que se preocupaban por la pequeña. El abatimiento de ahora era normal para una niña que había pasado por lo que pasó Celeste. Confiaba en que la edad de cuatro años fuera lo suficientemente corta como para que la niña no tuviera secuelas del alma el día de mañana.

Vivieron en ese estercolero poco más de un mes. Estaban convencidos de que, en ese tiempo, se habían inmunizado contra todas las enfermedades descubiertas y por descubrir.

En cuanto fue posible, buscaron una vivienda después de hablar con el banco y convencer al director de la sucursal de la entidad de que la profesión de tanatopractor tenía pasado, presente y, sobre todo,

futuro, y que nunca faltarían los ingresos para hacer frente a cualquier crédito que se le pudiera conceder mientras hubieran muertos a los que adecentar. Hazzy repetía hasta la saciedad a quien le quisiera escuchar que la suya era una clientela no demasiado fiel, porque el que probaba no solía repetir, por razones obvias, pero la misma naturaleza humana prometía un caudal eterno y permanente de personas necesitadas de sus servicios. Se podían echar de menos buenas críticas por parte de los que ya habían probado su profesionalidad, pero eso no quitaba que la lista de clientes creciera de manera constante y asegurara sus ingresos. De hecho, ni siquiera tenía que invertir en publicitarse. Lo consideraba, incluso, contraproducente. La gente lo podía ver como algo poco atractivo. El trabajo de Hazzy era de esos contados en los que la publicidad y el boca a boca no funcionaban. Los interesados venían ellos solitos, aún sin conocerle de nada. Bueno, en realidad, no venían solos. Los traían. Frecuentemente, metidos a empellones en el interior de una caja de madera.

La pareja se enamoró de una casita a las afueras, de dos plantas y con un jardín discreto en la parte de atrás. No era grande, aunque Hazzy y Trudi tampoco necesitaban un palacio. Para quererse tenían suficiente con algo digno. Quizá se les escapaba ligeramente de precio, pero un destello en la mirada de Celeste, quizá una chispa que desde que salieron del hospital no veían, convenció al matrimonio de hacer el esfuerzo. Trudi debería seguir trabajando, y la niña debería ir al colegio público de la villa, pero tendrían un hogar donde pasar las Navidades, donde sufrir, donde gozar y donde ganarse el privilegio de sentirse una familia.

La sala, un aseo y una cocina abierta al sol ocupaban la planta inferior, y en la superior había tres habitaciones, amplias y hermosas. El matrimonio se quedó con la que daba al norte, porque tenía mejores vistas y un baño privado. Dejaron para la chiquilla la más alejada, al otro lado del pasillo, no solo porque daba al sur y era la más cálida, sino porque así no la despertarían ni la incomodarían con sus requiebros amorosos, esos de los cuales pensaban volver a gozar casi a diario, aunque, a veces, la imaginación y las intenciones hacen que la realidad y el día a día escuezan más que lo que deberían.

Llevaban tan solo un mes en la casa cuando Trudi le anunció a su marido que estaba tan preñada como la luna llena que les contemplaba esa noche, y lo celebraron por todo lo alto, y brindaron con una sola copa de malvasía, por eso de no afectar al feto, y copularon con todo el almíbar de las parejas cercanas, con la suavidad de los que se saben parte del otro eternamente, estén o no estén juntos, a diferencia de esas parejas todavía recientes e inciertas, que necesitan transgredir la piel ajena para demostrar algo que no saben

demostrar aún fuera de la cama, esas que convierten cada escena sexual en una lucha violenta cuyo único objetivo es encontrar el placer imponiéndose al otro, en una declaración de guerra y de inseguridad constantes.

Después de todo lo pasado, volvían a ser casi felices. Si no fuera por las pesadillas de Trudi. Si no fuera por los silencios de Hazzy. Si no fuera por el comportamiento rocoso, distraído y frío de Celeste. Si no fuera porque la niña apenas comía, apenas dormía, apenas sonreía. Si no fuera por ese olor a humo que todavía desprendía.

Si no fuera por esas zarandajas, por esas nimiedades, por esas naderías, el hogar de los Zacariah hubiera sido un lugar de felicidad.

En cuanto al tanatorio, Hazzy se empezaba a acostumbrar a su trabajo. Con su primer cadáver, consiguió un curso acelerado de voluntad, de aguante y de valor.

Solamente entrar, el lunes siguiente al desastre, fue a su despacho, una nave de casi cincuenta metros cuadrados, que hacía las veces de morgue, de almacén de ataúdes, de archivo, de laboratorio, de crematorio y de santuario. Encima de la mesa de acero brillante encontró un bulto tapado por una sábana. Inspiró varias veces antes de acercarse y descubrir a su primer cliente. Cuando estuvo preparado, levantó sin prisas y con todo el temor del mundo la sábana. Como se temía, debajo descubrió el cadáver ennegrecido e irreverentemente desnudo de su suegra. El destino era un poco hijo de puta, y le regaló la oportunidad de hacer su primer trabajo en solitario con el cuerpo de la madre de Trudi, de doña Adelaida muerta y carbonizada. Después de la primera impresión, vio que todo era más aséptico e irreal de lo que parecía y trató al cadáver con toda la elegancia que pudo, pero también con toda la frialdad que le reclamaba su puesto. La limpió sin sentirse extraño y decidió que ese cuerpo debía ser enterrado, pero no expuesto en público. El fuego había hecho demasiada mella y no había técnica, maquillaje ni hechizo mágico que pudiera convertir aquel trozo de carbón quebradizo en algo parecido a un ser humano. La vistió con todo el respeto, con unas ropas prestadas que encontró en el almacén del tanatorio, ya que todo lo de doña Adelaida se había quemado en el incidente; la introdujo en un arcón de plomo y cursó la orden para que el cuerpo pasara a disposición de la familia para su entierro o su cremación. Sabía que Trudi se decantaría por esto último, y pensó que, por lo menos, el incendio ya había hecho la mitad del trabajo, y que en el horno solamente tenían que acabar de cocinar el cuerpo.

Al cabo de dos meses, todo iba muy bien. La villa no era demasiado grande, pero lo suficiente como para que Hazzy tuviera dos o tres clientes diarios, que podían llegar a los cinco en épocas frías. Se convirtió en todo un experto en el arte del embalsamado, y empezó a

coger mano con el maquillaje y la estética. Su segundo cadáver fue una mujer que llegó al tanatorio después de que se le parara el corazón con ciento tres años, y la expuso a la familia como si de una pepona se tratara, con unas mejillas redondas y rojas como un sol naciente, y unos ojos azules más dignos de una faraona egipcia que de una señora de avanzada edad perteneciente a una familia distinguida. Fue cuando se dio cuenta de que, hiciera lo que hiciera, la muerte engaña a los ojos de los que la miran y, a pesar de haber convertido a la difunta en un auténtico mamarracho, solamente escuchó elogios y susurros tristes y emocionados que se decían, seguramente sintiéndolo, que estaba tan bella que parecía nada más que dormida y que reflejaba en la placidez de su rostro que, por fin, había alcanzado la paz.

A partir de ahí, todo fue más fácil. Y después de maquillar más de cien muertos había ganado una destreza inesperada a la hora de emperifollar y dejar a punto a sus fiambres, como les llamaba siempre.

En casa todo iba muy bien. Celeste ya no tenía episodios de rabia y de llanto desconsolado después del incendio. Era una niña silenciosa, que se sentaba en el sofá para ver un rato la tele hasta que sus padres decidían que era la hora de que la niña se acostara. La subían a la habitación y se quedaban junto a ella unos minutos. Luego, salían y dejaban encendida la luz del pasillo, por si se presentaba algún terror nocturno, pero como la niña no lloraba ni reclamaba nada, pronto le dejaban toda la planta superior a oscuras y ellos volvían abajo, a ver un rato alguna serie o a escuchar noticias y a contarse el día. Al levantarse, su madre la vestía y la dejaba jugando con sus cosas mientras ella recogía la casa y se tumbaba a descansar. El embarazo la estaba dejando para el arrastre.

Parecía que todo, por fin, les venía de cara. Y aprendieron a regresar al hogar con la ilusión de encontrarse. Jugaban tan bien a ser una familia feliz, que a ratos lo fueron. No podían desear nada más. Hazzy, a menudo, lloraba sin que le viera su esposa. Una gran parte de ese llanto era debido a la felicidad que sentía, y que le alcanzaba hasta desbordarle. Una parte de las lágrimas, pequeña pero obstinada y constante, era motivada por el permanente recuerdo de la noche en el hospital, allí donde una vez lo vio todo perdido y, sin saber todavía demasiado bien cómo, o sin quererlo saber, recuperó a su hija y a su mujer, a pesar de tantas cosas que llevaba guardadas.

Pero, al igual que en la terraza de la clínica en la que dieron a luz a Celeste, cuando estaban sentados en un banco mirando al sol y decidieron su nombre, en esa ocasión tampoco pudieron prever que la paz y la felicidad iban a durar tan poco.

Faltaban pocas semanas para que sus vidas empezaran a naufragar de nuevo, aunque no tenían manera de saberlo.

CAPÍTULO 13
SI PUDIERA VOLVER A VERTE

Unas semanas después del accidente
Catorce años antes de la metamorfosis
Dieciséis años antes del tránsito

Celeste tenía cuatro años. Era toda una señorita, aunque andaban preocupados por ella, ya que, desde el incendio, además de desprender ese aroma ahumado que formaba parte de ella y que no parecía ni aumentar ni disminuir, se había quedado retrasada en cuanto a crecimiento. Marraneaba la comida, apenas la tocaba. El médico que la salvó les dijo que era normal. Que las llamas, aparte de cincelarle una marca indeleble en su tripa, habían afectado a todo su sistema digestivo. El estómago de la niña había quedado muy delicado, y era lógico y médicamente comprensible que la ingesta no fuera fácil y el paso de los alimentos por el cuerpo de la niña se convirtiera en un pequeño calvario que arrastraría, con toda probabilidad, durante toda su vida. Trudi, escandalizada por tener que escuchar que su Celeste estaba condenada para siempre, quiso llevarla a otro especialista, pero Hazzy se negó en redondo. Le dijo que aquel hombre la había salvado una vez y que lo volvería a hacer las veces que fueran necesarias. Para qué querían la opinión de otro médico, al cual ni conocían, cuando este no solo les explicaba las cosas, sino que había demostrado con hechos que sabía lo que se hacía. Les dijo que le costaría desarrollarse, pero que tampoco se iba a quedar raquítica. Les conminó a que la llevaran a su consulta una vez por semana y, con todo el descaro del mundo, cuando la madre estaba vistiendo a la pequeña, le indicó a Hazzy que sería conveniente que la llevara solo él, ya que la madre se ponía nerviosa, preguntaba muchas cosas y transmitía toda esa intranquilidad a la pequeña. Lo hizo en un tono lo suficientemente alto como para que Trudi lo escuchara y, cuando quiso rebatir al médico, se encontró con los ojos fríos y decididos de ambos. No estaba para luchar. El embarazo le estaba sentando fatal y quizá era verdad que se ponía nerviosa cuando la pequeña Celeste acudía a la consulta. Llegó a convencerse de que sería bueno, tanto para la pequeña como para el feto que estaba creciendo en su interior, que se abstuviera de pasar esos malos tragos, y decidió dar un voto de confianza a su marido. Era consciente de que Hazzy quería a su hija tanto, sino más que ella, y que le contaría todo lo que hablara con el médico.

Era la tarde de un sábado cualquiera. Tenían las ventanas de la casa abiertas de par en par, ya que el día de primavera tardía estaba siendo muy caluroso. Sentados en el sofá, Trudi y Hazzy andaban

medio amodorrados, mientras en pantalla Anna Leonowens incitaba a que los hijos del rey de Siam hicieran sonar cornetas y prendieran fuegos de artificio para defender al hombre al que amaba de la traición del perverso Alak. Celeste miraba sin ver la película, y fantaseaba con un príncipe que la rescatara a ella del limbo de oscuridad que habitaba desde que volvió a la vida en el hospital. A pesar de su corta edad, su mente parecía haber viajado en el tiempo varios años a través de las llamas.

El tono agudo y desagradable del teléfono irrumpió de manera inesperada en la sala y cambió los planes en un momento. Hazzy debía acudir al tanatorio para ocuparse del cadáver de un anciano que había decidido, pocas horas antes, que la mejor manera de librarse de la ola de calor que azotaba la villa era dejándose morir. Así, se aseguraba el frío eterno, que en la cercanía de la canícula era una idea apetecible, aunque absurda, y se antojaba una solución drástica y, tal vez, ligeramente exagerada.

El trabajo de tanatopractor era lo que tenía: que todos los días eran de guardia, y que los clientes, una vez muertos, no tenían la decencia de esperar al lunes o de respetar los descansos familiares.

Trudi le propuso acompañarle en el coche; cuanto antes llegara a su trabajo, antes terminaría. Entendía que era ineludible guardar el respeto debido al anciano señor o, más exactamente, a su familia. Al difunto poco le importaba que lo acicalaran, que lo preservaran o que lo expusieran ante el mundo con un aspecto decente como protagonista involuntario de un espectáculo tétrico. Por él, como si lo dejaban en el contenedor más cercano.

La mujer tardaría poco más de veinte minutos entre llevarlo al tanatorio y regresar. Se levantó del sofá de un salto, mientras el marido cambiaba el pijama por unos vaqueros y una camiseta, y se fue a la cocina a prepararle algo de merienda a Celeste. No quería que el imprevisto le privara de ver terminar la película, y decidió, en un momento de enajenación irracional, que sería mejor que la niña se quedara sola en casa. Seguramente, ni se daría cuenta de que sus padres se habían marchado. No habría ni terminado la merienda que ella ya estaría de vuelta, y después tendrían una tarde de chicas, prepararían una tarta para la cena y se bañarían con sales, que buena falta le hacía a Celeste tener algo de tranquilidad. Últimamente, estaba desmejorada, tenía los ojos algo amarillentos y la piel como reseca y opaca. «Una tarde de mis mimos serán mano de santo para ella, seguro», pensó Trudi convencida. Le preocupaba su hija, y había convencido a Hazzy para que el lunes la llevara al médico y le hiciera una analítica, para comprobar que todo andaba bien. Era consciente de que le faltaban algo menos de tres meses para empezar el colegio, y no dudaba de que eso podía tener tensa a la chiquilla, pero llevaba

tanto tiempo sin verla feliz que daría lo que fuera por saber que solamente sufría los pecados y miserias de cualquier niña de corta edad.

Cuando estuvieron preparados, cerraron la puerta sin apenas hacer ruido. Celeste dejó a un lado el bollo con chocolate que le trajo su madre. No tenía hambre, como siempre. Tampoco le hizo el más mínimo caso al vaso de zumo de melocotón. Cuando acabase la película, y antes de que regresara su madre, tiraría el zumo por el fregadero, para evitar que se enfadase con ella. No le gustaba ver a su madre enojada. Le daba miedo, como tantas cosas que no entendía.

De repente, lo escuchó.

Un sonido constante y suave, tenue, pero que conocía perfectamente y que no tenía ningún sentido, estando ella en la sala.

Le encantaba su habitación. Tenía una cama de princesas, con un edredón lleno de corazones y un colchón mullido, en el que se hundía cada noche. En la pared de enfrente, casi junto a la ventana, un ropero enorme, de tres cuerpos, que ya estaba en la casa cuando fueron allí. Era un poco viejo, pero era enorme y sus padres le propusieron forrar las puertas con fotografías y dibujos, de manera que lo convirtieran en un armario muy alegre y vistoso. Justo empezaban a reunir material suficiente para empezar con la tarea, que decían que estaría hecha antes de empezar el colegio.

Al lado derecho de la cama, una mesilla de noche. Y al lado izquierdo, en el rincón opuesto, frente al armario y al otro lado de la ventana, habían colgado del techo un columpio de madera, lo suficientemente fuerte como para que la sujetara a ella, aunque no le dejaban subir sola, por si se caía. En el columpio estaban sentadas sus muñecas preferidas y, de vez en cuando, jugaba con ellas al parque, y las columpiaba como si fueran sus hijas, mientras una amiga imaginaria preparaba el té de media tarde.

Pero esa amiga imaginaria no existía, era solo un artificio de su mente para sentirse acompañada en sus juegos. Si ella estaba en la sala, abajo, frente a la tele, su amiga imaginaria no existía y sus muñecas eran de trapo, no tenía ningún sentido que llegara hasta ella el suave ruido que emitía el columpio cuando iba adelante y atrás.

Eso era lo que escuchaba. Alguien estaba en su habitación, jugando a los parques, aunque parecía algo imposible. Estaba sola en casa. Se le indispuso el alma y se acurrucó en el sofá, rezando en silencio para que su madre regresara ya. Pero no lo hacía y el vaivén del columpio no cesaba. Le reclamaba y le atraía como si de un sortilegio oscuro se tratara. Celeste estaba hipnotizada y había algo en su interior, como una luz negra prendida junto a su alma, que la empujaba a subir a ver quién jugaba en su cuarto. La parte sensata, si es que una niña de cuatro años puede tener esa parte de raciocinio, le

decía que no se moviera o que, mejor aún, saliera a la calle, al jardín, y que esperara a su madre allí. Una casa cerrada, por mucho que tuviera las ventanas abiertas, no dejaba de ser una ratonera de la que una niña pequeña no tenía ni la más mínima posibilidad de escapar.

Sin saber cómo, y casi en contra de su voluntad, se vio en las escaleras, subiendo un peldaño tras otro, intentando no hacer ningún ruido y respirando de una forma grotesca y entrecortada, hiperventilando como si hubiera corrido varias veces la distancia hasta el sol. El sonido del columpio balanceándose no se detenía. Cuando alcanzó el rellano, sintió que la tarde había refrescado y se frotó las manos, mientras dirigía sus pasos hacia la puerta de su habitación. Quería que todo fuera un sueño, rezaba para que todo fuera un sueño. Esperaba que el gemido sordo de las cuerdas del columpio cimbreando cesara y que hubiera sido fruto de su imaginación. Pero no. En un último intento por no caer en la locura, buscó una explicación lógica y terrenal. Su mente sencilla, de niña a medio formar, imaginó, de manera forzada y con un alivio fingido, que el viento que podía entrar por la ventana había empujado el columpio y lo había puesto en marcha. Era una explicación suficiente, y a ella se entregó. Se serenó lo suficiente como para atreverse a mirar dentro de su cuarto.

Abrió la puerta, convencida, y apenas notó que la maneta dorada estaba helada. Las bisagras protestaron, perezosas, como si quisieran advertir a Celeste de que no debía entrar allí si quería mantener la razón. Ningún hado pudo advertirle de que, si lo hacía, ya nada sería igual, pero la pequeña, que apenas empezaba a hablar con soltura, mal lo tenía para pensar en profecías o para interpretar los chirridos quejumbrosos de una simple puerta.

Empujó con cierta timidez y la vio. No tuvo tiempo ni siquiera de confundirlo con algo más razonable que le regalara un instante de cordura. En el columpio, balanceándose de manera indolente, como esperando a alguien, se encontraba su abuela. Miraba fijamente hacia la puerta, hacia su nieta perdida, con unos ojos opacos y extraviados y una expresión desquiciada que quería transmitir ternura, aunque la niña sabía que era de mentira.

Doña Adelaida tendió las manos hacia ella y emitió un silbido quedo, una especie de gemido gutural y congelado, que se asemejó demasiado al siseo de una serpiente llena de veneno. Una mueca forzada dibujaba lo que debería ser una sonrisa en su rosto muerto. Doblaba los dedos una y otra vez, reclamándole que se acercara, y los nudillos huesudos crujían de una manera macabra.

A Celeste se le doblaron las rodillas de la impresión y cayó desparramada sobre la moqueta del pasillo. No atinó a agarrar la maneta de la puerta y esta quedó abierta. Antes de que tocara el suelo,

doña Adelaida ya estaba allí, a su lado. Flotó y se deslizó, de alguna manera, desde el columpio, alcanzando a la niña en un instante. Se inclinó sobre la pequeña, depositando sobre su mejilla un beso pérfido y helado, salido de unos labios ennegrecidos que enmarcaban una boca sin dientes, de la que emanaba un aroma a cloaca infausta y a desolación.

Antes de que la niña pudiera reaccionar, intentando sobrevivir a una mezcla de desconcierto demencial y de soledad inmemorial, la anciana se separó unos metros, hacia el fondo del pasillo, se inclinó como en una reverencia enfermiza y grotesca, y desapareció. Todo quedó en silencio, a pesar de que, a lo lejos, Celeste podía escuchar el vaivén del columpio, que todavía se balanceaba por la inercia que había generado un cuerpo que no podía ni debía existir de ninguna manera.

—Ya estoy en casa —la sobresaltó la voz de su madre—. ¿Dónde estás, mi vida?

La niña bajó corriendo las escaleras y se abrazó a su madre:

—La abuela ha venido a verme —soltó enigmática y desvalida, sin prever todavía que nadie la iba a creer—. Quería jugar conmigo, pero luego se ha ido. Creo que se ha enfadado conmigo porque me he caído.

Trudi se quedó paralizada un instante. Luego, reaccionó y se agachó, le devolvió el abrazo a su hija y le alborotó el pelo.

—Cariño —empezó diciéndole—. La abuela se fue. Ahora está muy lejos, con abuelito, y, desde allí, nos contempla y nos protege. Es normal que, a veces, pienses en ella. Incluso que imagines que la has visto. Pero no son nada más que fantasías que te deben hacer entender que la querías y que la sigues queriendo. No te preocupes por nada, mi amor. Ella, desde donde esté, velará por ti siempre.

Celeste comprendió, de golpe y por una única vez, que, si su madre no le creía, nadie lo haría. Que estaba sola en eso y que esperaba, o que rezaba, mejor dicho, para que la abuela no regresara. Sus ojos de loca, su sonrisa desquiciada, su beso lleno de ponzoña, su tacto, huesudo y gris, y su pleitesía grotesca, le hicieron deducir que la intención de la anciana no era la de velar por ella. Al contrario, ese día entendió que su abuela estaba allí para arrastrarla hacia un infierno que no había hecho nada más que empezar, y que ella no estaba ni dispuesta a asumir ni capacitada para comprender.

CAPÍTULO 14
VISITAS FAMILIARES

Por mucho que lo hubiera deseado, no fue una pesadilla. Por no ser, tampoco fue una visita ocasional de alguien cercano, a quien se ha perdido de repente y que se aparece de manera fugaz y a modo de despedida. Doña Adelaida, una vez fallecida y olvidada, se convirtió en una visitante asidua de su nieta. La niña no podía temer únicamente la llegada de la noche, ya que su abuela se hacía presente en los lugares más inverosímiles y a cualquier hora. Pero era frecuente que se manifestara en la habitación, ya que allí era donde Celeste pasaba más horas sola, y era normal que sucediera de noche, porque siempre la anciana difunta buscaba la soledad de la niña. No tenía ninguna intención de dejarse ver en presencia de nadie más que no fuera su nieta, que vivía entre el terror de saberse amiga involuntaria de una anciana muerta y el desconcierto por el comportamiento extraño y voluble que demostraba el fantasma durante sus apariciones.

Se presentaba de repente, sin que la pequeña lo esperara, dándole un susto de muerte y descomponiéndole la tripa, la intención y el alma. Flotaba delante suyo, mirándola fijamente con esa expresión amenazante y enajenada, hasta que la niña conseguía salir de la hipnosis que le provocaba la aparición. Entonces, antes de que la pequeña pudiera gritar o delatarla, de alguna manera, doña Adelaida llegaba hasta ella, por sorpresa y en menos de un segundo, aunque estuviera a cierta distancia, y se quedaba pegada a ella unos instantes. Celeste arrugaba la nariz, invariablemente, cuando tenía a su abuela tan cerca. Olía mal, a despojo animal, a nostalgia amarga, a desidia e indolencia, a esperanza prostituida y ahogada en zotal. El frío le azotaba la mente y le congelaba la intención, y sabía que estaba a merced de su fantasma cotidiano, sin poder moverse y sin conseguir razonar para llegar a entender lo que estaba sucediendo. Pasados esos segundos de delirio, la abuela le besaba en la mejilla, a veces le acariciaba la frente con unos dedos huesudos, sin carne ni vida, con unos movimientos rápidos y violentos que más parecían los de la agonía de una araña venenosa que los imposibles de una mano de esqueleto. Ese beso siempre sabía ácido y le dejaba la piel con una pátina invisible de almizcle y alquitrán que tardaba horas en evaporarse. Después de besarla y de sobarla, se separaba a una distancia prudencial, le volvía a mirar fijamente, simulaba una genuflexión o una especie de reverencia, dependiendo del día, y se evaporaba como los espejismos del estío se diluyen sobre los caminos.

Nunca le hablaba. Eran apariciones tan silentes como siniestras.

Muy de vez en cuando, parecía que le susurraba algo con una voz gutural, espesa y llena de gangrena. Básicamente, Celeste estaba convencida de que la llamaba por su nombre y le decía, le pedía que fuera fuerte, que ella y sus amigos irían a por ella y la cuidarían hasta que pudiera valerse por sí sola. Pero la niña llegó a convencerse de que eran imaginaciones suyas, porque nunca fue consciente de que esas palabras fueran reales.

La abuela se hizo presente en casi todas sus noches, meciéndose suavemente en el columpio junto a su cama o esperándola retadora dentro del armario. Pero también vino a compartir otros momentos inesperados, lo cual hizo que el estado habitual de la niña fuera el de vivir en una permanente angustia. No solamente temblaba cuando sus padres le daban el beso de buenas noches y se alejaban por el pasillo para que la pequeña durmiera. Vivía mirando en cada esquina y en cada recuerdo, en cada cajón y en cada sombra, rezando no encontrarse con el fantasma de la anciana que la asediaba y convertía su existencia en un engrudo difícil de digerir. Parecía como si, cada día, el espíritu de doña Adelaida perdiera miedo y ganara en desfachatez, y se le aparecía en lugares tan insólitos o arriesgados como en la sala, cuando la pequeña estaba viendo el canal de dibujos y su madre trasteaba en la cocina preparando la merienda; la abuela se desdoblaba de repente en la imagen de alguno de los personajes que salían en pantalla y se deslizaba hacia ella, lentamente, con esa mirada desvariada. O se dejaba ver mientras Celeste disfrutaba de la placidez de un baño caliente de espuma, justo cuando su madre le decía que le dejaba cinco minutitos más mientras ella iba a por el pijama para estar preparadas cuando llegara papá. De pronto, notaba como el agua bajaba unos grados de temperatura y ella se ponía a temblar, desnuda y helada, mientras veía a su abuela sentada tan tranquila en el inodoro, escrutándola insultante e indiscreta. Flotaba hacia ella, removía el agua con su mano formada solo por piel cérea y huesos, y la besaba en la coronilla, antes de deslizarse hasta la puerta del baño. Desde allí, le hacía una reverencia seria y elegante y se difuminaba, convirtiéndose en un vapor incierto que se acababa filtrando a través de la pared. Cuando Trudi regresaba, con una toalla doblada y el pijama de la pequeña, esta le suplicaba, con los labios lívidos y las uñas amoratadas, que la sacara del agua. La mujer se quedaba sorprendida, pensando que se le había ido el santo al cielo y que había dejado a su niña más tiempo que el razonable dentro del agua. A veces llegaba a pensar que el doctor tenía razón, y que ella presentaba cierto desequilibrio desde que sucedió todo, aquella infausta noche en que se dedicó a copular como una zorra en el malecón en lugar de proteger a su madre y a su hija.

Si a Celeste ya le aterrorizaba la irrupción en su día a día del

fantasma de su abuela, no quería ni imaginar lo que pasaría cuando viniera con esos a los que llamaba «sus amigos».

Pero eso no pasó hasta mucho tiempo después, cuando ella tenía ocho años. La llegada no fue repentina y explosiva, sino anunciada y cruel. El frío colapsó su habitación y unos remolinos negros, de angustia y desesperanza, se fueron formando junto a la ventana. Ella veía unas formas que le parecían algodones de azúcar de una feria lúgubre y diabólica, de un color tan negro como el desconsuelo. Y algo se dejó ver por primera vez. Algo abyecto y mucho más poderoso que su abuela. Algo que decidió instalarse dentro de su armario y que, desde allí, la reclamó. Algo que no tenía más forma ni piel que unos ojos inyectados en rabia que la miraban desde dentro, retándola a acompañarle. Algo que hizo que gritara tan fuerte que su padre acudió en su socorro, y ella intentó disimular para que esa cosa que seguía dentro del ropero, burlándose de ella, no le hiciera daño a su padre. Algo que le habló, una vez consiguió que Hazzy le volviera a dejar sola. Creyó que entendía todo lo que decía, pero no fue así. Ella juraría que le había prometido que le esperaría el tiempo que fuera necesario, y que en algún momento estaría con ellos, con todos ellos, que no sabían quiénes eran pero que esa voz que le habló, hombruna y arrastrada, les mencionó como si fueran familia. Y bien sabía que su abuela era su familia, pero desconocía a nadie más a quien pudiera considerar parte de ella. De hecho, ni siquiera sabía si hablaba con muertos o con vivos.

Esa noche, en que no la visitó su abuela sino unos ojos de hombre, todavía no entendía nada. Y faltaba mucho para que lo hiciera. Debían pasar aún casi diez años más para que, cubierta de saliva, semen y otros fluidos, y bordeando la frontera de la locura, empezara a entender que cualquier fuerza del mundo terrenal era absurda y pueril comparada con lo que iba a poder experimentar muy poco tiempo después.

Esa noche ni siquiera imaginó que le gustaría experimentar ese poder. Le quedaba demasiado para vivir en muy poco tiempo como para poder ni siquiera sospechar que el odio, el desespero, la desolación, la vergüenza, el ansia de venganza, el placer y la fuerza despiadada a veces son primos hermanos. Familia, en una palabra.

CAPÍTULO 15
ENTERRADA

6 años después del accidente
8 años antes de la metamorfosis

10 años antes del tránsito

Estaba oscuro. Tan oscuro que dolía a los ojos. Tenía miedo. Tanto como el que sentía cuando, después de la cena en cualquiera de sus noches de los últimos seis años, sus padres la llevaban a la cama, apagaban la luz y la dejaban sola y sin valor para enfrentarse a sus monstruos cotidianos.

Pero no era de noche ni estaba en casa. Era primera hora de la tarde y terminaba la jornada en el colegio. Entre todos, recogían los trastos después de una clase absurda de naturaleza que la profesora se empeñó en trasladar a los huertos urbanos que se extendían en la explanada privada que se parapetaba detrás de la escuela.

Estar cansada era lo que tenía. Se le había ido el santo al cielo. Se entretuvo demasiado con una carretilla que pesaba más que un corazón roto. Ya no quedaba apenas nadie en los campos. La rodearon de repente. No pudo ver más que a Jakob y a Elías. Debían ser, como mínimo, seis o siete. No la dejaron reaccionar. No le salió ni tan siquiera un chillido instintivo, aunque apenas hubiera podido alertar a alguien. Le taparon la boca con una cinta que hedía a pescado y la cogieron en volandas. Le inmovilizaron los brazos y las piernas con unas manos que parecían tenazas, y alguien a quien nunca supo identificar, aunque olía a sudor joven y a colonia fresca, le puso un antifaz que la cegó. La llevaron hasta el extremo del huerto, junto a la valla, y la arrojaron de mala manera dentro de un arcón enterrado que hacía las veces de compostador.

Se trataba de un antiguo refrigerador de propaganda de una marca de refrescos, rojo como la sangre, que había aparecido en la puerta de la escuela varios años atrás. Justo terminaba la fiesta mayor de la villa y con toda probabilidad los feriantes aprovecharon las nebulosas perversas de la madrugada para deshacerse de un viejo cacharro que ya no funcionaba.

Tras solicitar en varias ocasiones al ayuntamiento su retirada, y viendo que no les hacían ni caso, la dirección del colegio decidió convertir el deshecho en un regalo, y pronto le hallaron utilidad. Lo enterraron en el linde trasero y le practicaron unos agujeros, para que entrara el oxígeno necesario para que se dieran las reacciones

químicas oportunas. Sería el recipiente ideal para convertir los hierbajos en abono.

Esa tarde sirvió también como ataúd improvisado de Celeste Zacariah.

—Ahora vas a entender lo que hace tu padre con sus muertos —se reían a su alrededor, gritándole, sabedores de que el edificio central quedaba lo suficientemente lejos como para pasar inadvertidos—. Aquí dentro te sentirás como en casa.

De siempre se había horrorizado con los relatos que su padre, de manera poco afortunada, contaba a la hora de la cena. Les explicaba casos de personas que habían sido enterradas con vida, y que, años después, al abrir el ataúd para depositar los pocos restos que quedaran en los osarios comunes, habían sido encontradas con un rictus de horror dibujado en la expresión y con marcas evidentes de haberse destrozado las uñas contra el interior de la tapa de madera, en movimientos llenos de angustia, intentando, de manera desesperada e inútil, escapar de una muerte segura.

Esta vez, Celeste sabía que eso no podía pasar, porque el compostador tenía entradas de oxígeno, por muy burdas que fueran. Pero con lo que no contaba era con que los muchachos, demasiado crueles para tener la edad que tenían, lo habían planeado todo y colocaron, antes de bajar la tapa de la nevera, unos aislantes caseros en los agujeros de ventilación, con lo cual el arcón se convertía en un féretro metálico, hermético y asfixiante.

Se arrancó el antifaz de un manotazo, aunque ya no le dio tiempo a ver la luz. Justo un instante antes, el sonido macabro de la tapa metálica, cayendo y encajándose en las juntas de goma, le había hecho entender que estaba a merced de sus compañeros de clase, enterrada en un zulo oscuro y húmedo, a una hora avanzada en la que aquel lugar quedaba desierto hasta la mañana siguiente, y con la certeza de que, si la dejaban allí, no tendría oxígeno suficiente como para sobrevivir.

Apestaba a descomposición. Quedaban restos de ramajes en el fondo, medio podridos, entre los cuales notaba moverse algo abyecto y sucio, una suerte de babosas, de gusanos o de alimañas peores que pronto la confundirían con parte de la materia orgánica a devorar.

Al cabo de cinco minutos, que le parecieron miles, escuchó de manera muy amortiguada, pero reconocible, como los chicos reían a su alrededor. Por lo menos, no la habían abandonado. El roce de unas cadenas liberando el asa de la puerta le dio una esperanza que resultó falsa. Se abrió un instante el arcón y se llenó de la tenue luz del atardecer de invierno, suave y rosada, aunque a ella le aturdió lo suficiente como para que le dolieran los ojos. Iba ya a incorporarse para que le dejaran salir cuando vio una sombra de algo que no pudo

entender lo que era. Unas risotadas exageradas acompañaron una lluvia de lo que ella intuyó que era tierra encima de su cuerpo. Enseguida, la puerta se volvió a cerrar y escuchó claramente como la cadena volvió a sellar su tumba. No tardó ni dos segundos en entender que lo que le habían echado encima no era tierra, sino algo mucho peor. Esa arcilla que esperaba fría y pesada tomó vida de repente, y miles de patas empezaron a recorrer su cuerpo, sus piernas desnudas, sus brazos y su rostro. Quiso gritar, pero en el momento de abrir la boca, algo se le coló dentro y le recorrió la lengua, intentando reptar hacia su garganta. Escupió y cerró los dientes de manera instintiva. Partió eso, lo que fuera, por la mitad, y un sabor amargo, como a tierra yerma y maldecida, le inundó la boca. Unas arcadas milenarias le quemaron la tráquea, pero intentó no hacerles caso, ya que su cuerpo profanado por miles de patas seguía expuesto. Se armó de valor y buscó desesperadamente el antifaz, que había tirado pocos minutos antes. Su mano se anegó de bichos que reptaban, que escalaban, fríos, mocosos. Los apartaba tanteando hasta que sus dedos, por un milagro divino, cayeron encima de la goma del antifaz. Lo asió y lo sacudió con rabia, para limpiarlo. Acto seguido, escupió la parte del cuerpo del bicho muerto que se le había quedado atorada en los dientes y, reprimiendo un asco inmemorial, se introdujo el antifaz en la boca, a modo de mordaza, para evitar que se le colara nada más allí dentro.

No quería morir, pero empezaba a notar que le faltaba el aire. Ya no se escuchaba nada a su alrededor. Sabía que estaba sola y que sus padres pronto andarían preocupados, aunque eso era lo que menos le preocupaba en ese instante. Desfallecía. Se asfixiaba. Empezó a creer que veía lucecitas blancas en su mente a oscuras. Alguna vez leyó que eso pasaba cuando no te llegaba oxígeno al cerebro. Había durado mucho menos de lo que pensaba. Pero no estaba en ese momento para cálculos mentales, ecuaciones con metros cúbicos ni con capacidades pulmonares. Se sentía morir. En su agonía, esas luces blancas se convirtieron en el rostro del fantasma de su abuela, que la miraba con indiferencia y con algo parecido al desprecio. Si no hacía cualquier cosa, era consciente de que más pronto que tarde se reuniría con ella.

Se rebeló contra todo y entró en un episodio de histeria nada propio en Celeste. Nadie la había visto nunca fuera de sí. Empezó a agitar las piernas, como presa de unos espasmos enérgicos y descontrolados. Notaba como los bichos seguían paseando por su pelo y por su cara. Se le metían por cada rincón de su cuerpo, incluso por aquellos que eran privados y vergonzantes. Su pecho, desnudo bajo la camiseta de deporte, era un enjambre de insectos que, en su vaivén sin cesar, le arañaban los pezones y la carne de manera despiadada. Notó como la tenue concavidad de su ombligo, desde donde partía su

cicatriz, se anegaba de algo pérfido, caliente y viscoso. Perdió la conciencia ahogada en repulsa y, sin casi ni darse cuenta, elevó las piernas hasta golpear la tapa de la nevera. Justo allí donde los enterrados vivos que le contaba su padre cuando cenaban, rascaban y se descarnaban las uñas hasta morir de horror. Pero ella tuvo más suerte. Los muchachos no habían asegurado bien la cadena y la puerta salió despedida. Todavía quedaba alguna hora hasta que llegaran los últimos coletazos del día. Celeste emergió de la tierra, cubierta de cucarachas, lombrices y escarabajos, sacudiéndose a palmetazos y dando gracias a todos los astros por no haber muerto allí dentro, de esa manera horrible.

Su carpeta estaba en el suelo y, sobre ella, una nota escrita a mano con letra infantil que reconoció como de Jakob enseguida:

«Como te vayas de la lengua, esto solo será el comienzo. No juegues con nosotros, hija del enterrador, si no quieres darle más trabajo a tu padre, porque podemos ser tu peor pesadilla.»

Iba a regresar a casa, pero antes sintió un impulso irrefrenable por ir a algún lugar en el que se sintiera segura, si es que eso existía. Donde pudiera reflexionar y entender lo que le había pasado. Donde pudiera desaparecer. Se sentía humillada y no sabía cómo salir del laberinto en el que su alma se había perdido tanto tiempo atrás. Cada vez le costaba más encontrar fuerzas para intentar salir de allí y el episodio de aquella tarde le había hecho plantear por primera vez si merecía la pena seguirlo intentando o si su destino era dejarse morir en el centro de ese laberinto, donde nadie jamás encontraría su cuerpo ni velaría su desolación.

Ya entrada la noche, volvió a casa a la carrera y llegó jadeante. Poco después, se encontraba en la bañera soportando el sermón que le estaba echando su madre sobre las niñas que, como ella, empezaban a portarse mal, sobre los desatinos a los que conducía la adolescencia y sobre la gama de castigos que tenían preparados Hazzy y ella en el caso de que volviera a portarse como una una hija extraviada.

Celeste no dijo nada. Se excusó con el invento de una caída desafortunada para justificar la suciedad de sus ropas, y con un eczema por el exceso de sudor para explicar el origen de las marcas que tenía por todo el cuerpo, especialmente en el pecho. Sonó tan poco convincente que Trudi empezó a pensar que su niña andaba con chicos mayores, ya que ese sarpullido rojizo y generoso le recordó demasiado a las marcas que le dejaba en ocasiones su marido cuando, siendo novios, retozaban de manera prohibida en cualquier granero solitario que les ofreciera un poco de intimidad.

El entierro forzoso de esa tarde y sus reflexiones posteriores en un lugar aislado la marcaron de por vida y le hicieron coger un terror fuera de lo común a la muerte. El *petricor*, que era uno de los aromas

preferidos de la mayor parte de las personas a las que conocía, se convirtió en un tufo nauseabundo para ella, y cada vez que caían unas gotas de lluvia sobre la villa y la tierra empezaba a humedecerse, se le indisponía el cuerpo y se agriaba su carácter de forma desmedida. Cuando rememoraba esa tarde, en la que estuvo encerrada en un arcón de refresco convertido en ataúd por una broma macabra de sus compañeros de clase, pensaba que había flirteado con la frontera que separaba la vida del más allá, e incluso estaba convencida que llegó a cruzar por unos instantes al otro lado de esa frágil línea.

Muchos años después descubrió que nunca tuvo la más mínima idea de lo cerca que había estado de acertar la verdad.

CAPÍTULO 16
EL PARQUE DE LA PAZ

La villa no era grande, pero era alargada y abombada por el sur. Tenía la forma caprichosa de una bombilla descomunal, de una pera gigante arrojada a la orilla del mar, en la que el centro antiguo era donde estaría el rabito, en la parte superior y estrecha. El tiempo no la había hecho crecer alrededor de ese núcleo principal, sino que se había expandido como una mancha de aceite hacia el sur, más allá de la plaza mayor, engordándose de calles, casas, comercios y servicios, y dejando los edificios principales como el ayuntamiento, la vieja sinagoga, la pequeña iglesia católica y el colegio público en el límite norte.

Al noroeste del ayuntamiento, que presidía la plaza mayor, arrancaba la avenida Libertad, que se alargaba durante unas centenas de metros arbolados y que hacía que la villa se asomase al mar. Al final de la avenida, estaba el malecón donde empezó la desgracia de Celeste.

En la otra dirección, más allá de la escuela, en unos terrenos aledaños, como saliéndose de la pera por el nordeste, estaba el parque de la Paz, bautizado así por consenso municipal en una ceremonia rimbombante, con bailes y fanfarrias, para dar a entender al mundo que esa villa era tierra de sosiego y entendimiento, y que en ella no cabían ni la violencia ni los desacuerdos traumáticos. Querían tener fama de negociadores empáticos desde más allá de los tiempos de sus más antiguos ancestros.

El parque de la Paz no dejaba de ser el orgullo de la villa, aunque llevaba años abierto y todavía no estaba finalizado. Era frecuente ver vallas amarillas y tierras removidas por todas partes. Era un jardín inmenso que se había proyectado alrededor de un lago natural, por el que debían navegar barquitas a remos para deleite de los habitantes. Pero todo quedó en un proyecto. Los parterres estaban relativamente bien cuidados y, en primavera, el aroma de los jazmines, las buganvillas y las damas de noche embriagaban a cualquiera que pasara por allí. Pero el lago había acusado su desuso y estaba invadido por los patos y rodeado de zonas lodosas y resbaladizas. En uno de sus extremos, estaba la caseta que se levantó para guardar los aperos de construcción. Al menos, para eso fue diseñada, ya que hacía muchos años que no había ningún material allí dentro. Rodeada por unas protecciones de plástico rojo sangre, raquíticas e insuficientes que no disuadían a nadie, era un lugar frecuente de reunión para la chavalería de la villa, para las parejas que no tenían donde apagar sus fuegos fatuos y para los pocos

drogadictos que había en la comarca. Era poco práctico el mundo de los estupefacientes, y eso era una convicción enraizada en las gentes de la villa desde hacía siglos. Incluso los camellos, que se morían de hambre décadas atrás, emigraron a mejores latitudes donde encontrar unos clientes que echarse a la vena o que esnifarse.

Celeste se sentía hipnotizada por la tranquilidad de la caseta, tan alejada de todo a la vez que tan cerca. Desde allí, agazapada detrás de una pared desconchada y mugrienta, podía observar por la ventana el mundo, ese que le era tan ingrato. No sabía, de ninguna manera, que sus padres habían estado en esa caseta mucho antes que ella, incluso antes de que hubiera nacido.

Los primeros escarceos amatorios de Hazzy y Trudi se habían dado allí, cuando la caseta todavía se mantenía decentemente limpia. Cuando se detuvieron *sine die* las obras del lago, la caseta murió de hastío y aburrimiento, y alguna pareja avezada vio en ella una posibilidad real y alcanzable de convertirla en picadero por turnos. Llevaron hasta allí un colchón que ya llegó lleno de mugre, retirado seguramente de alguna cabaña abandonada. Era grande, casi tamaño familiar, y relativamente confortable si eran capaces de evitar clavarse un muelle que sobresalía traicionero por una de las esquinas. La leyenda decía que un zagal de la zona, sediento del cuerpo de su musa, no reparó en el muelle y se atravesó el gemelo con él en medio de la refriega. Días después murió de un fallo multiorgánico fulminante, fruto de una infección de caballo. Era el encanto romántico que tenía la caseta. El colchón se había usado año tras año, sin haber sido ni sustituido ni aseado. Se comentaba que, si se hiciera un análisis minucioso de todo rastro dejado en él, saldrían hermanos perdidos de cada uno de los habitantes de la villa. Nadie sabía, a ciencia cierta, cuál fue el color original del colchón. Ahora solo era una masa amarillenta y surcada por miles de cercos parduzcos que sugerían que allí se había celebrado la orgía más multitudinaria de la historia.

Pero la caseta, al no tener cristales ni puerta, estaba permanentemente ventilada, y si se obviaba la solera del colchón, era hasta agradable y acogedora cuando la noche no venía demasiado fresca.

Tras el episodio del falso entierro en el compostador, Celeste sintió la necesidad de acercarse a la caseta para dejar fluir su impotencia y su rabia incipiente. Necesitaba estar sola, pensar, entender qué era lo que había pasado y por qué había sentido tan cerca, tan nítida, tan solícita y tan salvadora a su abuela. Empezaba a caer la noche y sabía que tenía que llegar a casa, pero su madre ya estaría hecha una furia y media hora más o menos no la salvaría de un buen rapapolvo y de una cena llena de miradas frías y de reproches.

El parque era un lugar abierto, sin cancelas ni obstáculos para acceder a él. La villa era un lugar seguro. Años después eso no sería así, pero para eso faltaba un tiempo.

Celeste llegó a los mojones rojos de plástico que cercaban la caseta del lago y los superó sin ninguna dificultad. A pesar de la hora, no sentía frío. Acaso un poco de intranquilidad, por si la caseta se encontraba ocupada por alguien. Tuvo suerte. Solamente algunos patos reposaban tranquilos y ajenos. Intentó entrar de puntillas para evitar el revuelo de los animales. No quería que por su culpa sufrieran ningún daño. Fue inútil. Agitaron las alas y se alborotaron, indignados, cuando se vieron invadidos y huyeron hacia las aguas remansadas del lago.

No estuvo mucho tiempo. Apenas veinte minutos. Pensó en que su vida era una mierda y que no sabía cómo salir de esa espiral de desasosiego y desespero. Pensó que sus padres no le prestaban más atención que la que se da a un juguete, a una muñeca que estaba empezando a romperse, sin importarles un pijo cómo estaba realmente ella, qué sentía. La alimentaban, jugaban con ella, la llevaban al colegio e intentaban que el fin de semana tuviera entretenimiento. Pero poco más. Era un mal generalizado el considerar a los hijos como un entretenimiento en los ratos libres y como un estorbo en los días de labor.

Pensó que estaba sola en este mundo y que ni siquiera sabía si le apetecía seguir en él.

Cuando estaba a punto de hacerlo, de dar el paso que la conduciría al tránsito entre la vida y la muerte, una pareja, salida de la nada y sin mayor horizonte que el de calmar su entraña en guerra, irrumpió en la escena y frustró sus planes suicidas. Corrió a esconderse tras el murete con sus ropas revueltas en sus brazos, y fue testigo, de primera mano y en directo, de los escarceos amorosos de dos chicas que se comían el alma a borbotones mientras repasaban río por río y afluente por afluente sus cuerpos desnudos, abiertos sin decoro y sin vergüenza al halo anaranjado que cubría el parque de la Paz cuando agonizaba el crepúsculo.

Después de ese día, en que Celeste decidió sin éxito acabar con su existencia sumergiéndose en el lago, la muchacha regresó en tres ocasiones. Dos de ellas para fraguar su camino. La tercera, para consumar un cachito de su liberación.

Pero eso sería algunos años después, una vez pasada la metamorfosis, cuando la mariposa ya volaba libre y desbocada.

CAPÍTULO 17
EN LA CASETA ABANDONADA DEL LAGO
(PARTE 1)

No lo puedo soportar más. No lo quiero soportar más. ¿En qué me he convertido? ¿En qué me han convertido? Soy su juguete. Su mono de feria. Su payaso triste. Su tabla en medio del mar, su comodín, su salvación. Cuando alguien tiene que descargar su rabia, su odio, su frustración, lo hace conmigo. Eso debe ser fácil. Incluso debe ser divertido. Un tentetieso. Eso es lo que soy. No me veo capaz de plantar cara. Tengo miedo al dolor, a la soledad, al destierro. Y, qué curioso y patético, por no estar sola me veo mal acompañada. Les doy pie a ello. No me rebelo. No maldigo. No grito. No insulto. Sería incapaz de hacer nada de eso. Estoy cansada, muy cansada. ¡Joder! Y no debería pensar esas palabras malas, que mamá me ha enseñado que decir tacos es de chica desviada, y yo soy buena. Quiero ser buena. Pero es que no sé qué hacer. No sé dónde esconderme. Yo solo quería jugar con todos, como hacen todos. ¿Por qué tengo que ser diferente? ¿Por qué me hacen sentir distinta?

No quiero volver a casa. Mamá me va a reñir y papá me mirará con un resquicio de pena, de compasión diría yo, pero no va a mover ni un solo dedo por ayudarme.

No quiero volver al cole. Cada mañana es un suplicio entrar allí. Mamá se despide con un beso y me deja en la puerta, casi me empuja. Pero no me quiere creer. Allí pasan cosas malas. Nadie quiere estar conmigo. Nadie me quiere de compañera. No estoy tan mal. Me encantaría que Jakob se fijara más en mí. A veces lo hace y, por unos momentos, me siento afortunada. Pero siempre acaba haciéndose el gallito delante de los otros. Especialmente de ese Elías. Es cruel y malo. Y los profesores solo les ríen las gracias. A uno y al otro. Hoy pensaba que me moría. Me ahogaba y me podría haber picado alguno de todos esos bichos. Odio los bichos. Me dan asco.

Ni siquiera puedo tener mi refugio, mi rato de paz, mi lugar seguro jugando al escondite. No quiero entrar en mi habitación cuando anochece, cuando toca dormir. Abuela me asusta. Hace tanto tiempo que viene a verme que pienso que, si me quisiera hacer algún mal, ya lo habría hecho. Pero me da miedo. Odio el columpio de al lado de la ventana. Ya ni siquiera siento allí a mis muñecas. Total, ella las tiraba cada noche. Para qué insistir. Me gustaría que lo quitaran de allí, pero papá y mamá me dicen que no, que todavía no es momento de cambiar la habitación, que tenga un poco de paciencia y que, si

ahora no juego con el columpio, es porque estoy pasando una época de cambios, pero que seguro que dentro de unas semanas o de unos meses me vuelve a encantar mecerme en él. No lo haría ni loca. Está siempre helado. Está siempre resbaladizo. Huele a ella. A algo sórdido y abyecto.

No sé muy bien qué hago aquí y no veo la salida. No se me ocurre ninguna posibilidad de que las cosas cambien. No quiero ser. No quiero estar. No quiero sentir. Quizá todo sea culpa mía, pero me da miedo la solución. Lo mejor para no estar aquí es, sencillamente, dejar de estarlo. Pero me siento viva, a pesar de todo. Quiero crecer, quiero ver tantas cosas, quiero conocer a algún chico bueno que me haga sentir feliz, quiero ver a mis hijos correteando a mi alrededor en una casita con jardín y animalitos. Quiero ser científica, descubrir mundos alternativos, curas para todas las enfermedades, soluciones para el cambio climático, artificios para la hambruna. Sé que puedo ser buena, muy buena en cualquier cosa que me proponga, pero no me dejan vivir. Quizá porque no lo merezco. Quizá debo dejar de soñar y darme cuenta de que nunca nada cambiará.

Debería sentir frio, pero no lo siento. Ni siquiera ahora que empiezo a quitarme la ropa. En el fondo, no deja de ser una aventura, una rebeldía. Pero ya me toca ser rebelde, de vez en cuando. Quizá lo seré hoy, por primera y última vez.

Nunca hubiera imaginado que podría estar aquí, en medio del parque, en la caseta abandonada, tal como nací de la entraña de mi madre, desnuda y llena de mugre. Entonces eran coágulos, trozos de placenta y líquidos varios. Ahora son trozos de cucarachas, de bichos muertos, piedras, rasguños. Y tierra, mucha tierra restregada por mi cuerpo. Y ha llegado el momento de devolverle este cuerpo marcado de mala manera a la tierra.

No viene nadie, todo está tranquilo a pesar de que todavía se filtra algún suspiro de luz por los árboles del lindar. Me meteré en el agua y me adentraré hacia el centro del lago. Lo siento, señores patos, pero voy a molestaros otra vez. Aunque será la última. Lo prometo. Creo que es el momento de desaparecer. Tampoco me llorará nadie. Me enterrarán y mañana seguirán con sus vidas, buscando una nueva víctima a quien amargar la existencia. ¿A quién le importa si Celeste vive o muere? A nadie, estoy segura.

Me encantaría tener otra opción, pero mi único camino es desaparecer. Morirme. Dicen que el día del incendio estuve a punto. Hoy traspasaré esa frontera. No hago nada aquí. Y voy a solucionarlo.

Solo quiero morir.

¿Me enterrará papá?

CAPÍTULO 18
SEDA

Dos años después del accidente
Doce años antes de la metamorfosis
Catorce años antes del tránsito

Todo empezó con los gusanos de seda.

Tenía tan solo seis años y le gustaba lo justo ir al colegio. Desde el accidente, vivía permanentemente cansada, pero era tan niña entonces que ese agotamiento constante lo entendía como algo normal. Por eso no le apetecía ir a clases, por mucho que hicieran juegos, hincharan globos de colores y contaran historias de tierras lejanas llenas de aventuras y misterios. Prefería mil veces quedarse en el sofá, vagueando mientras su madre le hacía compañía y en la tele repetían hasta el aburrimiento todos los capítulos de sus dibujos preferidos.

No tenía amigos ni la invitaban nunca a una fiesta de cumpleaños. Casi ni se apercibía de ello, a pesar de que su madre, sin que la pequeña le preguntara ni se quejara, se empeñaba en repetirle que no se preocupara por ello. La insistencia por parte de su familia de querer convencerla de que era una niña normal le hizo entender, más pronto que tarde que, en realidad, no lo era.

Tenía vagos recuerdos de la noche del incendio. Nada más que unos fotogramas tormentosos que le sabían ajenos y la llenaban de angustia, salpicados de sombras grotescas, de demonios, de hedor a carne carbonizada, de llamas rojas y negras, aunque era incongruente que una hoguera lo tiñese todo de negro, pero es tal y como lo veía. Apenas recordaba nada más. El frío intenso que pasó en la cama del hospital y una inmensa sensación de libertad cuando, de repente, se sintió en calma, por fin. Luego, un doctor que la miraba desde la pared con ojos analíticos. Y sus padres, a lo lejos en el pasillo, abriéndole los brazos y esperándola emocionados. No recordaba nada más. A veces, hasta pensaba que todo fue una pesadilla y que, en realidad, jamás existió.

Esas veces, las menos, le bastaba con desnudarse y mirarse al espejo. Su cuerpito de niña tísica le contaba que había sufrido algo extraordinario que, de manera silente, le había cincelado un rastro chabacano. Una cicatriz, en forma de algo parecido a una cruz invertida, se dibujaba por su tripa y le repoblaba de piel muerta y arrugada gran parte de su torso, desde el centro de un pecho inexistente hasta una micra por encima del ombligo. Y, una vez se despojaba de la ropa, llegaba a sus sentidos ese aroma lejano pero perseverante de humo, de carne envenenada, de materia en proceso de

putrefacción, de humedad y desolación. Ese tufo insufrible a cadáver camuflado o, al menos, eso le parecía a ella. Sabía que estaba viva porque, sencillamente, sabía que no estaba muerta. Pero de su entraña salía ese aroma agrio a incendio del pasado.

Pensaba que, con el tiempo, la cicatriz se iría suavizando y el olor se iría atenuando. Se equivocaba, como casi siempre.

Su entrada en la escuela, pocos meses después del accidente, fue traumática. No quería alejarse de la seguridad de la casa. Estaba intentando acostumbrarse a las apariciones de su abuela muerta, que se repetían noche tras noche. Ya de por sí, apenas dormía. Después del accidente, su sueño era frágil y quebradizo, y las noches le sabían espesas como melaza. Durante el día, se acercaba a su madre, que cada vez trabajaba menos en el supermercado, y se sentía protegida por ella. Pero, al ir a la escuela, todo eso terminó.

El primer día se sentó junto a un grandullón de ojos fantasiosos y hoyuelos gamberros. Soñó con que sería su amigo y le podría contar, con el tiempo, sus desdichas. Se convenció de que ese niño, despierto y juguetón, sería su confidente, al que le podría hablar del espíritu de su abuela, esa amiga imaginaria forzada que ella nunca había proyectado ni deseado, pero con la que convivía cada noche.

Una vez más, se equivocaba.

Se intentó acercar a ese muchachito que debía sentirse tan perdido como ella misma. Cuando se atrevió, al cabo de unos días, a dirigirle la palabra, empezó a entender que la vida no le sería nada propicia:

—Hola, soy Celeste. ¿Quieres jugar conmigo?

—Por Dios —repuso él, levantando la voz más de lo normal para que todo el mundo escuchara su gracia—. Pero si la hija del sepulturero habla. ¿A qué quieres jugar, chavalita? ¿A enterrar muertos? Vale. Yo hago de tu padre y tú sirves de cadáver. Al menos, hueles como uno de ellos, seguro.

Ella podría haberle respondido con alguna salida inteligente, como preguntarle cuántos cadáveres había olido. Seguro que ninguno. Celeste no era tonta, ni mucho menos. De hecho, si alguien hubiera reparado en ello, sabría que era una niña brillante, con una capacidad altísima para pensar, para imaginar, para querer y para herir. Pero eso era algo secundario en la vida de Celeste. Suficiente tenía con soportarse a sí misma y con superar su timidez enfermiza.

Desde esa conversación, que duró unos segundos, ese niño se convirtió en la peor pesadilla de la chiquilla y así se mantendría durante años. Ese niño, que a veces era odioso, pero al que le reían todas las ocurrencias, por crueles e hirientes que fueran, se llamaba Jakob Kohen. Aunque él no lo sabía, esa chulería innata de maltratador en ciernes y ese despotismo natural le conducirían a una

muerte temprana y horrible. Pero esa historia llegaría años más tarde.

Pasado el período de frio, llegaron los días largos y soleados a la villa y a la escuela. Todo fluía, florecía, se desperezaba y se criaba. Los letargos quedaban en el recuerdo y las praderas afinaban su sinfonía de colores con la invasión de las amapolas y las prímulas. El fango de semanas atrás se endurecía en los caminos, que se volvían, día a día, polvorientos y crujientes. En el colegio, los niños se afanaban en crecer, en entenderse a sí mismos y en aprender los entresijos de la naturaleza. Se sorprendían con las metamorfosis de algunos animales, y cada uno mimaba su caja de gusanos de seda, llena de hojas de morera y de agujeros que permitieran la ventilación. Era un trabajo siempre agradecido que, año tras año, proponía la profesora de Ciencias Naturales a sus pequeños alumnos.

Recordaba que era jueves, no por nada especial, sino porque se lo contó a sus padres cenando alrededor de una fuente de pollo rebozado. Y eso era lo que siempre ponía su padre los jueves, buscando desesperadamente sabores que atrajeran lo suficiente a Celeste como para que comiera algo, lo que fuera. Hazzy creía que el pollo era infalible, y lo ponía semana sí, semana también, aprovechando el mercado que los granjeros instalaban los miércoles, al que siempre se escapaba entre cadáver y cadáver para hacer una compra saludable, según decía él.

Ese jueves, la niña no tenía hambre. No hubiera sido ninguna novedad si no fuera porque, además, estaba triste. Eso, realmente, tampoco tenía nada de especial. Celeste no tenía hambre y estaba triste cada noche. Pero ese jueves llevaba la decepción cincelada en su rostro, y guardaba en su pequeño puño una nota arrugada de papel y dibujaba un rictus de rabia en su rostro blanquecino. Cuando se sentaron alrededor de la cena, la niña, con toda la inocencia del mundo, dejó el trozo de cuartilla en el centro de la mesa para que sus padres lo vieran.

«MEJOR MUERTOS, PARA QUE SE SIENTAN COMO EN CASA Y PARA QUE TU PADRE SEPA QUÉ HACER CON ELLOS»

Les explicó entre sollozos que había encontrado esa nota dentro de su caja de gusanos de seda. Les había cogido cariño, y esperaba con ansia la llegada de la ceremonia de cambio que los mantenía inmóviles y alzados durante unas horas. Parecían un ejército disciplinado y marcial. Había visto fotografías de ese fenómeno y ya había sucedido con los gusanos de su compañera Edna la semana anterior. Cuando fue a buscar la caja esa tarde, al regresar del recreo, se encontró un puñado de hormigas que se colaban por los agujeros de la guarida de sus gusanos, y cuando abrió la tapa apenas pudo contener un grito cuando vio que todos estaban muertos, aplastados,

flotando en una especie de caldo amarillento y putrefacto que más tarde supo que había salido del interior de los propios gusanos. Alguien los había matado, uno a uno, reventándolos contra el fondo de la caja. Y había dejado encima esa nota.

Hazzy pidió permiso en el tanatorio al día siguiente, aprovechando que la noche había sido generosa y no tenía clientela que lo esperara ese viernes por la mañana. Acudió a la escuela y solicitó una reunión de urgencia con la directora. Esta le prometió que investigaría el suceso, pero lo hizo con muy poca fe y con menos intención, y al cabo de unos días llamó personalmente al señor Zacariah para decirle que no habían encontrado al culpable y que daban por olvidado el incidente.

Ese fue solamente el primero de muchos.

Celeste encontraba en su taquilla los regalos más desagradables. La primera vez, se le nubló la intención y se le doblaron las piernas. No se lo esperaba. Abrió la puerta de madera lacada en azul cielo, mirando a su alrededor, para comprobar que nadie la molestaría y echó mano de su carpeta. Pero tocó algo viscoso y frío. Miró sin querer hacerlo y descubrió el cuerpo mutilado de un lución enano. Sabía lo que era porque había visto varios documentales antiguos, donde un tal Camillo Ballarin, un reputado biólogo italiano conocido mundialmente porque descubrió una nueva especie de escorpión altamente venenoso en la caribeña isla de Contoy, explicaba de manera sencilla, como para niños, los secretos de los reptiles, los insectos y los anfibios.

Celeste vio como su carpeta estaba salpicada por unas manchas ocres, como de alquitrán dorado, pegajosas y densas. Se estremeció, se fue sintiendo pequeña y se desparramó en el suelo sucio, enroscándose como una serpiente que buscara una hibernación eterna. Se sintió la niña más desdichada del mundo y deseó, no por primera ni por última vez, estar muerta y transitar otras dimensiones más propicias para alguien peculiar como ella. Sobrevivir al accidente, en contra de lo que pudieran pensar quienes la rodeaban, había sido una tortura, un suplicio, un azar malvado que la había llevado a convertirse en un fenómeno infortunado de la naturaleza, en un ser deforme y grosero al que todo el mundo podía hacer servir como tentetieso para desahogarse de sus miserias.

Desde el episodio del lución ya nunca volvió a abrir la taquilla sin mirar antes de meter la mano. A pesar de que, de vez en cuando, encontraba presentes adorables, como ratas muertas, trozos de cuerpos de cucarachas e, incluso, algún cadáver de pajarillo, nunca volvió a sentirse abatida y desolada como aquel primer día en el que entendió que lo de los gusanos de seda no había sido una casualidad, una gamberrada de mal gusto ocasional. Era su destino y no le

gustaba, aunque poco podía hacer para escapar de él. Los profesores nunca prestaron demasiada atención a sus lloros y a sus desesperos. Nunca llegó a saber que el dinero que el señor Abdías Kohen, padre de Jakob, repartía por la escuela había conseguido acallar muchas protestas y había hecho apaciguar los caracteres de los profesores más rebeldes y reivindicativos.

La niña, a pesar de resistirse a ello, acabó por entender que no podía buscar refugio en nadie, y que sus padres poco podían hacer. Al contrario, la profesión de su padre le complicaba la existencia de una manera cruel y exagerada.

Celeste Zacariah, una niña prodigiosa que languideció abrasada a causa del fuego concupiscente de sus padres, una noche calurosa de cuando tenía apenas cuatro años, estaba sola en el mundo. Realmente, estaba peor que sola. Vivía rodeada de unos padres que le miraban con la vergüenza de la culpabilidad y el azoramiento del desconcierto, unos compañeros que buscaban constantemente la manera de recordarle que no formaba parte de ellos y unos profesores que miraban hacia otro lado, ignorando el tufo desagradable y penetrante que emanaba del acoso que sufría la pequeña hija del enterrador.

La única persona que la trataba con deferencia y que no le fallaba nunca no era ni siquiera una persona. El único que le demostraba devoción, fidelidad y un cierto sentimiento de complicidad era el fantasma de su abuela muerta, que acudía cada noche a mirarla con ojos penetrantes y a mostrarle algo parecido al respeto antes de desaparecer para ir allí donde debían ir los muertos.

A veces, Celeste ansiaba irse con ella.

Mil veces estuvo a punto de intentarlo.

CAPÍTULO 19
EN LA CASETA ABANDONADA DEL LAGO
(PARTE 2)

Diez años después del accidente

Cuatro años antes de la metamorfosis Seis años antes del tránsito

No puedo vivir así. No quiero vivir así.

Hace demasiados años que les soporto. No sé por qué razón absurda pensaba que todo iba a cambiar. Los niños son muy crueles, pero estaba convencida de que, de adolescente, encontraría el camino. Me gusta estudiar, y se me daría bien ayudar a la gente que lo necesitara. Creo que soy paciente y buena dando explicaciones. Pero nadie quiere sentarse conmigo en el laboratorio. En el reparto de los grupos de trabajo de Filosofía nadie me ha escogido. Y eso debería doler. Pero ya ni duele. Me da asco la cara con la que me han mirado las dos estúpidas esas que me han asignado como compañeras. Como si yo fuera un bicho raro, un zombi del apocalipsis, el eslabón perdido. Joder, ¿no se dan cuenta de que eso hiere?

Estoy harta de no ser nadie. Antes, me moría por ser invisible, por pasar desapercibida. Ahora lo aborrezco. Mierda, yo quiero ser alguien para alguien. No puedo tolerar, no puedo aceptar ese estado permanente de invisibilidad, como si anduviera debajo de la capa de Harry Potter. Solo aparezco delante de los chicos cuando les apetece. Pero, para eso, prefiero pudrirme en otro mundo que permanecer aquí. No soporto esa moda, esa manía que les ha dado ahora de acorralarme de camino al baño. No soy tonta. Seré muchas cosas, pero no soy una alelada que no se da cuenta de las cosas. Es un pasillo alejado de la sala de profesores, y los muchachos me rodean y se aprovechan del sentido de manada para tocarme. ¿Qué derecho tienen? ¿Quién les ha dado permiso para tomarse esas libertades? El estúpido de Elías me ha dicho hoy que quería ver si tenía pelo allí, en mis partes privadas. ¿Y qué demonios le importa? Eso lo verá el chico que se lo merezca, no cualquier chulo de barrio. Me jode quedarme sin respuesta cada vez que me acosan. Se me queda esa cara de imbécil insufrible y no sé cómo evitarlo. Tengo que encontrar la manera. Y, en días como hoy, creo que es urgente que la encuentre. No sé a dónde puede ir a parar todo esto. Me han tocado. Hoy me han tocado. Mientras ese capullo me levantaba la falda para aclarar su duda, sus amigotes me han manoseado por todas partes. Me dan asco. Pero para qué voy a irme a quejar a la directora. Como mucho, les echará un sermón con media sonrisa en los labios y la cosa no pasará a mayores. Solo me consuela que no estaba Jakob entre ellos. Sigo

pensando que él es diferente, más caballero, más atento, aunque no le dejan ni las circunstancias ni esa absurda imagen que estoy convencida de que cree que tiene que dar.

Él sigue siendo distinto. Pero a los otros les odio. Hace años estuve aquí compadeciéndome, lamiéndome las heridas y convenciéndome de que el único camino era desaparecer. Si no hubiera sido por esas dos chicas que aparecieron en el momento más oportuno, no sé ni qué hubiera sido capaz de hacer. Tenía la intención de meterme bajo el agua y no regresar jamás. Afortunadamente, me escondí y, en cuanto ellas estuvieron entretenidas en ese baile amoroso que tanto me impactó y me sedujo, hui hacia casa, a soportar la reprimenda de mi madre.

¡Qué equivocada estaba entonces! Era solo una niña, eso es verdad. Pero hoy sé que no soy yo la que molesto, no soy yo la que sobro. Son todos ellos. Y me faltan valor y medios para hacerlo. Me falta imaginación y fuerza. Me falta oportunidad.

Pero, si pudiera…, los mataría a todos.

CAPÍTULO 20
CUANDO LOS SUEÑOS PARECEN CUMPLIRSE

Catorce años después del accidente
Cuatro días antes de la metamorfosis
Dos años antes del tránsito

—Mañana es el gran día —murmuró Celeste a su propio reflejo, que la miraba emocionada y excitada desde el otro lado del espejo de su habitación—. Por fin, después de tanta mierda, llega algo bueno. Mañana tienes una cita con Jakob, zorrona. Y ya sé lo que piensas, no te creas que no te conozco. Por tu cabeza solamente pasa la idea de dejar de una vez esa absurda virginidad abandonada en cualquier cama y saber qué se siente al tener a tu hombre dentro de ti. Eres un putón verbenero, querida.

Ni siquiera sabía cómo había sucedido. En teoría, nada había cambiado. Su vida estaba llena de desencuentros y penumbras. Desde que se fue su madre, todo estaba todavía peor. Ese día, cuando murió Trudi, Celeste había tenido la certeza de lo que sospechaba hacía muchos años, desde que perdió a su hermanito: la abuela, o lo que fuera eso, y sus amigos, tenían ciertas tendencias asesinas. Y eso provocaba que les tuviera miedo, que no les entendiera. Pero que les tuviera esa rabia, ese odio, ese desprecio, no evitaba que siguieran campando a sus anchas por sus noches y por sus intimidades.

En la escuela no le iba mejor. Transitó del colegio al instituto, esperando o, mejor dicho, soñando, con que el acoso que sufría desde que tenía uso de razón pasara a la historia, aprovechando que todos iban creciendo. Pero ni por esas. Cuando empezó sus estudios superiores, las cosas se recrudecieron. No solo se burlaban de ella por lo de su padre y le gastaban bromas pesadas, cada vez más salvajes y difíciles de digerir, sino que la nueva vida en el instituto le había hecho conocer otra cara del horror, como era el acoso de índole sexual. En el fondo, ya se había acostumbrado a todo, pero seguía lastimándole ver que no había nadie que saliera en su defensa.

Hacía unos días, pocos, también es cierto, que Jakob parecía que se empeñaba en protegerla delante del resto, sobre todo de su colega de batallas, ese tal Elías, que no era peor que él, pero sí más desagradable. Jakob, por lo menos, era guapo, rematadamente guapo, y las chicas del colegio, primero, y las del instituto y el barrio, después, se turnaban para asediarlo.

Tenía la misma edad que Celeste, y coincidieron desde el primer día en el colegio, hacía casi catorce años. Nunca habían sido amigos.

Celeste no tenía amigos, realmente, ni tampoco los quería. Algún conocido acaso, alguien que se apiadaba de vez en cuando de ella, pero que lo hacía con la boca pequeña y sin buscar enfrentamientos. Jakob Kohen no formaba parte de este grupo, para su desgracia. Era un niño especial, que tenía un ángel y una sonrisa que derretía cualquier barrera, fuera de sus compañeros o de sus profesores, que le reían todas las gracias y le perdonaban todas las ofensas. Eso le convirtió en un adolescente insoportable. Altivo, despreciativo, bravucón y peligroso, andaba siempre rodeado de una pléyade de muchachas que maniobraban para que les revolviera las entrañas, aún a tan temprana edad, y envalentonado por un grupo de apóstoles, de acérrimos seguidores, obnubilados por su magnetismo y su fortuna.

Siempre había mostrado una gran crueldad con los débiles, y especialmente con Celeste, a la que había convertido en blanco de sus burlas desde los primeros meses de coincidir en la escuela. Al principio, la muchacha se defendía acudiendo a la dirección del colegio, solicitando protección por parte de los profesores y amparo por parte de sus padres. Pero bastaban dos reuniones con Jakob y todo quedaba en agua de borrajas. Nunca salía castigado. Al contrario, alguna vez había resultado incluso beneficiado con clases libres o tiempo de recompensa para poder entrenar en el gimnasio:

—Un chaval como el bueno de Jakob Kohen necesita quemar mucha energía —aducía en su defensa la directora, enamorada de los ojos verdes e insondables del muchacho—. No es justificable ninguna agresión ni ningún tipo de acoso, pero lo más probable es que él necesite sacar su energía por alguna parte. No es mal chico, y unas horas de entreno, aunque sean a costa de alguna clase con poca entidad o trascendencia, ejercerán de bálsamo para su espíritu indomable.

Si no fuera porque no dormía nunca, hubiera tenido, con total certeza, pesadillas con Jakob.

Pero, por algún sortilegio milagroso, las cosas habían cambiado. Todo empezó un lunes dos semanas atrás. Los muchachos volvían de un fin de semana de convivencia en una casona abandonada en medio del bosque. Para estrechar lazos, según el instituto. Para beber, fumar y levantar faldas generosas y predispuestas, según los alumnos. Celeste no había asistido. Entre su temor a las burlas, cada vez más crueles, su miedo a los desencuentros con sus compañeros, cada vez más adolescentes y groseros, y el hecho de que su padre no permitía que su chiquilla pasara ni una sola noche fuera de casa, a pesar de su mayoría de edad, se había quedado sin ir. Ese lunes, desde que entró en el instituto, esperaba, resignada, su ración de humillación.

Sucedió lo contrario.

Enfilaba el pasillo del baño cuando una jauría de chicos se

arremolinó a su alrededor. Apenas podía distinguirlos, de lo cerca que estaban. Podía sentir sus alientos cálidos y atiborrados de hormonas babearle a escasos centímetros. Notó como un manotazo le levantaba la falda del uniforme y reconoció la voz, espesa e insufrible, de Elías, el compañero de Jakob que, entre risotadas, intentaba humillarla una vez más:

—Que se ventile, por Dios —gritaba de manera estúpida, como si fuera un aspirante a sicario buscando aprobación—. Nunca he visto un coño que oliera tan mal. Eres como un mono de esos que parece que tengan el culo irritado. ¿Te has cagado encima, chica Zacariah? ¿O tienes la regla y no te lavas?

Celeste no tuvo tiempo ni siquiera de sentir asco. De repente, apareció una mano salvadora que espantó a los chicos como si fueran moscones revoloteando sobre los restos de un melón. Retrocedieron y se separaron de la chica igual que se abrieron las aguas del mar Rojo azotadas por la vara de Moisés.

—¿De qué hablas, Elías? —interrogó la voz profunda de Jakob Kohen, plantándose firme al lado de Celeste y ofreciéndole su amparo —. Nunca has visto un coño que oliera tan mal porque nunca has visto un coño, anormal.

El aludido se retiró un paso, con una mezcla de frustración y de rabia dibujada en su rostro. No se atrevió a replicar. Masculló algo que ni siquiera él mismo sabía lo que era y se fue pasillo allá, empujando a uno de los chicos que pretendía faltarle al respeto.

Una vez se quedaron solos, Jakob se puso frente a Celeste y le cogió de la mano. La notó fría y liviana. Tuvo que levantarle la barbilla para conseguir que la muchacha le mirara a los ojos. Los tenía de un amarillo intenso, casi transparentes. Estaba aterrorizada, además de no entender lo que estaba pasando.

—No les hagas caso, Celeste —le dijo Jakob con media sonrisa colgada en los labios—. No dejan de ser chiquillería, y yo soy el primero que sé que te he faltado en alguna ocasión, pero estoy creciendo y me doy cuenta de lo que merece la pena en la vida. No dejaré que te molesten, te lo prometo.

Calló por unos instantes, densos y eternos, en los que ella no atinó a encontrar ni una sola palabra, ni un solo suspiro, ni un solo rumor, que le transmitiera a su salvador que estaba viva y agradecida.

—Puedes seguir tu camino, pequeña —continuó él, más que nada para romper un silencio violento y absurdo—. Intenta olvidar estas cosas. No creo que te vuelvan a molestar.

Ese día flotó. No como su abuela, que, una vez muerta, flotaba con mucha gracia por donde se le ocurriera aparecer. Flotó de otra manera. Se sentía libre, fuerte y respetada. Una permanente descarga eléctrica de baja intensidad le subía desde la entrepierna hasta el

instinto, le recorría el corazón y moría mansa, como si fuera la resaca de un mar en calma, en sus mejillas arreboladas.

Durante quince días jugaron, sin saberlo, al lobo y a la cabrita. Jakob la protegía y se acercaba a ella sin motivo aparente, para charlar de nada, pues nada tenía que ofrecerle, que es lo que suele pasar en las relaciones incipientes que se guían solamente por la piel y el deseo a cualquier precio, y no por la búsqueda de la pasión y del crecimiento al mismo tiempo. Celeste se acostumbró a verse cerca de Jakob, y cada vez sentía menos miedo, aunque la vergüenza le desbarataba la intención. Si ella, de por sí, apenas comía, pasó dos semanas en que no le entraba nada. Nunca se planteó el motivo de por qué el estómago no entraba en rebelión. Sencillamente, sabía que las campanas que sonaban en su corazón, y que podía escuchar con total nitidez si se concentraba en ello, acallaban cualquier protesta de su cuerpo.

Y, al final, sucedió. Con la suavidad de una brisa de verano, con la sencillez y la belleza de una aurora boreal. Salía del baño, donde solía recluirse por vergüenza y por necesidad de tener un refugio, y se lo encontró esperándola.

—Nena, te andaba buscando —le dijo, atractivo y con un punto chulesco que emocionaba a todas las chicas del instituto —. El miércoles por la tarde mis padres no estarán en casa. Vente a tomar algo y a charlar.

Sonó como una orden de cuartelero obsceno, pero ella lo tomó como una propuesta romántica de príncipe palaciego.

—Vale —solo supo responder, después de que se le atropellara la lengua.

Aceleró el paso para que nadie viera como una sonrisa triunfal casi rasgaba la piel cérea de sus mofletes.

CAPÍTULO 21
LA PRIMERA VEZ

Catorce años después del accidente
Tres días antes de la metamorfosis
Dos años antes del tránsito

Magullada, extraña, pero feliz, rememoraba en su habitación la tarde que había pasado con Jakob. Un dolor sordo, que era más de espíritu que de cuerpo, la tenía ligeramente aturdida, y le hacía imaginar cosas que, de tanto querer que hubieran pasado, las daba por ciertas y seguras. Y, así, recordó, deformando la realidad, que Jakob había sido caballeroso y delicado, que la había besado casi sin querer y que le había transmitido toda la tranquilidad del mundo para que ella pudiera afrontar su primera vez con una muy ligera turbación por lo desconocido, pero sin más temor que el de llenar de torpeza una escena que habría de rememorar toda la vida. Se mentía recordando que la había desnudado lentamente, que la había tomado en brazos y la había acostado en su lecho, amplio, mullido e inmaculado, bañado por el sol y por sus ansias adultas de traspasar todas las fronteras. Daba por cierto un baile que no había existido, de piel con piel, lleno de guiños, de complicidad, de saliva y de deseo. Se convenció de que Jakob había querido instruirle, poco a poco, en los secretos inconfesables del sexo, y la había iniciado en una sucesión de excitantes escaramuzas que habían provocado que alcanzaran la plenitud exhaustos, entregados, ardientes y enamorados.

El pasado es la mentira más grande que hay. Cada uno se empeña en recordarlo a su manera, y nunca, de ninguna forma y bajo ninguna instancia, esa percepción se puede modificar. No hay nada más falso e inevitable que recordar con claridad meridiana lo que estamos convencidos que fue, pero que no fue, como hacemos todos, dejando la verdad cruda de lo que sucedió como un invento imposible, algo que usan quienes también allí estuvieron para hacernos daño o para arañarnos la vida. En definitiva, la verdad estricta de lo que sucedió en un pasado nunca la sabe nadie. Y, mucho menos, sus protagonistas.

Celeste consiguió entrar en una fase de sopor placentero tumbada en su cama, convencida de que, por fin y de golpe, había encontrado todo ese amor que se le antojaba imposible días atrás, y que sabía que ya no la abandonaría durante el resto de su vida. Se amodorró acariciándose la entrepierna, extrañamente seca, como siempre, extrañamente fría, sin sentir ningún tipo de placer, a pesar de que insistía de manera mecánica en una masturbación sin futuro, pero que le servía para visualizar que, horas antes, su sexo había albergado

la hombría de su caballero andante.

Había llegado poco después de las cuatro de la tarde a casa de los Kohen. Era un día soleado y la brisa venía templada. Desde las dos se había estado arreglando para la ocasión. Se había bañado, aprovechando que su padre no estaba en casa, y se había frotado con una esponja exfoliante, intentando paliar esa especie de olor amargo que desprendía su piel desde el accidente. Lo consiguió a base de darse masajes con champú de agua de rosas y de anegarse en colonia posteriormente. Se puso un conjunto precioso de falda de vuelo y blusa de seda, escotada y sugerente. Debajo, un escueto tanga y un sujetador a juego, que se había comprado esa misma mañana para la ocasión. Todo detalle era poco para sorprender a aquel que quería que fuera su chico.

Jakob abrió la puerta, ataviado con un pantalón corto de deporte, bastante desgastado, y una camiseta raída que se le había quedado ancha por todos lados. Celeste se frustró un poco, ya que esperaba que él también se hubiera vestido para la ocasión, pero enseguida comprendió que Jakob estaba en su casa, y lo normal es que fuera con ropas cómodas. Le restó importancia y siguió al chico hasta una sala indecentemente grande, con un sofá de seis cuerpos que terminaba en una *chaise longe* en la que alguien se podía extraviar, sin duda. La mesa, de madera de bocote, podía albergar a veinte comensales con facilidad y se encontraba junto a una cristalera abierta al mundo, por donde se colaba un frescor agradable, y que daba acceso al frondoso jardín lleno de árboles, entre cuyas ramas se filtraba el mágico sol vespertino. Llegaba hasta ellos un melodioso y dulce canto de pájaro.

Se sentaron a una distancia prudencial y se quedaron mudos.

—Te sirvo una copa —afirmó él, más que preguntar.

—No bebo nunca —rechazó ella, temblorosa.

—Pues es el momento de empezar, nena —repuso él al punto, con esa altanería que solo tienen los prepotentes que rayan la estupidez y algunos animales salvajes cuando están en libertad.

Ella no supo negarse, a pesar de que le horrorizaba el olor de cualquier bebida que llevara alcohol. De hecho, solamente bebía agua, y tampoco mucha. Eso de la hidratación le parecía una milonga de los médicos para reventar el riñón a los incautos. De hecho, había pensado mil veces que los médicos eran de una raza distinta, probablemente extraterrestre, que querían conquistar el planeta con un plan abyecto diseñado a largo plazo, y que consistía en licuar los riñones a los humanos recetando que ingirieran litros y litros de agua de manera absurda y, estaba segura, poco científica e insana. Ella podía pasar perfectamente un día entero sin ingerir ni una sola gota de agua. No veía a qué venía tanta chaladura con eso de beber

piscinas enteras como si fuéramos camellos.

Le trajo un vaso de cristal lleno de un líquido ámbar, casi de color de miel de flores, con unos hielos que, al moverlos, chocaban entre sí provocando un soniquete hipnótico. Jakob apuró la copa sin que ella la hubiera ni tocado y sin que se hubieran dicho ni una sola palabra. Celeste no sabía lo que hacer. Estaba violenta y arrepentida de haber ido. Se había imaginado la escena de manera muy distinta, pero mientras llegara al objetivo, que era acostarse con él y, así, formalizar la relación, ella ya daría por bueno cualquier rato de desencuentro o de silencio incómodo.

—No debes de hacer caso a la gente —se arrancó él, por decir algo—. Yo te enseñaré lo que debes hacer y lo que no. Lo que puedes hacer y lo que no. Lo que es necesario que sientas. Esta mañana pensaba en lo afortunada que eras, nena, habiéndome fijado yo en ti. Porque piensa que hay mil chicas, probablemente más bonitas que tú, a las que les encantaría estar ahora en tu lugar. Pero eres tú la que está sentada ahora mismo aquí, en mi casa, porque te he elegido. Y eso es, para ti, un privilegio que espero que no desaproveches. Conmigo, mientras me tengas contento, no tendrás problemas.

Ella asintió, por hacer un gesto que le transmitiera a Jakob que le estaba escuchando. Ni siquiera se planteó que eran barbaridades lo que él le estaba diciendo. Su voz sonaba tan varonil, tan segura, tan erótica, que para ella era como música. Y empezó a pensar que no le faltaba razón, y que ella era una auténtica afortunada estando allí, con él, cuando podría haber tenido a la que quisiera. Una mente insegura empieza a perder la partida cuando acepta como un privilegio el que otra persona la domine o le intente imponer las ideas y los criterios. Celeste entregó todos sus peones en esa partida de ajedrez aún antes de que empezase, convencida de que lo que decía Jakob era ciencia pura y lógica aplastante.

El muchacho siguió hablando de él durante unos minutos. Lo que había hecho, lo que había conseguido, lo que tenía, a cuántas se había tirado, en una perorata insufrible que a Celeste le sonaba a sinfonía fantástica.

—Ha habido muchas, créeme —le dijo, bajando la voz a modo de confesión—, pero ya ha llegado el momento de sentar cabeza y quedarme con una chica para siempre. Y te he escogido a ti, pudiendo haber escogido a cualquiera —repitió la idea, para que le quedara claro a la muchacha—. Estarás contenta, ¿verdad?

La pregunta no tenía respuesta posible, salvo un tiro en la nuca, una castración traumática y sanguinaria o la condena eterna al más inhóspito de los infiernos, pero a Celeste le almibaró la intención y le rescoldó el alma, y no se apartó cuando Jakob, más brusco que delicado, se acercó hasta sentarse junto a ella. Se sintió en el paraíso

cuando le cogió la cara y la forzó a mirarlo. Se inclinó hacia su boca y le lamió los labios, con una lengua densa y pegajosa que le dejó un rastro de baba con aroma a coñac caro. Ella, tal y como había visto en las películas, atinó a abrir sus labios, dándole acceso a lo más profundo de su boca, y él se recreó sin ningún miramiento, dejándole un sabor espeso a hormona en revuelta que no le generó tanto placer como ansiaba. Antes de que ella se diera ni cuenta Jakob ya había alcanzado uno de sus pechos, pequeño y frio, y lo pellizcaba con una furia casi bélica mientras que con la otra mano se abría camino hacia la entrepierna. Al llegar allí, le arrancó sin miramientos el tanga, que le había costado a Celeste dos sueldos de su padre y que había durado poco menos que seis horas. La cogió en volandas y la arrojó sobre la *chaise longe*, que se dio cuenta que estaba protegida con varias toallas, seguramente en un intento premeditado de que la vergüenza de su himen profanado no dejara rastros indelebles. La arrojó como un fardo y, una vez se dispuso a su lado, le subió la falda hasta la cintura y le intentó introducir dos dedos en su interior.

—Joder, muñeca —le riñó con desprecio—. Estás más seca que la mojama. Ninguna se ha resistido a esto. A estas alturas, todas ya chorrean. Te lo garantizo. Haz el favor de comportarte como una mujer. Y, por cierto, otro día dúchate. Hueles un poco mal.

No esperó respuesta ni reproche. Escupió varias veces sobre su mano y se aplicó la saliva en su miembro, que había liberado no sabía Celeste cuándo, y que se erguía ufano y amenazador hacia ella. Jakob puso su mano, todavía empapada de escupitajos, sobre el hombro desnudo de Celeste y la aprisionó contra el sofá, a la vez que se tumbaba sobre ella y, con la otra mano, buscaba la posición correcta. Una vez conseguida, empujó sus riñones con toda la fuerza del mundo, abriendo en canal a la chica como a un conejo. Ella sintió, acaso, un ligero escozor, poco para lo que había leído, pero nada más. Ningún fuego que la traspasara, ningún horror, pero tampoco ningún placer, ni siquiera nada parecido al gusto que debería corresponder a su excitación previa. Jakob no se interesó en ningún momento por si estaba bien. Sencillamente se movía adentro y afuera cada vez con más rabia. Celeste cayó en la cuenta que él no se había colocado ninguna protección y se asustó cuando vio que el muchacho aceleraba sus embestidas. A pesar de que, a ella, a sus dieciocho años, aún no le había bajado el primer período, tenía miedo de quedarse preñada.

—Jakob —le dijo con voz trémula y entrecortada, avergonzada de romper el momento de éxtasis del chico—. Para, Jakob. No tengo ninguna protección y todavía no es momento de jugar con eso.

El chico interrumpió el movimiento y la miró con rabia. Celeste presintió que debería haber callado. Era preferible un riesgo incierto y poco probable de embarazo que lo que presagiaba esa mirada

furibunda. De malos modos, tiró de sus hombros para incorporarla y le obligó a ponerse de rodillas, de espaldas a él. La inclinó y rebuscó con desespero algo que tenía en el lateral del sofá. Sacó un tubo de una sustancia resinosa y resbaladiza y le aplicó una generosa cantidad alrededor del ano. Le palmeó con la fuerza de un verdugo las nalgas varias veces y se acercó con su hombría inflamada. La agarró por las caderas y se introdujo violentamente en ella, deslizándose con facilidad por la acción de la pomada, pero generando un sonido sordo y siniestro al abatir el esfínter hacia el interior. Antes de empezar con las embestidas, la agarró por el pelo con una mano, jalando de él con firmeza, mientras que, con la otra, seguía palmeándole el trasero. Celeste se quedó mirando el respaldo del sofá mientras se balanceaba adelante y atrás siguiendo el ritmo frenético de las acometidas de Jakob. Pensó que el color de las cortinas podría ser un poco más intenso, que quedaría mejor. «Mirlos, son mirlos», recordó con un amago de sonrisa, cuando reconoció el canto alegre de los pájaros que llegaba desde el jardín. También pensó que había leído barbaridades sobre el sexo anal, pero que tampoco dolía tanto. Por último, recordó que tenía que terminar el trabajo de ciencias para el jueves por la mañana, y que andaba justa de tiempo.

La apartaron de sus pensamientos los gruñidos de Jakob, que había empezado un movimiento furibundo y que ya no atinaba a golpearle las nalgas, dando ridículas palmadas al aire mientras se vaciaba dentro de ella.

Al cabo de cinco minutos, la echó de su casa. La besó, por compromiso, en los labios, de una manera rápida y aséptica, y le dijo que tenía muchas tareas pendientes que terminar. Lo último que le dijo fue que necesitaba mantener una buena higiene, porque él no estaba dispuesto a que ella tuviera el honor de realizarse como mujer follándole como nadie la follaría nunca mientras tuvieran que tener sexo oliendo a cloaca.

Ella se fue feliz, convencida de que había perdido su virginidad con el hombre de su vida, con la falda agarrada para no dejar ver su desnudez debajo, ya que el tanga había acabado hecho trizas en la basura. Andaba con las piernas casi juntas e intentaba contraer el ano, para evitar que la simiente de Jakob le jugara una mala pasada y le resbalara por los muslos en plena calle, a la vista de todos. Eso no sería digno de una señorita decente como ella.

CAPÍTULO 22
NOVIOS

Catorce años después del accidente
La mañana del día de la metamorfosis
Dos años antes del tránsito

Avanzaba nerviosa por el sendero de piedrecitas blancas que atravesaba el jardín de la casa de los Kohen. Quizá menos tensa que tres días atrás, pero sabiendo con certeza qué hacía allí y lo que se iba a encontrar. La tarde antes, al salir de la universidad, se le acercó el muchacho, que la esperaba en la calle. Desde lo de su casa, se había mantenido algo más alejado, cosa que le escocía a Celeste hasta el tuétano, pero que consideraba normal. «Pobre, debe estar cansado de ayer y digiriendo eso de tener una novia bastante impopular entre sus amigos», pensaba, y se le enternecía la intención y deseaba correr a abrazarlo. De hecho, era viernes y él no había ido a clase. Ella estaba extrañada y violenta, sentada al lado de su silla vacía. Pero se le iluminó el rostro cuando lo vio en el aparcamiento, entre los coches, hablando con Elías y otros tres muchachos. Dándoles la espalda a los chicos, levantó la mano para saludarla y pedirle que se acercara. Estaba orgullosa de su hombre, que anteponía su relación de pareja a sus amigos, que seguro que eran una mala influencia para él. Ya se encargaría ella misma de que, poco a poco, con el tiempo, su Jakob dejara de verse con ellos. No le podían traer nada bueno. Su hombre, en el fondo, era un buenazo que se había rodeado de la gente inapropiada, pensaba Celeste. Pecadillos de juventud, nada más.

—Estamos de suerte, muñeca —recordaba que le dijo, sonriéndole de manera espectacular, a unas decenas de metros del coche donde le aguardaban los otros—. Esta misma tarde, quizá en un rato, mis padres se largan a pasar el fin de semana fuera. Lástima que esta noche ya tengo planes, pero quiero que mañana vengas a mi casa a las once de la mañana.

—Lo siento, Jakob —repuso ella con un hilo de voz—. Mañana le he dicho a mi padre que iría con él a comprar. Desde que mi madre murió está un poco deprimido, y me duele verlo así. ¿No puede ser por la tarde?

—Creo que no me has entendido, preciosa —respondió él con un tono de impaciencia evidente y un punto de desprecio indetectable—. Joder, no pensaba que, además de que no te soportara nadie, fueras así de corta. Te he dicho que mañana te espero a las once en mi casa. ¿Qué quieres decir con eso de si puede ser por la tarde? ¿Quién eres tú para planificar mi sábado? Por la tarde tengo planes, o quizá no, que eso a ti no te debe preocupar lo más mínimo. Así que no te quiero oír

más. No me importa con quién hayas quedado ni nada de lo que me digas que tienes que hacer con tu pobre papaíto. Ahora tienes novio, a ver si lo entiendes. Ahora, como si tu padre se muere. Te debería importar una mierda. No me decepciones. Ahora te debes a mí. No me toques los huevos, porque yo, a las malas, puedo ser lo peor. Mañana, a las once, en mi casa. Quiero repetir lo del miércoles, pero de una manera especial. En mi cama y por todo lo alto. Tengo unos jueguecitos que quiero que probemos. Supongo que estarás deseosa de que tu novio te folle. Si no es así, es que no mereces nada. Y tráete un bañador, por si luego nos apetece meternos en la piscina, aunque prefiero tenerte desnuda hasta la hora de comer. Ahora, ya sabes: deberías ir a tu puta casa a decirle a tu viejo que mañana vaya él solo de compras mientras tú cuentas los minutos que faltan para que tu hombre te llene de nuevo ese coño maloliente. Es mío ahora, te lo recuerdo. Eso y todo lo tuyo. ¿Te ha quedado clarito, cielo?

Celeste ni siquiera se planteó protestar. Al contrario, bajó la cabeza y asintió. En el fondo, estaba contenta. Jakob le había confesado que eran novios y eso era mucho más de lo que ella podía esperar. Realmente, ¿quién era ella para contradecirle, él que se había dignado a enfrentarse al mundo y elevarla a ella, una pobre paria, a la categoría de novia? Debía aprender a ser una buena novia, pensó.

Él le cogió de la barbilla e hizo que elevara su mirada hasta su altura.

—No te he escuchado, Celeste —dijo con firmeza, pero con un tono más suave que antes—. Dime que vendrás mañana, a las once, a mi casa.

—A las once estaré en tu casa, no te preocupes —repuso ella.

—Así me gusta —añadió él con un tono triunfal.

Se inclinó hacia Celeste y le dio un beso rápido en la comisura de los labios.

Ella esperaba más, pero se conformó con eso. Emocionada por ese acto de afecto en público, se atrevió a sonreír y a decir, con el aliento entrecortado:

—Te quiero.

Jakob no hizo ni caso a su declaración de amor. La empujó con una risotada, dejando claro que estaba jugando, y le dijo, a modo de despedida:

—Y dúchate bien, y frótate. Quiero tener una sesión de sexo guay. Si quiero oler a pocilga mientras echo un polvo ya me voy de putas al suburbio.

Ella se fue emocionada y pensando en pasar por el centro comercial, antes de que cerrasen, para comprar un gel muy aromático y de buena marca. Él se fue mirando hacia sus amigos y haciendo el gesto inequívoco y universal de acercar dos dedos juntos a la boca

abierta, como para provocarse el vómito. Eran diferentes las percepciones y las perspectivas para una misma cita que no terminaría como imaginaba cada uno de ellos para ninguno de los dos.

CAPÍTULO 23
HECATOMBE

Catorce años después del accidente
La mañana del día de la metamorfosis
Dos años antes del tránsito

—¿Me enseñas la casa, amor? —preguntó Celeste, curiosa y sonriente.

Había entrado y, de nuevo, Jakob andaba con la misma ropa de dos días atrás. Ni siquiera la invitó a dejar sus cosas en la sala monumental de la planta baja. La agarró de la mano y tiró de ella escaleras arriba, en dirección hacia su dormitorio. Celeste estaba un poco nerviosa por lo que se podía encontrar y ligeramente sorprendida de que todas las puertas por las que pasaban se hallaran cerradas, dándole al pasillo un aspecto sombrío y lúgubre.

—Claro que no —respondió el muchacho con excesiva brusquedad—. ¿Quién te has creído que eres? No tienes por qué andar fisgando por todas partes. No te interesa para nada saber cómo es el resto de la casa. Te sirve y te basta con mi habitación y el baño que hay dentro de ella, que es lo único que tienes que usar. No quiero tener una novia chafardera y espero que sea la última vez que te lo tenga que decir. No soporto que pienses y decidas por ti misma. Ya me tienes a mí. Si yo no te invito a hacer algo, está absolutamente fuera de lugar que intentes forzarme a ello. Haz el favor de callar esa puta boca, que todavía vas a romper la magia del momento que vamos a vivir.

No se atrevió a decir nada más. Le había quedado claro. Ella estaba allí para obedecer. Ahora le pertenecía y debía estar contenta por ello. Tenía que conseguir refrenar esos impulsos infantiles que la empujaban a no comportarse como una mujer adulta. Y si tenía edad para tener novio formal y para perder la virginidad con él, también la tenía para ser una chica responsable y sumisa, si eso era lo que quería su hombre.

Se dirigían hacia la puerta que se encontraba al fondo del pasillo. Jakob le dijo que esa era su habitación y, a partir de ese día, el lugar a donde Celeste debía acudir siempre que él la necesitara. Le pareció escuchar un golpe sordo en mitad del pasillo, como de una tos amortiguada y unas risas de chiquillo contenidas.

—¿Estamos solos? —le preguntó ella, dubitativa.

Él la miró, por primera vez con lo que a ella le pareció una mezcla de ternura y de impaciencia, y le sonrió con ese gesto que la enloquecía y que la hacía caer rendida a sus pies:

—Ya te he dicho que mis padres no estaban. El servicio tiene

fiesta, como pasa cada sábado. Han venido a primera hora a prepararme el desayuno y a dejarme algo cocinado para la comida, y hasta mañana no regresarán. Lo que se escucha de vez en cuando es el jolgorio que montan los gemelos Rushmore, insoportables e inagotables. Son los pequeños de los vecinos. Tienen seis hijos. La mayor, Melania, también ha pasado por mi cama —exclamó Jakob con una sonrisa envenenada y llena de indecencia.

Al llegar a la habitación, el muchacho abrió la puerta y le cedió el paso, caballeroso. Celeste aún andaba molesta por el comentario del chico sobre la hermana mayor de los vecinos, pero se le pasó la rabia cuando escuchó a Jakob:

—Bienvenida a mi refugio, Celeste. Aquí concebiremos a nuestros hijos, y yo quiero que sean más de seis, para que se enteren los Rushmore esos. ¿Nos ponemos a ello?

La habitación de Jakob era mayor que cualquier piso de pobre. Al fondo, junto a una terraza colosal abierta al mundo, se encontraba la zona de noche. Una cama gigantesca, con dosel y mosquiteras blancas, presidía la pared lateral. Más cerca, en la parte contraria, dos puertas conducían a un baño descomunal y a un vestidor que parecía la planta de ropa juvenil de unos grandes almacenes. Un escritorio más propio de un arquitecto que de un estudiante completaba la decoración sobria y minimalista de la estancia.

Celeste hizo la intención de entrar en el baño, a retocarse un poco para estar espectacular para su hombre, pero este parecía que tenía prisa por ponerse a procrear, ya que la arrastró sin miramientos hasta la cama. Al llegar junto a ella, agarró a Celeste por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó con una pasión desmedida, mientras que le revolvía la ropa. Ella estaba encantada, viendo los impulsos impúdicos e irrefrenables que provocaba en el chico. Varios botones de la camisa de seda que llevaba ella salieron volando y se esparcieron por toda la habitación. La falda cayo en un instante, con la cremallera desgarrada y un jirón en la parte delantera. Celeste pensó que, cada vez que fuera a casa de su novio, debía vestirse con ropa sencilla y de la que se pudiera despojar fácilmente, si no quería hipotecarse para invertir en prendas nuevas, ya que ninguna sobrevivía a los primeros instintos salvajes de su chico.

La contempló por un momento en ropa interior.

—No está mal lo que veo —afirmó él con cierto tono seductor que a ella le quebró la intención—. Sabes que eres mía, y puedo hacer contigo lo que me plazca. Dime que puedo hacer lo que quiera con este cuerpo. Dímelo.

—Mi cuerpo es tuyo, Jakob, igual que el tuyo es mío —dijo la muchacha, que se sintió envalentonada ante lo que ella entendió como un piropo de su novio—. Haz con él lo que te apetezca en cada

momento, porque para eso estoy aquí.

—Así me gusta, pequeña —respondió él, con una sobreexcitación evidente en su voz—. Lo que me apetezca.

Y dicho esto, y sin previo aviso, le cruzó la cara de un bofetón. El cuerpo de la chica saltó y se desparramó en el suelo.

—Lo que me apetezca —volvió a susurrar él, acercándose a Celeste, que no se había todavía repuesto del susto por la violencia y por lo inesperado del golpe. No le sangró el labio no sabía muy bien por qué, pero estaba segura de que le saldría un cardenal en la mejilla.

El chico la levantó y la volvió a golpear, esta vez más levemente.

—Lo que me apetezca —repitió, mirándole a los ojos—. Dímelo. Necesito escucharlo de tu puta boca.

Celeste se sintió incómoda. Algo le decía que no era normal la escena que estaban viviendo, que ella se había imaginado de nuevo romántica, a pesar de la experiencia de la primera vez. Entendió que no tenía escapatoria y, adoptando una expresión gamberra que quería ocultar el terror soterrado que empezaba a sentir, le dijo lo que él quería escuchar:

—Puedes hacer conmigo lo que te apetezca.

Fue la espoleta que abrió el horror que vivió en las siguientes horas, primero pensando que su chico era un sádico asesino camuflado de hijo de familia bien, y luego suplicando por convertirse ella en la asesina, y aniquilando con la imaginación a buena parte de la humanidad de las maneras más crueles que se podía inventar.

Jakob la empujó con rudeza por los hombros hacia abajo, a la vez que le propinaba una patada de carcelero en el hueco poplíteo, detrás de la rodilla, para hacerla caer postrada frente a él. Sin darle tiempo ni a entender qué estaba pasando, la obligó a abrir la boca y le introdujo, sin piedad ni delicadeza, su miembro erecto y enrojecido, con cierto aroma a fosa clausurada. En circunstancias normales, le hubiera provocado una sensación agobiante de asfixia, pero Celeste se obligó a intentar no ahogarse.

—Ahora vas a saber lo que me gusta y lo que quiero que me des, nena —afirmó él, con un tono lascivo y paternal en su voz—. A ver qué tal te portas.

La muchacha se quedó inmóvil y dejó hacer al chico. No paraba de zarandearse, en un movimiento de vaivén despiadado, alcanzando la garganta de Celeste de manera violenta a cada acometida. Ni siquiera supo cómo no vomitó la cena de la última semana.

De repente, salió de ella y la asió por las axilas, sin atisbo de romanticismo ni delicadeza. La volvió a poner de pie delante suyo, le escupió en la cara, la abofeteó unas cuantas veces y le arrancó de un zarpazo el sujetador y la braguita brasileña que con tanto mimo había escogido. La empujó sobre la cama, mullida y suave, y le pidió que

pusiera manos y piernas extendidas y abiertas. Por debajo del colchón salían unas cuerdas anchas, resistentes y cruzadas que remataban en cuatro esposas. Dos para las manos y dos para los pies. Una vez sujeta, Jakob le pidió que cerrara la boca y le colocó un apósito fuerte y pegajoso, a modo de mordaza. No tuvo tiempo ni de pensar en lo que le esperaba a continuación. Se vio amarrada como si fuera una vaquilla en el matadero. Expuesta, desnuda, silenciada, de piernas abiertas y a la merced de aquel animal. Quiso gimotear, pero ni siquiera le alcanzó el resuello para eso. Tenía miedo. Por primera vez en su vida, tenía miedo de una persona. Sus terrores de siempre habían sido provocados más por resortes sobrenaturales que humanos. Estaba acostumbrada a convivir con sus fantasmas cotidianos, pero no sabía cómo afrontar el terror que le provocaba Jakob Kohen en esos momentos. La había golpeado, la había ultrajado, la había humillado sin demostrar ninguna piedad. Y eso había sido antes de tenerla paralizada y amarrada. No quería ni imaginar lo que le esperaba a partir de ese momento.

Pero era su novio. Aquello debía de ser el amor. Ella no sabía nada de eso. Su realidad no le había dejado conocer el amor antes y por eso lo había idealizado. Sin duda, eso era lo que su novio esperaba de ella. Y no podía decir que no, por pánico que le produjera la situación. Ya se acostumbraría a ello. Ahora tocaba ser una buena novia, para poder luego ser una buena esposa. No le había gustado nada de lo que le había hecho Jakob, no había sentido ningún tipo de placer, pero para eso estaba allí: para aprender. Cierto es que, a pesar de los golpes, tampoco le había hecho demasiado daño. Más en el orgullo que en el cuerpo.

Unos días después, todavía pensaba que a su novio se lo hubiera perdonado todo. Ella tenía un alma generosa, y él seguramente estaba enfermo. Necesitaba humillarla para sentirse bien. Y ella hubiera estado dispuesta a ser su perra fiel, su objeto inanimado, su diana, su blanco, su objetivo. Sin pedir nada a cambio, más que amor, fidelidad y una vida juntos.

A su novio, ciertamente, se lo hubiera perdonado todo.

Pero a Jakob Kohen, no.

A la bestia escondida, no.

Al diablo hecho carne, no.

Una vez la tuvo atada, Celeste alcanzó a escuchar algo que le heló la sangre. Jakob, levantando la voz, dijo, sonriente y con toda la naturalidad del mundo:

—Todo preparado, señoras y señores. Id sacando vuestras carteras.

La muchacha no quiso entender lo evidente hasta que escuchó unos ruidos en el pasillo, de jauría, de manada, de piara de cerdos, y

vio cómo entraban en tropel en la habitación un grupo de chicos y chicas. Ella estaba ahí, expuesta, desnuda, entregada, esperando a que su novio la poseyera, y creyó morir de la vergüenza, de la rabia y de la impotencia cuando observó que su cuerpo se había convertido en un espectáculo sórdido y obsceno, y los muchachos, uno tras otro, iban acercándose a la cama, sentándose alrededor y mirándola con total desfachatez, sin pudor, sin rubor y sin complejos. Era su cobaya, su conejillo de indias. Conocía a casi todos, aunque había unos cuantos que no le sonaban de nada. A la cabeza, detrás de un Jakob demencial y triunfal, estaba Elías, cómo no, y los tres chicos que siempre andaban con ellos. Había otros dos chicos a los que no reconocía como del colegio. Al fondo, tres chicas, todas ellas de clase. Melissa, su vecina, era la única que no disfrutaba de la escena. Sujetada por las otras dos, pedía a gritos que soltaran a Celeste. Nadie le hacía el menor caso.

Jakob, todavía desnudo, lo cual parecía que bien poco le importaba, se situó a los pies de la cama:

—Bien, chicos, aquí tenéis a la puta niña del enterrador. Lo prometido es deuda. Os aseguré que me la follaría en el plazo de un mes y ya lo he hecho. Pero, como parece que algunos lo dudáis, tendré que repetir. Quiero ver la pasta encima de la cama ahora mismo. Si no, se acaba la función. Ya sabéis, cinco de los grandes cada uno… y cada una. Quiero ver aquí cuarenta y cinco hermosos billetes.

Elías sacó un sobre de su petate y lo arrojó con una risotada a los pies de Celeste.

Jakob, con total parsimonia, contó los billetes mientras Celeste pateaba e intentaba soltarse de las ataduras, cosa que ya se había asegurado el muchacho que fuera imposible.

—Negocios son negocios —continuó Jakob una vez volvió a dejar el sobre, esta vez sobre una mesilla de noche de diseño—. Aquí tenéis al engendro. Me costó, primero, porque me daba asco. Ya veis que no es gran cosa. Apenas tiene tetas y, encima, si os acercáis, notaréis que huele mal. Apesta, la zorra. Coñito estrecho, sí, pero frío y sin gracia. No se moja le hagas lo que le hagas. Ni sabe excitar a un tío ni sabe moverse ni da nada, absolutamente nada. También fue difícil porque es deficiente. Es una ameba. No tiene conversación ni gracia ni ninguna cosa que la haga atractiva.

Jakob se interrumpió y se giró hacia atrás cuando escuchó sollozar a Melissa, todavía sujeta por sus compañeras, que no paraban de cuchichear. La chica, mirando al chico a los ojos, le suplicó, una vez más, que dejaran en paz a Celeste. Jakob adoptó una expresión de desespero con un trasfondo de bondad. Se incorporó de la cama, donde se hallaba puesto de rodillas frente al cuerpo de Celeste, y se dirigió lentamente hacia el grupo de chicas. Una vez frente a Melissa,

le acarició el pelo y la barbilla. La muchacha seguía con su letanía:

—Déjala ir, por favor. Te creemos. Ya nos has demostrado que lo puedes hacer. Lo debe estar pasando muy mal. Imagina que fuera tu hermana, Jakob. ¿Es necesario esto? Enséñales a tus amigotes que puedes ser un caballero. Ya nos hemos divertido bastante. Por favor, te lo ruego.

Jakob se acercó más y le dio un beso, suave y dulce, en la frente. Le siguió acariciando el cabello, azabache y ondulado, y la atrajo hacia sí, fundiéndose con ella en un abrazo.

—¡Ay, nuestra Melissa! —empezó diciendo en un tono suficiente para que le escucharan todos—. Es increíble lo sensible que eres. Y generosa. Y buena compañera. Defender así a tus amigas es enternecedor. Joder, me has llegado al alma, corazón.

La muchacha, tensa hasta entonces, se fue relajando, refugiada dentro del abrazo de Jakob. Sonrió entre lágrimas y asintió, mirando a los verdes ojos del chico.

—Creo que es necesario que entre nosotros haya alguien como tú —continuó el chico, apaciguando todavía más la voz, para que en la habitación reinara un ambiente de cordialidad y de sosiego antes de la batalla—. Que piense en nosotros, en todos, que nos indique lo que está bien y lo que está mal. Que nos ayude, si nos desviamos. Que nos dé lecciones de buena ciudadana. Que nos explique cómo ser hombres y mujeres de provecho. Que nos venga con esas putas monsergas con las que me estás empezando a hartar.

Se separó de ella con violencia, la asió por el pelo de manera salvaje y siguió hablando mientras la arrastraba hacia la cama:

—No me toques los cojones, Melissita mía. No me hartes. Nos lo estábamos pasando de puta madre y tú sales con tus quejidos de vieja, con tus gemidos de tullida tísica.

Al llegar a la cama la levantó y la arrojó al lado de Celeste. Se quedó con un buen mechón de pelos en la mano. La atrapó por el cuello, por la parte de atrás, y la empujó, a pesar de su resistencia, hacia el sexo de Celeste.

—¿Qué quieres, chavala? ¿Quieres privarnos del espectáculo? ¿Quieres que no disfrutemos de este coño de muerta? ¿En serio me lo dices?

Melissa no paraba de llorar.

—No te escucho, chica. No sé qué me quieres decir. Dime lo que quieres. ¿Quieres que pare con ella? Te aseguro que, si quieres, lo haré, pero te pondremos a ti en su lugar. ¿Quieres eso? ¿Quieres estar en bolas delante de todos? ¿Quieres que llame a todo el vecindario para que te follen hasta que solo quieras pegarte un tiro? ¿Hasta que no sepas ni quién eres? Contéstame, sucia asquerosa.

Seguía sin decir nada.

—Saca tu puta lengua y pásasela por aquí —continuó, dando un palmetazo sobre la vagina de Celeste—. Venga, hazlo o en un minuto estarás como ella.

La apretó más y gritó, mientras con la otra mano empezaba a tirar de la blusa de Melissa:

—Hazlo de una puta vez, o te arranco la ropa ahora mismo.

La muchacha, anegada en lágrimas y mocos, no vio otra opción. Atemorizada por lo que pudiera pasar, sacó la punta de su lengua y la acercó al sexo de la chica atada. Sintió una náusea repentina y un hedor carcelario, y apenas había entrado en contacto con el cuerpo de Celeste cuando Jakob tiró de ella, la empujó fuera de la cama y, una vez en el suelo, la pateó:

—A partir de ahora, no quiero ni escucharte. Estate calladita y disfruta del espectáculo. Todavía tengo que demostraros que me he follado a la puta enterradora. Luego, no quiero ni siquiera que me insinuéis que no he ganado el dinero de manera legal.

Se olvidó de Melissa y se concentró en su presa. No le hizo falta demasiado. Arrastrar y golpear a Melissa y denigrarla de la manera que lo hizo provocó que su hombría se inflamara y estuviera preparado para cerrar ese negocio que le iba a acercar a pasos agigantados a la muerte, aunque él todavía no lo sabía.

Celeste ya había dejado de moverse. Hacía rato de eso. Ni siquiera había notado el aliento y la punta de la lengua de Melissa sobre su intimidad. Estaba exhausta, principalmente de cabeza. Se había revelado contra la situación hasta que la desolación, el vacío, el hastío y el desespero pudieron más. Adoptó el aspecto de una muñeca cadáver, se quedó laxa sobre la cama, recitando los pocos mantras que sabía, inventados todos, para soportar lo que pudiera pasar hasta que todo acabara. Oía sin escuchar.

Por las puertas de la terraza, abiertas y sombrías, se filtraba el aflautado gorjeo de los mirlos, mutando mágicamente la escena de miedo y asco que estaba viviendo la muchacha y convirtiéndola en un falso edén, en un paisaje bucólico y entrañable, digno de cualquier paraíso prometido. Es lo que tienen esos escenarios inventados. Que, normalmente, no son más que celdas de tortura y de desaliento disfrazadas del ansiado Tumanamá.

CAPÍTULO 24
EL RESORTE OSCURO

14 años después del accidente

Tres horas antes de la metamorfosis
Dos años antes del tránsito

La empezó a escuchar lejana. Mezclada con los gorjeos de los mirlos. Amortiguada, inconcreta y metálica, como sonaría una voz fantasmal en una pesadilla. Porque, en el fondo, eso es lo que estaba viviendo. Desconectó de su vida y de su cuerpo de forma total en cuanto Jakob la penetró con una embestida seca y ruda. Ya no sintió nada más. Su cuerpo no oyó las risotadas y los aplausos de los otros, jaleando al violador. No notó sus estertores sobre ella cuando alcanzaba el clímax. No estuvo presente en las discusiones milenarias que se produjeron a continuación, en las que se negociaba el uso de su cuerpo como si se tratara de un montón de cajas de pescado fresco en la cofradía. Ni se inmutó cuando la cubrieron, uno por uno, empezando por Elías, entrando por todos los orificios de su cuerpo. No sintió dolor ni repulsa cuando le retorcieron los pezones, cuando le fustigaron las nalgas, cuando la golpearon, le escupieron, la mordieron y la marcaron con las uñas. Cuando la insultaron, cuando le apelmazaron la piel, anegándola de flujos corporales que nunca habría querido tener sobre ella. Cuando la fotografiaron con los móviles y la amenazaron con enseñárselo a todo el mundo si se iba de la lengua. No sintió la más mínima asfixia cuando se le sentaron en la cara, en señal de triunfo y de humillación, restregándole varias partes de cuerpos extraños, a cuál más soez en esas circunstancias, masculinas y femeninas, ajenas y desnudas, contra su nariz.

Nada de eso penetró en su mente. Solamente un sonido sordo, difuso, inmemorial y extraño, a la vez que familiar, que se mezclaba con el canto de los pájaros. Tardó varios minutos en entender y aceptar de qué se trataba. A pesar de que lo sabía, no quiso darse cuenta:

—¿Abuela? —musitó encerrada en su mordaza de cinta pegajosa.

La respiración jadeante y entrecortada de su abuela, una vez muerta, cuando le esperaba en la mecedora de su habitación, cuando la sorprendía en los lugares más inverosímiles de la casa, se estaba haciendo presente en aquella estancia de Jakob, alrededor de sus verdugos. Celeste escuchaba claramente su gemido quedo, de vieja agonizante, sus estertores más allá de la muerte.

«Abuela», pensó esta vez en afirmativo.

—¿De verdad vas a dejarles? —Le habló por primera vez, no con palabras, sino proyectando una especie de sonido en un lugar indeterminado de su cabeza. No se asustó. Estaba tan acostumbrada al terror cotidiano que el fantasma de su abuela generaba en ella que le sonó amigable y familiar—. No me preocupa que profanen tu cuerpo. Eso es lo que menos importa. Una herida física cura fácilmente. Pero te están desgarrando la intención, el orgullo, la identidad y el alma. Y eso no voy a tolerar que lo consientas. Lucha, joder. Mátalos a todos. Véngate de lo que te están haciendo. No tengas piedad, criatura. Vaya mierda de nieta que tengo. Por el amor de algún dios, al cual todavía no he tenido el gusto de conocer, ¿en serio te vas a quedar quieta?

Celeste miraba al vacío. No sabía dónde estaba doña Adelaida. De repente la vio. Detrás de Elías, junto al escritorio de arquitecto de la pared que quedaba a su izquierda. Era una nube, un azar de humo, una ola imposible oscura y densa, pero la reconoció de verla sin forma cada noche en el rincón del armario de su cuarto.

«¿Qué quieres que haga? —pensó Celeste, desolada—. Son demasiados, y yo estoy muy dañada. Soy pequeña y ellos son enormes. No puedo más. No quiero vivir. Ya no me importa nada, abuela».

—Déjate de pucheros y de hacerte la víctima —repuso la anciana muerta—. Joder, has heredado lo malo de tu padre, sin duda. Venga, muéstrales tus ovarios de una vez. Mándalos a la mierda. Mátalos. Extermínalos. Hazles pagar todo lo que te han hecho.

—¡Si fuera tan fácil! —repuso la muchacha, forzándose a pensar y a proyectar las palabras hacia la sombra de su abuela—. Les odio, pero no puedo hacer nada.

—No puedo, no puedo —repuso la mujer, ridiculizando el tono de niña aterrorizada de Celeste, y que sonaba grotesco en un fantasma despiadado como ella— ¡Deja ya de gimotear, coño! Muchas cosas te deberé enseñar hoy. Pero, primero, vamos a quitarnos a esta gentuza de encima.

Un torbellino empezó a asolar la habitación. Saltaron todos los objetos que había encima del escritorio. Los chicos se giraron hacia allí, asustados. Incluso un cuaderno salió disparado hasta la puerta del baño, que estaba entornada, y del impulso acabó dentro de la bañera. Jakob y los demás no sabían lo que estaba pasando. Veían volar objetos, uno detrás de otro, ir en contra de ellos sin ningún motivo aparente. El desconcierto fue sustituido por el pánico y algunos intentaron alcanzar la puerta para salir a la seguridad del pasillo, pero un viento inmemorial cerró de golpe la hoja, encajándola en la jamba con un estruendo rotundo. Ya no sabían hacia dónde correr. La chiquilla que estaba a horcajadas encima de Celeste se orinó, involuntariamente, sobre el cuerpo de esta, mientras Elías buscaba su

ropa y se iba contra la puerta, aporreándola. La persiana cayó de golpe, amputada por una fuerza desconocida, y cegó el cuarto. De ahí a la histeria el camino fue corto, muy corto.

Celeste sintió como una garra, gélida, huesuda y cavernaria, le liberaba de la cinta adhesiva que cubría su boca y arrancaba las cuerdas que la ataban, quebrándolas como si fueran de papel.

—Ve hacia la puerta, pequeña —le ordenó su abuela sin ni un ápice de cariño en el tono—, y espérame en casa.

La chica no se lo pensó. No hizo caso de su cuerpo, que se le antojaba entumecido y extraño. Se levantó y se dirigió con seguridad hacia la salida de la habitación. No sabía cómo, pero veía perfectamente el camino. A su alrededor, se iba generando un resplandor mortecino, amarillento e índigo, que le daba un aspecto fantasmagórico e irreal. Apartó con firmeza a Elías, que seguía apostado junto al quicio, sin fuerzas para seguir golpeando, agarró el pomo y lo giró sin ninguna dificultad. Una vez fuera, ya en el pasillo, deseó que la puerta se cerrara a su espalda y dio un respingo cuando escuchó el estruendo de la hoja al cerrarse. Necesitaba un poco de espacio para escapar de esa casa de locos perversos. Consciente de su desnudez, entró en la habitación que debía ser de los padres de Jakob, alcanzó un vestidor majestuoso como un templo sagrado, tomó una toalla inmaculada de una estantería cercana y se restregó los restos de semen, flujo y orina que tenía en su cuerpo. Tras echar un vistazo urgente a la ropa pulcramente colgada en miles de perchas idénticas, escogió un mono de marca de alta costura que le atrajo. Le venía varias tallas grande, sobre todo de pecho y de cadera, pero era preferible eso que llegar hasta su casa a pleno sol, a mediodía de un sábado, en pelota picada. Antes de salir, cogió un bolso de paja y pedrería y lo llenó con todos aquellos vestidos, tops, faldas y blazers que le gustaron. ¡Qué menos que cobrarse un peaje por todo lo que le habían hecho esos salvajes!

Se detuvo otro instante junto a un teléfono labrado que había en la mesilla y, desde allí, llamó a la policía para denunciar que, en esa casa, a la vista de todos, se estaba celebrando una orgía de sangre, drogas y sexo en la que también participaban menores.

Bajó la escalera sonriendo, satisfecha, a pesar de que arrastraba su corazón devastado. Era ya momento de irse. Tenía una cita. Había quedado con su abuela muerta catorce años atrás. Después de tanto tiempo, no quería llegar tarde. Le seguía asustando la mirada severa de doña Adelaida, sobre todo desde que era un fantasma terrorífico y justiciero. Pero también empezaba a entender que, si su abuela tenía tanto poder, seguramente ella misma también lo tendría. Y lo iba a usar. Se juró, sin dudas ni fisuras, que lo iba a usar hasta las últimas consecuencias.

CAPÍTULO 25
CONFIDENCIAS DE FAMILIA

14 años después del accidente

Minutos antes de la metamorfosis

Dos años antes del tránsito

Mucho tiempo después del tránsito, sentada en un lugar preferente de la atalaya desde la que lo dominaba todo, todavía recordaba esa primera conversación que tuvo con su abuela muerta, tras catorce años de apariciones regulares y prácticamente silentes.

Su padre no estaba en casa. Como casi cada día, a pesar de que la villa no andaba muy boyante de habitantes, había tenido que ir al tanatorio a adecentar a un muerto. Según le había contado Hazzy antes de que ella saliera hacia su martirio en casa de los Kohen, ese día el cadáver era el de don Isaías Benjamin, un centenario aparentemente inmortal que había vivido ya varias prórrogas desde que, a la temprana edad de treinta y nueve años, sufriera un infarto masivo del cual se recuperó casi en su totalidad sin que los médicos que lo atendieron tuvieran mucha fe en ello. El caso es que ya era un gruñón cascarrabias en su juventud y se le habían ido agriando las formas a medida que cumplía años. Hacía más de veinte que vivía en soledad porque no lo soportaba nadie, y si quedaba alguna perseverante ánima caritativa pendiente de él no era, precisamente, por bondad, sino por el calorcito que desprendía su cuenta corriente, que decían las lenguas envenenadas de la villa que era de más de ocho cifras. De toda manera, como buen hijo de puta que era, un profesional de la mala leche con todas las de la ley, que para eso hay que servir y hay que tener un buen pedigrí, el caballero legó todo lo suyo al arzobispado de la comarca, dando instrucciones claras y concisas, de obligado cumplimiento, de que la Iglesia no disfrutara de ni una sola moneda de su fortuna, ya que él era ateo y despotricaba de los religiosos en general. Legaba todo lo suyo a esa institución canónica con el específico y único objetivo de que se reconstruyera el cercano convento del Génesis y, sobre todo, el orfanato que había adosado a él. Leyó en un almanaque histórico de la comarca que, en ese paraje, se habían producido, pocos años atrás, unos hechos escabrosos que habían llevado el lugar al abandono y, posteriormente, al olvido y a la ruina. Quería que todos los niños huérfanos de la

comarca tuvieran oportunidad de formarse en un ambiente más favorable que el que tuvo él, que creció en la calle, y creyó que dejar sus ahorros a tan noble causa, aunque fuera al albur de los hábitos, los cilicios y los rosarios, en una villa cercana a la suya, le redimiría de todos los pecados que había cometido en vida. Cuestión de conciencia, más que de creencia. Reconstruir convento y orfanato costaría casi todo lo que él dejaba en herencia, si se quería que ambos quedaran en unas condiciones óptimas. Y nombró un albacea para asegurarse de ello.

Hazzy le contó a Celeste, mientras desayunaban, que debía limpiar el cadáver, vestirlo, maquillarlo y prepararlo para una ceremonia a la que sabía que no acudiría nadie. Aprovecharía la soledad de la tarde en el tanatorio para incinerar el cuerpo, saltándose ligeramente los tiempos establecidos para la cremación o entierro de un cuerpo una vez certificada su muerte, con lo cual no estaría en casa en todo el día. Prefería trabajar todo el sábado y tomarse el domingo de descanso, siempre que no hubiera nadie más que tuviera a bien morir en fin de semana, que la gente era muy poco empática y decidía dar por culo en el momento más inoportuno.

A pesar de que ni él ni su hija todavía lo sabían, Hazzy no regresaría jamás a disfrutar de un domingo ni a dormir en su cama desierta ni a llorar a escondidas a su mujer muerta, enfermo de tristeza, de amargura y de arrepentimiento, parapetado tras la sombra que le daba a su cuarto la celosía de la ventana.

Celeste caminó enredada en una neblina espesa y siniestra que salía de su alma y que le hacía avanzar como si fuera un autómata hundido en alquitrán fundido. La vuelta de la chica desde la casa de Jakob, perdida en un mono de alta costura que le bailaba en el cuerpo, no tuvo mayor incidente que el sentirse sucia y culpable. Esa sensación de vergüenza hacia ella misma le quemaba como si fueran ascuas. No era nadie. No era nada. Había confiado en el amor y, tarde y mal, se dio cuenta de que este no existía. Puso todo su empeño en hacer que su novio se sintiera orgulloso de ella, en comportarse como una mujer. Pero no entendió la realidad hasta que se dio con ella de bruces. Esa realidad que le escupía una certeza insultante a la cara: no había sido nada más que una cruel apuesta, una muñeca rota en manos de su verdugo, una bestia de circo a la que todos podían ir a ver y a tocar si pagaban el precio de la entrada. Ella era un fracaso, una estafa. Un ser deforme y contrahecho. Era la mujer barbuda, el monstruo de siete cabezas, la abominable mujer de las nieves, el eslabón perdido. Se habían reído de ella, de su raquitismo insufrible, de su permanente olor a humo, de su inocencia lacerante, de su inexperiencia, de su generosidad. No le dolía el cuerpo, aunque pareciese mentira. Su abuela tenía razón cuando le dijo que lo que

más le costaría asumir serían las heridas del alma. Esas sí que escocían.

Abrió la puerta para entrar en la casa. Si hubiera sido capaz de sentir las sensaciones de su cuerpo, habría notado como la piel se le erizaba. Se tensó como si fuera la presa de un depredador terrible e implacable, y oliera que el momento del ataque fatal había llegado. El fantasma de doña Adelaida le había pedido que le esperase en casa, pero no tenía ni idea de dónde la iba a encontrar ni con qué se tendría que enfrentar. El fantasma de su abuela siempre se había mostrado frío y distante, despreciativo tal vez, pero jamás se había mostrado agresivo.

No tuvo que buscar mucho.

En lo alto de la escalera, escrutándola como si fuera algo insignificante, estaba su abuela esperando.

Celeste sintió un escalofrío en el corazón cuando vio que el fantasma no apartaba la mirada de ella. Después de unos segundos que se le hicieron eternos, doña Adelaida dio la vuelta y se alejó flotando hacia la habitación. La muchacha no tuvo ninguna duda de que la tenía que seguir. Llevaba muchos, demasiados años conviviendo con esas apariciones como para no haber aprendido todos sus gestos e intenciones, aunque fueran inapreciables. No las entendía muchas veces, las más, pero sabía que un desaire sin reverencia significaba que le estaba invitando a seguirla. El fantasma de la abuela era tan perverso que después de llevarla en cada aparición, de las miles que tuvo que vivir, a un estado de terror tal que le desordenaba el cuerpo y el alma, justo antes de desaparecer le rendía algo parecido a la pleitesía, se inclinaba ante ella sin dejarla de mirar con esos ojos de loca y se esfumaba, literalmente. Esa vez, no. Esa vez no se despidió. Se retiró como dejando una conversación a medias, como esperando que su nieta se reuniera con ella en un lugar más íntimo para continuar el encuentro.

La muchacha subió lentamente las escaleras y se dirigió a la puerta del cuarto, que estaba entornada y cubierta de escarcha. A pesar de ello, Celeste notaba como el sudor se le escurría por el cuerpo y le anegaba las axilas y la entrepierna, formando cercos oscuros en la delicada tela del mono de diseño. Cerró los ojos por un instante, reunió fuerzas de donde no había y se decidió a entrar con dos pasos inseguros, pero inevitables. Allí estaba doña Adelaida, en el columpio, balanceándose de mentira, mirándola, como siempre. Celeste le devolvió la mirada y se dispuso a enfrentarse a ella.

—¿No te parece que ese mono te queda enorme? —le sorprendió su abuela con un comentario tan inesperado que convirtió esa escena terrorífica en un momento de entrañable complicidad entre familia.

—Y, ¿qué quieres que haga? —repuso Celeste, entre divertida e

impaciente. Sabía que doña Adelaida estaba allí para algo más que para hablar de moda y la chica necesitaba entender cuanto antes qué estaba pasando—. Me puse lo primero que encontré. No puedo pretender que la madre de ese animal tenga mi misma talla. Creo que era mejor eso que venir desnuda por la calle.

—No sabes nada de nada, niña —repuso la abuela, con ese tono severo pero condescendiente que usan todas las abuelas del mundo.

Sin saber cómo, Celeste sintió que el mono le ajustaba mejor de repente. Se acercó al espejo y comprobó, asustada y estupefacta, como la prenda le sentaba como un guante. Y mucho se temía que la magia de su abuela no había consistido en ajustar la prenda al cuerpo, sino todo lo contrario. Se veía, a través de la tela, la cadera más ancha y prominente, el pecho un poco más generoso y el trasero firme, alto y prieto.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó la chiquilla, excitada y desconcertada. No se quejaba, sin duda. Se veía bien, por primera vez en su vida. Se veía casi atractiva, aunque con esas marcas de cansancio permanente en el rostro—. No entiendo. Dime qué eres. Dime qué me has hecho. Dime por qué me acosas y me aterrorizas durante catorce años y ahora me tratas como si fueras mi abuela y me quisieras.

—Déjate de estupideces, Celeste —le reprendió la anciana, aunque la muchacha se apercibió de que era la primera vez después de muerta que la llamaba por su nombre—. Claro que soy tu abuela. Bien lo sabes. Nunca he querido asustarte. Creo que eso deberías intuirlo. Te he vigilado y te he protegido. Pero de eso ya hablaremos. Ahora me tienes que contar qué es lo que te ha pasado por la cabeza esta mañana.

—No te entiendo, abuela —respondió la muchacha con cierto tono de derrota. No le apetecía recordar su calvario en casa de Jakob y, con la tensión del momento, se había olvidado de eso—. Supongo que te refieres a lo de mis compañeros de clase. Me muero de la vergüenza. ¿Cómo sabías que me estaba pasando algo? ¿Cómo has llegado allí?

—Las preguntas, chiquilla, las hago yo —cortó tajante doña Adelaida—. A veces eres igual de malcarada que tu madre.

Celeste bajó la mirada, abatida. Se sentía muy pequeña y ridícula. Su abuela le seguía imponiendo, a pesar de estar muerta. O, quizá, precisamente por eso. Calló y esperó que la anciana siguiera:

—Hay cosas que todavía no puedes ni debes entender. Todo llegará en su momento. Pero vamos a hablar de esa puta manía tuya de no decir nunca que no a nada, de no rebelarte, de dejar que te manden y te mangoneen. ¿Qué esperabas, mocosa? ¿Acaso no viste que ese estúpido era mala gente? ¿Qué pretendías? No te digo que me

alegre de lo que te ha pasado, aunque hay una parte de mí que sí que se alegra, porque por fin parece que ha llegado el momento de que reacciones. De hecho, te habrá ido bien.

—Jolines, abuela —protestó ella—. Yo no te digo que no me haya metido solita en la boca del lobo, pero me han violado, me han humillado, me han herido de todas las maneras que se puede hacer daño a una mujer, han profanado mi cuerpo, me han golpeado, se han aprovechado de mí mientras estaba atada como si fuera una esclava, me han forzado, incluso me han orinado encima. ¿Y dices que te alegras? ¿Y dices que me habrá ido bien?

—Serenatas —cortó de raíz la anciana, violentamente, con un tono de voz firme y agónico que estremeció el alma de Celeste—. Monsergas. Excusas de mal pagador. Qué simple que eres. «Me han dañado», dice. ¡Joder, con la señorita! Y vas y te cabreas conmigo. Que te han dañado, que te han vejado, que te han insultado. Si tuvieras dos dedos de frente, te lo aceptaría. Pero así, no. Te han violado, es cierto. Y te han hecho mil perrerías más. Pero quiero que entiendas que el acto físico de la violación apenas difiere de un polvo apático de sábado por la noche con tu pareja. Cierto que puede haber laceraciones que escuezan y que no es agradable, como tantos encuentros sexuales que puedes llegar a tener en tu vida, que por consentidos no son necesariamente placenteros. Lo que convierte una cópula en una violación es el estado mental: la voluntad y el deseo de querer ese contacto y el estado mental en el que te quedas después del acto. Y de eso no me has hablado en ningún momento. Me has enumerado, una tras otra, las perrerías físicas que te han hecho esa panda de desgraciados, nada más. No me has dicho que estés triste ni abatida ni asqueada. Me hablas de dolor físico y lo duro de una violación es el quebranto mental. Ya lo he visto con mis ojos. No hace falta que me digas que te han golpeado, porque te recuerdo que estaba yo allí. Sé lo que te han hecho, y por eso le resto una importancia que tú le das. Sé que te han escupido, que se te han meado encima, que te han penetrado por delante y por detrás, que te han intentado asfixiar, y te puedo decir que hay mucha gente en este mundo que disfruta con eso. Podemos entrar a valorar si es razonable o no, pero no seré yo quien me meta con los gustos de las personas en la intimidad. Todo eso se va después de una buena ducha y de unos días de reposo. Lo que permanece, lo que no se digiere, es la humillación mental. El miedo, el pavor, el recuerdo, los olores que ya siempre asocias con algo perverso, el desprecio que sientes hacia ti misma, la desolación, el agotamiento, la entrega, el victimismo. El indeleble sentimiento de una culpabilidad que no es tuya, pero que te atribuyes en un increíble acto de egoísmo supremo. Y te dejo que te sientas víctima por unos instantes, que seas egoísta y que quieras ser el centro del mundo un

par de días, acaso. Pero no más. Cuanto antes se lucha contra la propia mente antes se supera y antes se impide que lo que te han hecho por la fuerza te condicione la vida.

—Es muy fácil decirlo —admitió Celeste con un cierto tono de derrota—. ¿Te ha pasado a ti, abuela? No lo sé, pero imagino que no. Ahora mismo solo siento asco hacia mí.

—Sigues diciendo estupideces —repuso doña Adelaida. Y cuando contempló el rictus de rabia y de protesta de su nieta, continuó—. Ojo, no digo que no sean lógicas, pero si eres capaz de ser objetiva, reconocerás que tú no has hecho nada de lo que te debas arrepentir, más que confiar en quien no debías. Es una lección que has aprendido de golpe, pero nada más que una lección. ¿En qué coño estabas pensando liándote con ese, que te está amargando la vida desde que tienes uso de razón? Si es que necesitabas que te dieran una hostia de realidad. ¿Que quizá ha sido un poco fuerte? Quizá, no te lo niego. Pero hoy, por fin, empieza el sentido de tu existencia. Hoy se ha activado el resorte que provocará que salgas de tu puta concha y despliegues todas tus capacidades, que te aseguro que no son pocas.

—¿Cómo quieres que siga, abuela? —refunfuñó Celeste, sin entender, sin querer entender a dónde quería llegar la anciana—. Tengo miedo. No quiero tener que estar con esa gente de nuevo. No quiero volver a salir de casa. ¿Cómo quieres que me acerque a un chico a partir de ahora? ¿Cómo pretendes que salga por ahí sin tener pánico a todo? Tengo miedo, lo siento. Miedo de que llegue el día, miedo de ver a mi padre y que lea en mi mirada que su hija ha sido una chica sucia, miedo de mí misma. No me quiero. Nunca me he querido. Pero hoy me detesto.

—Bla, bla, bla —repuso, burlona, doña Adelaida, mientras daba palmadas con unas manos huesudas que sonaban como unas castañuelas sordas—. Joder, chavalita. Me cansas. Es una putada, pero la sociedad, hoy en día, no está montada para que salgas sin miedo. Una mujer debería poder ir en bolas por la calle sin tener el más mínimo miedo de que le pasara algo más grave que pillar una pulmonía, que una entrepierna fría es muy traicionera. De hecho, no debería ni ser noticia que pudiera hacerlo. Pero no. Estamos en una sociedad extraordinariamente machista que así ha sido así desde hace miles de años. Y las mujeres, para desespero nuestro, siguen siendo ciudadanas de segunda. Sus logros legales son una risa. Hablar de derechos de las mujeres ya debería estar prohibido, si el mundo fuera como deber ser. Derechos deberían ser de las personas, independientemente de si les cuelga algo más o menos grande entre las piernas, o no les cuelga nada, o colgándoles se sienten lo que se sientan, que cada mente es una y nadie tiene derecho ni a entrar en ella ni a juzgarla. «La revolución de la mujer», dicen. ¡Por los cojones!

No existe. Seguimos siendo las putas del reino. Unos objetos a los que usar, despreciar, deteriorar y tirar cuando a los machos se les meta en la punta de la polla que les apetece. Y me carcajeo de las leyes a favor de la mujer que van saliendo. No sirven para una puta mierda. La sociedad, a la larga, debería escindirse e intentarlo con un mundo solo para mujeres y con otro solo para hombres. Estoy segura que el primero sería mucho más evolucionado y justo que el segundo. Las leyes de hoy en día no sirven para nada. Solo para cagarse encima. Y seguirá siendo así mientras los legisladores y, sobre todo, los jueces, sean en su mayoría varones que estoy convencida que, una vez llegan a casa, cansados y satisfechos de haber intentado legislar y defender a la mujer para quedar bien a los ojos de la sociedad, se conectan con el ordenador y se hacen cuatro pajas viendo pornografía, o se van de putas para celebrar que han metido en la cárcel a unos violadores, que saldrán en poco tiempo porque ya está bien, los pobrecitos. Porque, en el fondo, la mayor parte de los tíos llevan un violador dentro, que no se desarrolla por miedo a que le pillen. Una vez satisfechos, en sus camas, apagan el ordenador y piensan que a la mañana siguiente le pedirán a la asistenta que les deje cocinado algo, y apuntarán mentalmente que deben buscar una nueva mujer de la limpieza que no les cobre mucho por hora. Y si está buena, mejor. Mucho mejor. Y, al día siguiente, vuelven al estrado o al despacho, repasan la lista de vistas y se cagan en todo cuando ven que se tienen que enfrentar a la histérica de la fiscal de turno, porque si es mujer no es incisiva, sagaz, implacable y persistente, sino que es una puta histérica mal follada. Y así nos va. Pero todo esto es algo tan común, tan generalizado y tan aceptado como cierto e irremediable a corto plazo, que nada cambiará a largo plazo y seguiremos siendo coños con patas.

Celeste la miró, una vez más, cansada y sin entender:

—¿Y qué quieres que haga, abuela? —repitió, harta de todo y alzando la voz. Le dolía cada una de las palabras de doña Adelaida, se sintió atacada y ninguneada. Se cabreó. Eran catorce años faltándole al respeto. Jugando con ella, asustándole. Y todo para nada. Para contarle estupideces, utopías. Celeste sintió como le hervía la sangre y se desahogó chillándole a un fantasma que, por una vez, la miraba con expresión de complicidad—. Yo sola no voy a cambiar el mundo. ¿Qué quieres que haga? ¡Dime! ¿Matarlos a todos? Ganas no me faltan, desde luego. Si yo tuviera las herramientas, lo haría sin titubear, te lo aseguro. A todos, a cada uno de ellos. No dudaría en hacerles sufrir y en cobrarles cada una de las cosas que me han hecho. ¡Y no me mires así, que me dan ganas de empezar por ti, aunque tú ya estás muerta, puta vieja de mierda!

La anciana amplió su sonrisa demente, se acercó a ella flotando muy despacio desde el columpio y, por una vez, al llegar junto a ella

abrió los brazos, acomodó a su nieta en ellos y la abrazó con un gesto sentido, congelado y firme, hasta que la muchacha se fue calmando.

Tras unos minutos, dijo:

—Ahora te reconozco, cariño. Ahora podemos empezar a hablar. Ya estás preparada. Por fin has finalizado tu metamorfosis y asomas fuera del capullo. Me alegra ver que, de una puta vez, la mariposa está lista para desplegar sus alas. Ven, siéntate junto a mí, que quiero explicarte algunas cosas. ¿Te he dicho ya cómo y por qué murió mamá?

CAPÍTULO 26
CREMACIÓN

14 años después del accidente

Minutos después de la metamorfosis

Dos años antes del tránsito

—¿Cómo murió mamá, papi? —preguntó Celeste a la espalda de su padre.

El hombre ni se había apercibido de que no estaba solo. Acababa de disponer el ataúd del anciano señor Isaías Benjamin sobre los rieles del acceso al horno crematorio y estaba haciendo los últimos ajustes para proceder a la incineración del cuerpo. Tal y como había previsto, no acudió nadie a despedir al viejo. Estaba convencido de que estaba solo en las catacumbas del tanatorio. Dio un respingo y se le alborotó la sangre cuando escuchó la voz de su hija. No la había escuchado llegar y estaba convencido de que había dejado la puerta blindada de acceso al recinto asegurada con doble vuelta de llave y con los cerrojos de seguridad manuales. Pero no debía ser así, porque su hija se hallaba justo detrás de él, mirándole con una mezcla de desprecio y apremio.

—¡Celeste! —balbuceó, intentando recuperar el aliento—. Joder, cariño, me has asustado. ¿Qué haces aquí? Creía que estarías con tus amigos. ¿Me necesitas para algo?

El hombre parecía no haber procesado la pregunta de su hija, así que ella la volvió a repetir, aunque ahora convertida en una exigencia velada:

—Cuéntame cómo murió mamá. Necesito escucharlo.

Hazzy se quedó petrificado, pero intentó reaccionar con toda la naturalidad que la situación le permitía:

—Mi amor. Bien lo sabes. Ya ha pasado bastante tiempo, pero tú estabas en casa, al igual que yo. Quizá, al ser tan traumático, no lo recuerdas, pero no entiendo a qué viene esto ahora y qué bien puede hacerte revivirlo.

—Papá, no me has contestado —insistió Celeste, con un tono de voz que le pareció a su padre más firme, insolente y seguro que nunca. De hecho, su hija, su pequeñuela, le pareció también más mujer físicamente, más formada, como si hubiera crecido varios años en pocas horas, aunque sabía que eso no era posible—. Quiero que me digas cómo murió mi madre. Quiero que me cuentes cómo pasó.

Quiero escucharlo con todo lujo de detalles.

—Mi niña —empezó él, inmóvil, incapaz de separarse ni un palmo del ataúd del anciano muerto, que se hallaba abierto y convertía al cadáver en un espectador inanimado de la escena—. Tuvimos en casa esa desgracia que parece que se cebe con la familia hace años. Como si algún hado nos hubiera lanzado una maldición. Después de lo del incendio y de lo que sufrimos por ti y por tu abuela, que Dios tenga en su gloria, parecía que todo había sido superado. Y, entonces, otra vez la pesadilla. Era tu cumpleaños, mi vida. Mientras esperábamos que fuera la hora de cenar, tú estabas arriba, en la habitación, con tus cosas y yo estaba pendiente de las noticias. Era un día ventoso y fresco y, un rato antes, estuve haciendo una tarta de postre. Como siempre, puse la tarta en el alféizar de la ventana para que se enfriara. Me encantaba nuestra cocina, y a ella, también. Era muy luminosa, como bien sabes. Lo sigue siendo. Las ventanas eran enormes y ocupaban casi toda la pared. Nunca he entendido demasiado bien qué quiso hacer tu madre. No estaba delante, ya te he dicho. Yo veía la tele en la sala y tú seguías en tu cuarto. Recuerdo que debías estar escuchando música, porque se oía desde la sala un rumor de orquesta de fiesta mayor. De repente, el estruendo, el grito, el ruido de cristales rotos, el desgarro. Acudí lo más rápido que me llevaron mis piernas. Llegué tarde, demasiado tarde. Tu madre se había apostado de medio cuerpo sobre la repisa de la ventana. Era ancha y tu madre era pequeñita. Supongo que intentaba entrar la fuente de la tarta y no alcanzaba con la mano. Se acostó por la cintura sobre el cierre de la hoja y esta, no sabemos bien cómo, se desplomó sobre ella. Igual le dio un golpe, igual fue una puñetera casualidad, pero los cristales cayeron sobre ella y la atravesaron. Las heridas eran mortales de necesidad. El cristal se partió en cinco o seis fragmentos puntiagudos como puñales, que dividieron a tu madre por la mitad. No se pudo hacer nada. Cuando bajaste corriendo, yo solamente intenté que no vieras la escena. Era demasiado desagradable. Tenía las tripas fuera y los ojos abiertos e inyectados en sangre. Un caudal rojo le caía desde la boca y encharcaba el suelo. No puedo contarte más.

—Papá —repitió por tercera vez Celeste Zacariah con voz queda, acercándose a su padre, que sudaba copiosamente—. ¿Cómo murió mamá? No quiero más mentiras.

El hombre, azorado, empezó a tartamudear, intentándose defender no entendía muy bien de qué.

—No pude hacer nada, cariño. Tú no lo entiendes. Yo solamente pude llegar a su lado cuando ya estaba muerta.

Celeste nunca había sido una chicarrona fornida. Siempre había sido delicada y raquítica, más desde el incendio que le condicionó la vida, hacía demasiado tiempo, cuando contaba con apenas cuatro años

de edad. Por eso, por la falta de costumbre, hoy se sentía poderosa. Sabía que su padre le estaba mintiendo y no estaba dispuesta a que eso le pasara nunca más. No pensaba permitir que nadie le mandara, ni que le mintiera, ni que le hiciera más daño. Ya tenía el cupo cubierto para varias eternidades. Y su abuela le había explicado cómo evitarlo. Y, aunque no lo acababa de entender, pensaba practicarlo a cada momento, si era necesario, hasta conseguir ser alguien, por fin. Alguien a quien todo el mundo tuviera en cuenta. Todo el mundo.

Deseó doblegar a su padre y ahogarlo con sus propias manos y el hombre empezó a sentir como el aire no le entraba. Se echó mano a la garganta, esperando entender qué demonios le estaba pasando. Igual era un ataque de apoplejía o algo similar. Por suerte, había acudido su hija para preguntarle cosas que no le podía contar, pero había sido muy oportuna, ya que veía en ella su salvación.

—Por favor, cariño, llama a un médico. Me estoy ahogando.

Se le doblaron las piernas cuando vio que Celeste seguía frente a él, impertérrita, mirándole con el mismo desprecio con el que miraría a una araña en la pared.

—Papá, no me has entendido bien. No te pasa nada que yo no quiera que te pase. No te estás ahogando. Te estoy intentando decir, de una manera que entiendas, que sé que me estás mintiendo, y que quiero que me cuentes de tu propia boca cómo cojones murió mamá. Me lo debes. Se lo debes a ella. A mi hermano muerto, ese que nunca llegó a nacer. A todos nosotros, joder.

Hazzy empezó a entrar en pánico. No quería saber lo que estaba pasando, aunque quería creer que estaba teniendo una mala pesadilla, demasiado vívida, pero irreal como todo lo que pasa en el mundo de los sueños. Cuando vio que seguía sin entrarle el aire empezó a comprender que necesitaba salir de esa situación de la manera que fuera. Buscó la complicidad de su Celeste.

—Lo hice por ti, mi vida. —Se le humedecieron los ojos de amor hacia su hija. Notó como empezaba a entrar el aire despacio en sus pulmones y se sintió aliviado. Sabía cómo hablarle a su pequeña—. Son cosas de mayores que tú no entenderías. Lo más importante que me ha pasado en mi vida has sido tú, mi amor. Haría por ti lo que fuera, cuando naciste y ahora de la misma manera. También lo hice cuando estuviste tan cerca de la muerte, allí, en el hospital, después del incendio que mató a tu abuela. Estábamos desesperados. Tu madre y yo. Nos culpabilizábamos de lo que te había pasado. De lo que os había pasado. Serían largos de explicar los motivos, pero nos fuimos esa noche de casa por nuestro interés y no porque tuviéramos que hacerlo. Nunca pensábamos que pasaría nada. Cuando te vimos en la cama del hospital, conectada a tantos cables, agonizando, y nos confirmaron lo que ya intuíamos, que te quedaban pocos minutos de

vida, le prometí algo a alguien. Vino un médico encantador, no es necesario decir quién, y me prometió que te salvaría la vida a cambio de la vida de tu madre, cuando llegaras a los dieciséis años. Me parecía todo tan absurdo, tan increíble, tan imposible, que acepté sin ni siquiera pensarlo. Cualquier cosa por salvarte. Unos minutos después, te levantaste como si nada. Recuperada, con ganas de vivir, con esa cicatriz horrible de tu vientre, ese olor permanente a humo y esos ojos amarillentos de anemia apocalíptica, pero viva y a nuestro lado. Fuiste creciendo y mi estúpida promesa fue quedando en el olvido. Hasta que llegó tu cumpleaños. Ese día cumplías dieciséis y yo te hice tarta de moras, que sé que te gusta. Y como no eres de mucho comer, quería que ese día te dieras un atracón. No puedo contarte más que, estando yo en la sala, me reclamaron el cumplimiento de mi promesa. Me negué. Yo estaba en la sala y tu madre, en la cocina. Me negué en rotundo, pero, entonces, me dijeron que les parecía bien. Que era yo el que debía escoger, como cuando lo hice en el hospital. Que si no les daba lo que les había prometido, te llevarían a ti. Y se fueron hacia la escalera. Eran dos hombres. No los reconocí. Les imploré, les supliqué, les amenacé. Nada sirvió. Eran jóvenes y fuertes, muy fuertes.

«Te damos cinco segundos: o tu mujer o tu hija», me dijeron de repente.

Y decidí salvarte a ti. Miré hacia la cocina, cerré los ojos y asentí. Un segundo después, escuche gritar a tu madre. Fui hacia allí y se debatía en brazos de esos dos armarios roperos y me pedía ayuda. Fui y, efectivamente, la ayudé. Pero no a liberarse, sino a poner su cuerpo al alcance de la hoja de la ventana. Lo último que vi de ella fue una expresión insondable de tristeza y de decepción. Murió con esos ojos posados en mí. Dejaron de tener vida de un instante a otro. No sufrió, te lo aseguro.

Celeste reanudó la asfixia sobre su padre. Era incapaz de llorar, a pesar de que el recuerdo de su madre le dolía. Una víctima más. Otra mujer usada y arrojada en el contenedor de la mierda y del olvido. Y siempre con mentiras. Y siempre con la impunidad de los asesinos.

Avanzó hacia el cuerpo de su padre y lo levantó como si fuera de papel. Lo empujó dentro del ataúd del señor Benjamín e impulsó la caja hacia el interior del crematorio.

Pulsó el botón de cerrado y quedó paralizada por unos instantes. Sabía que estaba a punto de traspasar una frontera que no tenía retorno. Intentaba sentirse mal, pero no lo conseguía. Se sabía poderosa e implacable. Se sentía excitada y emocionada.

Escuchó un sonido sordo y miró el ventanuco de grueso cristal que sellaba la entrada del horno. La expresión horrorizada de su padre le reclamaba desde el otro lado. Golpeaba con furia, buscando una

escapatoria que sabía que era imposible si su hija no entraba en razón. Se destrozó los nudillos a base de golpes inútiles y, cuando empezaba a entender que su situación era extrema y desesperada, se quedó paralizado y miró con expresión de cordero degollado a su hija, con la razón desencajada y con los ojos anegados en lágrimas.

Celeste se acercó y, cuando estuvo a apenas medio metro de su padre, le guiñó un ojo, le lanzó un beso camuflado tras un sonrisa falsa y cortante, y levantó el dedo corazón de su mano derecha. Liberó el resorte de seguridad y puso al máximo la temperatura.

El lunes por la mañana, el servicio de limpieza del tanatorio encontró el horno todavía prendido. El libro de registro, pulcramente cumplimentado por Hazzy, indicaba que se estaba incinerando el cuerpo de don Isaías Benjamin. Sin motivo aparente, el tanatopractor, encargado de la reducción del cuerpo a cenizas, había abandonado su puesto a medio trabajo y no había regresado. Una vez frio el crematorio, retiraron las cenizas del finado y las llevaron a una fosa común, ya que nadie las reclamó.

Una semana después, coincidiendo con una bajada de temperaturas inesperada y que resultó espacialmente cruda para la gente mayor de la villa, la gerencia del tanatorio decidió dar por despedido a Hazzy Zacariah y anunció en todos los medios posibles que se buscaba la incorporación de un nuevo tanatopractor de manera inmediata. Los cadáveres se empezaban a acumular en el sótano del edificio.

La policía acudió a casa de los Zacariah para ver si daba con el desaparecido, pero no hallaron ni un solo rastro que les dijera qué podía haber pasado con él. Encontraron una de las habitaciones superiores, la que debía pertenecer a su hija Celeste, revuelta y con el armario destruido, pero dedujeron que debían estar de reformas, ya que el resto de la casa estaba intacto. Parecía que Haziel Zacariah se hubiera evaporado de la faz de la tierra. Las cámaras de seguridad no recogieron ni su salida de su puesto de trabajo ni la entrada de nadie más que pudiera haberle causado un daño que explicara su desaparición.

El expediente se quedó varado en la mesa de un subinspector de policía y allí estuvo durante varios años, hasta que, finalmente, se archivó por incapacidad de encontrar ni una sola evidencia. Quedaría como uno de tantos misterios sin resolver.

Hazzy Zacariah fue declarado muerto, por desaparición, pasado el plazo legalmente fijado para estos casos. Se concluyó que, probablemente, había decidido irse de la noche a la mañana, quizá persiguiendo alguna falda ajena. La prensa más carroñera aseguraba que el pobre hombre se encontraba muy solo después de la muerte accidental de su esposa. Escribieron, en la columna de contraportada

de un semanario que solía rayar la chabacanería y el mal gusto, que el que fuera un más que notable tanatopractor de la villa se disipó en el aire, como si fuera ceniza llevada por el viento.

A veces, la prensa amarilla es tan ridícula y sensacionalista que se acerca peligrosamente a la verdad.

CAPÍTULO 27
EN LA CASETA ABANDONADA DEL LAGO
(PARTE 3)

¡Qué equivocada he estado! ¡Qué engañada me han tenido! Pero, por fin, todo ha cambiado. Todo ha acabado.

Estoy contenta. Muy contenta. Diría que jodidamente contenta y feliz. Porque sí. Porque hoy me siento más viva que nunca, a pesar de saber que no lo estoy, al menos no de esa manera pueblerina y limitada, encerrada en un puto cuerpo de feria, una carcasa que apenas sirve para mear y poco más. Vaya mierda de contenedores para todo el poder que tenemos. Madre del amor hermoso. Parece mentira que seamos tan cortos y tan ciegos.

Le he prometido a abuela que seré digna de las esperanzas que han puesto en mí. Iré allá donde quieren que esté, porque ahora me conviene ser obediente. Hasta que aprenda de qué coño va todo esto. Hasta que entienda todos los movimientos de este maldito ajedrez. Hasta que vea los caminos que me llevarán a ser la reina de corazones.

Cuando entienda la mecánica, ya veremos quién manda y quién obedece. Eso será otra historia. Pero hoy he empezado el camino hacia esa meta. Lo que le he prometido a abuela lo siento de verdad. Nunca, nunca más, me someteré a nadie. Mi palabra es la única que me vale. Ninguna más. He estado secuestrada durante tanto tiempo que ahora solamente tengo ganas de gritar, de enseñarle al mundo quién es Celeste Zacariah. Y empeñaré mi alma, mi decencia y mi recuerdo para conseguirlo.

En la habitación de Jakob me sentía desgraciada. Me sentía lo peor, una ruina de chica, un fiasco de la naturaleza. No entendía más que lo que se veía en la superficie: cómo una muchacha indefensa era violada salvajemente.

Ahora sé lo que se escondía en el subsuelo de esa escena. Era necesario sentir esa rabia, ese desprecio, ese fuego, ese infierno dentro de mí, para entender lo que no era capaz de ver. Abuela no solo me rescató. Me abrió los ojos y la mente.

Me siento poderosa y despiadada. La mirada de mi padre a través del cristal del crematorio me ha excitado de tal manera que he tenido la sensación de clímax, de liberación física, aunque sé ahora que eso es imposible. Si no hay cuerpo real, no puede haber placer físico. Pero el placer mental es mucho más poderoso. Es imparable. Es un volcán en erupción.

Ahora no quiero parar. Ahora no puedo parar. Durante

demasiado tiempo me he conformado con mirar. Ahora soy yo la protagonista de la película. Y llegan las escenas finales en esta tierra, en este mundo absurdo e innecesario, un desastre dentro de cuerpos de opereta, un timo para cualquier alma digna y evolucionada.

Ha llegado momento. En un tiempo, me iré allí, a eso que llaman el Taller. Antes, ha llegado el momento de divertirme.

Por belleza poética debía liquidar a papá. Le he querido, es cierto. Pero mamá no se merecía la vida de mierda que le dio. Mi pobre madre es la menos culpable de todos. Papá ya ha pagado por eso y ahora estará en paz consigo mismo.

Ahora viene lo bueno. Diez venganzas por todo lo que he pasado. Diez cipreses que plantar en un cementerio. Diez jugadas de póker con las cartas marcadas.

Hoy Celeste Zacariah empieza su caza.

Los mataré a todos.

CAPÍTULO 28
LAS MEJORES NOTICIAS

5 horas después del accidente
14 años antes de la metamorfosis

16 años antes del tránsito

Hospital de la villa. Despacho médico frente a Unidad de Cuidados Intensivos.

—Siéntese aquí, se lo ruego, señor Zacariah —le pidió el médico, señalando una silla al otro lado de una mesa imponente que pretendía, y lo conseguía, sin duda, marcar distancias entre el doctor que la usara y los familiares del paciente de turno.

Hazzy había vagado por el pasillo en penumbras como un ánima condenada durante la última hora y media. No había coincidido con nadie. Escuchaba gemidos aquí y allá, indeterminados y llenos de desolación. Esos suspiros agónicos no dejaban de parecerle fantasmagóricos y le llenaban el alma de desaliento y la espalda de frío. Temblaba, a pesar de que la temperatura objetiva en el hospital era tan aséptica como agradable. Trudi descansaba en su box, muy cerca de allí, y se removía entre pesadillas de dedos y miradas acusadoras, que no dejaban de echarle en cara que la suciedad de su entrepierna y la lujuria ponzoñosa de su entraña habían provocado que su madre estuviera muerta y su hija, en puertas de ello.

Hazzy se puso a temblar en cuanto un doctor, alto y de porte elegante, apareció delante de él y le hizo señas para que le acompañara. Se temía lo peor. Ningún médico acudía en mitad de la noche a decir nada agradable. De eso estaba seguro. Le siguió como una ovejita entrando en el matadero y se sentó, sumiso, esperando a que le soltara la puñalada en forma de la peor noticia. No estaba preparado para perder a su Celeste, a la niña de sus ojos. No podía contener un remanente de lágrimas que se le escapaban a traición, sin que él pudiera hacer nada. Afortunadamente, el despacho estaba igual de poco iluminado que el resto del hospital. No quería que ese doctor viera con todo lujo de detalles como un hombre hecho y derecho como él no sabía afrontar las cosas, por trágicas que fueran, con la entereza de la madurez.

—Tengo muy buenas noticias, señor Zacariah —le sorprendió el doctor—. De hecho, puedo asegurarle que tengo las mejores noticias para usted y para su encantadora esposa, aunque ella tardará un tiempito en conocerlas.

Hazzy dio las gracias a los cielos y a las tierras, a todos los ídolos caídos y por caer, a la naturaleza y a la entraña de los planetas. A ríos, valles, llanos y simas. A todos los animales y al universo entero. El corazón le empezó a palpitar tan fuerte que temía que su Trudi, que andaba sedada muchas decenas de metros lejos de allí, en un box con cortinas raídas, se despertara por el ruido. Tenía ganas de gritar, de abalanzarse sobre el médico y de abrazarle.

El doctor encendió un pequeño flexo que dormitaba sobre la mesa. Su haz de luz era raquítico, pero era tanta la oscuridad que iluminó la estancia como si de un sol en plena actividad se tratara. Hazzy pudo leer la placa que colgaba en el pecho de la bata, y lo que vio le tranquilizó aún más, si cabe. En la placa se leía, con grandes letras, como una advertencia o una amenaza «DIRECTOR MÉDICO». A él le sonó a gloria bendita.

—Gracias, señor director —fue capaz de balbucear antes de que las lágrimas se le amotinaran en la garganta y lo enmudecieran de nuevo—. No sé cómo agradecerle lo que están haciendo por mi hija. Celeste es todo lo que tengo. Daría lo que fuera por ella, se lo aseguro. Y escuchar que está bien, después de la noche terrorífica que hemos pasado, me hace sentir feliz.

—Como le decía, señor Zacariah —repuso el doctor, sin hacer demasiado caso al agradecimiento que acababa de recibir—, tengo la mejor noticia para usted y para su familia. Me llena de gozo comunicarle que su hija Celeste ha fallecido hace unos minutos.

Hazzy se descompuso y sintió como el mundo se desmoronaba a su alrededor. De repente, le pareció que el aire se llenaba de arena, que el aliento le sabía a cemento y que la saliva que intentaba tragar se convertía en un puñado de lascas que le mancillaban la garganta. Tuvo fiebre, tres infartos, dos ictus y seis diarreas en menos de diez segundos. Cuando la cantidad de odio hacia el doctor subió lo suficiente y le empezó a empañar los sentidos, sacó fuerzas de donde nunca había habido y repuso, con toda la frialdad de la que fue capaz, que bien poca era:

—No le encuentro la gracia, doctor. De hecho, voy a interponer una queja contra usted; si no puedo en este hospital, ya que parece que es usted quien lo dirige, será ante el consejo médico de la comarca.

Se levantó e hizo ademán de irse hacia la puerta, pero se quedó congelado al escuchar la voz del médico, casi divertida, que le contestaba:

—Venga, hombre, venga. No hay para tanto, Hazzy. ¿Me permite llamarle así? ¿Y me permites tutearte? No sé por qué le das tanta importancia a algo superficial como la muerte. Tu hija la ha palmado, ciertamente. Está muerta. Fiambre. La ha diñado. Ha estirado la pata.

Ha pasado a mejor vida. Llámale como quieras. El caso es que es un puto cadáver. Ha empezado ya su proceso de putrefacción, contra el que poco se puede hacer, por no decir nada. Tu hija empezará a llenarse de gases, a pesar de que, quizá, ahora todavía deduce que está viva porque los últimos coletazos de oxígeno que hay en su cerebro le hacen creer ver algunas luces. En un par de días se empezará a hinchar porque se estarán pudriendo sus órganos. ¿Qué te voy a contar, que tú no sepas? La teoría la tienes que saber bien, porque tengo entendido que eres el nuevo tanatopractor de la villa. Joder, si todavía tendrás suerte y la primera a la que eviscerarás, si así lo decides, y manosearás por dentro, a la que abrirás en canal, el primer cuerpo que sentirás cómo apesta cuando está muerto, será el de tu queridísima hija. No es agradable, te lo garantizo. Da un poco de asquito. Pero todo quedará en familia, hombre.

Hazzy estaba horrorizado por lo que estaba escuchando. Estaba paralizado. No entendía a qué venía tanta crueldad. Su niña estaba muerta y solo quería llorarla durante varios años seguidos.

—Pero te he dicho que es una buena noticia, y no te miento —insistió el doctor—. Te regalo la oportunidad de que tu hija sea como Jesucristo.

—No creo en la religión, doctor —repuso Hazzy, derrotado, sin ni siquiera procesar lo que le estaba diciendo aquel hombre—. No creo en ninguna religión. No dejan de ser todas ellas mafias organizadas para recaudar dinero y que sus líderes vivan como reyes mientras sus seguidores reciben promesas de cosas inverosímiles y más que improbables mientras se mueren de hambre. Vender una falsa esperanza a precio de oro es un plan de marketing envidiable y brillante, pero una mierda reseca en cuanto a contenido.

—No te quito la razón, querido —contestó el doctor bajando el tono, como haciendo una confidencia—. Es igual. Llámale Jesucristo o como quieras. Te estoy dando la posibilidad de que tu hija regrese de entre los muertos y se quedé contigo durante un tiempo. Un tiempo prudencial, eso sí, porque nada hay eterno en esta vida…, ni en esta muerte. Pero, al fin y al cabo, un tiempo suficiente como para verla crecer.

Hazzy no entendía de qué le estaba hablando. No sabía si se encontraba ante un loco, un iluminado o un cínico y cruel psicópata que quería burlarse de su dolor. Fuera lo que fuera, le pudo más la curiosidad y la posibilidad, por remota que fuera, de volver a abrazar a su hija, que el terror que sentía en esos momentos.

Regresó lentamente hasta la silla, se acomodó y miró a los ojos del doctor:

—Quiero que me explique de qué está hablando. Quiero escucharle antes de decidir si lo mato aquí mismo, si lo denuncio para

que se pudra en la cárcel o si me he vuelto loco y lo que usted tenga que contarme me puede interesar de alguna manera. Explíquemelo despacito, como para tontos, que quizá soy un poco lento y, además, acabo de perder a una hija. O tal vez no, según usted.

CAPÍTULO 29
DE ALTERNATIVAS Y RENUNCIAS

—Tu hija está muerta, Hazzy. En eso no se puede hacer nada. Las quemaduras sufridas durante el incendio y, sobre todo, la intoxicación de sus pulmones, eran absolutamente insuperables. Médicamente, nada que hacer. Aún puedes estar contento de que ha aguantado cuatro o cinco horas respirando ni sé cómo, porque estaba calcinada por dentro. Pero yo te ofrezco la posibilidad de que siga contigo por mucho tiempo.

—No entiendo, doctor —balbuceó Hazzy. Luego se quedó pensativo y, como si viera la luz al final del túnel más oscuro y largo del mundo, abrió mucho los ojos y le señaló con un índice tembloroso, rematado con una uña sucia, llena de carbonilla y, por qué no decirlo, de roña—. Claro, está usted loco o me lo quiere hacer volver a mí. Le voy a demandar. Voy a conseguir que lo encierren en un manicomio durante lo que le resta de vida.

—¡Ay! ¡Qué pesado eres, querido! —exclamó el doctor con fastidio—. Creía que esta fase de desconfianza ya estaba superada. Y veo que no. Quiero que entiendas que no hay tiempo. Las enfermeras tardarán pocos minutos en darse cuenta que tu hija ha dejado de respirar. Y, si pasa eso, mi propuesta quedará ya sin vigencia y tú te enfrentarás al cadáver de tu hija como entretenimiento y práctica. La máquina a la que está conectada no ha hecho saltar ningún chivato porque así lo he dispuesto…, pero basta que una de las excelentes profesionales que hay en este hospital se acerque a la cama para que vea que la niña ya no está en nuestro mundo. ¿Qué necesitas para no interrumpirme? ¿Quieres pruebas? Joder, no tenemos tiempo para esto. Está bien. Vamos a contrarreloj, pero mira a tu espalda, por favor.

Hazzy se giró, sabedor de que, entre él y la puerta de salida, que quedaba justamente a su espalda, no había nada más que un metro y medio de habitación vacía. Un fuerte dolor en el pecho de poco se lo llevó al otro mundo junto con Celeste cuando vio, a menos de un palmo de su silla, a doña Adelaida, quemada como un tizón, pero reconocible, que le miraba insultante e indignada.

—Hay que tener paciencia contigo, ¿eh? —Una voz cavernosa y agónica le llegó desde donde se hallaba el fantasma calcinado de la señora—. Si el doctor te dice que le creas, créele, que tampoco pide tanto. Y no me mires mal. Perdone el caballero, por darle estos sustos de muerte, y nunca mejor dicho. ¡No te jode, el chaval! Todavía no me organizo, con esto de estar fiambre, y ya sé que mi aspecto no es demasiado atractivo, pero ya aprenderé. Eso te pasa por dejarme

quemar como un ninot en una falla para ir a fornicar con mi hija como si fuerais perros sedientos. Que digo yo que ya me contarás qué gracia le encontráis a eso del mete-saca constante. Que sois unos puñeteros cansinos y, encima, lo vais dejando todo perdido. Qué asco de sábanas siempre, en vuestra habitación. Huelen a cartón piedra, a resaca, a suelo de baño de *boîte*, a bayeta mal escurrida. Cada vez que me tocaba cambiarlas me salía un sarpullido.

—Bueno, dejémonos de reproches absurdos y de miserias fisiológicas que no vienen al caso, señora —interrumpió el doctor, con una voz serena que intentaba ocultar un trasfondo apremiante—. Bien, chavalote. Debo decirte que yo sí que le veo gracia a eso de copular a diario, a poder ser. En eso, estoy contigo, campeón. Ahora, una vez hechas estas confesiones tan íntimas y placenteras, ¿podemos ir al grano? Ya te he dicho que vamos justos de tiempo.

Hazzy estaba viviendo una pesadilla. Ver a su suegra muerta y carbonizada echándole en cara su apetito sexual, como si fuera la cosa más normal del mundo, fue más fuerte que su razón. Se quebró y lo dio todo por bueno. Adoptó una expresión sumisa y derrotada, se acomodó en la silla y se dispuso a escuchar la propuesta del doctor.

—Te ofrezco —empezó—, como ya te he dicho, olvidar que tu hija está muerta. No lo sabría nadie más que tú, tu suegra y yo. Ni siquiera la propia Celeste sería consciente de ello. Es una transacción cómoda y generosa. Tú conservas a tu niñita y yo la tutelo en su crecimiento, que poco será, te lo advierto. Se quedará más bien escuchimizada. No pretenderás que hagamos crecer demasiado un cuerpo muerto, digo yo. Milagros, a Lourdes o a alguno de esos santuarios que no dejan de ser cuevas de usureros. Cuando alcance la edad oportuna, Celeste se convertirá en la vengadora prometida, en la mayor esperanza para unir a la humanidad. En una palabra, tu niña se convertirá en una nueva «mesías», si se me permite el sacrilegio. Y tú serás como José, el carpintero de Nazaret, pero beneficiándote todas las veces que quieras a la María de turno, que en este caso es tu dulce Trudi. Ella, evidentemente, tampoco sabrá nada de nuestro pacto.

Hazzy abrió los ojos, con una expresión que mezclaba el terror, la urgencia y la demencia. Seguía sin entender nada. Solo quería que eso acabara cuanto antes. Veía la posibilidad de que su hija estuviera con ellos muchos años más, pero seguía sin comprender el alcance de la decisión que debía tomar en los próximos segundos.

—¿Por qué ella? —inquirió en un balbuceo casi ininteligible—. ¿Por qué nosotros? ¿Qué tenemos de especial? Y, ¿qué quiere usted a cambio, doctor?

—Bueno, Hazzy —respondió este—. En primer lugar, a estas alturas ya habrás adivinado que soy un doctor un poco especial y que nada tengo que ver con el hospital, pero sí con tu hija. ¿Por qué ella?

Porque estaba en el lugar oportuno y en el momento indicado. Su agonía ha servido para que me dé tiempo a llegar aquí y a organizarlo todo. Debo decirte que tu suegra, doña Adelaida, ha tenido mucho que ver. Murió en casa y quiso encontrar a dónde ir tan deprisa que cogió el camino equivocado y vino a parar a mí. Pero no entremos ahora en detalles que nos llevarían mucho tiempo. Rollos que no entenderías sobre caminos *kirianos* [3] y zarandajas de esas. Solo quiero que te quedes con la idea de que cuando morimos no desaparecemos. Vamos a un sitio en el que nos reunimos todos. Esto ha sido, es y será así para toda la eternidad.

Paró un segundo su discurso. Como vio que Hazzy no daba ni una sola señal, ni de conformidad ni de duda ni de asombro ni de nada en absoluto, siguió hablando.

—Tu hija tiene todos los mimbres para ser una integrante destacada de mi selecto grupo de mando. De hecho, tengo un papel reservado para ella. Un papel principal. No pienses que te hablo de un simple figurante, de eso que hoy en día llamarían actriz de reparto. Eso no, ni de coña. Hablamos de que sería la actriz principal, junto a mí, por supuesto. Tu queridísima niña es joven, maleable, rebelde y muerta en unas circunstancias que me permiten que siga formándose aquí, entre los vivos. Sin explicarte cosas que no entenderías, quédate con la idea de que, últimamente, el sitio en el que habito pasa tiempos convulsos, y educar a mi mano derecha allí sería peligroso e inadecuado. Sin pulir, tu hija es una muchacha normal. Muerta, eso sí, pero normal. Digamos que tu Celeste, actualmente, no es más que un puto gusano ennegrecido, como una cagarruta de perro tísico con hemorragias internas, pero que con el cuidado y el mimo tuyo y mío, el de ambos, vamos a conseguir que se convierta en una preciosa mariposa multicolor. No será un camino fácil, desde luego. Llamémosle una metamorfosis compleja. Va a haber una serie de inconvenientes, pero creo que con ánimo y buena voluntad podremos afrontarlos.

—¿Qué tipo de inconvenientes? —preguntó Hazzy, que parecía que había revivido de golpe y que ya empezaba a razonar como si considerara lo que estaba viviendo como lo más normal del mundo.

—¡Bah! Naderías, zarandajas —respondió el doctor—. Celeste se quedará pequeñaja, como te he dicho antes. Eso ocurre a veces. ¿Cuántas veces no habrás visto chicas muy menudas que no sean enanas? Muchas. Es una cosa relativamente frecuente. El problema es que todavía es muy joven, y debe cumplir con una serie de pautas médicas que no podrá pasar sin ser descubierta. Es un cuerpo muerto, perdona que te sea tan franco y claro. No debe someterse a revisiones médicas. No debe ser vacunada de nada. Pero sí que debemos aparentar que hace todo eso. Por lo tanto, a partir de este momento

deberás inventarte lo que quieras, pero cuando deba ir al médico solo la podrás traer ante mí. Yo seré su médico, su alergólogo, su dentista, su pediatra, su callista, su loquero y hasta su puto psicólogo argentino, si es necesario. Nadie más debe verla. Convence a tu mujer de ello.

Hazzy asintió y le invitó a que continuara con un ademán.

—Como te he repetido, para que te acostumbres, tu hija ya no existe como tal. Su cuerpo ha muerto. Comerá poco o nada. Su madre le dará importancia, pero tú debes restársela. No tendrá sistema digestivo para procesar lo que coma. Sencillamente lo expulsará por la vía normal, pero cuando menos castiguemos toda esa zona, mejor. Ha quedado todo muy dañado por el incendio y no es cuestión de que se empiece a deshacer por dentro. Deberíamos intentar guardar siempre una apariencia suficiente de vitalidad y de lozanía. Lo que no vamos a poder evitar es un ligero tufo, un constante olorcillo a mierda reseca que va a salir de su interior. Va a ser permanente, con lo cual ella ni lo notará porque se acostumbrará y lo integrará como parte de su olor personal. En el fondo, así es, y se lo debes vender como una leve fragancia a carne quemada. La prueba evidente la tendrá en su exterior. Una quemadura que le ocupa toda la tripa hasta el pecho le recordará permanentemente que sobrevivió, en teoría, a un terrible accidente doméstico. Carne alterada con una extraña apariencia que no se normalizará jamás. Pero debemos comprender que su cuerpo ha muerto ya hace unos minutos y ha empezado el proceso de descomposición. Puedo pararlo, pero no revertirlo. Siempre dejará escapar por sus orificios ese ligero aroma de algo incierto. Más por los orificios inferiores que por los superiores, a ver si me explico. Mejor que no se eche un novio amante del cunnilingus ni del beso negro ese, porque el chaval lo pasará mal, sinceramente.

Y soltó una risotada inapropiada y rancia que a Hazzy le quedaría grabada de por vida.

De repente, se escuchó barullo en el pasillo.

—Debes tomar tu decisión en cuestión de segundos, querido —soltó el doctor—. Parece que alguien ya se ha dado cuenta de que tu hija tiene algún problema y está llamando al médico de urgencias para que vea qué pasa y, si es lo que se teme, para que certifique la muerte. Es ahora o nunca. Hazzy Zacariah, ¿quieres entregarme a tu hija, para que la tutele y la forme para que pueda afrontar una misión que tengo reservada para ella y que la conducirá a ser una persona de suma importancia para la humanidad, a cambio de que esté a tu lado muchos años más? ¿O prefieres enterrar ahora a tu hija, llorarla y todas esas ridiculeces, y olvidarte para siempre de ella?

Iba ya a responder, cuando el doctor levantó la mano y añadió, como si fuera un fleco sin importancia:

—Por cierto, no te he dicho. Tu hija se quedará hasta que ella

decida quedarse. Mínimo hasta los dieciocho años. Pero tú deberás pagar un precio por la transacción. No pensarás que resucitar a una hija y convertirla en una superestrella te va a salir gratis.

—La quiero conmigo. Con nosotros. Eso lo tengo claro. Pagaré lo que sea. Insisto, lo que sea. Reuniré dinero, ahora que empiezo a trabajar. Pídame cuánto y dígame cuándo, y lo tendrá. Solo déjeme un tiempo prudencial, se lo ruego.

—Así me gusta —repuso el doctor, con expresión satisfecha—. Te voy a dejar todo el tiempo del mundo. Doce años, que creo serán suficientes. Pero no quiero dinero. Allí a donde voy no me sirve de mucho. Yo necesito otra cosa que me puedes dar. Me debes dar, más bien. Cuando tu hija cumpla dieciséis años, ni un día más tarde, me deberás entregar a tu mujer. Trudi ya no tendrá ninguna función aquí, como madre. Celeste ya estará criada y ella le habrá aportado el punto de vista y la dulzura que solo una madre puede dar. Pero el día en que cumpla los dieciséis años tu hija, me entregarás a tu esposa en cuerpo y alma, y no es negociable. ¿Tenemos un trato?

El doctor le extendió la mano, dispuesto a cerrar ese pacto desquiciado como si fuera la compraventa de un vehículo de segunda mano.

Hazzy estaba sobrepasado. No era capaz de procesar lo que le había exigido el doctor como precio por la vida de Celeste. No le parecía posible ni real ni razonable ni legal. Definitivamente, ese hombre era malo y estaba como una regadera. Pero había visto con sus propios ojos el fantasma de su suegra y, sin entender cómo ni por qué, sabía que le podía devolver a su hija. Para lo otro quedaba mucho tiempo. Doce años era casi toda una vida. Poco le importaba ahora lo pactado. Ya vería de qué manera se podía arreglar eso, cuando llegara el momento. Pediría hablar con el hombre, una vez se habituasen a la nueva realidad, y negociaría otro tipo de precio. Escuchó un barullo fuera que le hizo entender que el tiempo de recuperar a su hija se terminaba.

«Dios proveerá», pensó, parafraseando a su suegra muerta. Y, convencido de que estaba haciendo lo mejor, estrechó la mano del doctor, que le miraba desafiante. El contacto fue frío y desagradable.

—Ahora vuelvo —le dijo el hombre como toda respuesta a su decisión de haber cerrado el acuerdo y sentenciado a su mujer a una muerte prematura y a su hija a una vida forzada.

Al cabo de unos instantes, mientras Celeste despertaba en la cama de cuidados intensivos y veía como un médico furioso y maleducado le estaba recordando a una enfermera lo efímera que era la vida de trabajador en ese hospital si metía la pata de manera repetida, seguramente como respuesta a haberlo hecho ir corriendo hasta allí sin ningún motivo justificado, el doctor volvió al despacho a

despedirse de Hazzy.

—Pues ya está todo en marcha, amigo —le volvió a estrechar la mano—. Recuerde todos los puntos del acuerdo. Nadie debe saber nada. Reconozca que nadie le creería, así que no se esfuerce. Nadie, ni Trudi ni Celeste, deben sospechar nada. Su pequeña crecerá junto a usted y a su esposa hasta los dieciséis años, momento en el que usted perderá a su mujer víctima de un desgraciado accidente. La niña apenas se desarrollará y se quedará enclenque. Siempre que tenga que acudir al médico, me llamará a mí y pedirá cita en mi consulta.

—¿Cómo le localizo, doctor? —preguntó Hazzy, muerto de ganas de salir de allí para ir corriendo a ver a Trudi a decirle que su pequeña viviría—. ¿Pregunto por usted aquí mismo?

El doctor sonrió de manera sarcástica:

—¿Aquí? No, por Dios. Yo no tengo nada que ver con este agujero infecto y mal organizado. Los echaría a todos a la calle. Tener una chiquilla muerta en cuidados intensivos y ni darse cuenta de ello. ¡Qué puta vergüenza! No, Hazzy, compañero. Yo estaré pendiente de tu chica, que crecerá todo lo fuerte y sana que pueda crecer un cadáver. Cuando tú me quieras localizar, deberás ponerte en contacto conmigo llamando al teléfono que aparece en mi tarjeta. Quien te conteste, te dará las instrucciones pertinentes en cada ocasión.

Buscó en el bolsillo del pecho de su bata y extrajo una tarjeta de visita, que le tendió y que Hazzy cogió tímidamente.

Antes de guardarla en su cartera como oro en paño, le echó un rápido vistazo, sin ni siquiera darse cuenta de que se encontraba solo en el despacho y que el doctor y el fantasma de su suegra, que había asistido a toda la conversación desde una esquina y en silencio, como si fuera un milagro, habían desaparecido.

Le pareció curioso y extravagante el nombre que acompañaba a un número de teléfono de muchos dígitos:

Doctor Markus Thobi.

CAPÍTULO 30
ORGULLOSA

14 años después del accidente

Minutos antes de la metamorfosis

Dos años antes del tránsito

Apenas faltaban unos minutos para que asomara la tarde cuando doña Adelaida terminó de contarle a Celeste la realidad sobre la muerte de su madre. La muchacha estaba conmocionada y gestaba una revolución universal que no era ni siquiera capaz de imaginar en aquellos momentos. Se sentía colérica y excitada, más viva que nunca, a pesar de que estaba a punto de entender la verdad con toda su crudeza.

—¿Papá mató a mamá? —balbuceó cuando encontró fuerzas para articular cuatro palabras.

—Sí, mi niña —aseveró la anciana, con un sentimiento que no acababa de ser sincero—. Pero no le des tanta importancia a eso. Tu madre, es decir, mi hija, está muerta y bien muerta. Se casó con un puto calzonazos que, mira tú qué cosas tiene la vida, al final se le volvió en contra. Lo único que le salva es que no lo hizo por nada que no fuera amor. Solo que lo hizo con el culo. Es lo que tiene tu padre: siempre ha sido un desastre.

—No sé qué tipo de amor le tenía mi padre a mi madre, que dices que la mató por amor. ¿Fueron celos? ¿Ella le fue infiel? —preguntó Celeste, entre curiosa y desesperada, porque no acababa de entender lo que le quería explicar la anciana—. Pues yo soy incapaz de entender ese tipo de amor tan dañino, abuela, lo siento.

—¡Ay, muchacha! —repuso doña Adelaida—. ¿En serio me lo dices? ¡La que estaba dispuesta a dejarse hacer de todo por amor! ¡Mírala, qué ridícula ella! Si por ti fuera, te hubieras dejado arrancar la piel a jirones preñada de felicidad, siempre que el imbécil ese del hijo gilipollas de los Kohen te hubiera seguido diciendo todo lo que te quería y cuántos hijitos maravillosos ibais a tener en vuestra casita de mierda mientras te machacaba. Una hostia bien dada se merecía. Tú, un par de ellas que te hicieran reaccionar, pero él, una que le dejara esparcido por el suelo. ¡Por favor, Celeste!

Se dio la vuelta y se deslizó hasta el columpio. Una vez allí, repitió con hastío:

—¡Por favor!

—Tienes razón, abuela —admitió cabizbaja la muchacha—. Quizá soy débil de espíritu y me dejo embaucar. Pero estamos en lo mismo de antes. ¿Qué diablos quieres que haga? Mucho «por favor», mucho «Celeste», mucho «qué ridícula que eres», pero no sé cómo pretendes que una chavala escuálida como yo pueda hacer frente a todo el mundo. Estoy de acuerdo en que debo parecer patética, con esa manía de ser una sumisa, pero me revuelve el estómago eso que dices de que vaya repartiendo bofetadas a diestro y siniestro. ¿Quién te crees que soy? ¿Hulk? Bien sabes que Jakob es más grande y mucho más fuerte que yo, mucho más. ¿Y de mi padre, qué me dices? ¿Qué quieres? ¿Qué le salte a la yugular y lo derribe a puñetazos? Eso sí que es ridículo, abuela. Perdona que te lo diga, pero me pides imposibles. Estoy llena de odio, hacia él, hacia ellos, hacia todos ellos. Pero, ¿qué quieres que haga con el odio? El odio no te da de comer, ni te convierte en un asesino despiadado. Puede darte un poco de fuerza extra, no lo dudo. Eso dicen, que la adrenalina te ayuda, en muchas ocasiones, a cosas de las cuales físicamente no te creías capaz. El odio, el miedo, el desespero, el pánico. Pero de ahí a que desde un cuerpito de mierda pueda traspasar todas las fronteras hay mucho trecho.

—¿Qué sabrás tú de la vida? —repuso indignada la anciana—. ¿Qué sabrás tú de la muerte? Eres una puta niña insolente y quejicosa. Todo te parece mal. Todo tiene su pega. Todo es «yo no sé, yo no puedo, yo no debo». Deja ya de tocar los cojones, niñata mimada. No sé por qué pensáis que sois el centro del mundo. Hablo de ti y de toda la juventud de hoy en día. No eres la víctima número uno de la sociedad, por mucho que te empeñes en ello. No eres un pozo de desastres y desgracias. Si me escucharas un momento, un solo momento, te darías cuenta de que dices barbaridades.

Se levantó del columpio como empujada por una fuerza sobrenatural y alcanzó a la chica en una fracción de segundo. Cuando estuvo a su altura, la cogió por la pechera del mono con su garra fría y huesuda y la elevó más de un metro sobre el suelo. La dejó unos instantes suspendida en el aire y la arrojó con fuerza contra el armario. El cuerpo de Celeste, al impactar contra la madera, hundió la puerta, a pesar de que era robusta. Se incorporó asustada, entre un amasijo de trozos de madera retorcida y ropas desordenadas. No se había hecho daño, milagrosamente, a pesar de tener una astilla del tamaño de una estaca de película de vampiros de serie B clavada en la ingle. No sangraba.

—¿Lo ves, niña? —dijo el fantasma de doña Adelaida con voz tierna y tono conciliador—. ¿Me has visto? Yo no soy nada. Tengo un cuerpo de ochenta años, frágil y quebradizo. Pero te he levantado y te he hecho volar unos metros. Las circunstancias físicas no tienen nada que ver. Es la voluntad la que nos lleva a alcanzar aquello que nos

proponemos. Si crees que lo puedes hacer, lo consigues. Te lo garantizo. Sea lo que sea.

—Otra vez con los tópicos, abuela —replicó desesperada Celeste —. ¿No ves que estás equivocada? Tú, siento recordártelo, estás muerta. No sé cómo coño consigues esa apariencia, aunque te aseguro que ambas sabemos que estás muerta y enterrada. Eres un alma, un espíritu, un ser, un ente o como mierdas se llame lo que queda después de la vida. Tú no tienes cuerpo, a pesar de que te veo y te toco. Pero soy consciente de que es algo artificial. Tu cuerpo fue incinerado, pero sigues luciendo como cuando estabas viva. Esquelética, si se me permite, fría como un témpano, con los ojos inyectados en sangre de vez en cuando, con una voz rara y peculiar, pero, por lo que puedo recordar de cuando tenía cuatro años, y por lo que he visto en viejas películas caseras que mi padre guarda, estás casi igualita. Y eso es un truco, una trampa, una licencia que no sé de dónde ni cómo consigues. Pero yo estoy viva, siento, sangro, me desgarro, mi corazón late y se me eriza el vello si me emociono o me asusto. Tú eres una muerta disfrazada de viva. Una abuela de pacotilla. Un hechizo, un trampantojo, una mentira. Yo soy la que estoy aquí y tengo que vivir con mis sueños y mis deseos. Y ante esto, queridísima abuela falsa, no hay voluntad que valga. Me pides imposibles de los que tú eres capaz porque estás muerta hace muchos años. Pero no son posibles para una persona viva. No hay más. Por mucho que te joda, abuela, no llevas razón.

—¡Ay, niña! ¡Qué poco sabes! —replicó doña Adelaida con desprecio—. No tienes ni idea de dónde está la trampa, la mentira esa de la que hablas. No te diré que no te acerques peligrosamente a la verdad, pero no sabes ordenar las piezas de manera correcta. A veces, las cosas son tan evidentes que no eres capaz de darte cuenta de ellas. La verdad, aunque te pese, la tienes delante desde hace mucho tiempo. Ven, ven conmigo y siéntate en la cama. No sea que tu cuerpo, ese falso cuerpo desde el que me hablas, se vaya abajo porque crees que es el que te sostiene.

Era una tarde cualquiera. Solo recordaría mucho tiempo después, en esa atalaya desde la que dominaba ahora su mundo, que era sábado. Y lo recordaba porque todavía le estremecía el alma rememorar ese viernes, ese momento mágico en el que Jakob, su único y falso amor, estando en el aparcamiento delante de la escuela, la citó en su casa a las once de la mañana del día siguiente para engendrar unos hijos que no tendrían jamás.

Media hora más tarde, Celeste sabía que ella había muerto en el incendio que terminó con la vida de su abuela y que todo lo que había vivido desde entonces era mentira. No era más que una pobre chica muerta que ni tan siquiera conocía ese detalle. Supo que el acto de

amor que llevó a su padre a convertirse en un asesino no fue hacia su madre, sino hacia ella. Hazzy no pudo ni quiso renunciar a vivir con su hija, por muerta que estuviera, y para conseguir retenerla sacrificó no solo a su mujer, sino también el destino y la felicidad de una niña. Entendió por qué se sentía distinta.

—Tu padre es un patán —sentenció doña Adelaida— que no supo calibrar las consecuencias. No tuvo el valor de vivir sin ti y decidió no dejarte ir en paz. Eso fue la mayor cobardía que he visto jamás en una persona. Aferrarse a algo que no puede o no debe estar a tu lado es un crimen. No hay mayor acto de generosidad que el dejar partir, con una sonrisa en el corazón a pesar de que se marchiten las manos por las caricias y los abrazos que ya no darás, por la piel que ya no tocarás, sobre todo cuando has querido con todas las fuerzas, como sé que te quería tu padre a ti, que una es vieja y está muerta, pero no es imbécil. Cuando algo ya no es tuyo, debes dejarlo volar. Tu padre no lo entendió así y te vendió. Tu alma volvió a ser arrojada dentro de tu cuerpo, a empellones y por la fuerza, para que siguieras aparentemente viva. Y el truco fue tan perfecto que fue precisamente ella, tu alma, la que hizo que tu cuerpo tuviera sensaciones como si estuviera todavía vivo. Algún desarreglo, como esa falta de crecimiento, ese tufo a podrido permanente o esa falta de apetito o de sensibilidad. Pero hizo un buen trabajo. Fíjate, mi niña. Estás tan convencida de que estás viva que, aun siendo imposible, palpas, respiras, haces que tu corazón lata, te estremeces, sientes frío, sudas, te orinas y, con práctica, hasta hubieras sentido placer con eso del sexo, siempre que tu primer «novio» no hubiera sido un animal.

—Vale, estoy muerta —aceptó, a pesar de que le costó unos minutos asumir e interiorizar la idea—. Pero eso no cambia nada.

—Eso lo cambia todo, pequeña —exclamó doña Adelaida, con un entusiasmo que Celeste no compartía—. Solo tienes que aprender a darte cuenta de lo que eres capaz. Cuando entiendas que lo importante no es el cuerpo que habites, sino la voluntad y la intención con las que hagas las cosas, serás capaz de todo.

Miró a su alrededor y señaló el armario, que estaba con la puerta destrozada, pero se mantenía firme y en pie.

—Acaba lo que hemos empezado —le ordenó a su nieta—. Haz trizas ese armario del demonio. Siempre me ha parecido horrible, todo hay que decirlo.

—Estás loca, además de muerta, abuela —repuso Celeste—. ¿Cómo quieres que rompa ni un cachito de este mamotreto de madera maciza? Como máximo, lo único que me romperé es la mano.

Para demostrar lo que decía, se acercó al armario y le dio un ridículo golpe de kárate en un lateral. Obviamente, el armario ni siquiera cimbreó. La muchacha se frotó el lateral de la mano, que

notaba dolorido, y se giró hacia el fantasma de su abuela para echarle en cara lo que era evidente:

—¿Lo ves, lista? Eso que dices es imposible.

—¿De verdad crees que es imposible, Celeste?

—¡Pues claro!

—Ya —contestó la anciana con toda simplicidad—. Por eso el armario sigue en pie. Porque te empeñas en creer que es imposible. Si no crees en algo, no podrás hacerlo. Si tienes determinación, convencimiento o eso que algunos llaman fe, derribarás lo que quieras, sin límites. Tu problema es que te dejas mangonear. Mira, niña, una cosa tienes que grabarte a fuego en esa mente tan cerrada. Y cuanto antes lo hagas, antes serás capaz de mover el universo. Nadie es más que tú. Nadie tiene ningún derecho a mandarte. Ahora mismo, la parte cobarde de tu ser es la que te está prohibiendo derribar ese armario. No dejes que te mande ni siquiera esa parte de ti. Pues eso, con todo. Nunca dejes que nadie te mande. Bajo ningún concepto ni circunstancia. Somos únicos e irrepetibles. Solo faltaría que, siendo tan especiales, nos dejáramos pisotear y humillar. Eso no significa que quiero que te conviertas en una mala persona, no me malinterpretes. Al contrario. A veces es necesaria la generosidad con quien se la merece. Y, a veces, no dejarte mandar no significa imponer tus ideas por encima de todo. Descubrirás que, en ocasiones, es síntoma de inteligencia destacada la negociación con quien se lo merece. Sabiendo que la negociación comporta alguna renuncia, y no por ello debes sentirte vencida o perdedora. Pero con quien no lo merece, sin piedad. No titubees. No tiembles. Ejecuta a la misma velocidad que tu mente proyecte. Siguiendo estas normas, serás alguien a quien tener en cuenta, a quien seguir y a quien temer, que a veces también es necesario acojonar al personal.

—Ahora, mi pequeña —le dijo señalando de nuevo al armario—, demuéstrame que esta pobre anciana, que no es más que una puta loca que te ha querido y te ha respetado desde que murió, no ha hablado tanto rato en vano. Que yo, por espíritu que sea, también me canso.

Pasaban unos minutos de las cinco y media de la tarde cuando Celeste le pidió a su abuela que le aguardara allí, en la casa, balanceándose de mentira en el columpio de la alcoba, como hacía siempre, desde esa primera tarde en la que se le apareció cuando su madre fue a llevar a su padre al tanatorio.

El armario estaba hecho trizas en el suelo y de la habitación apenas quedaba la estructura.

Regresó al cabo de unos minutos, satisfecha y excitada. Se sentía fuerte y poderosa. Había traspasado una frontera que no sabía ni que existía, pero que ahora le sabía dulce y lujuriosa.

—Estoy de vuelta, abuelita —dijo, como si tal cosa. Todavía conservaba como un trofeo de guerra en sus retinas falsas la expresión de horror de su padre detrás del cristal del crematorio—. Quería charlar con papá. Como una hija. Como una buena hija. Ahora, por el momento, solo quiero saber dos cosas. Dos curiosidades. Misterios que no he entendido nunca, y que creo que ha llegado el momento de desentrañar.

Doña Adelaida asintió, como dándole permiso a preguntar, sin caer en la cuenta que Celeste ya no necesitaba permiso para nada. Era ella la que determinaba el cómo, el cuándo y el quién de cada cosa.

—¿Qué pasó con el hermanito que iba a tener? ¿Por qué no nació? ¿Fue un aborto natural? Y, lo que más me tiene intrigada, ¿por qué las reverencias? —Sonó más a un reproche que a una inquietud—. Me matabas de miedo, te burlabas de mí, me besabas con esos labios congelados y, luego, te apartabas y te inclinabas hacia mí. Me ha parecido siempre el colmo del cinismo. Me encantaría saber por qué lo hacías.

—¡Tengo tanto que contarte! —respondió doña Adelaida a modo de respuesta.

Celeste no tuvo suficiente con la promesa de información futura. Lo quería saber allí y en ese momento. Apremió a la anciana a empezar con el relato. Luego vendrían muchas otras preguntas, de las que exigía tener respuestas: ¿qué haría a partir de ese momento? ¿A dónde iría una vez muerto su padre y terminada su venganza? ¿Cómo se suponía que pasaban el día los muertos, ahora que sabía que formaba parte de ellos hacía tanto tiempo?

Con una simplicidad extraordinaria, y bajo las últimas luces del día en el que todo empezó, ese en el que Celeste Zacariah se transformó en una mariposa radiante, bella, asesina y omnipotente, asumió que ella estaba llamada para una misión elevada y decisiva para el futuro de la humanidad. Para esa misión, debía ser hija única y no cabía la posibilidad de un hermano ni de nada que la distrajera del objetivo.

Como si se tratara de un hechizo de defensa, como una horma de zapato, como un antídoto para el peor veneno, Celeste aceptó que su destino era combatir y hacer desaparecer, con sus mismas armas, a la usurpadora del trono del lugar donde se remansaban las almas humanas esperando nuevas reencarnaciones. Celeste Zacariah fue ideada y concebida por Markus Thobi, el Avanzado [4] destronado y desterrado del Taller, para ser la implacable justiciera que se enfrentara y derrotara a Eguzkiñe Martos, la adolescente sanguinaria que un día le robó algo que le pertenecía y que recuperaría a cualquier precio.

CAPÍTULO 31
EL PRIMER ATAQUE

14 años después del accidente
3 meses después de la metamorfosis

21 meses antes del tránsito

PRENSA LIBRE

Encuentran un cuerpo mutilado por un animal

Esta mañana, poco después del amanecer, en la campa oeste del suburbio de la villa, en el paraje conocido como las cuevas de Marte, un labriego que paseaba por el lugar ha hecho un hallazgo macabro.

Al parecer, su perro pastor ha salido del camino y se ha puesto a ladrar y a escarbar de manera insistente en la entrada de un pequeño desfiladero. Al acercarse, el hombre ha descubierto el cadáver de una persona severamente mutilado, semioculto entre las piedras que dan acceso a una de las grutas menores de la zona. Personadas las autoridades judiciales y el equipo médico correspondiente, se ha comprobado que se trataba del cuerpo de un chico muy conocido en la villa.

Elías Gabbai, hijo mayor del afamado empresario Osiel Gabbai, ha sido atacado por algún animal salvaje. Parece ser que fue visto con vida por última vez ayer, al anochecer, en compañía de una mujer joven sin identificar. La policía ha iniciado la investigación para determinar quién era la muchacha que acompañaba al fallecido. No había rastro de ella en la cueva y se teme que haya podido ser retenida contra su voluntad o llevada a otro lugar para acabar también con su vida. Se están rastreando las imágenes de las cámaras de seguridad de los locales de la zona de la villa desde donde se accede al camino de las cuevas de Marte para poder llegar a alguna conclusión sobre la identidad de la mujer desaparecida. Se descarta, por la naturaleza de las heridas que se podían apreciar en el cadáver, que esta joven desconocida pueda tener algo que ver con el suceso.

El cuerpo de Elías Gabbai presentaba múltiples laceraciones y mutilaciones. Según hemos podido saber de fuentes autorizadas, el cadáver se hallaba completamente desnudo, tenía profundas heridas de garras en torso, espalda y brazos, presentaba golpes en cabeza y cara, tenía la pierna derecha rota por tres partes y, lo más desagradable, le faltaban dos partes del cuerpo. La parte inferior de la pierna izquierda había sido amputada a la altura del gemelo de

manera traumática, según se podía deducir de la herida y, por otra parte, le faltaban el pene y los testículos, que habían sido seccionados a dentelladas. Todas esas partes separadas del cuerpo se hallaban desparramadas a su alrededor. Por la característica de las heridas, los investigadores apuntan que la mayor probabilidad sea que los jóvenes sufrieran el ataque de una bestia sin determinar, de gran tamaño y con unas mandíbulas poderosas, aunque no se han hallado huellas compatibles cerca del lugar. Otra línea de investigación, mucho más reservada, apunta a un posible asesinato ritual.

El muchacho recibió todas las heridas y mutilaciones estando con vida, por la gran cantidad de sangre que perdió por ellas. Con lo cual se deduce que debió sufrir una muerte extraordinariamente dolorosa y lenta. El expediente ha quedado bajo secreto de sumario.

Adriel Shahar
Redactor Sucesos

CAPÍTULO 32
EN LA CASETA ABANDONADA DEL LAGO
(PARTE 4 Y ÚLTIMA)

—¿Qué quieres de mí? —exclamó la muchacha, aterrada.

Solía refugiarse en la caseta abandonada a orillas del lago de los patos del parque de la Paz. Tenía pesadillas hacía meses, muchos meses. Desde que pasó lo de Celeste. Desde que formó parte, sin quererlo, pero sin poderlo evitar, de la destrucción de la chica del enterrador. Podría haberse negado a formar parte de ese ritual de desprecio y humillación, lo sabía. Pero le pudo más la curiosidad, la adrenalina de la apuesta, la excitación de lo perverso y prohibido. En ningún momento pensó de verdad que lo que decían que le iban a hacer a esa muchacha se iba a convertir en realidad. De haberlo sabido, se hubiera excusado. Pero no lo hizo. Y se había arrepentido cada día, cada noche. Desde entonces, apenas dormía. Los besos le sabían a barro y no se había vuelto a acostar con nadie. Parecía que la hubieran violado a ella. Rechazaba el sexo en cualquiera de sus formas. Ni siquiera se masturbaba, a pesar de que, a veces, muy pocas, se había sentido húmeda en la entraña. Pero solo pensar en un contacto físico, aunque fuera propio, le daba asco.

Huía de su casa cuando todos dormían y se dirigía al parque, que se encontraba a apenas dos calles. Miraba a un lado y a otro y, si no veía a nadie, se deslizaba amparada por las sombras alargadas de los cipreses hasta llegar a la plazoleta desde donde arrancaba el lago. Siempre escuchaba algún leve chapoteo, que entendió desde la primera vez que correspondía a algún pato incomodado por su presencia. Esperaba unos minutos, atenta al aire y a la noche, buscando un gemido perdido de algún amante imprudente que ocupara la caseta. A veces tenía que regresar a su casa porque el lugar ya estaba ocupado. Pero esa noche, no. Esa noche, el parque parecía desierto, la luna se mostraba obesa, el agua dormía remansada y el futuro se le antojaba plomizo. Pasó las barreras rojas de plástico y trepó al alféizar del ventanuco para comprobar que no había ninguna pareja retozando. Entró y se tumbó en el colchón cochambroso.

No quería seguir así. Estaba harta de estar demacrada y sin ilusión. Era feliz, antes de aquello. Y quería volverlo a ser. Pero sabía que en la villa no lo conseguiría. Fantaseó con una huida hacia el oeste, hacia una tierra más cálida y generosa, con frutas lujuriosas y amantes concupiscentes. El sexo imaginado no le daba reparo. Y pensó que lejos podría disfrutar de aquello que su cabeza ansiaba, pero su

cuerpo no. Terminaría con toda esa mierda de vida. A la mañana siguiente, empezaría a buscar información. Tenía algo de dinero ahorrado. No mucho, eso era cierto. Pero era hábil, inteligente y bonita. Eso abría muchas puertas. No se le caerían los anillos por trabajar de lo que fuera. Y eso englobaba cualquier cosa. Era famosa en la comarca la leyenda de una chica llamada Hada, y que aseguraban que vivió en una villa muy cercana pocos años atrás. Bella, sagaz, etérea y frágil. Hada tenía un hermano que murió cuando ella era apenas una chiquilla. Esperó pacientemente a crecer, y cuando tuvo la oportunidad, se dedicó a entregar su cuerpo a cambio de mucho dinero. Decían de Hada que sanaba almas, además de vaciar gónadas y carteras.

Ella podría hacer lo mismo. Cola de pretendientes no le faltaría. Sería una mera transacción: su entraña palpitante a cambio de cuanto le pudieran pagar. En la oscuridad de la caseta del parque, no lo veía mal. Incluso lo veía fácil y deseable. Tal vez utópico. Pero ella pondría todo su empeño para que se convirtiera en una realidad.

Cuando iba a salir para regresar a casa, escuchó el ruido. No eran patos, de eso estuvo segura desde el primer instante. Un colapso en el aire, como si alguien hubiera tirado una cortina inexistente para cubrir la ventana desconchada, hizo que se pusiera alerta. Adivinó la silueta de una persona. Parecía una chica, por el contorno de sus caderas, pero apenas podía ver nada.

—¿Quién eres? —aventuró con un hilo de voz titubeante.

Quien fuera que se encontraba delante de ella no respondió.

—¿Qué quieres de mí? —repitió.

—Melissa —escuchó por fin una voz, aunque prefería no haberlo hecho, ya que era susurrante, rasgada y tenebrosa—. ¿Tanto he cambiado? Hace apenas un par de años que estuviste conmigo. ¿Ya no me reconoces? Entiendo que mi cuerpo te resulte extraño, pero mi voz, mi manera de hablar y todos los detalles que puedo recordarte seguro que te ayudan.

De algún lugar surgió un tímido resplandor. Tenue, discreto, débil, pero suficiente como para que las chicas pudieran verse, por fin. Melissa pensaba que se había vuelto loca. La luz parecía emanar directamente del cuerpo de la muchacha que estaba allí de pie, entre ella y la puerta de la caseta. Los tonos eran amarillentos e índigos, pero iluminaban lo suficiente como para que reconociera al instante la permanente pose de derrota que adoptaba su compañera huida tras la pesadilla de casa de Jakob. Era mucho más bonita que entonces, no entendía cómo ni por qué; ahora era alta y espigada, espectacular casi diría, preciosa como una muñeca de porcelana, pero la peculiar inclinación de la espalda, como de junco derribado por las inclemencias del tiempo, era más que reconocible. De todas formas,

aventuró su nombre, a pesar de que el aspecto era diferente:

—¡¿Celeste?!

—Hola, Melissita, amiga.

—Creíamos que estabas muerta —se justificó sin disimular lo más mínimo—. Eso se decía en la villa. Yo pensaba que te habías ido con tu padre o, al menos, quería estar convencida de ello. Suficiente me dolía lo que te pasó como para imaginarte también muerta. Me has dado un susto tremendo, pero por lo menos sé que razón no me faltaba y que huiste. ¿Por qué has vuelto? ¿Cómo me has encontrado? ¿Te has operado? Debo confesarte que luces muy atractiva.

—¿Hasta cuándo seguirás hablando? Eres muy cansina, bonita. Deja ya de intentar fingir que no pasa nada. ¿No te escuchas? Estás balbuceando. La atractiva, despampanante e inalcanzable Melissa está cagada. No te creas que me das mucha pena. Al contrario, me diviertes bastante.

—¿Qué coño quieres? —repitió por tercera vez Melissa, que empezaba a perder el control mientras intentaba disimular esa mezcla de pánico y desconcierto que quería invadir su corazón.

—¿Qué quiero? —repitió Celeste, divertida, desde un cuerpo muerto, precioso y prestado—. Hacerte un favor, tonta. En el fondo, no me caes mal del todo. Fuiste la única que mostraste un poco de piedad. Y eso, aunque no me sirvió entonces ni para una mierda pinchada en un palo, va a tener su premio. Dejaremos de lado el feo detalle de que pasaste tu lengua asquerosa por mi coño. Soy consciente de que no tenías otra salida, más que hacerlo o matarlos a todos. Tú te decantaste por la primera opción. Yo, por la segunda.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué les has hecho a los chicos?

—Es enternecedor ver cómo te preocupas por ellos. Y eso que no se lo merecen. Bueno, ya sabes que Elías murió atacado por un animal salvaje. ¡Qué pena, pobre chaval! ¿Y si te dijera que de animal salvaje nada de nada? ¿Cómo se te quedaría el cuerpo? Me apetecía jugar con él. Y lo hice. Pero me duró medio asalto. Es que ya no hay hombres como los de antes. Ya ves, Melissa. Una mamadita y se me fue enseguida… al otro barrio. Que se joda.

Se acercó un poco más a Melissa, que se iba haciendo pequeña encima del colchón.

—Al resto no le he hecho nada todavía, no sufras. Van a caer todos, uno a uno. Y sufrirán, no porque sus muertes sean más o menos sangrientas y lentas, que también, sino porque sabrán que, tarde o temprano, les llegará su turno. No se van a poder esconder. No se van a poder librar. La espera, el no saber si ese día será el último que vivan, esa será mi más dulce venganza.

—Y de mí, ¿qué quieres? —preguntó por cuarta vez la muchacha, que temblaba sin poderlo evitar.

—¿Querer? —respondió Celeste—. No quiero nada. Al contrario. Como te he dicho, mereces un regalo por tu comportamiento en la habitación de Jakob. ¿Sabes? No te puedo dejar viva. Lo siento, pero debéis morir todos. ¿Por qué? Te preguntarás. Pues porque así lo he decidido. Y yo soy una chica maravillosa que toma sus propias decisiones, aunque estéis convencidos de que no. Pero no quiero que sufras. No quiero que esperes tu turno, sabiendo que va a llegar el momento. Después del imbécil de Elías, decidí que tú serías la siguiente. Así, habrías vivido hasta el último momento sin miedo.

—Estás loca, Celeste. Como una puta cabra. ¿No ves que no tiene sentido lo que dices que quieres hacer? Entiendo que estés enfadada, pero lo que dices es una barbaridad. Ni siquiera planteártelo. Bien sabes que es imposible. Tonta no eres. Lo sabemos todos. Sabes que tú no mataste a Elías. Su cuerpo estaba destrozado y desollado. Eso es lo que nos dijeron y no tenemos por qué no creerlo. Insisto, tiene algo de romántico que pretendas creerte que tú eres capaz de ser así de mala, pero no lo eres. Y otra cosa te diré, Celeste, y esto ya entre amigas. Estoy de acuerdo que te forzaron todos esos bestias y eso estuvo muy feo pero, con tu carrera como mujer, en el ámbito sexual me refiero, la escena de la que disfrutaste digamos que es lo mejor a lo que podías aspirar en tu vida. ¡Si nadie te había hecho caso hasta entonces! Lo sabemos todos. Te tiraste a Jakob un par de veces y luego te llevaste de regalo una orgía en la que tú eras el centro de atención. No te quejarás.

Melissa se había ido envalentonando y decidió, de manera equivocada y por última vez en su vida, que humillar a Celeste era la mejor manera de aplacarla.

La muchacha, que todavía seguía desprendiendo un halo de luz extraño, se acercó a Melissa hasta quedar a menos de un palmo de ella.

—Querida, queridísima compañera. Me importa una mierda echar uno, dos o mil polvos con el galán más macizo del mundo, o participar en una orgía en que me pueda beneficiar a millones de hombres y de mujeres. Lo que sí me importa es el derecho a decidir hacerlo o rechazarlo. Y no tuve opción. Supongo que nunca te ha pasado eso. Supongo que siempre has podido decidir, aceptar, declinar, proponer o planear. Y eso es lo que le da valor a cualquier acto. Si luego lo disfrutas o no, ya es tu puto problema. Que eso, a veces, cae a suertes, y te toca compartir catre y flujos con un torpe o con una alelada. Pero lo único que importa es el puto derecho a decidir. Es lo único que reclamo. Y tú te pasaste ese derecho, mi derecho a decidir, por el forro de los cojones. En tu caso, por la curvatura de los ovarios. No eres mejor que ellos, te lo aseguro. Intentaste protestar, pero con la boca tan pequeña que apenas tiene

valor para mí. Así que ya ves, y esto ya «entre amigas». — Hizo el signo de comillas en el aire—. Eres una mierda que merece morir y sí, yo maté a Elías, igual que os voy a matar a todos. Y, por cierto, ya que me lo has preguntado, o quizá no, pero parece que te interesa: no hui con mi padre. Lo maté. Mi padre está tan muerto como tú lo estarás en unos minutos. Y, una vez más, por cierto, otro pequeño detalle que creo que es importante para que sepas a lo que te enfrentas y para que entiendas que no tienes escapatoria: yo también estoy muerta.

Melissa le duró pocos minutos. A pesar de que le apetecía recrearse, le dio el beneficio de la muerte piadosa. Solo le partió algunos huesos menores, para no provocarle mucho dolor, y cuando la tuvo postrada, de rodillas y vencida delante de ella, la miró a los ojos mientras le arrancaba la cabeza de un golpe certero. El cuerpo todavía no había caído al suelo cuando Celeste se fundió en la noche, dejando el cadáver de Melissa decapitado como ofrenda para la pareja que acudiera a saciar su deseo próximamente. Eso sí, creía que el colchón debería ser cambiado en breve. Igual estaría bien organizar una colecta. El que estaba allí hacía tantos años estaba anegado de sangre y trozos de carne de una Melissa que ya transitaba libre hacia un mundo mejor para ella.

CAPÍTULO 33
LA VENGANZA DE LA MARIPOSA

16 años después del accidente

2 años después de la metamorfosis

Algunas horas antes del tránsito

Se miró en el cristal del escaparate de la joyería y le gustó lo que le devolvía el reflejo. No le importaba un pijo que la cámara de seguridad estuviera grabando. Hoy ya no. Era su último trabajo en el mundo. Su última misión. Hoy, el recuerdo de la chica timorata y débil se difuminaría. Transitaría hacia el olvido. Ya nadie sabría de su pasado. Era el día señalado en el que Celeste Zacariah culminaría su venganza y podría partir sin dejar ningún cabo suelto.

Se dio un poco más de carmín en unos labios fríos y sin vida. Se repartió una sospecha de colorete sobre sus mejillas lívidas y se sintió satisfecha. Debía de reconocer que la chavala que le había propuesto su abuela estaba bien buena. Muy joven. Quizá demasiado. Pero Jakob no pondría reparos en ello. Al contrario. Es lo que tienen los machitos, que, aparte de ser unos descerebrados, se mueren por sentir que dominan a chiquillas que podrían ser sus hermanas pequeñas. Porque eso nunca se trata de amor, ni tan siquiera de sexo. Se trata, habitualmente, de necesidad de poder, de dominación, de humillación. De un narcisismo desmesurado que oculta una pléyade de inseguridades y una inmadurez vergonzante.

Una vez que Celeste supo que estaba muerta desde el accidente, muchos años atrás, sus posibilidades en el mundo de los vivos, paradójicamente, se multiplicaron. No le hacía falta comer ni dormir. Podía vagar libremente de aquí para allá sin sentir frío ni calor ni cansancio. No tenía ninguna necesidad fisiológica más que la de la venganza, que es un deseo que se genera en la entraña y es por ello uno de los más despiadados e instintivos. Aprendió a no sentir lo que no siente un cuerpo muerto, y que antes sentía porque estaba convencida de que estaba viva.

Pasaba el tiempo al lado de doña Adelaida. Markus Thobi había decidido que Celeste debía quedarse algún tiempo en el mundo terrenal, acabando de cincelar su personalidad y de forjar la seguridad en sí misma. La muchacha protestó al principio. Quería ir al lugar que

le correspondía. Pero estaba dañada y eso se notaba en la luz que emitía su alma. La primera vez que se vio fuera de su cuerpo, limitado y raquítico, se sintió poderosa, aunque vulnerable. Fuera de la carcasa se sentía desnuda. Lo que más le sorprendió fue que su ser era traslúcido y luminoso. Blanco brillante con unos destellos muy apagados índigo y amarillos. Su abuela le hizo entender que el tono pajizo no debía estar allí y que era fruto de un ente enfermo. Hasta que no sanara, su verdadera naturaleza no brillaría con toda su fuerza. Su misión era recuperarse antes de acudir a donde la estaban esperando. No podía presentarse con aspecto quebradizo y débil porque estaba llamada a liderar, junto con Markus, la reconquista del Taller. Sus adeptos debían respetarla y temerla desde el primer momento. Si no lo conseguía, luego sería mucho más difícil.

Entendió que esa obligación de permanecer al lado de los vivos, fingiendo y escondiéndose, era su mejor opción para, de paso, hacer pagar tanto desagravio que había recibido desde que tenía uso de razón. Y quería hacerlo por dos razones: la primera era para sentirse bien consigo misma. Y la segunda, y quizá la más importante, era que necesitaba que su recuerdo quedara limpio. Se lo debía a su madre y, por qué no, también a su padre, que había sido el causante de todo pero que lo había hecho porque no fue capaz de renunciar a ella. Y ese era uno de los únicos actos de amor que había recibido Celeste en su corta vida. También se lo debía a ella misma, a la niña que pudo haber sido y que no fue. A la chiquilla que soñaba con que alguien la querría, intoxicada por los cuentos de príncipes encantados y princesas enamoradas. Eso era mierda auténtica. Ahora lo sabía. Era mentira. Pero tantas películas almibaradas e improbables le inocularon el veneno de la necesidad en la mente, como a tantas otras chiquillas, de manera inadecuada e indeleble.

Hablaba mucho con su abuela, una vez aprendió a comunicarse sin cuerpo. Transmitir lo que quería decir solo con el pensamiento, y captarlo de la misma manera, tenía muchas ventajas. Estar muerta, también. No necesitaba un lugar físico en el que estar. No tenía concepción de las horas ni de los días, ni puñetera falta que hacía. El tiempo pasaba veloz y ella era una esponja, un libro en blanco loco de ganas de ser escrito.

Lo único que le pidió a doña Adelaida, mientras estaban en el mundo terrestre, fue poder acabar con quienes le habían generado tantas pesadillas. Y no hablaba solamente de la violación grupal que lo había desencadenado todo. Hablaba del acoso durante toda su vida, de sus gusanos de seda aplastados, de su entierro en un compostador en las catacumbas del pasado; hablaba de los miles de ratas, luciones, lagartijas y pajarillos muertos en su taquilla; hablaba también de las salpicaduras de barro cuando iba vestida de domingo, de tantas horas

sola en el recreo, de su calvario de manoseos e insultos muchas de las veces que iba al baño, de las impotencias que debía sofocar en su interior cuando veía que sus agresores salían indemnes de cualquier castigo. Hablaba, en definitiva, de su tristeza, de su puta tristeza, de su insuperable y permanente tristeza, que provocaba que tuviera un alma muerta en un cuerpo vivo, sin ni siquiera sospechar que era un alma viva en un cuerpo muerto.

Su abuela le dio autorización tras consultarlo con Markus Thobi, que era el que tomaba las decisiones en el peculiar mundo de los muertos. De hecho, pensaba que dejar fluir la ira y el odio serviría para que Celeste reforzara su determinación y su carácter, y le garantizaba que estaría más preparada para la batalla final contra las gentes del Taller y, en especial, contra Eguzkiñe Martos y su séquito de parásitos.

Markus dio el beneplácito para que la muchacha se vengara de la manera que quisiera, pero solamente puso dos condiciones: que no lo hiciera dentro del cuerpo que había tenido en vida, ya que era conocida en la villa y podría ser reconocida y delatada, y que lo hiciera siempre en un lugar apartado o privado, lejos de las miradas casuales de la gente.

Celeste no acabó de entender lo del cuerpo. Si quería herir, incluso acabar con la gente, necesitaba tener un soporte físico para hacerlo. Su abuela le empezó a descubrir las posibilidades que tenía un alma fuera de un cuerpo, que no era más que una carrocería inútil que llenaba de limitaciones a los entes libres. Celeste supo que podía tomar cualquier apariencia que hubiera tenido en alguna de sus reencarnaciones, que habían sido muchas. Pero, además de eso, que era lo legal y lo permitido en el Taller, el mundo oficial y reglado a donde iban las almas, Markus Thobi le enseñaría a poseer cualquier otro cuerpo, vivo o muerto, para sus intereses. Esa era una práctica prohibida en el mundo de los muertos, pero Markus ya se había saltado tantas normas, que alguna más apenas importaba. Y en su territorio de los caminos *kirianos* estaba permitido todo lo que él decidiera que era ético y legal, aunque no fuera ni una cosa ni la otra.

Fue así como su abuela le propuso algunos cuerpos que consideraba adecuados para sus fines. Y, entre ellos, le mostró el cuerpo de una adepta de Markus que habitaba hacía un tiempo con él en los caminos *kirianos*, y que estaba dispuesta a ceder su imagen en vida para la causa. Se trataba de una muchacha preciosa, joven y fuerte, con el pelo trenzado y azabache y los ojos oscuros más cálidos, almendrados e insondables que había visto Celeste en su vida. Había sido pastora hasta su muerte y el aire de la montaña y la rudeza de su trabajo le habían cincelado la piel de tal manera que parecía una mujer en ciernes, una diosa del deseo y de la concupiscencia, pero que

conservaba la ingenuidad en su expresión, la inocencia en su aspecto y la fragilidad en sus andares. Respondía al improbable nombre de Elephteria, aunque era indiferente cómo se llamara, ya que sus víctimas, con total certeza, no perderían el tiempo ni siquiera en averiguarlo, pensó Celeste.

Había empezado con Elías. Fue fácil, como todos los otros lo serían después. Había aprendido que una mujer podía mandar a su antojo, siempre que el hombre pensara que tendría un premio asegurado si cumplía lo que se le ordenaba. Hasta el más despiadado era un corderito ante la promesa de poseer, sin frenos ni límites, un cuerpo modelado para el pecado. No quiso perder el tiempo con Elías. Era demasiado insignificante como para andarse con complicaciones. Lo abordó en la calle, ya en las afueras de la villa, le dijo cuatro zalamerías y le hizo tres carantoñas y una promesa sórdida y atrevida. Fue más que suficiente. Lo llevó hasta el monte, cerca de las cuevas de Marte, cuando atardecía. Allí le recordó su disposición a tener una sesión de sexo salvaje, sin ambages ni compromisos, y el cedió sin ni siquiera pestañear. Cuando lo tuvo desnudo y a su merced, le insinuó una felación inhumana para prepararlo para la batalla. El se dejó ir y se concentró en sentir. A la tercera embestida, antes de tocar su garganta, el alma de Celeste, encerrada en un cuerpo ajeno, cerró la mandíbula con la fuerza de mil toneladas y le arrancó de cuajo el pene, escupiéndolo a sus pies mientras Elías gritaba como un cerdo en matanza. La muchacha estaba tranquila. Sabía que desde la villa nadie escucharía los alaridos agónicos del chico.

—¿Te acuerdas de mí, Elías? —le susurró al oído cuando el chico cayó al suelo, abatido por el dolor y la vergüenza—. Creo que todavía no te he dicho mi nombre. Soy Celeste, aunque no lo parezca. Y hoy he venido a cobrar mi parte de la apuesta, esa en la que participé en casa de Jakob. Resulta que hubo un pequeño fallo: fui la protagonista principal y no obtuve ningún beneficio. Estarás de acuerdo en que hoy venga a paliar ese desgraciado error.

Volvió a acercar su boca a la entrepierna, anegada en sangre, del chico, y metió en su boca los testículos, los lamió un par de veces y los seccionó a dentelladas.

Elías cada vez se movía menos violentamente. Estaba aterrorizado y notaba cómo se le iba la vida por el boquete que tenía abierto allí donde antes estaba su más preciado tesoro, el aparto con el que solía pensar, en lugar de con el cerebro.

Pero la agonía fue larga y Celeste se recreó. Lo incorporó para que el sangrado fuera más copioso, le abrió nuevas vías en la espalda y en los costados y empezó a ver como las pupilas del chico perdían brillo e intensidad. Pero no dejaba de respirar. En un arrebato de euforia, Celeste paseo sus uñas de arriba hasta abajo del cuerpo casi

inerte de Elías, y al llegar a su pantorrilla izquierda agarró fuertemente y quebró huesos, tendones, músculos y piel, hasta que arrancó de cuajo la extremidad. Era glorioso y excitante, eso de ejercer la fuerza desde el pensamiento, y no desde la limitación de un cuerpo físico. Podía infligir todo el daño y tener toda la fuerza que su mente fuera capaz de imaginar. Sin límites. Y eso era una bendición, porque no había nadie que se le resistiera, por alto y fornido que fuera.

Elías, tras la amputación salvaje de su pie, no tardó ni dos minutos en morir. Celeste lo supo no porque viera un cambio en su cuerpo, sino porque contempló como la esencia del muchacho salía despedida del cuerpo yacente, y se perdía hacia el cielo plomizo, como buscando un agujero negro para llegar cuanto antes al olvido.

Los ajustes de cuentas con el resto fueron más fáciles y menos espectaculares. Una de las chicas le fastidió la fiesta y tuvo la poca delicadeza de morir de un ataque al corazón cuando le dijo quién era y qué hacía allí. Celeste había planificado el asesinato con pelos y señales y la imbécil aquella ni siquiera se esperó para disfrutar de su muerte. Con un paro cardíaco lo solucionó todo y se fue directa hacia la entrada del túnel que la conduciría al Taller. «Desde luego, hay que ver cómo era esta chica. Dando por culo hasta después de muerta», pensó Celeste. La expresión de pánico que quedó reflejada en el rostro del cadáver puso en alerta a la policía y, pronto, sumó esa muerte a la lista imputada a la bestia, primero, y a la chiquilla asesina, después.

Respetaba un tiempo prudencial entre misión y misión. Ningún policía en sus cabales ignoraría tantas muertes de gente joven en una villa en la que apenas morían un puñado de personas, y todas de edad avanzada. Lo sabía por experiencia doméstica. Era lo que tenía que su padre hubiera sido el rey de la funeraria. A pesar de que era consciente de que, hacía unos meses, la policía estaba investigando y ya no consideraba esas muertes como algo accidental, ella ni podía ni quería parar. Ya solo le quedaba uno. El más importante. La pieza más valiosa. Y para él tenía reservado algo especial.

Después de eso, ascendería a los cielos, como decían que había hecho ese tal Jesucristo.

Estaba algo nerviosa, a pesar de que era una asesina implacable y despiadada. Esa noche, después de su última función, se iría para siempre, se olvidaría de todo lo que había conocido y se integraría en un grupo del cual esperaban que fuera una de sus lideresas. Terminaba su trabajo en el mundo terrenal y era el momento de ir a conquistar el mundo espiritual. Y, en el fondo, no había que olvidar que ella era una chiquilla, una chavala de apenas veinte años, de los cuales se pasó dieciséis muerta, con sus prontos, sus desencuentros, sus inseguridades y sus deseos. Y todo eso, a veces, era un cóctel

demasiado explosivo.

Se había cerciorado de que los padres de Jakob no estaban en la villa. Ser un espíritu tenía sus ventajas, y una de ellas era que podía estar en varios sitios a la vez, o casi, ya que se podía desplazar con la mente. Tardaba no más que una fracción de segundo en recorrer miles de kilómetros, si era necesario. Una vez aprendido, era un don maravilloso. El chico estaría solo en casa durante todo el fin de semana. Llovía y el clima era gélido. Era el escenario perfecto para que al muchacho no le extrañara que ella tuviera la piel tan fría. Desde que supo que estaba muerta, su mente no generaba de manera inconsciente una falsa calidez en su piel, y sabía que su tacto resultaba helado y desagradable para los vivos.

Se atusó la escueta falda marfil, que había combinado con un top provocativo color burdeos. Encima, un espectacular abrigo de piel negro, y, más allá de la falda, unas medias ligeras que dejaban adivinar unas ligas sugerentes y prometedoras que se enganchaban a las sujeciones de un liguero de encaje y pecado. Unos tacones de aguja de color lujuria remataban la decoración.

Celeste, invadiendo el cuerpo perfecto y espectacular de Elephteria, avanzó por el sendero que tan bien conocía, se plantó ante la puerta y se dispuso a representar su última función en esa casa donde su mente colapsó y empezó su metamorfosis, a pesar de que venía acumulando la rabia desde antes de tener uso de razón. Abrió su abrigo. Alzó y apretó su pecho, para que el escote le marcara un canalillo rotundo, subió un poco su falda y sonrió.

Como la actriz que abre la obra el día del debut, sintió como paraba todo a su alrededor y los mirlos callaban en el jardín mientras ella salía al escenario. Dio el paso firme de la que se siente inmortal, una vez se apaga la luz, mientras el público ni siquiera respira, expectante.

Llamó a la puerta una sola vez, con pausa y elegancia. No soportaba la chabacanería y el ruido innecesario.

Fuera de la cama siempre intentaba ser una dama.

CAPÍTULO 34
CERCO A LA ASESINA

16 años después del accidente

2 años después de la metamorfosis

Algunas horas antes del tránsito

—Inspectora, debe ver esto —dijo con voz apremiante el agente de guardia.

Empezaba a anochecer en la villa y solo estaban él, la inspectora, un aprendiz en la recepción y dos hombres apostados en la entrada de la comisaría, más por costumbre que por seguridad, a pesar de que estaban viviendo una época turbia e incierta. Muchos asesinatos en los últimos dos años. Demasiados, para una villa tan tranquila. Todos de personas jóvenes. Al principio, por las marcas y mutilaciones que dejaba en los cadáveres, pensaron que se trataba de una bestia enloquecida que se estaba dedicando a aterrorizar a la comarca. Pero hacía tres meses que la asesina, —porque ahora sabían que se trataba de una mujer muy joven, apenas una muchacha recién salida de la adolescencia—, había cometido un fallo, un error, un descuido determinante que les había puesto sobre la pista. Una cámara de seguridad del cajero de un banco de la avenida había captado el rostro de una muchacha desconocida, peculiar y muy guapa. Tanto, que llamaba la atención, sin duda. Se grabó su rostro por un capricho del azar. Pasó por el lugar perfecto en el momento adecuado. Simplemente, la cámara la grabó cuando un cliente operaba en el cajero. Alguien la reconoció como la muchacha que acompañaba a Elías Gabbai el día de su muerte, cuando empezó la pesadilla. Esa muchacha a la que todo el mundo daba por desaparecida. Sin tener ningún género de dudas, Baruc Mor, guardia de seguridad del banco, acudió a la policía después de ver casualmente las imágenes grabadas por la cámara instalada en el exterior para salvaguardar la seguridad de los clientes. Baruc había sido uno de los que vio la noche de su asesinato a Elías Gabbai acompañado de una chica bellísima. Una cara así no la podía olvidar fácilmente. De hecho, había tenido algún sueño turbio y sucio con ella de protagonista.

La inspectora Torres levantó la vista de su escritorio y lanzó una mirada llena de odio al agente que la había interrumpido. Hacía

muchos años había sido una chica casi normal, pero se había ido encerrando en un mundo ficticio que había creado para impedir que la gente la dañara. Una infancia peculiar le había enseñado, a golpes, que la soledad era muy dura y que lo mejor para soportarla era no estar nunca acompañada. Era una fiel seguidora de la absurda teoría de que más valía no haber tenido nunca que tener y perder. La ignorancia de un sentimiento era la mejor protección contra su pérdida, pensaba ella de manera equivocada. Para ello, no había dejado entrar a nadie en su vida. Una vez estuvo tentada a ello, pero tuvo el miedo suficiente para tirarlo todo por la borda y romper su relación. Unos años atrás estuvo a punto de recuperar a ese hombre al que tanto echaba de menos, justo cuando coincidió con él durante un caso. Pero solo se permitió una noche de placer, charla y lujuria. Después, se tornó escurridiza de nuevo y se separó del amor de su vida, a pesar de la insistencia de él por recuperar el tiempo perdido. Fue la época en la que estaba sumergida en el caso que la catapultó a la fama. La desaparición del cardenal Martín Zavala y de otras personas le dio muchos quebraderos de cabeza, pero la confirmó como la máxima especialista en personas desaparecidas en el mundo. Ahora dirigía con mano firme la unidad. Resolvió el acertijo del paradero del religioso, pero por el camino perdió a varias personas, entre ellas a Magda Albuquerque, que había sido una de las implicadas en el caso, pero a la que había acabado considerando su amiga. La única que tenía, y a la que también se la llevaron por delante las circunstancias y la barbarie humana. Carlota Torres vivía solamente para su trabajo, amargada y esquiva, enferma de desolación. Desde entonces, no había querido tener ninguna vinculación emocional con nadie. Visitaba en alguna ocasión, cuando regresaba a su villa, allí donde sucedió todo, a Mari Fe, la esposa de Dionisio Sanabria, un ratero que también murió en el mismo caso y que dejó viuda a Mari Fe y huérfanos de padre a sus cuatro hijos en común, a uno de los cuales nunca llegó a conocer. Entre Mari Fe y Carlota había quedado una cordialidad sincera y confortable, y acudía a su casa cuando podía, a charlar sobre su pasado y sobre su futuro, sobre los hijos y sobre la amargura del olvido. Pero poco más.

Estaba a punto de escupirle su rabia y su frustración al agente que la había interrumpido cuando este, con una rotundidad fuera de lo normal, le insistió:

—Inspectora Torres, ¡ya! —Y luego, como queriendo evitar un conflicto, añadió con tono conciliador y sumiso—. Se lo ruego.

Eso fue suficiente para que Carlota se diera cuenta de que se trataba de algo de gran importancia. Nadie en su sano juicio se hubiera arriesgado a ser diana de su ira sin un buen motivo. La inspectora Torres era una jefa difícil, aunque una profesional brillante.

Se levantó y siguió al agente hasta la recepción de la comisaría. Allí, el chico que estaba terminando su período de prácticas y que soñaba con llevar algún día placa, pistola y autoridad en el gesto, miraba nervioso de un lado a otro las pantallas de los ordenadores.

Hacía pocos instantes, la central de alarmas de la joyería de la zona de Casetas, el barrio rico de la villa, había captado la imagen de la asesina a la que estaban buscando desde hacía unos meses. La policía, encabezada por la inspectora Carlota Torres, estaba perdida y desesperada. Buscaron a la chica por todo el mundo. Repartieron copias de su imagen captadas por las cámaras de un banco unos meses atrás, esperando obtener resultados inmediatos. La única respuesta que recibieron, desde una pequeña localidad colgada en algún lugar de la frontera entre Grecia y Macedonia, era que la chica de la fotografía estaba muerta hacía casi cinco años, y que había sido reconocida sin ningún género de dudas tanto por su madre como por el inspector Carlos Fuentelsaz, que era el máximo responsable para Europa de casos como esos, bajo las órdenes directas de Carlota. El inspector, en una conversación telefónica nada agradable y casi violenta, le había jurado por lo más sagrado que la fotografía de la asesina y la mostrada por la madre desolada eran de la misma persona. Así se lo habían corroborado después los peritos fisonomistas de la brigada.

Ahora no tenían nada. Solo un reguero de cadáveres, muchas preguntas por contestar y una muchacha muerta unos años atrás que se había dedicado durante los últimos veinte meses a mutilar, acosar, decapitar, torturar, inducir al suicidio y destripar a un grupo de chavales inocentes. Y toda la perplejidad del mundo. A pesar de que era imposible, la evidencia hablaba o de algo sobrenatural o de un mito urbano del que siempre se ha hablado y nunca se ha podido comprobar: la existencia de clones de cada persona en algún lugar del planeta.

Carlota había puesto en alerta a toda la comarca, a pesar de que las muertes se habían dado en esa villa en concreto a la que se había desplazado meses atrás para poder trabajar sobre el terreno. Había dado orden al centro de control al que estaban conectadas todas las alarmas de la zona para que fueran extraordinariamente meticulosos y para que buscaran ese rostro, tan perfecto e inocente, en cualquier punto, en cualquier comercio, en cualquier banco, en cualquier rincón. Y, si era detectado, que le fuera mandado aviso en un minuto, fuera de día, de noche o de madrugada. Ella apenas dormía.

Lo que había empezado como un caso de desaparición de una muchacha que acompañaba al pobre infeliz de Elías Gabbai se había convertido en un tortuoso asunto de asesinatos macabros. Por eso Carlota estaba al mando. Porque, originariamente, buscaban resolver

el misterio de la ausencia de esa chica agarrados a la esperanza de que apareciera sana y salva. Como pasó con el caso del cardenal Martín Zavala, esta vez también la desaparición camuflaba algo mucho más perverso y abyecto. Y Carlota no estaba dispuesta a que le superara. Como siempre había hecho, llegaría hasta el final y llevaría a los culpables a la cárcel o a la tumba, que a ella eso bien poco le importaba. De lo que se trataba era de que no siguieran haciendo daño, y que la villa volviera a ser el remanso de paz de siempre.

La inspectora reconoció sin fisuras a esa chica a la que buscaba medio mundo. Con todo descaro, se había parado frente a la joyería para adecentarse, para retocarse el maquillaje y para atusarse las ropas. No parecía que necesitara esconderse, desde luego. O quizá quería dejarse ver para retar a la policía. Hasta ahora había demostrado ser muy inteligente y escurridiza. Un error fatal como ese parecía, como mínimo, sospechoso.

De todas formas, Carlota no tenía otro camino que intentar capturarla e impedir otra muerte, si es que a eso se dirigía aquel demonio con curvas de vértigo y cara de ángel. Corrió a su despacho a por el arma reglamentaria y a por la americana. No vestía uniforme. Su cargo no se lo exigía. Pero sabía que las noches en la villa venían frescas y, por experiencia, sabía lo que era tener el alma congelada y el cuerpo aterido en el escenario de un crimen.

—Llama a todos los agentes disponibles —ordenó Carlota, a su regreso, al recepcionista, que sudaba copiosamente por el nerviosismo—. Me importa una mierda que sea tan tarde. Si están en la villa, que dejen de dormir, de cenar, de follar con sus perros, de cascársela o de hacer lo que estén haciendo, que bien poco me importa, y que salgan disparados hacia la zona de las Casetas. Quiero cada calle, cada casa, cada rincón de ese puto lugar peinado como si fuera una novia antes de ir al altar. Esa puñetera cría termina hoy sus ritos macabros.

Salió a la carrera hacia el aparcamiento, pero, antes de alcanzar la puerta, el chico en prácticas, pálido como un cadáver, gritó:

—¡Inspectora!

Carlota se detuvo y lo miró, sorprendida y cabreada. Esa noche parecía que todo el mundo se le rebelaba.

—Por favor —titubeó el chico—. Ya sé que nada hay más importante que detener a esa desalmada, pero le ruego que se acuerde de que hoy termino, y que a primera hora debo meter mi solicitud de ingreso en su equipo. Necesito que regrese y que me firme todos los partes. Sin su aceptación, de puño y letra, no tengo ninguna posibilidad. Y el plazo termina mañana a mediodía.

La inspectora Torres sonrió. A pesar de lo insoportable que sabía que era, la gente que trabajaba con ella quería seguir a su lado. Con pañales, seguramente, porque se cagaban solo con que ella los mirara,

pero eran fieles. Y eso le gustaba.

—No te preocupes, pesado —intentó dulcificar su tono, a pesar de la tensión y de la premura—. Antes de que amanezca, volveré y te firmaré todos esos putos papeles. Te lo prometo. No me irá mal tenerte en mi equipo.

Todavía sonreía cuando salió por la puerta para coger su coche: necesitaba llegar a la zona de las Casetas, el barrio rico, cuanto antes.

Carlota Torres, una de las policías más reconocidas en cualquier lugar del mundo, vivía para rescatar a la gente de una cárcel, tanto física como mental. Era una inspectora seria, implacable, perseverante y que cumplía sus promesas.

Solamente una vez no cumplió una de ellas. Una noche aciaga, perdida en la memoria, se llevó a una testigo de misión para que le ayudara a desentrañar la misteriosa desaparición de su hombre. Le prometió a Magda Albuquerque, a la que todo el mundo conocía como Hada, una preciosa muchacha que ejercía la prostitución en la villa en la que coincidieron, que podría regresar a su casa a esperarlo. Hada no regresó jamás. Murió delante de Carlota, atravesada por la punta de un martillo mientras miraba los ojos agónicos del Chulo Soto, su amado. La inspectora sintió la pena de haber perdido a alguien muy cercano, pero lo que más le conmovió fue el no haber podido cumplir su promesa. Siempre estaría en deuda con Hada por ello.

Solo esa vez había incumplido una de sus promesas.

Esa noche lo haría de nuevo.

Por segunda y última vez.

El muchacho no tuvo oportunidad de entrar en su equipo porque Carlota Torres no regresó jamás.

CAPÍTULO 35
ELEPHTERIA

16 años después del accidente
2 años después de la metamorfosis

5 horas antes del tránsito

Residencia de la familia Kohen

Todavía estaban en el cuadrilátero que hacía las veces de recibidor. Un poco a la izquierda, la doble puerta acristalada que conducía hasta la sala, allí donde el cuerpo muerto de Celeste había perdido su virginidad. Al frente, perdiéndose en una oscuridad ambigua y aterradora, las escaleras que llevaban a los dormitorios. Y al fondo del pasillo de arriba, la habitación de Jakob, que se había convertido aquel sábado amargo en su cadalso, su patíbulo y su resurrección, aunque ella, entonces, no lo sabía.

Se tanteaban mientras el muchacho intentaba averiguar qué demonios quería esa chica tan preciosa que se había presentado en su casa sin avisar y sin ser invitada. Jugaban al despiste, como solemos hacer todos ante una situación incómoda, una de esas que no controlamos. Jakob intentaba aparentar una seguridad que no tenía en esos momentos. Era él quien decidía cuándo, cómo, por qué y con quién. Y eso había sido así desde tiempos inmemoriales. Él era el que escribía el guion. Quién sufría, a quién había que vejar, a quién había que acosar, qué provecho quería sacar de cada persona, a quién pegaba, a quién ignoraba o a quién se follaba. Tenía una larga fila de candidatas esperando como fanes ridículas a que a él se le iluminara el corazón y les hiciera caso, y les invitara a compartir su cuarto, su mesa y sus entrañas. Todas ellas estaban dispuestas a cualquier sacrificio, a cualquier condición, para que la fortuna y la piel de Jakob Kohen les tocara como si se tratara de una varita mágica.

Pero lo de esa noche no le había pasado nunca. Ninguna chica había tenido el descaro de presentarse en su casa medio en cueros, mirándole soberbia y retadora, con la poco disimulada intención de usar su cuerpo, pero con la certeza de que, si no lo hacía, él era el que más perdía. Por otra parte, a pesar de las casi ochenta mujeres que habían sucumbido a su hombría, nunca había tenido la oportunidad de estar con una con el cuerpo de pecado y la belleza exótica, inocente y perversa, de la mujer que ahora tenía delante, a su alcance.

Celeste, parapetada dentro del cuerpo muerto de Elephteria, se

divertía como hacía mucho tiempo. Quizá nunca se lo había pasado tan bien. Matar a Elías Gabbai fue un placer, y disfrutó con ello, pero fue su segunda víctima y apenas tenía práctica. Y entonces aún tenía miedos absurdos a ser descubierta, a ser neutralizada, a no tener la fuerza suficiente para derrotar a su víctima. Ahora sabía que acabar con ella era una quimera para cualquier ser vivo. Podía convertirse en humo, si así lo quería, en un instante. No era así exactamente, pero para ella era bastante saber que nadie, nadie en este mundo, podía atraparla. Aunque entrara en esa casa un ejército completo de los mejores soldados, nunca tendrían ni la más mínima oportunidad de detenerla ni de hacerle daño.

—Ya sé que no me conoces, Jakob —decía ella con los ojos muy abiertos, con una expresión de inocencia suprema que hacía que sus pestañas de desplegaran por completo, dándole una imagen de diosa inalcanzable—. Llevo muy poco tiempo en la villa y desde el primer día que te vi en la entrada del gimnasio me quedé impresionada. Pregunté por ti y removí cielo y tierra hasta que alguien me dio tu dirección. Vengo de un lugar donde no nos gusta andarnos con rodeos. Aprendemos a vivir el día a día desde pequeños. ¿Y si me muero esta noche? ¿Y si te mueres tú? Nunca sabemos con qué nos vamos a encontrar. La gente le llama de maneras muy extrañas: «*carpe diem*», «no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» y otras estupideces así, pero la esencia es lo que importa. Mi padre era un perfeccionista. Le encantaba su trabajo y siempre lo hacía con el máximo esmero. Recuerdo que mimó hasta la extenuación el último encargo que le hicieron. Planificó todo hasta el más mínimo detalle para que nada saliera mal. Pero no pudo culminar la tarea porque murió de forma desgraciada. Se le paro el corazón. Un accidente, seguro, pero tanto daba la manera. El caso es que algo que planificó al más mínimo detalle no lo pudo llegar a ver concluido. Lo incineramos y siguió la vida. Porque la vida siempre sigue, muera quien muera. Y la gente que queda llora al muerto unos días, pero sigue adelante y, al cabo de un tiempo, solo le recuerda en su aniversario o cuando alguna fotografía inoportuna aparece en el cajón de la mesilla de noche.

Jakob intentaba ganar tiempo:

—¿A qué se dedicaba tu padre? —preguntó, mientras decidía si aquella era una loca de remate o esa noche él había jugado una mano al póker y había conseguido una escalera real por primera vez en su vida.

—Su misión era hacer feliz a la gente —contestó sin mentir demasiado—. Era estilista, y peinaba y maquillaba a quien lo necesitara para sacar la mejor imagen posible de esa persona. Y conseguía milagros, te lo aseguro. Era el mejor en lo suyo. Para él era una pasión más que un trabajo. Pero, bueno, no estamos aquí para

hablar de nuestros padres, a los cuales les importará poco menos que un pijo lo que va a pasar en esta casa en las próximas horas, porque te garantizo que yo aguanto lo que me echen. En todos los sentidos, ya me entiendes.

—Para, para el carro, muchacha —ordenó él, entre alterado e indignado. Ninguna chica le había hablado así. Era él el que se encargaba de vencer sus barreras, o de anularlas si la misión venía difícil. Era él el que guardaba las bragas como un tesoro, como un trofeo de caza. No podía consentir que esa muchacha, por buena que estuviera, le generara inseguridad y dudas—. No sé lo que va a pasar aquí. Será lo que yo decida, que para algo es mi casa y puedo tener a la mujer que quiera en el momento que quiera. Si ni siquiera sé tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Como tú quieras, Jakob —repuso ella de inmediato, entornando los ojos y sonriendo pícaramente—. ¿Qué mierdas importa eso? ¿No me has escuchado lo que te he dicho antes? El tiempo, mis padres y la vida me han enseñado que no podemos dejar pasar las oportunidades porque no sabemos si volverán. Y sí, sé perfectamente que puedes tener a la chica que quieras… dentro del mercado que tienes aquí. Hay alguna monilla, no te diré que no. Sé estudiar a mis rivales antes de ir a la batalla. Pero mírame y mírate. Analiza tus sentimientos y tus deseos. Sabes que nunca, jamás en tu puta vida has tenido a una chica tan guapa como yo a tu disposición.

Sabía que había llegado el momento de dejar de ser una dama elegante y de adoptar el papel de mujerzuela barriobajera y soez. No entendía por qué eso ponía tanto a los chicos. Pero debía cambiar de registro para que Jakob cayera a sus pies, rendido y entregado.

—Además —añadió con toda la intención—, ninguna te habrá hecho lo que yo sé hacer. Me he informado, ya te digo. Aquí a las chicas se les suelta la lengua cuando indagas un poco. Todas cuentan sus escarceos sexuales como si fueran grandes victorias. Y sé lo que te gusta. Y yo te puedo dar eso y mucho más. Solo por hoy. Solo por esta noche. Porque me apetece y estoy caliente. Porque necesito a un hombre dentro de mí. A ti o a cualquiera, que no te necesito para estar complacida, te lo garantizo. Pero tengo el capricho de probar tu cuerpo, aunque varias han coincidido en que no vas demasiado bien armado. Ya me entiendes… De ahí abajo… —dijo señalando la entrepierna del muchacho, que se cubrió por un segundo de manera instintiva—. Pero me conformo con que te sepas mover dignamente. Del resto me encargo yo. Tú solo decide si quieres disfrutar esta noche de esto que ves aquí.

Se abrió el abrigo, que había mantenido hasta ese momento abotonado, y dejó a los ojos del chico el material prometido, como si fuera un escaparate de una pastelería de vicio y perdición. Jakob la

recorrió con descaro de arriba abajo, viendo sus piernas tan bien cinceladas, su falda mínima, sus ligas que reclamaban la concupiscencia del muchacho, su blusa y su escote insondable y firme.

Jakob se debatía entre el deseo irrefrenable y la rabia. Se sintió insultado y notó como su seguridad se resquebrajaba. Esa zorra le había dicho en su cara que tenía un pene pequeño. Había tenido el santo coño de decirle que se iba a conformar con él, a pesar de que había muchos con unos atributos más grandes. Pero él se iba a encargar de que la fulana que tenía delante cambiara su concepto de él y de su entrepierna. Era él el que decidía y él, el que fornicaba. Las mujeres no eran más que objetos con los que desahogarse de las más diversas maneras. Y esa noche, iba a usar a esa puta que se le mostraba delante como si fuera mercancía de lujo.

Los hombres vienen de fábrica con varias taras. Una de ellas, quizá la más ridícula de todas, pero la más importante para ellos, es la inseguridad que les transmite la duda de su hombría. Y suelen equivocarse y confundir hombría con tamaño, potencia con medida. Celeste sabía bien eso, y supo desde el primer instante, ese en el que la mirada de Jakob se volvió turbia y sus labios se afilaron e hicieron una mueca de disgusto, que había ganado el combate. Era cuestión de tiempo conseguir que su contrincante cayera desplomado a la lona y ya no se pudiera levantar, pero en ese preciso instante supo que Jakob Kohen ya estaba muerto.

Sonrió.

CAPÍTULO 36
SEXO DURO

16 años después del accidente

2 años después de la metamorfosis

Unos instantes antes del tránsito

Había disfrutado como nunca. Pero había llegado el momento de irse para siempre. O quizá no. Una escapadita al mundo terrestre de vez en cuando podía ser un buen plan, en un futuro. Pero eso ya lo discutiría con su abuela. No de si lo podía hacer o no, que había aprendido que no estaba bajo las órdenes de nadie y que era libre para decidir los porqués y los cuándos de su existencia. Hablaría con su abuela acerca de si era factible hacerlo una vez estabas ya fuera del universo de los vivos. Estaba segura de que sí, porque bien que su abuela venía a verla y estaba con ella mucho tiempo. Y también Markus, que le había aterrorizado la primera vez esa noche en su habitación, hacía tantísimos años, y ahora era como un colega, un ser que formaba parte de su familia, a pesar de que a veces le parecía insufrible y demasiado pedante. Estaba endiosado y eso, a ella, le molestaba sobremanera. Pero esa era otra guerra que no había llegado todavía.

Flotó por la habitación de Jakob para comprobar, satisfecha, que todo estaba a su gusto.

—¡Joder! ¡Qué fría estás! —recordó que le había dicho el muchacho cuando, antes de empezar a subir por la escalera que llevaba a las habitaciones, le cogió el abrigo y le acarició la espalda por debajo de la blusa.

—Es que me has tenido esperando allí, en el recibidor, como si fueras tonto —repuso ella, retadora y descarada—. La noche viene fría. Si en lugar de hablar, preguntar y dudar tanto te hubieras dedicado a lo que se supone que un hombre debe dedicarse, ahora estaría calentita y en la gloria. Mucho vas a tener que trabajar para que se me pase este invierno que se me ha declarado dentro. Ya ves, toca, toca.

Y cogió la mano del chico y se la puso descaradamente sobre uno de los senos por un instante. Jakob notó la piel fría y tersa, y un pezón como una promesa bendita, erecto y desafiante como una manada de

toros bravos. A esas alturas, casi antes del primer escalón que conducía al octavo cielo, la voluntad del chico ya se tambaleaba como si fuera un edificio sin cimientos en pleno terremoto, y estaba convencido de que era un hombre afortunado que debería esmerarse si quería que esa mujer de nombre indeterminado, a la que ya solo veía como una diosa de pecado, se fuera contenta y colmada. Quizá por primera vez en su vida pensó en la satisfacción de la chica y no en la suya.

Celeste estaba encantada viendo cómo se estaba desarrollando todo. Al llegar al pasillo, no titubeó. Se fue hacia la primera puerta, que sabía perfectamente que era la de la alcoba de los padres de Jakob, y antes de que este supiera reaccionar, la abrió.

—¡¿Qué haces?! —exclamó él, indignado, empujándola ligeramente a un costado y cerrando la puerta de golpe—. Mando yo, no lo olvides nunca. Esta es mi casa y no puedes estar entrando donde te venga en gana. ¿Ves esa puerta del fondo? Pues tira para allí. Esa es mi habitación y es lo único que te interesa de esta casa. Allí es donde vas a follar, así que ni se te ocurra desviarte, te lo advierto.

Sabía que este discurso era definitivo y amedrentaba a las chicas. Estaba bien establecer desde el primer momento unas normas y dejar claro quién llevaba la voz cantante.

—¡Oh! —exclamó ella, avanzando pasillo allá, fingiendo que estaba compungida, pero de una manera tan exagerada que quedaba claro que no era verdadero— ¡Qué puta pena! No me habían dicho que, además de tener micropene, eras un poco estúpido. Vamos a ver, hombretón. —Paró su caminar y se puso enfrente de Jakob, mirándole desafiante a los ojos, mientras él dudaba de nuevo—. Me gustaría explicarme tan clarito que incluso un chaval tan limitado como tú me pudiera entender. No veo que estés haciendo nada por merecer tener mi cuerpo a tu disposición. Sí es cierto que he venido yo a tu casa, pero no te equivoques. Hay mil casas por aquí. Me las conozco todas. Sin ir más lejos, en la calle de arriba vive el señor Elbaz. Su dulce familia está fuera, de viaje, y él, como abnegado esposo, permanece aquí para trabajar, que la vida de rico es muy dura y hay que ganar dinero para seguir siendo un cretino redomado. No te pienses que es fácil. Es un putero, ese señor. Lo sé bien. Hace dos noches estuve en su casa. ¿No lo parece? Ya lo sé, tan serio, tan escrupuloso, tan buena gente. Pero es un follador nato, y ese sí que calza una buena tranca. Me cuesta solo tres minutos dejarte aquí, empalmado y enarbolando tu ridícula herramienta, y tenerle dentro a él, que estaría encantado de volver a juguetear conmigo. Ni se te ocurra volverme a prohibir nada, ni en tu casa ni en ninguna parte. Hago lo que me sale del coño, a ver si me entiendes bien. Ese coño que tanto ansías tener a tu alcance. Y lo tendrás, te lo garantizo, si dejas de hacer el estúpido. Yo no te voy a

esconder nada de mí. Podrás verme, tocarme, tomarme y mancharme por donde tú decidas. Espero, como mínimo, el mismo respeto. Lo exijo. ¿Me dejas entrar en esta puta habitación o no? Piénsate bien la respuesta, porque no lo voy a preguntar dos veces. Si es sí, nos llevaremos bien y hoy conocerás un nuevo concepto de sexo salvaje. Si es no, nunca habré estado aquí. Daré media vuelta, bajaré la escalera y andaré cuatro pasos, mientras mi entrepierna se empapa pensando en la enorme polla del inocente del señor Elbaz. Tú eres el que decides con quién voy a follar hoy. Y, de paso, también decides quién de los dos hombretones se va a quedar hoy sin follar: mi complaciente y aplicado señor Elbaz o tú.

Se quedó callada, mirando desafiante al muchacho, pasando una punta de su lengua por los labios, descarada y frívola, esperando la reacción del chico.

—¿Y si te obligo? —repuso Jakob con el poco aplomo que le quedaba—. No puedes irte dejándome así. Has venido a mi casa voluntariamente, me has insultado y me has calentado. Ahora te toca cumplir, por las buenas o por las malas.

—Señorito Kohen —escupió ella con una violencia contenida—, ¿estás seguro de que me quieres conocer a las malas? No te vuelvas a hacer el machito delante de mí si no quieres tener graves problemas. Contesta a lo que te he preguntado antes, que no tengo toda la noche y necesito follar ahora mismo. ¿Sí o no? Es fácil, incluso para un deficiente como tú. Solo quiero catar tu cuerpo. No creo que sirvas para nada más e incluso para eso tengo mis dudas. Tú decides, insisto. ¿Me quedo o me voy?

Jakob claudicó en ese mismo instante. Todo lo que le había servido para amedrentar a las mujeres hasta entonces parecía que reforzaba a esa furcia. Su alma enferma decidió que esa mujer iba a hacer con él lo que le viniera en gana y lo aceptó con un punto de decepción, otro de inseguridad, otro más de vergüenza y con toda la excitación del mundo. En lugar de responderle a lo que ella preguntaba, cogió la maneta de la puerta de la habitación de sus padres y la accionó, dejando la entrada franca para Celeste.

La chica ni siquiera entró. Sonrió y se relamió como hacen los lobos instantes antes de devorar a sus presas. Dejó a Jakob agarrado a la maneta de manera ridícula, dio dos pasos hacia atrás y reanudó su marcha por el pasillo en dirección a la habitación del muchacho. Moviendo las caderas de manera exagerada e insinuante, aprovecho la marcha para desprenderse de la blusa, que dejó caer en mitad del pasillo, dejando su espalda desnuda y sugerente a la vista del muchacho, que babeaba como un caracol estresado. Sin mirar atrás, abrió la puerta del cuarto del chico y, sin esperar a que llegase su amante inminente, se dirigió a la cama. Sabía que no tardaría.

Aprovechó que él entraba en la habitación para desprenderse de su escueta falda, quedándose solo con las medias, las ligas y el liguero colocados, sin ninguna ropa interior que tapase su sexo expuesto, que mostraba de frente, sin pudor ni frontera.

Le pidió que se acercara. Le acarició la entrepierna por encima del pantalón corto y, sin dar oportunidad a que él pidiera, ordenara o ni tan siquiera pensara nada, se lo bajó, dejando libre el pene del muchacho. A pesar de tener un tamaño en la media de lo normal, Celeste acabó de rematar la faena:

—Coño, es todavía peor de lo que me dijeron. Perdona, pero por un momento he pensado que eras un eunuco. En fin, vamos a ver lo que sabes hacer con esta miseria.

Dicho esto, se dedicó a darle unos lametazos, que fueron suficientes para que el chico endureciera su hombría. Una vez lo tuvo preparado y a su merced, se tumbó en la cama, se abrió de piernas, se humedeció con saliva la entrada de su vagina y le pidió que se pusiera encima de ella:

—Una cosa te voy a advertir, hombretón. Pase que tenga que conformarme con un material un poco escueto, poco más que un anacardo raquítico, pero espero que cumplas con lo que las mujeres de aquí dicen de ti. Que eres bueno follando, algo que, visto lo visto, me cuesta creer. Yo solo te voy a pedir una cosa, a ver si en eso me complaces. No me va el sexo blanco, fácil, suave, más propio de impotentes y de cursis. Me gusta el sexo duro, necesito sentir como un hombre me posee de golpe y en su totalidad. Sentirme llena de una sola estocada. Juega, si quieres, con mi coño, pero cuando me penetres, que sea con todas tus fuerzas y de una sola vez. Quiero sentir que me tocas el estómago con la punta, de lo profundo que entras. Luego, ya te dejo hacerlo como tú quieras. Pero dame esa embestida mortal para empezar y te aseguro que alcanzarás el cielo. Sé que puedes hacerlo, muchacho. Vista desde aquí, no es tan pequeña tu polla. Dámela toda. Aquí y ahora.

Jakob se sintió ligeramente más seguro con las últimas palabras de Celeste y se dispuso a darle lo que pedía. No iba a permitir que se fuera de su casa pensando que era un torpe en la cama. Tenía una fama que conservar y esa puta no haría que la perdiera.

No le hacía falta jugar demasiado. De hecho, estuvo a punto de correrse cuando la muchacha le lamió la punta de su pene. No quería que, encima de mal armado, le llamara eyaculador precoz o algo peor. Escupió en su mano varias veces y se untó la punta del pene con abundante saliva. Se puso encima de ella buscando la posición correcta para penetrarla profundamente. Cuando tuvo encarado el orificio de entrada se colocó lo más recto que pudo y se dispuso a dárselo todo, tal y como le había pedido. Nunca había visto un cuerpo

tan espectacular ni una chica tan descaradamente bella y tan preparada para el sexo.

Arqueó la espalda, sintió las manos de ella sobre sus glúteos, empujando hacia su interior y, adelantando con toda la fuerza y violencia de la que fue capaz sus riñones, se dejó ir para sumergirse en el gozo extremo, clavando de un golpe toda su hombría en el interior de la muchacha.

Allí empezó su calvario.

CAPÍTULO 37
TORMENTO Y EXPIACIÓN

16 años después del accidente
2 años después de la metamorfosis

4 horas antes del tránsito

El pene de Jakob se seccionó, a lo largo, en cuatro partes perfectamente simétricas. Desde la punta hasta la base, se abrió en cuatro como si fuera la piel de un plátano ensangrentado, quedando sujeto por su extremo al cuerpo.

Celeste estaba encantada con el artilugio que imaginó, primero, y confeccionó después: una especie de tubo cilíndrico de un material resistente con el diámetro oportuno como para colocarlo en la vagina del cuerpo de Elephteria y capaz de alojar en su interior un pene de tamaño razonable en estado de erección. Era una gran ventaja conocer de primera mano las medidas aproximadas del material que calzaba el muchacho en su entrepierna.

En el corazón del cilindro, y ocupando toda su extensión de arriba a abajo, dos cuchillas cuidadosamente afiladas, dispuestas en forma de aspa, de una longitud de casi quince centímetros cada una y que se cruzaban, formando una estrella amenazadora y mortal. Antes de entrar en la casa, Celeste se introdujo ese cacharro del demonio. Muy profundo, tanto, que las cuchillas quedaran todas dentro de su cuerpo sin posibilidad de que fueran visibles ni siquiera si practicaban sexo oral, que ya se encargaría ella de que no estuviera en el repertorio de esa función nocturna.

Cuando Jakob hizo el movimiento violento y rotundo de la penetración, lo que provocó fue que el pene se alojara en el cilindro a gran velocidad y que esas cuchillas lo seccionaran a lo largo, de manera longitudinal, como si fuera de mantequilla, y lo partieran en cuatro partes casi idénticas. El muchacho tardó una fracción de segundo en darse cuenta de que se había destrozado su hombría. El dolor era insufrible y, en un instante, la cama, blanca y mullida, quedo empapada de sangre roja y brillante como un presagio de tormenta del averno.

Celeste, sonriendo de manera descarada, volvió a sujetarle por los glúteos y siguió apretando hacia adentro.

—No te vayas, hombretón. Que aquí dentro se está bien. Quédate, sírvete tú mismo, no te cortes. Aunque igual decir esto está un poco fuera de lugar, ¿no crees? —Soltó una risotada enfermiza—.

Bueno, campeón. No ha estado mal. Nada del otro mundo, pero al menos me has dado un poco de gusto —le susurró al oído, a pesar de que el muchacho no estaba para escuchar nada. Aturdido, el dolor le impedía gritar. Solamente conseguía emitir una especie de gemidos lastimeros y ahogados, mientras intentaba moverse para salir del sexo de esa mujer, arrancándose con las cuchillas trozos de carne en la retirada.

Cuando finalmente lo consiguió, refrenó el impulso de mirar hacia abajo. No quería ver lo que entendía que se iba a encontrar: pequeños trozos de su pene, coágulos, venas, tendones y músculos repartidos por el cubrecama. Todo lo que no estaba todavía unido a su cuerpo, se hallaba desparramado a su alrededor.

No entendía. No quería entender. Se negaba a pensar en lo que había pasado. Estaba mareado y rabioso. Asustado y febril. No entendía qué mierda significaba todo aquello. Por qué una sesión de sexo duro y que debía ser placentera y extenuante se había convertido en una carnicería, en la sala oscura de un matadero perverso. Apenas se apercibió de que la mujer lo apartaba de cualquier manera y se ponía a horcajadas sobre él, restregando peligrosamente su sexo lleno de sangre en su pecho, mientras se acercaba coqueta hacia su oído y le susurraba:

—Ay, Jakob, Jakob. Mi amado y juguetón Jakob. ¡Cuánto te he echado de menos!

El muchacho sentía que la vista se le nublaba mientras la chica no paraba de moverse y de buscar algo con el tacto. Estiraba el brazo y arqueaba la espalda para alcanzar con su mano la parte de debajo del colchón, a pesar de seguir sentada sobre el muchacho. Sacando fuerzas de donde no había ni esperaba, Jakob preguntó con un hilo de voz:

—¿Quién coño eres? ¿De qué me conoces? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me haces esto? No tengo dinero en efectivo, si es eso lo que quieres.

La muchacha se incorporó con una mirada triunfal, llevando en su mano una esposa atada a una cuerda negra. La misma que sirvió para atarla a ella y violarla hacía más de dos años. Celeste había tenido el cuidado de comprobar que la cuerda abierta en aspa para inmovilizar los pies y las manos seguía en su sitio, que era atravesando el colchón por debajo. Su naturaleza actual, de espíritu sin cuerpo, le permitía esas pequeñas licencias de colarse en casas ajenas a la hora en que no había nadie para fisgar sin hacer saltar la alarma ni imprevistos molestos de esos.

Movió el culo de un lado a otro, presionando el pecho del muchacho, y mudó su expresión sonriente por otra de decepción y desconcierto fingidos.

—¡Cariño! —exclamó aparentando estar horrorizada—. ¡Cuántas preguntas a la vez! Y te las voy a contestar todas, una a una, pero cada una en su momento. Ahora necesito que me des las manos y los pies y que te estés quietecito.

Jakob intentó luchar con todas sus fuerzas, que no eran demasiadas, pero las manos de la chica eran duras como el acero. Frías e implacables. En pocos segundos estuvo atado e inmovilizado. Celeste se acerco a él, le besó en los labios y, antes de retirarse, le mordió con fuerza y le hizo un corte en el labio inferior. El muchacho intentó protestar mientras ella ponía en su boca una de sus medias, que se había retirado con parsimonia, y la sellaba con cinta adhesiva, para que el chico no pudiera emitir sonidos audibles.

—Ahora vengo, mi vida —le dijo la muchacha, incorporándose de un salto y apoyándose con toda la intención en la entrepierna destrozada de Jakob, que se retorció de dolor.

Sin cubrirse, desnuda y soltando gotas de sangre de Jakob por la vagina, se dirigió a la puerta de la habitación. Antes de salir para dejarle solo, se giró hacia el muchacho y le dijo:

—No te vayas, cariño. Que tenemos mucho de lo que hablar. Y se me ha ocurrido un jueguecito que te va a encantar. Nos lo vamos a pasar de muerte. No tardaré, te lo prometo. Y, cuando vuelva…, ¡fiesta!

Sabía por dónde moverse y qué buscar. No en balde había visitado varias veces la casa de los Kohen en las últimas semanas. Apareció al cabo de pocos segundos con una maleta negra, cuadrada y bastante voluminosa.

—¡He traído juguetitos, mi amor! —exclamó llena de júbilo—. Sé que te gustan y no te voy a decepcionar, guapetón.

Se acercó a la cama de nuevo. Jakob la miraba con una expresión llena de pánico y angustia. No sabía qué podía esperar. Las heridas que le había hecho en la cópula le seguían doliendo, pero parecía que ya no era una sensación tan lacerante y que, poco a poco, iba quedando en un rumor sordo. Celeste depositó la maleta en el suelo y abrió ruidosamente los cierres. Lo primero que extrajo fue un pulverizador lleno de un líquido trasparente.

—Te voy a cuidar, mi vida —dijo la muchacha con un tono amoroso—. No puedo permitir que me cojas ninguna infección. Te quiero para mí durante muchos años.

Y, dicho esto, acercó el pulverizador lleno de alcohol puro y rocío los restos de carne y el agujero en carne viva que había quedado allá donde estaba su pene.

La reacción fue inmediata. El chico lanzó un gemido enloquecido dentro de su mordaza y empezó a sudar copiosamente. Se sentía morir mientras notaba que su entraña entraba en ebullición. Nunca había

imaginado que un dolor pudiera ser tan agudo.

No sabía todavía que sería lo más suave que sentiría ese día.

Antes de morir, Jakob vio cómo la loca aquella sacaba de la maleta un taladro profesional que tenían en el cuarto de las herramientas, en el jardín de los mirlos. Su mente no quiso ni supo ni pudo procesar todo lo que se podía hacer con un aparato así.

Celeste probó una broca pequeña, muy fina, y se acercó al chico. Una a una, fue arrancándole todas las uñas, de manos y pies, poniendo el taladro en su máxima potencia y metiendo la broca fina entre uña y carne. Saltaban como si cobrasen vida de repente, y salían despedidas y ensangrentadas, cayendo alrededor del cuerpo tembloroso y febril de Jakob.

—Me preguntabas, mi amor, de qué te conozco. Y eso me entristece —le dijo Celeste, deteniendo un momento aquella tortura—. Después de haber sido uña y carne —Vaya, debo de dejar de hacer comentarios tan inoportunos—, de haber sido novios, no entiendo que no me puedas recordar. Soy tu amor, tu niña, esa con la que has crecido.

Jakob no quería entender. Lo que le estaba diciendo esa loca era imposible. Hubiera recordado a una belleza como aquella. Y ninguna cirugía de este mundo o de cualquier otro podía tener unos resultados tan fantásticos y tan naturales. El chico llegó a pensar que estaba entrando en la fase de alucinaciones, cuando se te escapa la vida.

—Sí, sé que lo sabes, mi vida —siguió ella, adoptando un tono de paciencia infinita—. Creo que me estás tomando el pelo y que estás juguetón, pero, no te preocupes. Ahora seguiremos jugando. Antes, hablemos. ¡Te quiero tanto! Siempre has sido mi príncipe aventurero. Desde pequeños, sentados uno al lado del otro en la clase. ¿Lo recuerdas, mi bebé? Cuando me enterraste en el compostador de los campos del colegio. Yo sé que lo hacías para llamar mi atención, porque eras tímido. ¿Y cuando aplastaste a todos mis gusanos de seda? Me encantó tu generosidad con ellos. Evitarles el trauma de la metamorfosis es de agradecer. Todos esos regalos que me hacías, que, por no atreverte a confesarme tu amor, dejabas en mi taquilla cuando no miraba. Me gustó especialmente el lución con la cola amputada. Fue todo un detalle.

Jakob había dejado de sentir dolor ya hacía un rato, a pesar de estar consciente y de que sus heridas dolían como diablos. Pero la estupefacción, el terror y el asombro tenían más fuerza en ese momento. En la villa estaban convencidos de que Celeste Zacariah estaba muerta, igual que su padre, el enterrador. No tenía ningún sentido que apareciera así, sin más, sin avisar, saliendo de la nada más absoluta para convertirse en una psicópata vengadora con un cuerpo de escándalo y unos modales que iban desde el refinamiento más

elegante hasta la grosería más depravada, algo más propio de una meretriz carcelaria de película pornográfica que de una compañera de infancia tímida, mojigata e introvertida.

—Pero lo que más me gustó —continuó la muchacha— fue el día del jueguecito con toda la clase, aquí mismo, en tu habitación. Tener el privilegio de ser la protagonista de tus juegos más eróticos es algo que jamás pude imaginar. No sabes lo que disfruté, viendo como todos tus colegas me usaban delante de ti. Una experiencia maravillosa que me hizo entender mi sitio y mi destino. Me hizo crecer de golpe. Y, hasta hoy. Hace dos años de eso. ¿Te acuerdas, querido? Creo que todos tus amigos y amigas, todos sin excepción, se han ido quedando por el camino. Se lo he agradecido a todos. Uno por uno. Ya se sabe. La vida es un mar de sorpresas y, muchas veces, injusta. Con tantos años por delante y decidieron bajarse del mundo. Cierto que yo les ayudé un poco. Debo decirte que Elías sufrió como un perro. No entiendo por qué le molestó tanto que le comiera la polla, literalmente. Si eso le encantaba. En el fondo, a ti también te gustaba. Pero es que esta villa está llena de desagradecidos.

Le miró, como esperando la aprobación a todos los asesinatos. Visto que el muchacho no hacía ningún gesto, y que solo sangraba y sudaba, Celeste decidió continuar.

—Para tu alivio, te diré que contigo será distinto. A ti te quiero, como bien sabes. Ellos fueron solamente un entretenimiento. Era un poco fastidioso ver como morían tan deprisa. No me daba tiempo ni a disfrutarlo. Joder, qué desagradables y qué simples. Les pides juguetear un poco y se te mueren a la primera de cambio. De ti espero algo más. Pero vamos a hacerlo bien, cariño. Para qué vamos a usar este cuerpo de niña mona, si estoy convencida de que prefieres estar desnudo junto a mí, tu mujer, tu auténtica pareja. Los otros fueron pasatiempos. Tú no, mi vida. A ti te lo doy todo. A ti, te entrego mi vida.

Se incorporó de nuevo y salió corriendo por la puerta, dejando al muchacho solo. En un instante, regresó a su lado. Pero algo había cambiado en ella. Ya no tenía la imagen de Elephteria. Se había deshecho del cuerpo de la chica y regresó con el aspecto de siempre. Con sus carnes escuálidas y quemadas, con su pecho escueto, con su cicatriz y con su permanente aroma de hoguera humeante en el bosque.

Jakob abrió mucho los ojos, aunque había entendido perfectamente de quién le hablaba esa muchacha. Pero no podía creer que siguiera con vida y que pudiera cambiar de cuerpo a voluntad. Ahora estaba convencido de que estaba al borde de la muerte y de que todo era una puñetera alucinación.

—¡Ya estoy aquí! —gritó, jubilosa, Celeste—. Ahora, a jugar a lo

que nos gusta, y que a nadie le importa. Es algo íntimo y privado. Solos tú y yo, mi bebé. Vamos a ver qué es lo que te gustaría ahora, amor. Estoy seguro que una sensación fuerte, que tú eres de esos. Pues nada, nada, estoy aquí para complacerte, como te prometí un día, desnuda también, postrada de rodillas delante de ti.

Cogió con parsimonia el taladro y cambió la broca. Aseguró otra un poco más gruesa. ¿Por dónde empezaría? Sonrió. Se acercó a su entrepierna y palpó los testículos. Siempre le había parecido peculiar esa bola dura que se notaba dentro. No tenía ni idea qué aspecto tendría. Hoy no quería quedarse con las ganas de experimentar y aprender. Hoy no quería guardarse nada. El universo no debía tener misterios para una mariposa tan bella y determinada como ella. «Hoy es el día de descubrir el misterioso relleno de las gónadas», pensó. Puso el taladro en marcha, accionó el modo martillo, y acercó la broca girando a la máxima potencia al testículo derecho. Por fin iba a salir de dudas.

Empezaba el acto final. Antes de que su cuerpo colapsara, desangrado, desgarrado y perforado por infinidad de lugares, lo último que escuchó el joven Jakob Kohen con vida fue el canto dulce de los mirlos, que se desperezaban en el jardín y empezaban su gorjeo melodioso y mágico.

CAPÍTULO 38
CAMINOS DE IDA Y VUELTA

16 años después del accidente

2 años después de la metamorfosis

El tránsito

Apenas pudo disfrutar del espectáculo maravilloso que le ofrecía la habitación. Lo que quedaba del cuerpo de Jakob lo ocupaba todo. Parecía mentira la cantidad de sangre que podían albergar unos miles de kilómetros de venas y arterias, y lo escandalosa que era esta. Una sola gota manchaba medio mundo. Se sentía satisfecha y brillante. Refulgía. Quería conservar cada fotograma, cada imagen, cada detalle y cada salpicadura en su memoria para poder, por fin, desplazarse a la

eternidad estando en paz con ella misma y sin deudas con el mundo que le impidieran avanzar.

Estaba tan ensimismada que apenas pudo oír el ruido de la puerta de la casa al abrirse violentamente.

—¡Mierda!

Poco le importó haberlo pensado o haberlo expresado en voz alta. Era tarde, era muy tarde, y se había acabado el recreo. Escuchó unos pasos apresurados y nada discretos que subían las escaleras.

—Vamos, Celeste —le reclamó su abuela desde un agujero, una especie de entrada a un túnel oscuro, que había aparecido en un instante al lado del escritorio de arquitecto, ese desde donde doña Adelaida empezó el rescate de su nieta el día de la violación—. No hay tiempo para más. Van a entrar y no pueden verte.

—¡Joder, abuela! —repuso, indignada consigo misma—. Si es que me lo tendría que haber imaginado. Cuando bajé al jardín a por el puto taladro vi al tío ese asomado en el balcón. Pensé que no me habría visto, o que, si lo había hecho, estaría en su cama fantaseando con mi cuerpo desnudo, tan perfecto, y matándose a pajas.

Se deslizó hacia la boca del túnel abierto por su abuela. Antes de desaparecer por él, se giró por última vez para ver el efecto tan maravilloso que había conseguido, un campo de batalla, un estercolero, un barranco del inframundo lleno de sangre, deshechos, carne quemada, vísceras y excrementos. ¡Estaba tan contenta de haberlo hecho ella solita! Pero era el momento de desaparecer para siempre. Era su último contacto con este mundo, al menos de manera regular. No temía a la muerte porque era su más fiel compañera desde que su cuerpo dejara de respirar hacía casi dos décadas, pero le intranquilizaba un poco llegar, por fin, a donde estaban todos esperándola. Markus y todos sus adeptos confiaban mucho en ella, y temía defraudarlos. No sabía si podría acostumbrarse a estar allí, aunque estaba convencida de que ningún lugar sería peor que el infierno en el que había vivido desde el accidente.

Miró de nuevo a doña Adelaida y se intentó justificar:

—Y eso que sabía a ciencia cierta que era la persona más buscada de la comarca, y que el vecino debía saber perfectamente que en esa casa no vivía ninguna chica de esa edad. Pero la excitación no me permitió pensar con claridad para relacionar ambas cosas. Lo siento, abuela. La foto de Elephteria debe estar por todas partes, y cerca de la valla hay una farola que inunda de luz la zona de la caseta del jardín. Supongo que el pajero ese me ha debido reconocer y ha dado parte a la policía. Blanco y en botella, ya sabes. ¡Hijos de puta! Nadie entra en una casa dando golpes si no tiene la razón de las armas y la chulería natural de quien se sabe intocable. Los delincuentes, al menos, tiene la delicadeza de intentar pasar desapercibidos, pero los

policías no lo necesitan.

—Bueno, querida —respondió la anciana para tranquilizarla—, ahora ya no podemos hacer nada. Lo único que pueden encontrar es el cadáver machacado de ese desgraciado, pero no tienen nada en tu contra ni te cogerán jamás. Tu territorio es mucho más grande que el suyo. Jamás podrían ni siquiera imaginar que existe un lugar más allá de sus fronteras. Un lugar en el que estarás a salvo y protegida. Podrías enfrentarte a toda la policía del país y vencerías sin ni siquiera despeinarte, pero no quiero que el recuerdo de Celeste Zacariah Bernstein salga salpicado. Ha llegado el momento, mi niña bonita. Mira si quieres por última vez atrás y entra, sin miedo ni artificios, sin remordimientos ni deudas. Has hecho lo que cualquier mujer hubiera hecho, o desearía hacer. No te lo reprocho. Al contrario. Lo aplaudo. Pero ahora, tu trabajo aquí ha terminado. Hay otra misión, mucho más elevada, que debes afrontar. Vamos, pequeña. Nos esperan los caminos *kirianos* y, un poco más adelante, tu atalaya en el Taller, una vez derroques a esa usurpadora de Eguzkiñe Martos. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Entraron en el túnel en el mismo momento en que la puerta de la habitación del difunto Jakob Kohen se veía abajo, hecha pedazos, abatida por la patada innecesaria que le había dado la inspectora Carlota Torres.

La mariposa se había desprendido de todas sus ataduras y, por fin, volaba libre y segura. Era hermosa y elegante.

En el mundo terrestre, desaparecía para siempre Celeste Zacariah, que no era más que un recuerdo ingrato y generalizado de una chiquilla amargada, extraña y desgraciada, y que se había disipado como una nube de tormenta inmemorial de forma misteriosa hacía más de dos años.

Al mundo de las almas llegaba un ser de luz, libre por fin de los destellos amarillentos que lo delataban como un espíritu enfermo y traumatizado. La venganza, cruenta y despiadada, había servido de exorcismo para el alma angustiada de la muchacha. Ahora refulgía en índigo y poder, y era esperada como una promesa de venganza, de orden y de justicia.

En el mismo momento en el que Celeste alcanzaba el tránsito, fluyendo por fin hacia su morada definitiva, una desesperada Eguzkiñe Martos se deslizaba a toda velocidad por el túnel abierto desde el vestíbulo del Taller hasta una habitación extraña. Iba acompañada de sus habituales [5]. Habían detectado una anomalía en la entrada de almas en el Taller. Varias habían desaparecido en los últimos tiempos. Se había reportado la muerte física, la salida del cuerpo, pero el alma correspondiente nunca había llegado a su destino. Eso era algo inconcebible. No había ninguna explicación

lógica a aquella desviación del destino de cada una de las almas recién desencarnadas, que no tenían otra posibilidad que acabar en el Taller para ser reparadas antes de continuar con su evolución en otro cuerpo. Observaron, por casualidad, un flujo extraño desde el mundo terrestre hacia los caminos *kirianos*. Y vieron que esa corriente de almas desviadas tenía su punto de partida, generalmente, en ese lugar del mundo. Cuando detectaron la muerte imprevista y no programada de Jakob Kohen, ya tenían todo el equipo preparado para investigar sobre el terreno. En el momento en el que descubrieron que se había abierto un túnel de conexión que no llegaba al vomitorio del Taller, no tardaron en llegar hasta él y se deslizaron hasta el origen, dispuestos a encontrar y corregir el factor que causaba este desvío.

Era una misión que entrañaba riesgos, muchos, pero el principal era que iban hacia un lugar donde podían encontrarse con habitantes del mundo terrestre, cuerpos que estaban vivos porque contenían un alma que estaba en fase de encarnación y de evolución. Desde tiempos remotos, el contacto con seres vivos estaba absolutamente prohibido para los habitantes del Taller. Eguzkiñe ya lo había incumplido una vez, pero entonces dominaba la situación, a pesar de ser una mocosa inexperta. Ahora, que era la máxima responsable del Taller y que sabía tantas cosas, no controlaba nada y esa misión se le podía escapar de las manos en cualquier momento.

Igual que el día en que su padre fue a secuestrarla a través de otro túnel de luz, cuando la muchacha todavía estaba encarnada en un cuerpo humano y no tenía ni idea de quién era, Eguzkiñe se sentía, por primera vez en aquellas misiones, nerviosa y vulnerable como una chiquilla.

CAPÍTULO 39
CHOQUE DE DOS MUNDOS

16 años después del accidente

2 años después de la metamorfosis

Pocos segundos después del tránsito

Llevaban varias horas patrullando por la zona de Casetas. Por el momento, sin ningún éxito. La hija de puta esa debía estar en algún lugar de ese barrio, estaba segura, pero todo parecía tranquilo. Dividió a sus dieciséis agentes en varios grupos, pero, al cabo de un buen rato, viendo que no se obtenían frutos, cayó en la tentación de multiplicar las posibilidades y, contraviniendo la máxima policial de que, pasara lo que pasara, se debía patrullar en pareja, ordenó que se separaran y que cada uno de los agentes recorriera un par de calles de arriba abajo, de manera incansable, fijándose en cada detalle y en cada movimiento.

Sudaba copiosamente y se sentía igual de desconcertada y ansiosa que el día que, empuñando una pistola y acompañada de Magda Albuquerque, entró en el infierno del sótano del convento del Génesis [6].

Habían detectado la presencia de la asesina antes de la medianoche y había reunido a sus agentes cerca de la una de la madrugada. Desde entonces, estaban peinando, metro a metro, palmo a palmo, toda la zona de Casetas. Pero sin resultados. A las dos y media, enferma de impaciencia y viendo que, con la cantidad de gente que eran patrullando, no podían abarcarlo todo con garantías de que nadie pudiera romper el cerco, ordenó pasar a una acción individual. Eran poco más de las cuatro de la mañana y no había nada, absolutamente nada de nuevo.

De repente, la radio crepitó y la voz apremiante del estudiante en prácticas, que seguía anclado en la recepción de la comisaría esperando su regreso, lanzó un grito:

—¡Inspectora! ¿Me escucha? Cambio.

—Joder, cuántas películas has visto, anormal. Estas radios no son unidireccionales. Podemos hablar al mismo tiempo. No hace falta que digas «cambio» cada vez. Habla de una puta vez, chaval. ¿Qué coño pasa? Me has parado el corazón del susto. No esperaba escucharte. Ni

a ti ni a nadie. Intento captar cualquier ruido de la calle, por mínimo que sea, y vas tú y me sueltas un alarido inhumano.

—Vale, vale, disculpe, jefa —repuso el chico, impaciente—. Escúcheme, haga el favor. Acaba de llamar un vecino de la calle 13. Dice que hace un par de horas ha visto a una chica desnuda en el jardín de los Cohen. No le hubiera llamado la atención, ya que el chico de esa familia es un puto mujeriego, según palabras del caballero que ha llamado, pero la chica de esa noche parecía llevar sangre en el cuerpo y la describe como una mujer impresionante, preciosa. Relata que no la podía ver perfectamente, pero que su cara le ha parecido familiar. Se ha acostado, pero no podía dormir intentando recordar dónde había visto a esa chica. Hasta que ha caído. Se ha levantado y ha echado mano del periódico local, y cuando ha visto la foto de la asesina de jóvenes no ha tenido la más mínima duda: era ella. Ha llamado en ese mismo momento.

Se quedó callado y esperó una respuesta de la inspectora que no llegó.

—¿Inspectora? ¿Está ahí? ¿Me ha escuchado?

—Sí, recibido. Gracias. Estoy intentando ubicarme, porque creo que estoy en la 12. Sí, definitivamente estoy en la 12. Voy para allá. Espera que te diga algo. Si no te reporto nada en los próximos cuarenta y cinco minutos, alerta al resto y que vayan todos a casa de los Kohen. Creo que la tenemos. A lo tuyo, chaval. —Escuchó que Carlota respiraba profundamente al otro lado de la radio. Después de unos segundos, la inspectora añadió con una risa burlona—. Cambio y corto, campeón.

Sabía perfectamente dónde estaba la casa de los Kohen. Cuando encontraron el cadáver de Elías Gabbai, hacía cerca de dos años, unos agentes habían interrogado al hijo de la familia, ya que Jakob era su mejor amigo. Estimaron oportuno hablar con él, a pesar del convencimiento de que Elías murió atacado por un animal. Cuando, unos pocos meses atrás, se empezaron a tener evidencias de que se encontraban ante una asesina en serie, Carlota acudió nuevamente a casa de los Kohen para que el muchacho le hablara de las amigas o de las conocidas de Elías, a ver si llegaban a alguna conclusión. Fue en vano.

Recorrió los poco menos de doscientos metros que la separaban de la puerta principal de la casa. No estaba siendo sigilosa, pero no se podía permitir andar con delicadezas. Según el relato del muchacho de comisaría, el vecino había visto a esa chica desnuda y ensangrentada hacía más de dos horas. Esperaba que no fuera demasiado tarde. Por la experiencia que tenía con las víctimas de esa loca, le encantaban los crímenes rituales y no le importaba recrearse y cebarse con los cadáveres. Y eso se traducía en tiempo de ejecución.

Carlota esperaba que esta vez también fuera así. Tenía esa sensación única de que esa noche se acababa aquella historia. Le había pasado en otras ocasiones, entre ellas la noche en que se resolvió el caso del cardenal Zavala. Su instinto le decía que la asesina de la villa caería esa noche, y que, de la manera que fuera, al día siguiente la gente respiraría tranquila porque se habría terminado la pesadilla.

No se anduvo con protocolos. Al llegar, ni siquiera llamó a la puerta. Dio una patada para intentar derribarla y, al ver que le era imposible, disparó dos veces para hacer estallar el bombín. Rezaba para que los Kohen no tuvieran la llave echada. Abrir una puerta blindada perfectamente anclada hubiera sido misión imposible para ella sola. Volvió a golpear con el pie y la puerta se abrió violentamente.

Tardó un instante en entender que había acertado con sus sospechas y que estaba en el lugar correcto. Podía ver desde donde estaba un reguero de gotas de sangre medio secas que bajaba por la escalera y se perdía en dirección a lo que parecía la sala. Siguió el rastro y vio que continuaba hasta la puerta corredera acristalada que comunicaba la casa con el jardín. Eso le hizo darse cuenta de que no era el camino adecuado. Sabía, por la llamada del vecino, que la muchacha había estado en el jardín para coger algo, y que regresó a la casa. El origen de la sangre se hallaba, sin duda alguna, en lo alto de las escaleras.

Corrió todo lo que sus zancadas le permitieron. Cuando llegó al pasillo superior, vio que todas las puertas estaban abiertas, excepto la del fondo. Se filtraba luz por debajo de ella, indicándole que era en esa estancia donde se estaban produciendo los hechos. Avanzó deprisa, agarró el arma con ambas manos y se puso alerta. A pocos metros, ralentizó su paso y aguzó el oído, por si escuchaba algo que le diera alguna pista de lo que se encontraría. Nada. Ni un rumor. Silencio sepulcral.

No quiso esperar más. Levantó su pie derecho y asestó un golpe con la suela en la puerta. Esta se abatió al instante, sin dificultad y casi sin ruido. El espectáculo que pudo contemplar la llenó de horror.

Atado sobre la cama, el cadáver del chico Kohen. No tenía dudas de que se trataba de él. Sangre, mucha sangre por todas partes. Un taladro en el suelo, rodeado de brocas de varios tamaños, todas ellas anegadas de sangre y llenas de carne tumefacta y apelmazada.

Aseguró y guardo su arma. Se acercó lentamente a la cama, para poder mirar con detalle. No conseguía familiarizarse con eso. Ella era encargada de encontrar a la gente que había desaparecido. Y cuando lo hacía, las personas estaban con vida, generalmente. En escenas felices y llenas de emoción. Cierto que alguna vez los encontraba muertos. Con frecuencia, fruto de suicidios limpios, sin más secreto

que el de una mente atormentada que había decidido que no quería seguir viviendo. Pero no estaba acostumbrada a la sangre, a la crueldad humana, al dudoso placer de destrozar un cuerpo ajeno.

Jakob Kohen estaba, sin duda, muerto. Eso lo hubiera deducido hasta el más torpe de los estudiantes en prácticas en su primer día de clase de Anatomía. Las heridas que presentaba el cuerpo eran incompatibles con la vida. «Y también con la razón, con el decoro y con la cordura», pensó Carlota. Ni siquiera se acercó a comprobar que el chico no tuviera pulso. Era un gesto innecesario. Además de tener los genitales destrozados, el pene seccionado longitudinalmente en varias partes y las gónadas desgarradas y abiertas como si se trataran de dos granadas sangrantes, el cuerpo presentaba múltiples orificios provocados, sin duda, por las brocas que se hallaban esparcidas por el suelo. Los más llamativos eran los que presentaba en los tobillos, en las plantas de los pies y que llegaban casi hasta los empeines, en las rodillas, estos hechos con brocas de mayor calibre, en los brazos en varias alturas, en la nariz de manera transversal, en los dos ojos, donde se apreciaba que había reventado ambos globos oculares con una broca de pequeño tamaño, seguramente una 1,5 o similar, y el agujero que Carlota dedujo que le mató, si es que llegó con vida a ese momento tras un salvaje calvario, el que tenía en la frente, hecho con una broca del número 6,5 y que había entrado hasta el fondo, alcanzándole con total probabilidad el cerebro. Antes de eso, Carlota estaba segura de que el chico había muerto desangrado. La cantidad de sangre que había por todas partes le hacía suponer eso.

Estaba terminando el estudio del cadáver cuando escucho un chasquido, un leve sonido, casi inapreciable. Algo así como un cambio en el eco estático de la habitación. No lo hubiera podido describir con palabras. Era como el inicio de una reverberación extraña. Lo que tenía claro es que algo le puso sobre alerta. Contemplar el cuerpo destrozado de Jakob le hizo bajar la guardia y olvidar por un momento que la asesina podía seguir allí. Desenfundó y agarró con fuerza su arma, girándose hacia donde le había parecido escuchar el sonido. Apuntó hacia la pared y, antes de poder preguntar nada, una persona apareció delante de ella.

—¡Quieta! —gritó con todas sus fuerzas, a la vez que liberaba el seguro de su reglamentaria—. ¡Si te mueves, te mato, hija de la gran puta!

Una chica que se había materializado, de alguna manera, allí, sin haber salido de ninguna parte, la miró entre asustada, desconcertada, sorprendida y divertida. No se parecía en nada a la asesina que andaban buscando y que el vecino aseguró haber visto en el jardín de los Kohen hacía escasas horas.

Carlota no quiso pensar en ese poco parecido. Había atrapado a

la asesina y luego ya entraría en detalles:

—¿Estás sorda? —preguntó de forma retórica—. ¡Levanta las putas manos!

La chiquilla, porque no podría llamarla de otra manera, sonrió. Parecía que, en lugar de estar bajo la amenaza de una pistola de la policía, se divertía en un parque de atracciones.

—No, no estoy sorda —repuso con una voz arrastrada, profunda, casi diría que agónica—. Solo que me has dicho que me esté quieta y ahora que levante las manos. ¿Te puedes aclarar, por favor?

La inspectora no salía de su asombro. No le tenía ningún miedo, la mocosa esa. Pero no se mostraba desafiante, sino que intentaba razonar con ella. No aparentaba más de quince o dieciséis años, estaba llena de marquitas de acné, tenía el pelo ondulado y, no siendo demasiado guapa, tenía algo que la hacía atractiva.

—No estoy para bromas. —Carlota intentó mantenerse firme—. Levanta las putas manos y ponte hacia la pared.

La chica iba a responder algo cuando una segunda persona, esta vez un chico con el pelo rizado, los ojos verdes y una expresión socarrona, apareció de la nada al lado de la primera.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Carlota sin esperar respuesta—. Date tú también la vuelta y levanta las manos. ¡Ya!

El chico no le hizo ni puñetero caso. Al contrario, se giró hacia la primera chica y, poniendo una mueca de extrañeza, pero sin perder la sonrisa, preguntó:

—¿Quién leches es esta panoli, Eguzki?

Su voz sonaba igual de jadeante que la de la chica. Como si a ambos les faltara el aire y se estuvieran ahogando, aunque no presentaban nada de mal aspecto.

—¡Que levantes las manos te digo, me cago en la puta! —gritó, desesperada, la inspectora.

—¡Uy! ¡Qué mal hablada, por Dios! —repuso el chico, adoptando una expresión de ofendido que hizo reír a la otra chiquilla—. ¿De dónde la has sacado?

Carlota Torres no pudo más. Le superó la situación y se colapsó. Pensó por un momento que los asesinatos estaban siendo cometidos no solo por la chica de las fotos, sino por una banda organizada de sádicos. Y delante tenía a dos de ellos, por muy jóvenes que fueran. Antes de seguir aguantando esa falta de respeto, traspasó cualquier frontera y abrió fuego contra el muchacho. Disparó a las piernas, aunque no le faltaban ganas de hacerlo a la cabeza. La bala entró por el cuádriceps del chico y lo atravesó, alojándose en la pared de enfrente. El chaval ni se inmutó. Carlota vio que ni siquiera aparecía un solo rasguño en la pierna del chico. Tampoco el pantalón vaquero que llevaba se había agujereado, aunque ella había visto el impacto.

No entendía nada.

La adolescente con acné, que había estado contemplando toda la escena, se dirigió hacia Carlota y la intentó tranquilizar:

—No sigas, mujer. No queremos hacerte ningún daño. Siento haber coincidido contigo. A ver cómo solucionamos esto. En teoría, no nos deberías haber visto, pero encontraré la manera de que todo quede en un malentendido. No te asustes. No te preocupes.

Encima, la chica esa estaba diciéndole a ella, que era quien tenía el arma, que no se asustara. Carlota estaba fuera de sí y empezaba a entrar en pánico. En cuanto vio que la chica avanzaba hacia ella no se lo pensó. Disparó una, dos, tres, hasta cuatro veces, alcanzando a la muchacha en el tórax, el pecho y la cabeza. Vio entrar las balas. No estaba loca. Vio cómo entraban. Pero la chica siguió andando hacia ella, sonriendo e intentando tranquilizarla.

—No puedes hacernos nada y nosotros no queremos hacerte nada a ti, aunque sí que podríamos. Es así de fácil. Siéntate y te explicaré hasta donde pueda.

Carlota dio media vuelta y salió corriendo hacia la puerta de la habitación. No conseguía que su cabeza encontrara alguna explicación coherente a lo que estaba viviendo. Necesitaba salir de ahí. Esperaría a sus agentes y, entre todos, acabarían con esos iluminados, esos locos de atar que invadían la habitación del difunto Jakob Kohen y que hacían magia para esquivar las balas. Antes de que llegara a alcanzar el pasillo encontró al muchacho, con su permanente sonrisa y un mechón que le caía graciosamente sobre uno de sus ojos verdes, de pie y con los brazos cruzados en el quicio de la puerta, impidiéndole el paso. No sabía cómo había llegado hasta allí. Ella era rápida, muy rápida, y el chico estaba mucho más lejos de la puerta que ella. No lo vio correr. Sencillamente, apareció allí.

—No insistas, mujer —le rogó él con esa voz arrastrada y misteriosa—. No intentes entender antes de que te expliquemos, por favor.

Carlota disparó contra él, esta vez sin ninguna fe. Vio como las dos balas le atravesaban sin que se inmutara. Se estaba volviendo loca, sin duda. Estaba atrapada en una pesadilla, o algo peor.

—Estamos muertos para ti —le dijo la chiquilla con total naturalidad—. Somos eso que tú llamarías espíritus, aunque es mucho más complicado que eso. No intentes nada para hacernos daño, porque nuestros cuerpos no existen, a pesar de que los ves. E incluso los puedes tocar, si quieres, aunque por experiencia te diré que los notarías fríos y desagradables. Esto de los cuerpos es una mierda. Por el momento, no hemos conseguido nada mejor.

—No te creo —repuso la inspectora, negando lo que era evidente—. Eso que me dices es imposible. No sé qué estáis haciendo para que

mis disparos no os afecten, pero lo averiguaré. Os juro que lo averiguaré. Quedáis detenidos. Giraos, que os voy a esposar.

—¿En serio? —preguntó el chico sin dejar su expresión divertida—. Creía que ya habíamos pasado esa pantalla. Y veo que no. ¡Qué pereza! Además, señora policía, ¿con qué esposas nos vas a inmovilizar a los dos? Solo tienes un juego colgando de la cintura. ¿No lo ves, mujer? No dejas de decir tonterías. Venga, relájate y escucha a Eguzki. Por cierto, no nos hemos presentado, ella es nuestra Avanzada, Eguzkiñe Martos. Y yo soy su más ferviente admirador, a la par que Avanzado Segundo. Bruno, Bruno Magalhes. Para servirte. ¿Tú eres?

—¡Mierda de niños! —estalló Carlota, que no era capaz de asimilar lo que le estaban diciendo ese par de personas extrañas y, aparentemente, amigables. Enfundó su pistola, entendiendo que no le serviría para mucho, y se dirigió a los muchachos, señalándoles con un dedo como si fuera una madre enfadada—. A ver, tú, Bruno no sé qué y tú también, Egus no sé cuántos.

—Eguzkiñe —repuso la aludida con cara de fastidio—. Eguzkiñe Martos, aunque puedes llamarme Eguzki. Jolines, no es tan difícil.

—¡Lo que sea! —bramó la inspectora, fuera de sí—. Dejaros de historias de muertos y mierdas de esas. A comisaría. Allí se aclarará todo, aunque ya os digo que, por el momento, se os va a caer el pelo por desacato y resistencia a la autoridad, aunque me temo que algo tenéis que ver con los asesinatos de la villa. Os pudriréis en la cárcel… o en el reformatorio, que no parece que ni lleguéis a la mayoría de edad.

—¡Buf! —exclamó Eguzkiñe—. Si yo te contara. Dinos, anda, ¿cómo te llamas? Intentemos llevar esto de manera civilizada. Venga, dime tu nombre.

—¡Carlota! —exclamó una nueva voz, también agónica, que llegaba desde la misma zona de la habitación donde habían aparecido Bruno y Eguzkiñe.

La interpelada se giró hacia la voz y notó como sus piernas flaqueaban y se doblaban. Lo que había vivido hasta entonces, ese día y en esa habitación, era surrealista e imposible. Pero no era nada comparado con lo que estaba viendo en esos instantes.

Allá, desde el rincón de la habitación, y acercándose hacia ella, con una expresión de cariño y de ilusión extremos, como si se hubiera reencontrado con una vieja amiga, estaba Magda Albuquerque, una preciosa chica, rubia con los ojos azules, esbelta y espectacular. Abría los brazos hacia ella, mostrando una complicidad absoluta y una naturalidad tan enternecedora como aterradora. Todo normal y reconfortante, excepto que Magda llevaba muerta unos años.

Carlota se sintió aturdida y, poco después, perdió la ya escasa

cordura que le quedaba.

Antes de caer al suelo, postrada, abrumada y emocionada, solo pudo articular una palabra: el nombre de su amiga muerta hacía tanto tiempo por su culpa, por su puta culpa, por haberla llevado a una misión en apariencia inocente, contraviniendo todos los principios policiales básicos. Esa amiga que ahora se dirigía hacia ella con esa mirada amorosa y fiel, dispuesta a abrazarla, con la misma cercanía de siempre, como si hubieran estado tomando café la tarde de antes, apostadas en el apartamento que la chica tenía en el centro de una villa cercana, donde ejercía la noble profesión de la prostitución mientras bebía los vientos por el Chulo Soto, el hombre del que estaba enamorada.

Con un hilo de voz, Carlota hizo lo único que podía hacer: llamarla con la voz llena de incertidumbre y de amor, aunque se resistiera a ello, aunque supiera que no podía estar allí de ninguna manera, aunque recordara que una loca boliviana le reventó la cabeza con un martillo y la mató delante suyo sin que la inspectora pudiera hacer nada. Carlota claudicó, se rindió y aceptó aquello que era imposible. Que su amiga estaba de vuelta. No sabía cómo ni por qué. Pero su chica preciosa estaba de vuelta.

Notó como se le anegaban los ojos cuando pronunció su apodo, con el cual era conocida en toda la comarca, y que Carlota había conseguido, yendo en contra de su corazón congelado, enterrar para siempre:

—¡Hada!

CAPÍTULO 40
CRÍMENES SIN RESOLVER

22 años después del accidente
8 años después de la metamorfosis

6 años después del tránsito

Cuando llegaba el día de la conmemoración, la villa se sumía de nuevo en la tristeza. Habían pasado ya seis años desde las últimas muertes, esas que cerraron un ciclo macabro y oscuro.

Se había tardado más de un lustro, pero las sensaciones generalizadas de miedo y de inseguridad se habían empezado a diluir. No hay mejor anestésico que el paso del tiempo, y esta vez no iba a ser distinto. Los recuerdos habían quedado encerrados y atrapados en una carpeta sobre la mesa del inspector jefe, allí donde languidecía la investigación al no tener ningún hilo del que tirar.

Los crímenes habían cesado de repente, como si la asesina en serie hubiera terminado su trabajo y hubiera colgado en el rincón más oscuro del armario del sótano sus bártulos de tortura y muerte para dedicarse a otra cosa. Nunca más se había visto a la muchacha en ningún lugar del mundo, a pesar de que su fotografía se hallaba en cualquier rincón de planeta encabezando las listas de las criminales más buscadas de la historia. Ni una imagen ni un descuido ni una sombra ni nada que indicara que esa chica había sido real. Muchos lo empezaban a dudar. Empezaron a surgir fábulas y leyendas acerca del origen sobrenatural de las muertes. Cada habitante de la villa que escuchaba el relato lo transmitía aderezándolo con detalles de cosecha propia. Al final, nadie sabía qué había de cierto y qué no en lo que se contaba en las noches de difuntos para asustar a los más incautos.

Desde la comisaría, con la connivencia del juez, se decidió no dar detalles y se declaró un secreto de sumario permanente. Demasiados jóvenes de la villa habían sido tristes protagonistas de aquella danza de horror y sangre. No había ninguna necesidad de explayarse en los pormenores. Además, ninguno de los agentes que acudió a casa de los Kohen acababa de creer ni quería recordar lo que había presenciado.

Cerca de las cinco de la madrugada, los agentes que se encontraban peinando la zona de Casetas fueron conminados a acudir con toda celeridad a la casa de los Kohen, que se encontraba en la calle 13. El aprendiz de la recepción de la comisaría había dejado pasar un tiempo prudencial desde su última comunicación con la inspectora Torres. Ella le había pedido cuarenta y cinco minutos y él

había decidido, por su cuenta y riesgo, que no le daría más de treinta. No le parecía ni lógico ni académico que un agente, fuera del sexo que fuera y tuviera el rango que tuviera, anduviera en solitario entrando en casas que podían ser peligrosas. Al no recibir ninguna instrucción ni mensaje de Carlota, el chaval se asustó y llamó a todos los agentes para indicarles hacia dónde debían ir.

Entraron en tropel cuando vieron la puerta derribada y la sangre por todas partes. Poco acostumbrados a escenarios violentos y macabros, cuando llegaron a la habitación del fondo se dieron cuenta que la realidad era, en ocasiones, muy cruda. Dos de ellos, los que trabajaban normalmente en oficinas, bajaron disimuladamente al jardín y vomitaron al lado de las petunias, que murieron al cabo de pocas semanas asfixiadas por el ácido. Los mirlos hacía rato que habían levantado el vuelo. Esa mañana no era la apropiada para anidar allí. Demasiada gente, demasiado ruido, demasiadas carreras, demasiada muerte. Demasiadas almas en penumbra. El peor escenario para sus trinos alegres y melódicos.

Sobre la cama, el cuerpo sin vida de un chico, salpicado de carne, de uñas arrancadas y de vísceras desparramadas. En el suelo, a poca distancia de la puerta, el cadáver de la inspectora Carlota Torres, ejecutada, a todas luces, con un tiro en la frente y los sesos esparcidos por el suelo, a su espalda. No había duda de la escena. Hasta los menos avezados se la podían imaginar: la inspectora había sido reducida por los asesinos. La pusieron de rodillas y la ejecutaron de un disparo. A pesar de que se le practicaría la autopsia, el agujero que presentaba dejaba bien a las claras que había sido disparada de arriba hacia abajo, negándole cualquier oportunidad de defensa ni de piedad.

El ambiente olía raro, como a matadero, a casquería indeterminada, a desolación y a suplicio. Ese olor es lo que más tardarían en eliminar los de la brigada de limpieza, una vez enumeradas y retiradas las pruebas.

Se encontraron esparcidos ocho casquillos del arma reglamentaria de la inspectora. Estaba claro que se había defendido hasta que consiguieron reducirla, antes de que la derribaran y la ejecutaran. Cinco casquillos en una pared, cerca del escritorio, y otros dos en el pasillo, junto a la puerta de la habitación, lo que significaba que Carlota había intentado acabar con uno de los atacantes. La única explicación plausible para que dos casquillos hubieran ido a parar allí era que uno de los asesinos había intentado huir como un cobarde y ella había intentado detenerlo, sin conseguirlo. El último casquillo se encontraba junto al cadáver de la inspectora y era el que la había matado, sin duda.

Se redactaron todos los informes pertinentes y se guardaron todos los duelos necesarios. Un duelo largo y sentido para Jakob. Otro

inexistente para Carlota. Era una solitaria en vida y no tenía otro camino ni otra opción que serlo también en muerte. Brindaron a su salud en la comisaría, hicieron algunos parlamentos más o menos rimbombantes en el sepelio y poco más. Al cabo de pocos meses, la inspectora Torres solo era recordada como una jefa implacable, como una brillante solucionadora de casos y como una amargada e insufrible mujer. Con la estupidez y la crueldad que caracterizaba a los hombres, pasó a la historia como «la inspectora mal follada», cuando nadie se paró a pensar jamás que de eso iba servida y sobrada, porque seguía acudiendo a locales donde se compraban esos desahogos sin que costara más que un dinero estipulado y sin poner en riesgo el alma. La renuncia al sexo académico y rutinario en pareja era una elección personal de Carlota de años atrás, cuando decidió terminar su relación con el doctor Duarte contraviniendo las lágrimas de su corazón y las protestas de su entraña enamorada. El doctor nunca entendió la separación. Ella jamás la explicó a nadie más que a Magda Albuquerque, esa Hada que había muerto junto con su esperanza de tener una vida normal.

Se levantaron los cadáveres y fueron llevados al anatómico forense. Allí se confirmó que la inspectora había sido ejecutada con un disparo efectuado a quemarropa. La muerte había sido instantánea. Perdió una gran parte de masa encefálica, enredada en recuerdos, en desalientos y en tristezas que ya nunca volverían.

Por el contrario, se comprobó que Jakob Kohen no había muerto por el agujero que se veía en su frente, como había aventurado Carlota en su momento y habían supuesto todos los agentes cuando invadieron la habitación del muchacho. La causa de la muerte fue un desgarro masivo de tejidos en el colon y el intestino, provocados por la introducción vía anal de una broca de percusión apta para cemento y hormigón de 450 milímetros. La herramienta se encontró debajo de la cama, llena de coágulos, trozos de vísceras y una sustancia que, tras el análisis, se determinó que era lubricante en gel para facilitar la penetración. El destrozo causado por esa acción criminal y salvaje fue el que cruzó la frontera e hizo que el cuerpo de Jakob se tornara incompatible con la vida. Si no se desmayó antes, debía haber sufrido una muerte horrible. Rápida, porque el muchacho se desangró en cuestión de segundos, pero extraordinariamente dolorosa.

Una vez al año, coincidiendo con la fecha en que se produjeron los asesinatos de Jakob y de Carlota, en la villa se montaban tenderetes y se celebraba la conmemoración de un recuerdo que, poco a poco, se fue diluyendo, hasta que, años después, la fiesta se acabaría convirtiendo en una bacanal de lujuria, alcohol y pecado. En ese acto de recogimiento colectivo se empezó mencionando a las personas muertas, entre las que se encontraban Hazzy Zacariah y su hija,

Celeste, a los que pronto se consideró como las primeras víctimas de la asesina en serie, a pesar de no haber sido nunca localizados sus cadáveres. Al cabo de unos años, ya ni siquiera se daban nombres, y las gentes de la villa se reunían para pasar un día de jolgorio, aprovechando que se había declarado festivo municipal, sin saber demasiado bien los más pequeños qué demonios se celebraba ese día.

Carlota Torres fue condecorada con la Orden de diamantes y titanio de la villa, la máxima distinción que se daba a sus habitantes ilustres, a pesar de que la inspectora solo había pasado allí los últimos meses de su vida. Argentina de nacimiento, rodó por el mundo solventando expedientes de desapariciones hasta que fue a parar allí. Su empeño por resolver un caso que, de repente, se dio cuenta de que se escapaba de su competencia, pero en el que quiso continuar por orgullo, le llevó a una muerte prematura. Nadie fue a recoger la distinción. Terminó en el cajón de una alacena descascarillada del cobertizo medio en ruinas donde se guardaban las herramientas de mantenimiento del ayuntamiento. Muchos años después, quizá cientos, alguien encontró la orden. La fundió y empeñó los diamantes para poder subsistir unos meses más. La vida era dura en el futuro. Sobre todo, en esa comarca, que se asaba a fuego lento, golpeada por un sol de justicia que reinaba diez de los doce meses del año.

El recuerdo de la inspectora se diluyó en la memoria de sus compañeros y, al cabo de un tiempo, nadie podía describir con acierto las facciones de su cara y las arrugas de su alma. Como tanta gente, fue descendiendo hacia el olvido hasta acabar enterrada en un lugar indeterminado de la eternidad.

Epílogos…

CAPÍTULO 41
EPÍLOGO 1 – UN VIAJE INESPERADO

16 años después del accidente

2 años después de la metamorfosis

Pocos minutos después del tránsito

—Lo siento, chiquilla.

Carlota Torres se encontraba postrada, de rodillas, y sus ojos miraban a través de la neblina de sus lágrimas. Era una mujer dura, cincelada en piedra por su trayectoria vital y profesional, pero en aquella habitación llena de sangre, junto al cadáver de Jakob Kohen, lloró todo lo que había retenido durante tantos años.

Dejó de llorar muchos siglos atrás allá, en su Argentina natal, junto al cine de Santa Teresita, donde se conocieron sus padres. No recordaba haber llorado cuando murieron sus abuelos, ahogados bajo las aguas del Paraná, ni cuando lo hicieron sus padres, camino de Santa Fe. Tampoco se le escapó apenas una lágrima cuando se sintió abandonada en su segunda casa, con su segunda familia, la segunda vez que se quedó huérfana. A pesar de que la dejaron sola a propósito y sin ningún remordimiento, la pequeña Carlota, que en aquel momento contaba con tan solo ocho años de edad, se entristeció más porque Papá Noel no le dejó regalos que porque su familia de mentira hubiera huido sin ella. Ni siquiera lloró cuando descubrió la traición de su mentora y su ejemplo, una Graciela Solares que la utilizó para cumplir su plan divino, demencial y desviado. Tampoco cuando apartó a Mari Fe del cadáver de su marido, allá, en el sótano del convento del Génesis ni cuando vio como su amiga, su única amiga Hada, era asesinada frente a ella.

Reencontrarla, tanto tiempo después y sabiendo que estaba muerta, le causó una impresión tal que se quebró su dique de contención y sus lágrimas del pasado, del presente y del futuro brotaron de golpe, anegándolo todo. Ni siquiera se planteó que era imposible que ella estuviera allí, tan bella como siempre, con su sonrisa perfecta y su expresión inocente. Eso no era más que una anécdota. Poco le importaba cómo era posible que un cadáver estuviera allí, frente a ella, con un aspecto espléndido y una expresión amorosa en su rostro. Lo único que le urgía, lo único que le

importaba, era tener la oportunidad de disculparse por haberla metido donde no debía estar, por haberle fallado, por haber sido ella la culpable de su muerte.

—Nunca podré llegar a compensarte por lo que te hice, Hada. No sé cómo decirte con palabras sencillas para que te sean ciertas que me cambiaría por ti ahora mismo, si con ello pudiera devolverte la vida que te quité.

Hada se arrodilló frente a ella, sin tocarla.

—No, Carlota, no. No te sientas culpable de nada. Te lo agradeceré por toda la eternidad. No salió como esperábamos, compañera. Eso es cierto. Pero ni tú ni yo lo podíamos prever de ninguna manera. No te sientas culpable. No hay nada que perdonar. Al contrario. Afortunadamente, por un momento te olvidaste de tu faceta de policía y dejaste asomar tu vertiente humana. Esa que tienes escondida por cómo te dolió la vida, pero que es fuerte y pura. Dulce y brillante. Por una vez, Carlota, me regalaste lo que yo no podía tener: despedirme de mi chico. Nadie lo hubiera hecho con tanta generosidad, a pesar del riesgo que había. Que era poco, ciertamente. Me pude despedir, aunque no fue él quien murió, sino yo. Pero eso es un azar, una casualidad, un garabato inesperado en un pulcro cuaderno de caligrafía. Me dejaste despedir de mi Chulo. ¿Qué más te podía pedir, amiga mía?

—No fue suficiente, no fue acertado, no fue inteligente —se volvió a excusar con la voz rota Carlota.

—Pero fue valiente, mujer —repuso Hada—. No pensaste en las consecuencias, quizá, pero eso es un rasgo de valor. No había tiempo para darle vueltas, para debatir, para llegar a conclusiones. ¿Recuerdas? Debiste decidir en un instante, y, como te digo, pudo tu parte de mujer generosa y sentimental. Y te estaré agradecida siempre por ello. Te quiero, amiga, y no lo he dejado de hacer ni un solo instante desde entonces. No quiero verte así. No puedo verte así. Eres mi ángel de la guarda. Mi salvadora. Mi cómplice. No te sientas mal por ello. Le hablo de ti a todo el mundo. Ellos te lo pueden decir.

Señaló hacia la puerta de salida de la habitación, donde Eguzkiñe Martos se había reunido con Bruno. Ambos miraban la escena con una sonrisa no exenta de preocupación. Sabían bien que habían transgredido la norma primera, la que nadie podía quebrantar. No solo estaba prohibido, sino que se consideraba un hecho imposible que un alma desencarnada se apareciera delante de una persona viva. Eguzkiñe le daba vueltas sin parar a cómo podía solucionar ese accidente tan desafortunado.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó en voz apenas audible Carlota —. Puestos a preguntar, ¿quién coño eres tú, Hada? ¿Cómo es posible que estés delante de mí, si vi como te mataban y yo misma estuve en

tu entierro? Dime, compañera, ¿qué diablos hago hablando contigo? ¿Es esto real? ¿Estoy loca? ¿Formas parte de una pesadilla?

—Todas tus preguntas tienen respuestas largas y complicadas. Y lo que ahora menos tenemos es tiempo —apremió Eguzkiñe—. No dudo que necesitas saber para creer, que necesitas sentir para entender. Pero ahora no, por favor. Ya veré cómo y cuándo, pero ahora no.

—No estás loca, querida —respondió Hada—. Esto no es un sueño, sino que es tan real como que algún día fuimos amigas, a pesar de habernos visto solo un puñado de veces. Y lo seguimos siendo, al menos por mi parte. Quédate con que ahora, sencillamente, yo ya no formo parte de tu mundo, ni tú puedes formar parte del mío hasta que no mueras. Pero no tengas miedo. Yo estoy bien. Me hiciste un favor. Estaba sola, con el alma maltrecha por la culpabilidad que arrastraba desde que murió mi hermano. Ya sabes a lo que me dedicaba. No estaba nada mal y vivía como una reina, bien lo sabes. Pero me sentía sola, muy sola. Solamente Chulo vino a romper esa angustia permanente en la que viven los solitarios por obligación, que no por elección. Chulo era mi alegría y mi desespero, pero yo sabía que no era algo que tuviera futuro. Él estaba flirteando con su Dios, ese al que él mencionaba con mayúsculas, como Graciela y su caterva de locas, y al que yo minimizaba porque nunca había sentido ni percibido. Y sabía que, tarde o temprano, le elegiría a él antes que a mí. Y así ha sido, por lo que he podido averiguar. En el fondo, me sentí halagada. Siempre duele más ser abandonada por alguien con defectos, igual que tú, real y de carne y hueso, que serlo por un ser mitológico, perfecto por definición al ser imposible e inventado. Yo siempre fui la segunda, la sustituta, aunque nunca llegamos a tener nada. Bien sabes que una vez, una sola vez, le besé los labios. Incluso entonces supe que esos labios no me pertenecían, ni me pertenecerían nunca.

Miró un momento al infinito, saboreando cada una de sus palabras, tan crudas que sabían a hiel y a estiércol, pero que no dejaban de ser ciertas.

Un sonido sordo y apagado, rítmico e inesperado, la sacó de su ensimismamiento. En el fondo, Hada ya no hablaba con Carlota, que seguía derrotada y cabizbaja. Hada hablaba consigo misma, verbalizando todo aquello que sabía en su interior, pero que nunca se había atrevido a expresar en voz alta, y mucho menos delante de nadie.

—¡Maravilloso! —exclamó Bruno, entre divertido y desesperado, aplaudiendo con parsimonia y provocando ese ruido indeterminado que había hecho regresar a Carlota y a Hada a la realidad de la habitación—. Bravo, compañera. Enternecedor. Perdona que te corte, pero es que no es momento de soliloquiar. Debe estar a punto de

llegar el ejército en pleno, el KGB, el Mosad, la CIA, la NASA, el Equipo A, el SWAT en posición de ataque, Scotland Yard, los Jemeres Rojos, las Águilas Fosforito, las Panteras Negras, la Legión Arco Iris y hasta la puta Patrulla Canina y Mazinger Z. Y nosotros aquí, haciendo el gilipollas, hablando de amores no correspondidos, con una persona viva que no puede saber que existimos y con un problemón de cojones. No me malinterpretes, Hada. Sabes que te quiero. Que te quiero mucho. Mi vida o, en este caso, mi muerte en el Taller desde que llegaste es maravillosa. —Obvió la mirada torva que por un momento se le escapó a Eguzkiñe, y que se notó más de lo que la Avanzada hubiese querido—. Pero abrevia, criatura. Debemos tomar decisiones sobre la poli esta que ahora gimotea arrodillada delante de ti. ¿Qué coño hacemos con ella?

—Carlota —intervino Eguzkiñe, que era la que debía mantener la cordura y la frialdad para hallar la mejor solución—. Déjame que me presente de nuevo. Ahora estoy convencida de que ya nos crees. Soy Eguzkiñe Martos, aunque me puedes llamar Eguzki. Soy la jefa, por decirlo de alguna manera que a mí no me gusta, pero para que tú lo puedas entender, del lugar al que van los muertos una vez salen de sus cuerpos. Porque, primer *espóiler*, el cuerpo es una mierda pinchada en un palo que no es lo que está vivo. No es más que un montón de carne, huesos, vísceras, agua y sangre que nos sirve como contenedor mientras estamos aquí. Un contenedor un poco ruinoso, dicho sea de paso. Segundo *espóiler*: cuando palmamos, no desaparecemos ni mucho menos. Al contrario, nos reunimos todos en el lugar donde se está mejor, que es en el Taller, un sitio donde evaluamos nuestra evolución y decidimos entre todos si un alma u otra debe encarnarse de nuevo y con qué misión.

—Se está muy bien allí, Carlota —terció Hada, que vio la oportunidad de convencer a su amiga de que ella estaba bien, a pesar de estar muerta—. Por eso te digo, no te preocupes por mí. Allí he encontrado amigos de verdad, tan de verdad como tú. Nunca me siento sola y, encima, me han dejado formar parte de la cúpula e intervengo no solo en la toma de decisiones, sino en una misión que ahora nos lleva de cabeza, ya que tememos una invasión inminente del Taller por una gente extraña y debemos investigar dónde se esconden y determinar cómo podemos repelerlos. Y, encima, aunque no te lo creas, he recuperado a Hugo, a mi hermanito. ¿Te acuerdas que tanto te hablaba de su muerte y de sus apariciones? Pues lo he visto y he podido volver a reírme y a pelearme con él. No mucho, porque se ha vuelto un poco ermitaño y le gusta estar solo y encerrado en su espacio, en su refugio, pero he hablado con él de igual a igual y nos hemos entendido y nos hemos perdonado. En el Taller tengo todo lo que me faltaba aquí. Solo te perdí a ti. Y no creas que me siento

orgullosa de ello. Te echo de menos. Pero allí estoy bien y tengo una nueva familia.

Carlota pareció salir poco a poco del trance en el que se había sumido. Sus lágrimas fueron apaciguando y miró a los ojos a Hada, a su niña preciosa. Digería todo lo que había escuchado y, sin fisuras ni arrepentimientos, propuso la solución que buscaban:

—¡Llévame contigo! —suplicó—. ¡Llevadme con vosotros!

—¡No! —exclamó Hada, emocionada.

—¡No puede ser! —coincidió al mismo tiempo Eguzkiñe, escandalizada.

—¡Ni de coña! —terció Bruno, divertido y socarrón—. Pero, ¿nos estamos volviendo locos? Mira la poli, qué rápido se apunta a un bombardeo. ¡Qué hija de puta!

—Vosotros no perdéis nada —intentó convencerlos Carlota, que veía una salida a todo—. Al contrario. Os brindo en bandeja la solución a vuestro problema. ¿No me habéis dicho que, en teoría, yo no debía coincidir con vosotros? ¿No es cierto que estáis buscando la respuesta a un problema de difícil solución? Aquí la tenéis. Si yo muero, me voy con vosotros y nadie tiene que dar explicaciones a nadie.

—No es tan fácil, Carlota —intervino Eguzkiñe para cortar de raíz cualquier intento que fuera por esos derroteros—. Una de nuestras obligaciones es no matar a nadie. No podemos intervenir en eso. Es una norma sagrada que no voy a transgredir. Ni yo ni nadie. Esta mujer, al igual que todos, tiene su camino escrito. Morirá cuando tenga que morir. Bien sabéis que en su vida va a encontrarse y a coincidir con multitud de personas que interactuarán con ella. Si ella desapareciera, la vida de muchas personas futuras cambiaría y yo no me puedo responsabilizar de ellos. Hada, no. Bruno, no. Bien lo sabéis. No podemos matar a nadie antes de tiempo. De hecho, no podemos matar a nadie.

—¿Igual que no podía Ernestito y bien que te mató cuando no te tocaba? [7] No me jodas, Eguzki, puede ser divertido. Tenemos un problemón de talla XXL y ella nos está dando la solución. A mí ni se me había ocurrido, pero después de darle una vueltita, me parece una salida fetén. Es ella la que quiere venir con nosotros. Tú ni siquiera querías morir. ¿Lo recuerdas? Que si tu madre, que si ese tal Suso. ¡Qué pesada que eras, cielo lindo! A ti te obligaron. Pero, ¿Carlota? Ella se ofrece voluntaria. No es, técnicamente, un asesinato. Es un suicidio. Y a tomar por culo norma. Así no la incumplimos. Tenemos la solución, como ella dice, en bandeja de oro. Yo voto que sí. Que se venga con nosotros. Y que se una a la fiesta.

—Joder, Bruno —repuso Eguzkiñe, molesta—, siempre igual. ¿No sabes tomarte nada en serio? A veces me arrepiento de haberte

conocido, te lo juro. Estás tarado y no dejarás de estarlo nunca. Nunca te debería haber nombrado Avanzado Segundo.

—Tú me nombraste tu segundo. Si me conocías, sabes que lo hiciste a conciencia y que estaba capacitado para el puesto. Si no me conocías, ¿quién está más tarado? ¿Tú o yo? Venga, llorona. No dejes que tus inseguridades de adolescente te ganen ahora. Tienes tu encanto, te lo juro, pero no estás siendo nada práctica.

—Bruno, basta ya —le cortó Eguzkiñe.

—¡No! —intervino Hada—. Basta los dos. Joder, a veces parece que más que discusiones de gobierno tengáis disputas de enamorados. Yo estoy de acuerdo con Bruno.

—Claro, como siempre —masculló Eguzki al punto. Su tono dejaba escapar un cierto tufo celoso en el trasfondo.

—Eguzkiñe o como coños te llames —dijo Carlota—. En el mundo no tengo nada. No tengo a nadie. Nunca me espera nadie por la noche, cuando vuelvo a casa. Ni siquiera un perro. Y es mejor así, porque sé que soy insoportable. Nadie me echaría de menos y yo tendría una nueva oportunidad. He vivido ya tres vidas. Tres en una, ahora que sé que nos reencarnamos y que podemos vivir otras vidas en el futuro. Pero es que yo llevo tres en el mismo momento, en el mismo cuerpo. Y las tres igual de mierdas, igual de desastrosas. Estoy sola, me siento sola, me sé sola. Yo escogí renunciar, en su momento. Pero no puedo más. Entonces tuve la libertad de escoger. ¿Por qué me la niegas tú ahora?

—Porque no puede ser —intentó explicar Eguzkiñe, con paciencia y ternura—. Porque no lo puedo permitir. Porque las normas se deben cumplir.

—Joder, qué pesada con las normas, chavalita —exclamó Bruno —. Como se nota que eres hija de quien eres, que es igual de cansino que tú.

Eguzkiñe no hizo ni caso al comentario y siguió razonando con Carlota:

—Igual no has entendido el alcance de nuestros puestos, de nuestra misión. No somos dioses, que podemos decidir quién vive y quién muere según nuestro capricho. Y eso lo tenéis que entender ambas. Los dioses dejadlos para los tarados. Hada, también va por ti, que sé que en este momento no comprendes mi decisión. Me río yo de los dioses, sean los que sean, de la religión que sean. No tienen ningún derecho a decidir sobre la vida de nadie. Eso, para las películas o las fábulas, puede estar bien, pero no en la vida real. O en la muerte real. Nosotros nos debemos a las gentes del Taller. Prometimos que gobernaríamos bajo un principio de transparencia absoluta y que respetaríamos las normas y la esencia de cada persona. Prometimos que le daríamos una nueva dimensión al puesto de Avanzado. Que

regresaríamos a los principios del venerado Arnaud Ricard, nuestro primer líder, y renegaríamos de las prácticas ocultas, de los engaños y de las mentiras de Markus Thobi, el último Avanzado al que, afortunadamente, conseguimos apartar del poder. Y eso lo hicimos entre todos y para todos. No, no me miréis mal. No lo voy a consentir. No lo puedo consentir. No lo debo consentir. Perdóname, Carlota, pareces una buena mujer. Ha sido una desgracia coincidir contigo, y mucho más que os conocierais con Hada. Ha sido una imprudencia y me disculpo por ello. Pero no te voy a arrebatar la vida. Ninguno de nosotros va a hacerlo. Tu momento no ha llegado. Miradme bien, chicos —añadió, dirigiéndose a sus compañeros del Taller—. Hada, Bruno. No os lo voy a permitir. Y sabéis que nunca he impuesto ninguna ley ni ninguna norma, ni he tomado ninguna decisión sin consensuarla con mis consejeros o contigo, Bruno. Pero esta vez, no. Esta vez nadie matará a esta mujer.

—Nadie tiene que matarme —exclamó Carlota—. Lo haré yo misma.

Mientras Eguzkiñe hablaba a sus compañeros, Carlota entendió que era su oportunidad. Que le apetecía y que no soportaba más estar muerta en vida. Prefería estar viva en muerte, aunque sonara absurdo. Aprovechó que Hada y Bruno estaban mirando a Eguzkiñe mientras esta les echaba la reprimenda para desenfundar de nuevo su arma. Se quedó de rodillas y elevó la pistola por encima de su cabeza, apuntando a su frente, levantando más la culata que el cañón. Sabía que esa era la posición correcta. Las pruebas de balística arrojarían con total certeza que había sido ejecutada. No tenía ninguna intención de que su muerte pasara como un suicidio. Tenía una reputación que proteger. Encontrarían restos de pólvora en su mano, cierto, pero también varios casquillos repartidos por la habitación, ya que antes de entender qué estaba pasando había abierto fuego contra Eguzkiñe y contra Bruno. Esos casquillos explicarían ese rastro en su piel. Y, lo más importante, sabía que una entrada de arriba abajo en una cabeza a la altura de la frente significaba una muerte instantánea, ya que el proyectil atravesaría el cerebro y, si el ángulo era el correcto, destrozaría el bulbo raquídeo, lo cual acarreaba por fuerza una muerte inmediata. Y había tomado la decisión, apoyada, además, en todo lo que vio y escuchó. Parecía obvio que existía algo apetecible tras la muerte. Pero ella no dejaba de ser humana y de estar viva. Con lo cual, estaba asustada ante la cercanía de su tránsito. Le aterrorizaba saltar esa frontera, pero ella no era una cobarde.

Ni siquiera escuchó los gritos desesperados de los tres muchachos, abalanzándose sobre ella para evitarlo. Por una vez, ella fue más rápida que tres espíritus.

Tiempo más tarde, apenas recordaba nada de ese instante.

Solamente la voluntad de percutir el gatillo y el gesto de su pulgar haciéndolo.

No sintió nada.

Un chasquido.

No más.

CAPÍTULO 42
EPÍLOGO 2-RUMBO A LO DESCONOCIDO

—Joder con la poli. ¡Me mola! Está tarada. Nos vamos a divertir con ella —exclamó Bruno, sonriente y explosivo.

—¿Qué has hecho? —preguntó Eguzkiñe al espíritu de Carlota, que intentaba adaptarse a su nueva realidad—. Nos has metido en un buen lío.

—Ya os dije que era valiente —terció Hada—. No te preocupes, Eguzki. Quizá nos vengan bien sus ovarios, sobre todo ahora que ya no tiene, para afrontar lo que nos viene por delante.

Aturdida, Carlota miraba una y otra vez su cuerpo desparramado en el suelo, tirado de cualquier manera.

—¡Buf! Estoy mareada.

—Es normal, no te asustes. —Eguzkiñe se acercó a reconfortarla —. A mí me costó unos segundos entender cómo moverme. Ven, coge mis manos. Ya sé, ya sé que no sabes verte así, pero no te apures. En breve, cuando lleguemos a casa, te dotaremos de un cuerpo. Ahora eres solamente esencia. Una buena esencia, por cierto. Esos tonos verdes denotan una evolución importante. No te preocupes por nada. Todo es normal. Intenta agarrarte a mí y vámonos. Ya solucionaremos todo. Ya veremos qué decimos, si alguien nos pregunta. Bienvenida a tu nueva realidad, Carlota Torres. Acompáñanos al Taller, tu nuevo hogar.

En la planta baja se escucharon unos ruidos violentos. Los compañeros de Carlota llegaban en su apoyo. No sabían que ya era tarde para eso. Subieron en tropel las escaleras y se dirigieron sin demasiado cuidado hacia la habitación del fondo.

Instantes antes de que entraran, cuatro almas se adentraron en el túnel de luz generado para conectar el cuarto de Jakob Kohen con el Taller y, una vez dentro, lo cerraron.

Carlota no sabía lo que se encontraría y avanzaba temerosa y analizándolo todo, pero sintiéndose parte de un grupo por segunda vez en su vida. La primera, cuando era una huérfana en el Génesis, le salió mal. Confiaba en que esta segunda fuera la definitiva.

Eguzkiñe iba preocupada por haber contravenido las normas, atenta a cualquier necesidad de la recién llegada y lacerada por un pinchazo de celos al ver la cercanía de Bruno con Hada, que iban unos metros delante jugueteando como dos criaturas.

Pasaron a toda velocidad la entrada oculta de los caminos *kirianos* y continuaron derechos hacia el Taller. Allí les esperaba una misión que en algún momento se les antojaría difícil, y que acabaría convirtiéndose en imposible, aunque todavía no lo sabían. Debían

desactivar cualquier intento de rebelión que pusiera en juego la paz en el mundo de las almas y, a su vez, determinar dónde se escondía el enemigo que sabían a ciencia cierta que empezaba a contar con un ejército numeroso dirigido, sin duda, por alguien tan desequilibrado como el derrocado Markus Thobi. Desconocían cómo había conseguido librarse de la ejecución que presenciaron Eguzkiñe y Bruno, pero empezaban a tener demasiadas evidencias de que había regresado para considerarlo imposible. Todos ellos habían aprendido, a golpe de experiencias, que lo imposible no existía. Quizá lo improbable, sí. Pero no lo imposible.

Al llegar al Taller, Eguzkiñe acompañó a Carlota hasta el lugar correspondiente para que la dotaran de un cuerpo.

Había mucho trabajo que hacer y, con toda probabilidad, disponían de muy poco tiempo.

En ese mismo momento, en un lugar desconocido, más allá de los caminos *kirianos*, Celeste Zacariah era nombrada Avanzada Segunda en el exilio, y prometía ante sus huestes luchar hasta derrocar a Eguzkiñe Martos, la usurpadora de un trono que no le pertenecía, y que recuperarían más pronto que tarde.

En segundo plano, el hijo de Markus contemplaba a la recién llegada lívido de rabia. Su padre nunca había confiado en él. Le había menospreciado y ninguneado. Y ahora le daba todo el protagonismo a una desconocida, a una advenediza que ninguno sabía de lo que era capaz.

Markus Thobi, por su parte, se relamía pensando en lo manipulable que era la gente. Se divertía viendo como sus súbditos miraban embelesados hacia el escenario rústico en el que se desarrollaba el nombramiento. Él, sin ningún atisbo de duda, sabía que la apuesta por Celeste era ganadora. Era su creación, su muñeca de trapo, su personaje de opereta, y la utilizaría hasta que ya no le hiciera falta. Entonces la eliminaría y la pisotearía como si de una colilla mal apagada se tratara. «En el fondo, no es más que una mujer», pensaba Markus.

Mientras los ejércitos que pretendían invadir el Taller ovacionaban a Celeste, esta le lanzaba una mirada cómplice a su abuela, doña Adelaida, que contemplaba orgullosa a su nieta.

La anciana no quería para la chiquilla nada más que lo mejor.

Después de todo lo que había sufrido, la niña merecía ser la compañera del rey. La pieza imprescindible en la que se apoyara Markus Thobi en la misión de reconquista. Su consorte perfecta. Su talismán.

Celeste no opinaba lo mismo.

Ya era toda una mujer.

No soportaba que nadie pensara por ella. No quería que nadie decidiera por ella. Solo ella era quien podía determinar cuál era su camino, su objetivo, su futuro y su apetencia.

Celeste, al igual que su abuela, opinaba que merecía ser reina, sin duda, pero reina por sí sola.

Tenía arrestos e identidad propia como para no tener que existir a la sombra de nadie.

Celeste se sentía reina, sin adjetivos.

Reina sin adjetivos ni apellidos impuestos.

El Prat de Llobregat, a 12 de noviembre de 2022



AGRADECIMIENTOS

Gracias al destino y al tiempo, que me regalaron la posibilidad de acercarme a mi madre antes de su partida hacia el Taller, con toda seguridad para revolver el alma y el refugio de mi padre. Antes de morir, todavía tuvo oportunidad de convertirse en lectora cero de la triste historia de Celeste Zacariah, y su crítica fue más que positiva. Quizá me mintió, como frecuentemente hacen las madres que buscan redención. No te hacía falta, mamá. A pesar de algunos años llenos de nubes, nunca dejé de quererte y sigo haciéndolo a diario, como a papá. Gracias por ser una de mis lectoras cero. A partir de hoy, serás también y para siempre mi lectora eterna.

A la doctora Aintzane Ballestero, a mi preciosura preferida, porque siempre se mete en mis novelas y las mejora. Gracias por tus enseñanzas sobre los efectos del monóxido de carbono en unos pulmones en formación, por desgranar los síntomas del raquitismo y por deleitarme con tus conocimientos sobre la putrefacción de los cuerpos. Gracias, también, por ser mi lectora cero predilecta, y por regalarme flores para el ego con tus comentarios siempre positivos y extraordinariamente generosos.

A Mònica Burón, mi cómplice irredenta, por querer bucear en mis historias y por pedir siempre más. Es un privilegio contar con tu cercanía y tu apoyo constantes. Espero que sigas disfrutando muchos años con mis novelas porque querrá decir que yo seguiré alimentándome con tu entrañable compañía.

A Natalia Gómez Piñón, mi luna secreta, mi desquiciada habitual, con la que he luchado en tantas guerras. Gracias por estar ahí en todo momento, por planear y proponer, por vivir tan de cerca la Literatura y por considerar, de manera intrépida e imprudente, que mis libros pueden ocupar las mesillas de noche de cuanto bicho viviente se te presente delante. Gracias por ser una de mis lectoras cero, pero, por encima de todo, gracias por ser mi amiga.

A Roma García, por saber interpretar mi mente retorcida y por entender perfectamente lo que quiero, a pesar de que ni yo mismo lo sé. Gracias por tu paciencia y tu perspicacia. Sin ti, Celeste vagaría eternamente sin una imagen digna y sin ninguna gracia.

A Naiara Cabaleiro, mi hermana demente, mi loca de la colina, mi desperdicio humano con flequillo. Bien sabes que quiero a poca gente como a ti. Gracias por bajarme de la nube cuando me cuelgo en

ella, y por levantarme de los infiernos cuando me desespero. Por tus críticas, que son muchas, y tus elogios, que son pocos y contundentes. Algún día serás mi representante y dejaré de morirme de hambre yo solo. Entonces nos moriremos de hambre los dos, pero antes de palmarla nos reiremos un buen rato.

A Gorka Alkorta, mi *txikitxu* preferido. Cada día echo de menos esas horas que no hemos tenido para charlar sin prisas del mundo y de la vida y que espero que el futuro nos regale. Gracias por leerme y por ser tan generoso en tus opiniones. Una vez más, la mariposa vuela feliz por tus comentarios.

A Sergi Cuadrado, a mi niño del alma, a mi compañero de fatigas, a mi cómplice de desencuentros. Gracias por tu lentitud a la hora de ser lector cero. Haces que sienta que mi novela es como el cuento de nunca acabar, y que parece que haya escrito millones de páginas para contar la peculiar vida de Celeste. Gracias por seguirme en cada una de mis aventuras, por luchar por mis historias y por estar tan tarado como yo.

A Laura Novelles, mi hermana mayor, no porque yo sea un poco *quillo* y ella me domine a hostias como en la tele, sino porque lo es, sencillamente. Gracias por ser una lectora cero implacable y despiadada. Esta vez la banca ha repartido oros y tus elogios me han dado fuerza para continuar. Va por las veces que la mano nos ha dado bastos.

A Cristina Gracia, una maravillosa escritora y una excelente compañera, siempre dispuesta a luchar para que nuestras historias recorran medio mundo. Gracias por haber querido conocer de primera mano la historia de esta chiquilla y por darme tu opinión y tus consejos. Sabes que siempre son importantes para mí, aunque como buen tarado díscolo que soy, poco caso te hago.

A Klaudia Novelles, mis ojos y mi reflejo, mi partida ganadora, mi mejor novela, digna de todos los premios literarios conocidos y por conocer. Sabes que me encanta escribir de adolescentes atormentadas, y siempre eres tú quien me señala el camino para entenderlas. En cada frase estás tú y en cada guiño, en cada protesta y en cada desaliento, tu luz me ilumina. Gracias por enseñarme tanto desde tu rotunda independencia. Cada paso, créeme, cada paso tuyo me importa, me enternece, me estremece y da significado a mi vida.

Y, como siempre, mi último agradecimiento y mi último aliento va para ti, mi Ingrid Suárez. Gracias por estar conmigo en cada tormenta y en cada circunstancia. Gracias por recorrer el mundo a mi lado y por darme argumentos y amor para escribir las más bellas

novelas del universo. Y quizá para nadie sean las mejores, como así debe de ser, pero para mí sí que lo son, porque han salido de ti, de tu bendito esfuerzo, de tu incansable empeño, de tus locas ganas de luchar, a veces sin freno, pero siempre tan profundas y generosas. Gracias por no querer ser mi mitad, sino por enseñarme que somos dos personas independientes y capaces, y que recorremos el mismo camino porque así lo decidimos a cada paso. Gracias por despertarte a mi lado y por esconderte en mi pecho cuando los rayos iluminan nuestro cuarto y los truenos redoblan en nuestras almas. Todo tendría sentido sin ti, no lo dudes, mi amor, pero un sentido tan monocromo y sin gracia, que duele solo de dibujarlo en mi imaginación. A pesar de todos los obstáculos que hemos tenido que salvar, cada día que pasa tengo más claro que estamos donde queremos y que no hay camino que pueda dar más luz, más protección, más pasión y más deseo de andar hacia un horizonte que nos espera de brazos abiertos. Gracias por quererme de una forma tan firme y desordenada. Algún día me encantaría poder tener las palabras precisas para explicarte cuánto aprendo de ti y cuánto sigo creciendo a tu lado. Las que nunca tendré, te lo juro, porque todavía nadie las ha inventado y porque no existen, son las palabras exactas para decirte hasta dónde te quiero y todo lo que significas para mí.

El Prat de Llobregat, a dieciséis de septiembre de dos mil veintitrés.

[1] Los *sarakatsani* (del turco *karakaçan,* que significa «fugitivo») son un pueblo seminómada de etnia arumana que se dedica al pastoreo. Viven en grupos en algunos lugares del centro y norte de Grecia, y del sur de Albania, Macedonia del Norte y Bulgaria.
[2] El Taller es un mundo imaginario descrito en la novela ***La muchacha inventada*** (David Novelles, 2019), en el que la figura del Avanzado es quien lidera la peculiar sociedad que lo habita, formada por las almas humanas que no están encarnadas en cuerpos mortales.
[3] Los caminos kirianos son unos túneles de exploración y escape que son paralelos al Taller, el mundo al que van las almas que aparece en la novela ***La muchacha inventada*** (David Novelles. 2019) [4] El Avanzado es el cargo de máxima responsabilidad y poder en el Taller, el lugar al que iban las almas humanas cuando estaban desencarnadas. La historia del enfrentamiento entre Eguzkiñe Martos, actual Avanzada, y Markus Thobi, el Avanzado derrocado, así como los entresijos de un lugar fantástico llamado el Taller, se describen en la novela ***La muchacha inventada*** (David Novelles, 2019) [5] Los habituales son los seres que acompañan en las misiones de reconocimiento al líder de un grupo al exterior del Taller. Son personas de su confianza con las cuales forma un equipo sólido y permanente. Su primera aparición se da en la novela ***La muchacha inventada*** (David Novelles, 2019) [6] La inspectora Carlota Torres se encarga de resolver la desaparición del cardenal Martín Zavala en el sótano de un convento de la villa en la que habita. Esta historia se relata en la novela ***Peccatorum Mundi (sobre fantasmas y credos)*** (David Novelles, 2021) [7] Referencia a un pasaje de la novela ***La muchacha inventada*** (David Novelles. 2019)